Robert Michels

Los partidos políticos I

Un estudio sociológico de las tendencias oligárquicas de la democracia moderna

sociología

Que *Los partidos políticos* es un clásico de la ciencia social ya ha sido demostrado varias veces. Max Weber, amigo íntimo de Michels, basó en este libro el análisis de la estructura de los partidos políticos legales. Sigmund Neumann escribió: «El estudio de la sociología de los partidos políticos ha estado enteramente dominado por la ley de hierro de las tendencias oligárquicas de los movimientos sociales, de Robert Michels».

En estas páginas, el entonces joven sociólogo alemán expuso lo que ha llegado a ser el argumento más importante contra el concepto rousseauniano de la democracia popular directa, que fundamenta gran parte de la teoría democrática y socialista tradicionales. Michels sostiene que el mal funcionamiento de la democracia no resultó de un bajo nivel de desarrollo social y económico, una educación insuficiente o el sometimiento de la opinión pública en el capitalismo. Según él, la oligarquía, el dominio de un partido, una institución cualquiera o una sociedad por quienes están en la cumbre, es parte intrínseca de la burocracia de la organización en gran escala. «Quien dice organización dice oligarquía».

¿Hay una respuesta frente a esta ley de hierro? ¿La democracia es un ideal utópico? ¿Los esfuerzos por crear sociedades socialistas libres desembocarán inevitablemente en una nueva tiranía? *Los partidos políticos* tiene toda la traza de un libro pesimista, pero en realidad no hace sino marcar, indispensablemente, la presencia de un mal que ha de desterrarse aunque sea con dolor para crear instituciones más nobles. Por eso conviene subrayar algo que el autor insertó al final de su trabajo: «Sólo un examen sereno y franco de los peligros oligárquicos de la democracia nos permitirá reducirlos al mínimo, aun cuando jamás puedan ser del todo eliminados».

Robert Michels

Los partidos políticos I

Un estudio sociológico de las tendencias oligárquicas de la democracia moderna

ePub r1.0
Titivillus 20.09.15

Título original: *Political Parties. A Sociological Study of the Oligarchical Tendencies of Modern Democracy*
Robert Michels, 1911
Traducción: Enrique Molina
Retoque de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

Prefacio del autor

MUCHOS de los problemas más importantes de la vida social surgieron durante la última centuria y media, pese a que sus causas reconocen en la psicología humana su origen primero. Aunque nos han sido legados por la época precedente, en los últimos tiempos han hecho sentir su presión y urgencia, han adquirido formulaciones más precisas y nuevo significado. Muchas de las mentes más esclarecidas han dedicado sus mejores energías a procurar solución a esos problemas. El llamado «principio de nacionalidad» ha sido esgrimido para resolver los problemas raciales y lingüísticos que han venido amenazando continuamente a Europa con la guerra, y a la mayor parte de los estados independientes, con revoluciones. En la esfera económica, el problema social amenaza la paz del mundo de manera más grave que las propias cuestiones de nacionalidad, y el «derecho del trabajador al producto total de su trabajo» ha llegado a ser la voz de orden. Por último, el principio del autogobierno, piedra fundamental de la democracia, ya es considerado como la solución del problema de la nacionalidad, pues este principio supone, en la práctica, aceptar la idea del gobierno popular. Hoy la experiencia nos demuestra que ninguna de aquellas soluciones tiene efectos de tan largo alcance como lo imaginaron, en las primeras horas de entusiasmo, sus respectivos descubridores. Es innegable la importancia del principio de nacionalidad, y la mayor parte de las cuestiones nacionales de la Europa occidental pueden ser resueltas —y deben serlo— de acuerdo con este principio; pero condiciones geográficas y estratégicas, tales como la dificultad de determinar las fronteras naturales y la necesidad frecuente de establecer fronteras estratégicas, complican las cosas; además, el principio de la nacionalidad no puede ayudamos donde apenas podemos decir que

existen las nacionalidades, o donde están enredadas en una confusión inextricable. En lo que al problema económico se refiere, las diferentes escuelas de pensamiento socialista nos han ofrecido muchas soluciones, pero la fórmula del derecho para el producto total del trabajo es más fácil de ubicar en el campo de la síntesis que en el del análisis. Fácil de formular como principio general, y como tal capaz de suscitar una aceptación amplia, es en cambio muy difícil de aplicar en la práctica real. El presente trabajo tiene por finalidad el estudio crítico de la tercera cuestión: el problema de la democracia. El autor opina que la democracia, tanto como teoría intelectual cuanto como movimiento práctico, inicia ahora una fase crítica para la cual será sumamente difícil descubrir una salida. La democracia ha encontrado obstáculos, no solo impuestos desde afuera, sino que surgen espontáneamente desde adentro. Quizás estos obstáculos no puedan ser superados ni allanados sino en parte.

Este estudio no pretende ofrecer un «sistema nuevo». La finalidad principal de la ciencia no es crear sistemas sino, más bien, promover su comprensión. Tampoco el propósito de la ciencia sociológica es descubrir ni redescubrir soluciones, pues no existen «soluciones» absolutas para muchos problemas de la vida de los individuos ni para los de la vida de los grupos sociales, y esas cuestiones deben permanecer «abiertas». El propósito del sociólogo ha de ser, más bien, exponer en forma desapasionada las tendencias y fuerzas antagónicas, las razones y las refutaciones; exponer, en resumidas cuentas, la trama y la urdimbre de la vida social. El diagnóstico preciso es el requisito lógico e indispensable de todo pronóstico posible. Desenmarañar y formular en detalle el complejo de tendencias que se oponen a la realización de la democracia, son cuestiones de dificultad suma. Podemos intentar, sin embargo, el análisis preliminar de ellas. Encontraremos que son clasificables en tendencias que dependen: 1) de la naturaleza del individuo humano; 2) de la naturaleza de la lucha política; y 3) de la naturaleza de la organización. La democracia conduce a la oligarquía, y contiene necesariamente un núcleo oligárquico. Está muy lejos de la intención del autor, al formular este aserto, el propósito de enjuiciar a ningún partido político, ni a sistema alguno de gobierno, para que respondan a una acusación de hipocresía. Esa

ley, característica esencial de todo conglomerado humano que tiende a constituir camarillas y subclases, está, como toda otra ley sociológica, más allá del bien y del mal.

El estudio y el análisis de los partidos políticos constituye una rama nueva de la ciencia. Ocupa un lugar intermedio entre las disciplinas sociales, filosoficopsicológicas e históricas, y bien podría ser considerada como una rama de la sociología aplicada. Ante el desarrollo actual de los partidos políticos, el aspecto *histórico* de esta nueva rama de la ciencia, ha merecido una atención considerable. Hay trabajos escritos acerca de la historia de casi todos los partidos políticos del mundo occidental; pero cuando llegamos a considerar *el análisis de la naturaleza del partido*, encontramos que este terreno es casi virgen. La meta de este trabajo es llenar ese claro de las ciencias sociológicas.

La tarea no ha sido fácil en modo alguno. Tan grande era la cantidad de material por estudiar, que las dificultades de una presentación concisa pudieron parecer casi insuperables. El autor debió renunciar a su intento de desarrollar el problema en toda su extensión y en toda su complejidad, y debió limitarse, más bien, a la consideración de los rasgos prominentes. En la ejecución de este propósito tuvo la ayuda inestimable e infatigable de su mujer, Gisela Michels.

La versión inglesa ha sido traducida de la edición italiana, en cuya preparación pude disponer de las revisiones de la primitiva versión al alemán.

Las críticas formuladas a las traducciones francesa y japonesa, publicadas recientemente, proporcionaron otras oportunidades de enmendar este volumen. Pero el único acontecimiento de importancia sobresaliente en el mundo político, después de la primera edición de *Los partidos políticos*, fue la declaración de la guerra que trepida todavía. Las conclusiones generales del autor respecto de la inevitabilidad de la oligarquía en la vida partidaria, y respecto de las dificultades que impone a la realización de la democracia el crecimiento de esa oligarquía, se han visto notablemente confirmadas en la vida política de todas las naciones beligerantes conductoras, inmediatamente después de declarada la guerra y durante el desarrollo de la lucha. El penúltimo capítulo de este volumen, escrito especialmente para la edición inglesa, trata de

«La vida partidaria en tiempos de guerra». Este nuevo capítulo pone de manifiesto que el autor se ha visto obligado a limitarse al análisis de grandes rasgos, pues estamos aún demasiado cerca de los acontecimientos que consideramos, para que sea posible algún juicio exacto. Además, mientras las llamas de la guerra iluminan con siniestros destellos la organización militar y económica de los estados que participan en la conflagración, dejan a los partidos políticos en la sombra. Por el momento, los partidos han sido eclipsados por las naciones. Es casi innecesario decir, sin embargo, que tan pronto como termine la guerra volverá la vida partidaria, y que descubriremos que la guerra ha significado un refuerzo de las tendencias características de los partidos.

ROBERT MICHELS

Basilea, 1915

Introducción

LA organización es lo que da origen a la dominación de los elegidos sobre los electores, de los mandatarios sobre los mandantes, de los delegados sobre los delegadores. Quien dice organización dice oligarquía.

Estas palabras, publicadas por primera vez en 1911, resumen la famosa «ley de hierro de la oligarquía» de Michels. En *Los partidos políticos*, Robert Michels, entonces joven sociólogo alemán, expuso lo que ha llegado a ser el argumento político más importante contra el concepto de Rousseau de la democracia popular directa, que fundamenta gran parte de la teoría democrática y socialista tradicional. Michels sostiene que el mal funcionamiento de la democracia existente —en particular la dominación de la sociedad y de las organizaciones populares por los líderes— no fue, en principio, un fenómeno que resultara de un bajo nivel de desarrollo social y económico, una educación inadecuada, o un dominio capitalista sobre el medio formador de opiniones y otras fuentes de poder, sino más bien una característica de todo sistema social complejo. La oligarquía, el dominio de una sociedad o de una organización por quienes están en la cumbre, es parte intrínseca de la burocracia de la organización en gran escala. El hombre moderno, según Michels, se enfrenta con un dilema sin solución: no puede tener grandes instituciones, tales como estados nacionales, gremios, partidos políticos ni iglesias, sin ceder el poder efectivo a los pocos que ocupan los cargos superiores de esas instituciones.

Para demostrar su tesis de incompatibilidad entre la democracia y la organización social de gran escala, Michels examina la conducta de los partidos socialistas en Alemania y en otras partes, que parecían, entonces, los más interesados en la difusión de la democracia. Luego de larga y activa militancia personal en el

movimiento socialista alemán, presentó un análisis completo de la estructura oligárquica del partido socialista democrático alemán, entonces el mayor partido socialista del mundo. Razones dirigidas a demostrar que los partidos más conservadores no eran, por dentro, democráticos, no hubieran confirmado este punto, pues la mayor parte de los conservadores alemanes o de otros países europeos no creían en la democracia, en el derecho ni en la capacidad de la mayoría para determinar una política social. Los socialistas, en cambio, pugnaron por el sufragio de los adultos, por la libertad de palabra y por la participación popular en el manejo y el gobierno de las instituciones económicas en todos los niveles. Si esos mismos partidos no eran democráticos en sus estructuras internas, presumiblemente el esfuerzo por democratizar completamente a la sociedad debía fracasar.

¿Cuáles son las causas de esta tendencia a la oligarquía? Michels proporciona una respuesta a esta pregunta[1].

La teoría de la organización, de Michels

Las organizaciones de gran escala dan a sus funcionarios casi un monopolio del poder.

Los partidos políticos, los gremios y todas las otras organizaciones grandes tienden a desarrollar una estructura burocrática, es decir, un sistema de organización racional (predecible) organizado jerárquicamente. El problema cabal de la administración requiere burocracia. Tal como Michels lo enuncia: «… es el producto inevitable del propio principio de organización… Toda organización partidaria que haya alcanzado un grado considerable de complejidad reclama la existencia de un cierto número de personas que dediquen todas sus actividades al trabajo del partido». Pero el precio de este aumento de la burocracia es la concentración del poder en la cumbre, y la pérdida de la influencia de los miembros de número. Los líderes tienen muchos recursos que les dan una ventaja insuperable sobre los otros miembros que intentan cambiar las políticas. Podemos contar entre sus recursos: al conocimientos superiores (p. ej., tienen privilegio en el acceso a mucha información utilizable para asegurar la aprobación de su programa); b) control sobre los medios formales de comunicación

con los miembros del partido (p. ej., dominan la prensa de la organización; como funcionarios asalariados con dedicación exclusiva pueden viajar por todas partes para exponer su plataforma, y la organización paga sus gastos, además de que sus puestos les permiten impartir órdenes a un auditorio); y c) pericia en el arte de la política (p. ej., están más acostumbrados que los no profesionales, a pronunciar discursos, escribir artículos y organizar actividades de grupo).

Las masas son incapaces de participar en el proceso de toma de decisiones, y necesitan un liderazgo fuerte.

Tal pericia en sus ocupaciones, propia del rol de líder, constituye una forma positiva de poder que se robustece más por lo que Michels llama «la incompetencia de las masas». Todo esfuerzo por apoyar la influencia de los miembros de número, requiere, entre otras cosas, que éstos participen de las actividades de la organización, de sus reuniones, y conozcan y se interesen en los problemas principales que afectan la vida del movimiento. No obstante, en realidad hay relativamente pocos miembros que asisten a las reuniones partidarias o gremiales. Las exigencias del trabajo, la familia, las actividades ociosas y otros compromisos semejantes, limitan mucho el tiempo real y la energía psíquica que el término medio de las personas puede dedicar a un grupo de miembros o a la política. El poco interés y la escasa participación obedecen también al hecho de que los miembros de toda organización de masa tienen, por fuerza, menos educación e ilustración general que los líderes.

En la masa —aun la masa organizada de los partidos de trabajadores— existe una necesidad inmensa de dirección y guía… Esto… es explicable por la división del trabajo tanto más amplia en la sociedad civilizada moderna, que hace cada vez más imposible abarcar en una única mirada la totalidad de la organización política del Estado y su mecanismo, cada vez más complicado. A esta despersonalización se suma —especialmente en los partidos populares— una diferencia profunda de cultura y educación entre los miembros. Esta diferencia imprime una tendencia dinámica siempre creciente a la necesidad de liderazgo que sienten las masas[2].

Si la realidad de la vida de la organización ayuda a explicar el poder de los líderes, no explica por qué tiene que haber conflicto

entre los intereses de los dirigentes y los miembros de número. Michels rechazó específicamente la suposición de que existiera un liderazgo representativo. Sostenía que quienes llegaban a ser funcionarios de los gremios o de los partidos políticos con dedicación exclusiva, o quienes actuaban como representantes parlamentarios, «aunque pertenecían por su posición social a la clase de los gobernados, habían llegado a formar parte, en realidad, de la oligarquía gobernante». Es decir, los líderes de las masas son en sí mismos parte de la «élite de poder», y elaboran propósitos y desarrollan intereses derivados de su posición entre los elementos más privilegiados. Por eso muchas de las iniciativas de las organizaciones de masas reflejan la voluntad y los intereses de los líderes, y no la voluntad ni los intereses de la masa. Michels sostenía, además, que en un partido político, «dista de ser evidente que los intereses de las masas aglutinadas para formar el partido, coincidirán con los intereses de la burocracia, en la cual se ha personalizado el partido. Los intereses del cuerpo de funcionarios [es decir, los funcionarios del partido] son siempre conservadores, y en una situación política dada estos intereses pueden aconsejar una política defensiva, y aun reaccionaria, cuando los intereses de la clase trabajadora reclaman una política osada y agresiva; en otros casos, aunque raros, pueden invertirse los roles. Por una ley social universalmente aplicable, todo órgano de la colectividad nacido como consecuencia de la necesidad de la división del trabajo, crea intereses peculiares propios, tan pronto como logra consolidarse. La existencia de estos intereses especiales trae apareado un conflicto inevitable con los intereses de la colectividad». Que los líderes de las organizaciones de masas sean parte de la «clase política» dominante, no significa necesariamente que no vayan a continuar oponiéndose a otros sectores de la élite política. Para mantener y extender su influencia deben exigir el apoyo de la masa que los sigue. Por eso continuarán oponiéndose a otros elementos de los estratos gobernantes, tales como las finanzas y la aristocracia. Sin embargo, el objetivo de la élite con base en la masa es reemplazar el poder de una minoría por el de otra: ellos mismos.

Cuando enfrenten una amenaza a su autoridad o cargo, desde dentro de la organización, los líderes se pondrán sumamente agresivos y no vacilarán en socavar muchos derechos democráticos.

Perder el gobierno de su organización es perder lo que los hace personas importantes, y por eso tienen buenos motivos para preservar sus puestos, aun cuando ello los lleve a adoptar métodos represivos. Pueden legitimar tal conducta señalando que una organización de masas es, inevitablemente, una organización que se mantiene mediante la lucha contra enemigos poderosos y malos. Por eso, todo esfuerzo por introducir el faccionalismo dentro de la organización, poner a prueba el acierto de la política del partido o de la organización, constituye una ayuda y una satisfacción para sus enemigos. Las críticas graves a los líderes son definidas así como traición a la propia organización.

Hace cincuenta años Michels publicó una advertencia al movimiento socialista: «El problema del socialismo no es simplemente un problema de economía… El socialismo es también un problema de administración, un problema de democracia». Formuló el pronóstico de que si los socialistas apoyaban la relación simple que existía entre la revolución política y el cambio social, la revolución social daría origen a una «dictadura en las manos de aquellos líderes que tienen astucia bastante y poder suficiente para apoderarse del cetro del dominio, en el nombre del socialismo… De este modo la revolución social no alcanzaría modificación real alguna de la estructura interna de las masas. Podrían conquistarla los socialistas, pero no el socialismo, que moriría en el momento en que sus adherentes triunfaran».

Las predicciones de Michels, en el sentido de que la conducta de los líderes partidarios reflejará más bien un conservadorismo democrático que una adhesión a la ideología o a la defensa de los intereses de sus miembros, parecen haberse confirmado a los tres años de la publicación del libro. El gran partido socialista democrático alemán, orgullo del socialismo internacional, defensor de la paz internacional, que se oponía a la política del gobierno del káiser y prometía declarar una huelga general si sobrevenía la guerra, apoyó la guerra tan pronto como fue declarada en 1914. El propio Lenin, aunque había criticado a los líderes del partido alemán, no podía creer que fuera posible que el partido se volcara tan rápido a apoyar xenofóbicamente al militarismo alemán, luego de haberse opuesto violentamente a él. Estaba convencido de que el ejemplar del periódico partidario *Vorwarts*, que reclamaba apoyo

para el esfuerzo de la guerra, era una falsificación.

Para Michels, este repentino cambio de frente de los líderes marxistas del socialismo alemán era una consecuencia lógica de su posición social, pues, tal como lo señalara en la segunda edición del libro publicada en 1915, «la vida del partido… no debe ser puesta en peligro… El partido cede, vende precipitadamente su alma internacionalista y, movido por el instinto de autoconservación, se transforma en un partido patriota. La guerra mundial de 1914 ha brindado la confirmación más efectiva de lo que el autor escribiera en la primera edición de este libro, con relación al futuro de los partidos socialistas». La reacción de casi todos los partidos socialistas a la primera guerra mundial demostró que los líderes partidarios socialistas daban prioridad a las necesidades de supervivencia de la organización, por encima de la adhesión a la doctrina. La revolución rusa brindó una confirmación aún más espectacular de sus otras predicciones, en el sentido de que una revolución socialista triunfante no significaría el triunfo de la democracia para la clase trabajadora sino el reemplazo de un grupo de gobernantes por otro[3]. La revolución encabezada por Nicolai Lenin, quien abogaba con energía por una sociedad completamente libre y democrática, pronto se transformó en un gobierno de partido único. Los bolcheviques conquistaron el poder y suprimieron a todos los demás, aun a aquellos grupos que habían apoyado la revolución y luchado junto a los bolcheviques contra sus adversarios militares. En 1920, apenas tres años después de conquistar el poder, el partido bolchevique comenzó las purgas en sus propias filas. Negó a sus propios miembros el derecho a constituir grupos que propiciaran iniciativas dentro del partido, y antes de una década había expulsado a algunos de los líderes más importantes por el «crimen» de oponerse a la voluntad del secretario del partido, Joseph Stalin[4].

La influencia de los partidos políticos

La aparente exactitud de las predicciones de Michels acerca de la conducta futura de los partidos políticos y otras organizaciones democráticas voluntarias, combinada con el hecho de haber señalado los procesos responsables de tales consecuencias, hicieron

de *Los partidos políticos* uno de los libros de mayor influencia en el siglo XX. Es un clásico de la ciencia social, y sigue interesando a quienes se preocupan por la acción política, tanto como a quienes los impulsa un interés erudito.

En un número reciente de la revista socialista *Dissent* (verano, 1961), Irving Howe habla en nombre de toda una generación de intelectuales de izquierda perturbados por los crímenes del stalinismo, cuando confiesa que al leer *Los partidos políticos* quedó «con una sensación permanente de desasosiego»[5]. En Polonia, el único partido tras la Cortina de Hierro que permitió, aunque solo por un breve lapso, el análisis de las raíces sociales del stalinismo (después que Khrushchev las admitió), el análisis de Michels llegó a ser una fuente primordial de ideas. Después que la revolución de octubre de 1956 depuso el régimen stalinista dentro del partido comunista polaco, una revista partidaria oficial publicó una traducción del capítulo final de *Union Democracy*, fragmento que procura extender el análisis de Michels hacia los problemas de la democracia en los movimientos laboristas y socialistas contemporáneos[6]. Después de esto, otro periódico polaco más académico, *Estudios de Sociología Política*, publicó un resumen detallado de *Los partidos políticos.*[7] La condición de clásico de la ciencia social de *Los partidos políticos* ha quedado demostrada muchas veces. Sigmund Neumann, uno de los estudiosos más notables de las instituciones de política comparada, escribió: «El estudio de la sociología de los partidos políticos ha estado enteramente dominado por la ley de hierro de las tendencias oligárquicas de los movimientos sociales, de Robert Michels»[8]. El erudito alemán Max Weber, que ha tenido quizá más influencia sobre la sociología y otras ciencias sociales que ningún otro sociólogo, fue amigo íntimo de Michels. Según su biógrafo político J. P. Mayer, sus escritos acerca de los partidos políticos tuvieron la influencia de las obras de Michels en un grado considerable. Su análisis de la estructura de los partidos políticos legales es un resumen de *Los partidos políticos*[9]. Del mismo modo, el erudito inglés en política comparada, James Bryce, resumió las conclusiones de su estudio de los gobiernos y los partidos en afirmaciones que casi parafrasean *Los partidos políticos.* Se refiere a la obra de Michels como «muy digna de ser leída», y comenta que «las opiniones

consignadas en el texto, a las que yo había llegado por otros caminos se ven confirmadas por un autor capaz, quien ha prestado especial atención al estudio del tema, R. Michels, en su libro llamado *Los partidos políticos*»[10].

Un destacado estudioso francés de las organizaciones partidarias contemporáneas, Maurice Duverger, reconoce su deuda intelectual a Michels, y hasta toma el título *Los partidos políticos* para su propio libro que analiza las fuentes y la naturaleza de la oligarquía entre diferentes tipos de organizaciones partidarias[11]. El estudio reciente de los partidos políticos ingleses, del relator de Sociología Política de la *London School of Economics*, Robert Mc Kenzie, ampliamente celebrado, representa un, esfuerzo «por valorar la importancia de ciertas teorías relativas a la naturaleza de los partidos políticos, entre las cuales quizá la más incitante e interesante sea la elaborada por Robert Michels…»[12] Y aunque brinda modificaciones importantes a las conclusiones pesimistas de Michels, la conclusión de McKenzie es que «este estudio ha demostrado que existen buenas pruebas de la acción de lo que Michels llama los factores "técnicos" y "psicológicos", que tienden a asegurar el ascenso y la retención del poder por un grupo pequeño de líderes de cada partido»[13]. El análisis de los partidos políticos no es el único terreno favorecido por los conceptos de Michels: encuestas acerca de la vida interna de organizaciones voluntarias, tales como asociaciones médicas, grupos de veteranos, grupos de presión y gremios, han proporcionado pruebas que confirman la «ley de hierro de la oligarquía». El economista del trabajo, y presidente de la Universidad de California, Clark Kerr, ha sintetizado estas pruebas en los siguientes términos:

> *La abrumadora mayoría de todas las organizaciones del hombre a través de la historia ha sido manejada por gobiernos de partido único. La mayor parte del tiempo, en casi todos los lugares del mundo, todas las organizaciones han estado bajo el dominio de un partido único. En algunos momentos de la historia, y en determinados lugares del mundo, han existido unas pocas organizaciones de dos partidos (o de partidos múltiples), pero el gobierno de partido único es lo normal y poco menos que universal. Los gremios no son una excepción. La Unión*

Tipográfica Internacional es el único ejemplo que se aparta de la regla, en el plano nacional dentro de los Estados Unidos.
Aun en los democráticos Estados Unidos, las corporaciones, los partidos políticos, las fraternidades, las sectas religiosas, las organizaciones de granjeros, los grupos adinerados o los gobiernos estudiantiles son todas organizaciones de partido único[14].

El análisis de Michels es especialmente aplicable al estudio del gobierno de los gremios[15]. Con pocas excepciones, estos análisis se interesan por la ausencia de una vida política democrática activa. En los Estados Unidos y en otros países, gremio tras gremio se muestran gobernados por oligarquías de partido único con un aparato político capaz de mantenerlas en el poder indefinidamente, y de reclutar a sus propios sucesores mediante negociaciones. Más allá del interés por la política interna de las asociaciones voluntarias, la obra de Michels también ha contribuido a un mejor estudio de la organización y la burocracia, y a la teoría sociológica en general. Tal como Philip Selznick lo ha señalado, «la teoría de Michels acerca de la organización democrática puede ser considerada como un caso especial de la recalcitrancia general de los instrumentos humanos de acción. La tendencia a subvertir los objetivos, mediante la creación de nuevos centros de interés y motivación, se manifiesta en todas las organizaciones. Las desviaciones de la racionalidad son características de las burocracias militar, industrial y gubernamental, así como de las asociaciones voluntarias». Michels ha abierto los ojos a los estudiosos de la organización para que «presten atención a las desviaciones de los objetivos y sistemas racionales postulados…»[16] Y el trabajo de Selznick, que está entre los que han tenido más influencia en el campo del análisis de las organizaciones, comienza con un esfuerzo por sistematizar y extender los conceptos de Michels relativos a las desviaciones de las normas profesadas[17]. Podemos percibir esas desviaciones como adaptaciones que las organizaciones conceden a los reclamos contradictorios que se manifiestan en las situaciones donde actúan. A fin de satisfacer ciertos objetivos necesarios para la preservación de la potencialidad de las organizaciones que manejan, los burócratas suelen descubrir

que tienen que violar otros objetivos, en los que están comprometidos. Según Selznick, el estudioso de las organizaciones comienza por la suposición, extraída de Michels, de que habrá «desviaciones de sus… objetivos admitidos», y que estas aparentes traiciones a los compromisos de la institución —como las violaciones de las normas democráticas por los líderes socialistas democráticos o gremialistas— son explicables si nos remitimos a la hipótesis de que los burócratas son funcionarios que concentran el poder en sus propias manos, y proceden de acuerdo con sus propios intereses. Su análisis de la TVA, incluido en su trabajo básico, *TVA and the Grass Roots*, analizaba la forma en que la adaptación de la burocracia de la TVA «a los intereses conservadores del Valle resultaba una consecuencia imprevista dados la función y el carácter de la organización»[18]. Aquí, la descripción que hace Selznick de los ajustes de la política, dictados por las necesidades de la institución que requiere un respaldo para sobrevivir, reproduce las advertencias de Michels en el sentido de que «el principio necesario de organización acarrea otros peligros consigo… En realidad, la organización es la fuente desde donde parten las corrientes conservadoras que invaden la llanura de la democracia, originan inundaciones desastrosas y hacen irreconocible la llanura»[19].

¿Hay una respuesta a la ley de hierro de la oligarquía?

Si lo miramos desde la perspectiva interesada en una sociedad más democrática y más igualitaria, *Los partidos políticos* es un libro pesimista. El propio Michels nos dice, en el último capítulo, que el estudio histórico nos obliga a «insistir en el aspecto pesimista de la democracia…»[20] ¿Entonces la democracia es un ideal utópico? ¿Los esfuerzos por crear sociedades socialistas libres desembocarán inevitablemente en una nueva tiranía?

Las respuestas marxista y comunista

Los movimientos socialista y laborista han tenido, evidentemente, la obligación especial de atender a Michels. La respuesta marxista tradicional ha sido negar que la organización burocrática pudiera

dar lugar al advenimiento de una nueva clase dirigente, pues la base requerida por estas clases no es de forma técnica de organización, sino de propiedad de recursos económicos. Sidney Hook, escribiendo como marxista en los primeros años de la década de 1930, presentaba esta tesis:

> *Michels soslaya… las presuposiciones sociales y económicas del liderazgo oligárquico en el pasado. El liderazgo político en las sociedades pasadas significó poder económico. La educación y la tradición favorecieron las tendencias a una autoafirmación abusiva en algunas clases y, al mismo tiempo, procuraron amortiguar el interés de las masas por la política. En una sociedad socialista donde el liderazgo político es una función administrativa y carece, por eso, de poder económico; donde los procesos de educación procuran dirigir las tendencias psíquicas de autoafirmación hacia «equivalentes morales y sociales» de ambición oligárquica; donde ha sido abolido el monopolio de la educación para una sola clase y la división del trabajo entre operarios manuales y mentales desaparece paulatinamente, el peligro de que la «ley de hierro de la oligarquía» de Michels se manifieste en su forma tradicional, resulta bastante remoto*[21].

En el único esfuerzo comunista importante por responder a Michels, escrito al comienzo de la década de 1920, Nikolai Bukharin, entonces el más grande teorizador comunista después de Lenin, reconocía la importancia de las críticas de Michels, y aun calificó a *Los partidos políticos* como «un libro muy interesante». Bukharin no se empeñó en poner a prueba la hipótesis de Michels de que el poder de los administradores, en un sistema socialista, pudiera constituir un problema, aunque —como Hook— impuso la opinión de que en una sociedad realmente socialista «este poder sería el poder de la sociedad sobre las máquinas, no sobre los hombres». Sin embargo, no se aferró a esta suposición, sino que más bien insistió en subrayar en su respuesta el cambio de situación de las clases inferiores:

> *[En un sistema socialista] lo que constituye una categoría eterna en la presentación de Michels —es decir, la «incompetencia de las*

masas»— desaparecerá, pues esta incompetencia no es en modo alguno atributo necesario de todos los sistemas; además, es un producto de las condiciones económicas y técnicas que se manifiestan en el estado cultural general y en las condiciones de la educación. Cabe decir que en la sociedad futura habrá una superproducción colosal de organizadores, que anulará la estabilidad de los grupos dirigentes.

No obstante, Bukharin, cuando escribía antes del advenimiento del stalinismo, reconoció que esta respuesta no era suficiente, pues el período que atravesaba Rusia, «el *período de transición* del capitalismo al socialismo, es decir, el período de la dictadura del proletariado, es mucho más difícil». En esta situación afirmaba: «Sobrevendrá inevitablemente una *tendencia* a la "degeneración", es decir, la excreción de un estrato dirigente en la forma de un germen clasista. Esta tendencia será retardada por dos tendencias antagónicas; primero, por el *aumento de las fuerzas productivas*; segundo, por la abolición del *monopolio de la educación*. La creciente reproducción de tecnólogos y de organizadores en general, salidos de la propia clase trabajadora, desbaratará el posible establecimiento de la nueva clase. Las consecuencias de la lucha dependerán de cuál de las tendencias resulte la más fuerte»[22]. Es claro que Bukharin no hizo frente a la descripción de Michels de la estructura de los partidos socialista y (presumiblemente) comunista, en un medio capitalista. En realidad, la insistencia de Michels en la «incompetencia de las masas» coincide, como lo hemos señalado, con mucho del análisis de Lenin en su libro de texto fundamental de organización partidaria, *¿Qué hacer?* Lenin postula un partido pequeño de revolucionarios profesionales que han de conducir a las masas, porque éstas son incompetentes para encontrar el buen camino sin dirección[23]. En las últimas páginas de un libro destinado a ser una guía partidaria fundamental, Bukharin previene que una sociedad socialista debe encontrar una forma para socavar «la *estabilidad* de los grupos dirigentes», y contempló como problemáticas las probabilidades de alcanzar esa solución. «El resultado de la lucha dependerá de cuáles tendencias resulten las más fuertes». Bukharin depositaba sus esperanzas en que el socialismo no se transformara en una sociedad oligárquica más, con

la creencia en que una sociedad realmente socialista ennoblecería el estrato inferior mediante educación y desarrollo económico; fuera del aparato gubernamental habría siempre un grupo dueño, a un tiempo, de conciencia política y de competencia para emprender acciones que evitaran que los «administradores» constituyeran la sociedad dominante.

Aspectos superdeterministas de la teoría

Michels ha sido criticado por ser superdeterminista, por ver solo el lado restrictivo de la burocracia, y dejar de verla también como un medio mediante el cual los grupos podrían alcanzar los objetivos deseados. Así, muchos de los análisis recientes de investigadores sociales no solo se han interesado en la burocratización como determinante de una conducta que atiende a sus propios intereses dentro de la organización, sino que también han especificado los factores que hacen que ciertos tipos de organizaciones sean más afortunados que otros. Les ha interesado considerar factores que hacen que las organizaciones *cambien* en su conducta[24]. Y entre las variables anotadas están la naturaleza de los objetivos, las formas de asimilar los objetivos y los métodos dentro del *modus operandi*, la forma en que la multiplicación de funciones de la organización afecta la conducta, y la medida en que modifican las acciones de los burócratas, los diferentes tipos de miembros o adherentes[25]. Maurice Duverger, Sigmund Neumann y Robert McKenzie, entre otros, han demostrado que Michels ha sido superdeterminista en su análisis de la conducta partidaria. Es evidente que existen variaciones importantes en la estructura de la organización de los diferentes partidos políticos. Por ejemplo, los dos partidos mayores de los Estados Unidos difieren mucho del partido socialista democrático alemán que sirvió de modelo a Michels, ya que carecen de gobierno centralizado en el nivel nacional, y muestran una centralización relativamente débil aun en el plano provincial. Además, el faccionalismo colma los partidos americanos, y es bastante común la rotación en el gobierno del partido, si la comparamos con la mayor parte de los partidos europeos. En parte, esta variación es consecuencia del esquema norteamericano y partidario, el cual a su vez es, en gran medida, consecuencia de

formas constitucionales que requieren la aglutinación en dos grandes coaliciones electorales, de los diversos intereses que tienen importancia política en todo el país (el poder ejecutivo primario está determinado por la elección de un único hombre, el presidente o gobernador, más bien que por los miembros del parlamento). Los diversos grupos, que en las naciones de partidos múltiples tienen partidos independientes cuyos cambios internos de conducción son relativamente pequeños, constituyen la base de las facciones en los sistemas políticos bipartidarios[26].

Dejado de lado el problema de la oligarquía, queda en pie la cuestión de la representatividad. Algunos analistas de las actividades de los sindicatos que reconocen que casi todos están dominados por una administración atrincherada, sostienen que éstos siguen satisfaciendo su función primordial desde el punto de vista de los intereses de sus miembros. Así, V. L. Alien, estudioso de los sindicatos, afirma, en respuesta a Michels, que «el propósito de la actividad del sindicato es proteger y mejorar el nivel general de sus miembros, y no lo es proporcionar a los trabajadores el ejercicio del gobierno propio»[27]. Más adelante sugiere, en cambio, que este propósito solo se verá favorecido cuando «sean severas las sanciones [a los dirigentes sindicales] por su ineficiencia, la malversación de fondos o el abuso del poder… La naturaleza voluntaria de los sindicatos facilita esas sanciones. El dirigente sindical, ante el miedo continuo de perder afiliados, inevitablemente dará los pasos necesarios para satisfacer sus deseos… La desafiliación de los miembros es un estímulo mucho mayor que la resolución expresada con las palabras más enérgicas»[28].

Podemos encontrar algunas pruebas de esta tesis en los *United Mine Workers of America* (Mineros Unidos de los Estados Unidos), quienes durante cierto lapso alrededor de 1930 apoyaron una política gremial conservadora que repugnaba las doctrinas sociales de su presidente dictatorial, John L. Lewis. Frente a una rápida merma de afiliados y el auge de rivales izquierdistas, Lewis adoptó tácticas cuya militancia ha sido más notable que las de sindicatos mineros de otros países, conducidos por líderes comunistas o socialistas de izquierda. Este argumento ha sido formulado en el nivel más general de análisis institucional. Según Alvin Gouldner, en todas las organizaciones existe «*la necesidad de que —al menos en*

alguna medida los gobernados aprueben los actos de quienes los gobiernan… Y si todas las organizaciones deben ajustarse a esta necesidad de aprobación ¿no existe, acaso, dentro de los estrechos márgenes de la organización un gran elemento de eso que llamamos democracia? Podría parecer que esta exigencia de la organización hiciera que las oligarquías y toda separación entre conductores y conducidos no fueran menos inestables que las organizaciones democráticas»[29].

Además, el problema de la representatividad aparece confundido por la ausencia de alternativas genuinas entre las cuales puedan elegir los miembros. La ausencia de todo grupo de posición organizado, en la mayor parte de los gremios y otras asociaciones privadas, impide que los miembros elijan un líder que comparta sus opiniones. Es difícil creer, por ejemplo, que las diferencias de la conducta de los dos gremios del vestido dominado por judíos durante las dos décadas de 1930 y 1940 representen variantes en el sentimiento predominante de sus miembros. La *Amalgamated Cloihing Workers' Union*, dirigida por Sidney Hillman, fue un pilar para la CIO y cooperó con los comunistas del partido laborista de Nueva York (*New York's American Labor Party*). La *International Ladies Garment Workers Union*, dirigida por David Dubinsky, apoyó a la *A. F. of L.*, y formó el partido liberal, enérgicamente anticomunista. John L. Lewis respaldó al candidato republicano para la presidencia de los Estados Unidos en 1940, en tanto que la gran mayoría de sus miembros eran partidarios evidentes de Franklin Roosevelt[30]. Una encuesta entre los miembros de la *British Medical Association*, en momentos en que los líderes de la asociación luchaban enérgicamente contra todos los proyectos de medicina estatal, demostró que la mayoría estaba más de acuerdo con el gobierno que con sus dirigentes en la mayor parte de los puntos[31]. El sindicato único inglés más importante, el *Transport and General Workers Union*, pasó de ser un puntal de la política laborista de derecha, bajo la dirección de Ernest Bevin y de Arthur Deakin, a la fuente de fuerza más importante del ala izquierda del partido laborista, con la secretaría general de Frank Cousins. El acceso de Cousins a este cargo no fue el resultado de un cambio en las actitudes de sus miembros, sino que sucedió, más bien, a la muerte de los dos secretarios precedentes, ocurrida en un solo

año[32].

Es difícil aducir objetivamente cuándo existe en realidad una ruptura grave entre los intereses y objetivos conscientes de los miembros, y los de sus líderes. Michels sostiene que el giro hacia la «derecha» antes de la primera guerra mundial dentro de los sindicatos alemanes y del partido socialista democrático, demostraba la forma en que el conservadorismo democrático propio de los líderes desvía a las organizaciones de su meta y de las creencias de sus miembros. No obstante, Rose Laub Coser ha reunido pruebas que sugieren, en cambio, que antes habían cambiado las metas y las creencias de los miembros[33]. Señala que el rápido mejoramiento de la situación social y económica de la clase trabajadora alemana en las dos décadas anteriores a la primera guerra mundial dio origen a un estrato bajo relativamente conservador y satisfecho, para quien la ideología revolucionaria e internacionalista tradicional, propuesta por los conductores partidarios hasta 1914, tenía poco atractivo. Encuestas recientes acerca de la opinión pública en Inglaterra demuestran que la gran mayoría de los sindicatos ingleses y los miembros del partido laborista han apoyado la política de los conductores parlamentarios derechistas del partido, aunque los izquierdistas pudieron ganar el voto de la mayoría en 1960, en algunos proyectos de la convención del partido laborista, y continúan conservando una fuerza que no está en relación con su apoyo político real entre los miembros[34].

En los Estados Unidos, la *International Longshoremen's Association*, calificada de corrupta, dictatorial e intimidatoria, separada de la AFL-CIO y atacada por diversas dependencias oficiales, logró ganar tres elecciones de voto secreto y fiscalizadas por el gobierno, contra un rival de buena posición financiera y respaldado por los recursos y el prestigio de la AFL-CIO[35]. Del mismo modo, la *Teamsters' Union*, dirigida por Jimmy Hoffa, aunque expulsada también de la AFL-CIO por corrupta, y denunciada por las dependencias gubernamentales como dictatorial, ha sido el sindicato de más rápido desarrollo en los Estados Unidos. Esta paradoja de que los afiliados apoyen la oligarquía, la corrupción, el comunismo, la política republicana y otras tendencias en evidente contradicción con sus sentimientos o intereses, es explicable por la forma en que sus propios miembros consideran al sindicato. Si lo

ven como una organización con una finalidad primaria única, y si la organización satisface ese propósito primario —en el caso de los sindicatos el objetivo evidente es la mejora colectiva—, los líderes gozan de considerable libertad de acción en otros terrenos considerados como puntos políticos menos importantes.

Aunque en cierto sentido general las organizaciones deben «representar» a sus miembros en la lucha por mejores salarios, mejores precios para los productos de la tierra, mejores beneficios y dividendos, sigue siendo válida la suposición fundamental de Michels relativa a los efectos de la división del trabajo dentro de las organizaciones. Como él dice, esta división determina la delegación del poder efectivo en un grupo pequeño de dirigentes, quienes en casi todas las circunstancias son capaces de retener el poder. También parece cierto que estos grupos dirigentes establecen objetivos que difieren a menudo de los propósitos originales de la organización y de los intereses y actitudes de sus miembros.

Es evidente que estas generalizaciones plantean problemas importantes relativos a la posibilidad de una democracia política. El propio Michels cree haber demostrado que la democracia y el socialismo son estructuralmente imposibles. Cuando escribió *Los partidos políticos*, aún apoyaba con vehemencia la lucha en favor de más democracia como un medio de reducir las tendencias oligárquicas. Cuando hubo demostrado que la democracia era imposible, que los líderes democráticos eran, en realidad, hipócritas, ya no pudo abrigar una creencia fundada en las ideologías y movimientos democráticos, ni siquiera como males menores. En teoría, su análisis plantea un problema: *si* en realidad todos los líderes de las organizaciones de masa eran, por naturaleza, oligarcas conservadores y egoístas, ¿cómo nos asegura la política que los líderes resuelvan los grandes problemas y la necesidad del cambio social? Años más tarde Michels descubrió que la respuesta estaba en los líderes carismáticos y fuertes, «personas dotadas de extraordinarias cualidades congénitas, a veces calificados, con justicia, de sobrenaturales y, en todo sentido, siempre muy por encima del nivel general. En virtud de tales cualidades se los considera capaces (y a menudo lo son) de realizar proezas, y aun cosas milagrosas»[36]. Solo el líder carismático tiene la capacidad de superar el conservadorismo propio de la organización y de

soliviantar a las masas en apoyo de grandes cosas. Podemos esperar la grandeza más bien de los carismáticos que de la democracia o de la burocracia. No podemos callar que Michels encontró su líder carismático en Benito Mussolini. Para él, *II Duce* traducía «en forma desnuda y brillante los deseos de la multitud». Los compromisos vulgares y el conservadorismo dictado por las limitaciones de la democracia burocrática y oligárquica, no eran para el carismático Duce y el fascismo. «En cambio, su perfecta fe en sí mismo, base esencial para esta forma de gobierno carismático, proporciona la tendencia dinámica característica. Y esto por dos razones: un pasado de luchas —de luchas victoriosas— hay en el líder carismático; por eso tiene conciencia de sus aptitudes, que ha demostrado capaces de una aplicación valiosa… Por otra parte, su futuro depende de las pruebas que pueda darnos, de su buena estrella»[37]. Y Michels, que había sido excluido de cargos académicos en Alemania durante muchos años, por su socialismo, abandonó su puesto en la Universidad de Basilea para aceptar la presidencia de la Universidad de Perugia, que le fuera ofrecida personalmente por Benito Mussolini en 1928.

La teoría «elitista» de la democracia

Con su concepto de la sociedad y la organización como entidades divididas entre élites y prosélitos, Michels llegó a aceptar la idea de que el mejor gobierno es el sistema ostensiblemente elitista bajo la dirección de un líder carismàtico —aquel mismo concepto había llevado a otros hombres a conclusiones notablemente diferentes—, y sugirió la necesidad de reformular el concepto de democracia, de elaborar la teoría «elitista» de la democracia. Max Weber y Joseph Schumpeter, entre otros, habían insistido en que el elemento más característico y más valioso de la democracia es la formación de una élite política en la lucha competitiva por los votos de un electorado fundamentalmente pasivo[38]. Este enfoque general ha sido elaborado hace poco por Talcott Parsons, quien sostuvo que el sistema político brinda un liderazgo generalizado para el sistema social más amplio, al establecer y alcanzar anhelos colectivos, y que las organizaciones interesadas, que dan el apoyo generalizado a los diferentes grupos de líderes con la esperanza de que aprueben las

medidas que favorecen a sus intereses particulares, reconocen esto. Recíprocamente, diversos grupos sociales establecen y postulan iniciativas políticas particulares que, en algunas circunstancias, pueden dar lugar a decisiones específicas por parte de los organismos gubernamentales. La lucha competitiva dentro de la élite política, en procura del apoyo generalizado como del específico, da acceso al poder político a aquellos que están fuera de la estructura de las autoridades[39]. La palabra clave de este enunciado es *acceso*. Quienes tienen acceso a la élite política, en el sentido de que algunos sectores de ésta —líderes partidarios, funcionarios, dirigentes de organizaciones de masas— considerarán cómo deben reaccionar ante una política determinada, participar del poder efectivo, aun cuando su participación se limite a votar cada cuatro años o menos[40]. El intercambio, o trueque de liderazgo por apoyo, tiene lugar por intermedio de lo que llamamos el sistema de representación. La estructura fundamental de este sistema abarca no solo los mecanismos formales del gobierno, sino las diversas prácticas institucionales que encontramos en una sociedad democrática —sistemas partidarios y organizaciones de intereses— que sirven para facilitar el intercambio entre la autoridad y los agrupamientos sociales espontáneos, que tienen intereses específicos. El sistema de representación vincula la autoridad (legislativa, ejecutiva y judicial) con una diversidad de subgrupos tales como los religiosos, étnicos, profesionales, regionales, de clase, etc. La representación no es ni un mero medio de ajuste político a las presiones sociales, ni un instrumento de manejo. Participa de ambas funciones, pues el propósito de la representación es establecer las combinaciones de relación entre partidos y bases sociales que hacen posible el desenvolvimiento de un gobierno eficiente. La teoría elitista de la democracia acepta gran parte del análisis de Michels de la estructura interna de las organizaciones de masas, pero señala que tanto él como otros de la escuela política llamada maquiavélica, por quienes fue influido, tales como Pareto, Mosca y Sorel, demuestran la imposibilidad de la democracia dentro de una política más amplia, por definición, al *contemplar toda separación* entre los líderes y los prosélitos como una negación *ipso facto* de la democracia[41].

La democracia —en el sentido de sistema de toma de decisiones

donde todos los miembros o ciudadanos desempeñan una función activa en el proceso continuo— es, por naturaleza, imposible. En general las élites de la organización gozan de prolongada influencia sobre los ministerios. Michels demostró con claridad la imposibilidad técnica de poner fin a la división estructural entre gobernantes y gobernados dentro de una sociedad compleja. Las élites políticas y de organizaciones tienen siempre intereses especiales de grupo, que son de algún modo diferentes de aquellos de las personas que representan. Pero aun cuando aceptemos la validez de todos estos puntos, no significan que la democracia sea imposible; sugieren más bien la necesidad de una comprensión más realista del potencial democrático en una sociedad compleja.

El concepto del poder, de Michels, reside fundamentalmente en la suposición de que la conducta de todas las minorías dominantes, ya sea en la totalidad de la sociedad o en las organizaciones, debe ser interpretada, en primer lugar, como siguiendo una lógica de autointerés, una explotación de las masas para mantener o extender sus propios privilegios y poder. A este respecto, Michels acepta explícitamente la concepción materialista de la historia del marxismo. Tal como él mismo lo afirma, su teoría «completa aquella concepción y la refuerza. No hay contradicción esencial entre la doctrina de que la historia es el registro de una serie continuada de luchas de clases, y la doctrina de que las luchas de clases culminan invariablemente en la creación de una nueva oligarquía que se fusiona con la anterior. La existencia de una clase política no contradice el contenido esencial del marxismo, considerado no como dogma económico sino como filosofía de la historia…». Este concepto de la vida política supone, como lo ha sugerido Talcott Parsons, «que es el único poder que determina "en realidad" lo que ocurre en la sociedad. Contra esto, quiero expresar la opinión de que el poder es solo uno de los diversos factores asociados, en la determinación de los acontecimientos sociales»[42]. El poder de toda minoría organizada está circunscripto al establecimiento social interno y externo de la política que conduce. Es evidente que las organizaciones de masas y los partidos políticos han sido gestores de muchos cambios que han hecho que la masa de la población esté más libre de coerción (libertad de palabra, de movimiento, garantía de estabilidad en el trabajo, etc.) y han

nivelado las oportunidades y los ingresos. Los trabajadores de Escandinavia, Inglaterra y los Estados Unidos son más libres y están más seguros hoy porque los partidos políticos que *dependen del apoyo de ellos* han conquistado cargos electivos. La *American Medical Association*, y los gremios que integran la AFL-CIO están dominados por oligarquías que se perpetúan, pero los jefes de esos organismos adoptan posturas de aguda controversia en la cuestión de la atención médica garantizada por el gobierno. Frente a la necesidad de ganar el apoyo de un electorado de masa, los republicanos de los Estados Unidos y los conservadores de Gran Bretaña mantienen la mayor parte de las conquistas de bienestar sancionadas por sus predecesores. Cabe considerar al poder, en una medida considerable, como «la capacidad de movilizar los recursos de la sociedad [o de una organización] para alcanzar los objetivos por cuya materialización han asumido un compromiso general y "público", o podrían asumirlo»[43]. No es oportuno insistir en los aspectos oligárquicos ni de «élite de poder» de la vida de las organizaciones o de la política, que conducen a sus exponentes a ignorar las fuentes y consecuencias de la controversia. Michels se vio obligado a negar que los conflictos entre las facciones —alas izquierda y derecha— dentro del movimiento socialista, o de otros partidos, representaran otra cosa que no fuera la lucha por las dádivas de puestos públicos y, en realidad, casi nunca menciona esas controversias. Del mismo modo, el más nuevo de los exponentes de la teoría de las élites, C. Wright Mills, ignora casi completamente la existencia de partidos políticos en la lucha por el poder en los Estados Unidos[44].

Cabe considerar a la democracia en la Sociedad moderna, en esencia, como integradora del conflicto de los grupos organizados que compiten por el apoyo popular[45]. Puesto que muchos grupos organizados, ora en los hechos, ora potencialmente, están siempre privados de cargos, o privados del favor de quienes desempeñan cargos en un sistema democrático, tienen interés en institucionalizar salvaguardas de los derechos democráticos de la libertad de palabra, de prensa, de reunión, etc. Esta imagen de la democracia como conflicto entre grupos organizados, y de acceso de los gobernados a sus gobernantes, acaso esté muy lejos del ideal de la ciudad-Estado griega, o de los pequeños cantones suizos, pero en

su funcionamiento es mucho mejor que cualquier otro sistema político concebido para reducir la explotación potencial del hombre por el hombre. Sólo mediante el conflicto y el compromiso público en objetivos explícitos, será posible limitar el mal uso egoísta del poder.

Aunque la mayor parte de los gobiernos particulares, los sindicatos, las sociedades profesionales, las organizaciones de veteranos y los partidos políticos siguen siendo sistemas de partido único, pues carecen de la base para constituir conflictos internos, es importante reconocer que muchas organizaciones que son oligárquicas por dentro, ayudan a sostener la democracia política de una sociedad mayor, y a proteger los intereses de sus miembros de los avances de otros grupos. La democracia reside, en gran medida, en el hecho de que ningún grupo logra asegurarse una base de poder y mando sobre la mayoría, de manera tal que pueda suprimir o negar, en los hechos, los reclamos de los grupos antagónicos. El movimiento laborista, con su ideal de igualdad, ha desempeñado una función importante al alentar la constitución de instituciones de democracia política. En todas las democracias políticas los trabajadores pueden hablar y actuar hoy con mucho menos temor de que sus actos afecten su capacidad de ganarse la vida, de cuanto hubieran podido hace apenas tres décadas. Hay pocos sindicatos que tengan tanto poder potencial sobre sus miembros, como los empleadores los tuvieron sobre sus obreros (lamentablemente hay algunos). El reto lanzado por Michels en el sentido de que organización significaba oligarquía, iba dirigido específicamente contra sus camaradas de entonces en el movimiento socialista. Y en la medida en que socialismo ha significado *únicamente* un robustecimiento del poder del Estado, y de la propiedad del gobierno, ha aumentado la amenaza potencial a la democracia. Por eso, en gran medida, mientras el mundo avanza en la dirección de una sociedad colectivista, en respuesta a la presión de los estratos más bajos que reclaman que el Estado asuma la responsabilidad de garantizarles pleno empleo, una distribución más equitativa de los bienes y servicios, oportunidades más parejas, y mayor seguridad contra los azares de la enfermedad y la ancianidad, el problema de la compatibilidad del socialismo y la democracia se hace cada vez más notorio.

El advenimiento de una «nueva clase» comunista, más poderosa y explotadora que la clase gobernante capitalista de antes, presenta una advertencia constante a todos los demócratas, y en particular a los socialistas que hay entre ellos, de la necesidad de aprender las lecciones para la democracia, expuestas en *Los partidos políticos*. Afortunadamente la historia moderna nos dice que los socialistas occidentales han aprendido bien estas lecciones. La mayor parte de los partidos socialistas procuran ahora reducir al mínimo las propiedades y el dominio del gobierno, salvo lo necesario para mejorar el bienestar y los objetivos igualitarios, y reconocen que muchas formas de propiedad —pública, cooperativa y privada— son preferibles a toda nueva concentración del poder. Además, constituye ya un principio aceptado en todos los movimientos socialistas democráticos, que los sindicatos, aun cuando apoyen los objetivos socialistas, deben mantener su independencia del Estado y de los gobiernos manejados por partidos socialistas. En *The New Class* Milovan Djilas, que es uno de los que mejor conocen los peligros de la concentración del poder, señala las diferencias entre los estados que procuran el bienestar social en el oeste y los sistemas totalitarios en el este:

> *Además de otras diferencias entre estos sistemas [el comunista y el occidental], hay una diferencia esencial en la propiedad estatal y en la función del Estado en la economía. Aunque la propiedad estatal aparece técnicamente, en alguna medida, en ambos sistemas, ambos tipos de propiedad son diferentes y aun contradictorios. Esto también es aplicable a la función del Estado en la economía.*
> *Ni un solo gobierno occidental actúa como propietario, con relación a la economía. En realidad, el gobierno occidental no es ni dueño de la propiedad nacionalizada, ni dueño de los fondos que recauda como impuestos. No puede ser dueño porque está sujeto al cambio. Debe administrar y distribuir esta propiedad con la fiscalización del parlamento. En el curso de la distribución de la propiedad, el gobierno está sujeto a diversas influencias, pero no es el dueño. Todo lo que hace es administrar y distribuir, bien o mal, una propiedad que no le pertenece*[46].

Proteger el derecho a cambiar de gobierno, a conservar diversos centros de poder, a mantener abierto el acceso a la autoridad, tal es la tarea de los hombres que aprecian la libertad, en la segunda mitad del siglo XX. Por una ironía de la historia, una de las principales armas intelectuales del arsenal de la libertad, este brillante análisis de la amenaza endémica a la libertad, propia de la organización, el mismo instrumento que el industrial debe emplear para manejar *su* economía *y su* política, nos ha *sido* brindado por un hombre que cuando murió apoyaba al gobierno fascista de Italia. Recordemos, no obstante, no al admirador del Duce, sino al hombre que al terminar su estudio de las fuentes de la oligarquía escribió:

> *La democracia es un tesoro que nadie descubrirá jamás en una búsqueda deliberada; pero al proseguir nuestra búsqueda, al trabajar incansablemente por descubrir lo indescubrible, realizaremos una tarea que tendrá resultados fecundos en el sentido democrático… En realidad, es característica general de la democracia, y por consiguiente también del movimiento laborista, estimular y consolidar en el individuo las aptitudes intelectuales de crítica y fiscalización…*
> *Cabe decir, por eso, que cuanto más reconoce la humanidad las ventajas que presenta la democracia, aunque imperfecta, sobre la aristocracia aun en sus mejores manifestaciones, tanto menos probable es que el reconocimiento de los defectos de la democracia vaya a estimular un retorno a la aristocracia… Solo un examen sereno y franco de los peligros oligárquicos de la democracia nos permitirá reducirlos al mínimo, aun cuando jamás puedan ser del todo eliminados.*

Este prefacio representa un esfuerzo por expresar mi gran deuda intelectual a Robert Michels. En *Union Democracy*, junto con mis colegas Martin Trow y James Coleman, procuré elaborar su aspecto optimista, poniendo a prueba muchas de las hipótesis que él propuso en el contexto de la cuestión: ¿cuáles son las condiciones que hacen posible la democracia dentro de gobiernos privados tales como los sindicatos? Confío en que una divulgación más amplia de sus ideas, que esta nueva edición hace posible, aumentará el número de quienes, en la política y en el estudio, siguen su consejo

de trabajar «incansablemente por descubrir lo indescubrible», pues, como él lo advertía, aunque los ideales de la democracia y el socialismo jamás puedan ser alcanzados, la lucha constante en procura de ellos es la única forma en que podemos acercarnos.

SEYMOUH MARTIN LIPSET

Berkeley, California
Agosto de 1961

LOS PARTIDOS POLÍTICOS

1. La aristocracia democrática y la democracia aristocrática

LA forma más restringida de oligarquía, la monarquía absoluta, se funda sobre la voluntad de un solo individuo. *Sic volo sic jubeo. Tel est mon bon plaisir.* Esto se me antoja. Uno ordena y todos los demás obedecen. La voluntad de una sola persona puede contrarrestar el deseo de la nación, y aún hoy tenemos un resabio de esto en el derecho de veto en la monarquía constitucional. La justificación legal de este régimen extrae los motivos de una metafísica trascendente. El fundamento lógico de toda monarquía reside en una apelación a Dios. Dios es bajado del paraíso para servir como escudo del baluarte monárquico, y darle su fundamento de ley constitucional: la gracia de Dios. Por eso el sistema monárquico, en la medida en que sigue apoyándose sobre un elemento sobrenatural, es eterno e inmutable, considerado desde el punto de vista de la ley constitucional, y no puede ser afectado por leyes humanas ni por la voluntad de los hombres. Como consecuencia de esto, es imposible la abolición legal, jurídica y legítima de la monarquía: ilusión del tonto soñador político. La monarquía solo puede ser legalmente abolida por Dios… y la voluntad de Dios es inescrutable.

En los antípodas del principio monárquico —en teoría— está la democracia, que niega el derecho de uno sobre los demás. *In abstracto*, hace a todos los ciudadanos iguales ante la ley. Da a cada uno de ellos la posibilidad de ascender a la cumbre de la escala social, facilita así el camino a los derechos de la comunidad, al anular ante la ley todos los privilegios de nacimiento y al desear que en la sociedad humana la lucha por la preeminencia se decida únicamente de acuerdo con la capacidad individual. Mientras el principio de la monarquía lo libra todo al carácter de un único individuo, de donde resulta que el mejor gobierno monárquico posible no ofrece a la totalidad del pueblo la garantía de un

gobierno benévolo y técnicamente eficiente, en principio, la democracia responde ante la comunidad toda por las condiciones prevalecientes de gobierno, de las cuales es el único árbitro.

Hoy sabemos que en la vida de la nación los dos principios teóricos de la ordenación del Estado son tan elásticos que a menudo se tocan, «pues la democracia puede abarcar a todo el pueblo o limitarse a la mitad de él; la aristocracia, por otra parte, puede abarcar a la mitad del pueblo o a un número indeterminablemente menor»[1]. De esta manera las dos formas de gobierno no presentan una antítesis absoluta, sino que se encuentran en el punto donde los participantes en el poder alcanzan al 50 por ciento.

De una vez para siempre nuestra era ha destruido todas las formas antiguas y rígidas de la aristocracia: las ha destruido, al menos, en ciertas regiones importantes de la vida política constitucional. Aun el conservadorismo adopta a veces forma democrática. Ante los asaltos de las masas democráticas, hace mucho que abandonó su aspecto primitivo y desea cambiar de disfraz. Ayer lo encontramos absolutista, hoy constitucional, mañana lo encontraremos parlamentario. Donde su poder se mantiene sin restricciones, relativamente, tal como en Alemania, apela exclusivamente a la gracia de Dios; pero donde, como en Italia, se siente inseguro, a la apelación a la deidad suma una apelación a la voluntad popular. En sus formas exteriores es capaz de las modificaciones más amplias. En la Francia monárquica el *Franciæ et Navarras Rex* se transforma en el *Roy de France*, y el *Roy de France* se transforma en Roi *des Français*.

La vida de los partidos políticos, ya sea que se interesen principalmente en la nación o en la política local, en teoría, debe demostrar necesariamente una tendencia aún más fuerte hacia la democracia que la manifestada por el Estado. El partido político se funda, en la mayor parte de los casos, sobre el principio de la mayoría, y siempre sobre el principio de la masa. Resultado de esto es que los partidos de la aristocracia han perdido irrevocablemente la pureza aristocrática de sus principios Aunque se mantienen esencialmente antidemocráticos en su naturaleza, en ciertos períodos de su vida política se encuentran obligados, sea como fuere, a hacer profesión de fe democrática, o al menos a adoptar la máscara democrática. Mientras el principio democrático, por su

misma naturaleza, en razón de lo mutable de la voluntad popular y del carácter fluctuante de la mayoría, tiende, en teoría, a transformar el Πάντα ῥεῖ de Heráclito, en la realidad de la vida nacional y popular, el principio conservador levanta su edificio sobre ciertas bases o normas que son inmutables en su naturaleza, determinadas por la prueba de la experiencia como lo mejor, o al menos lo menos malo, y en consecuencia postulado como válido *sub specie æternitatis*. Sin embargo, el principio conservador no debe ser tomado en el sentido de una conservación incondicional del *status quo*. Si este principio consistiera simplemente en el reconocimiento de lo que ya existe, por sobre todo en la cuestión de las formas legales prevalecientes en determinado país o período, el conservadorismo conduciría a su propia destrucción. En períodos y entre naciones donde los viejos elementos conservadores han sido excluidos de la participación directa en el poder, y fueron reemplazados por innovadores que luchan bajo el estandarte de la democracia, el partido conservador ha adoptado un aspecto hostil hacia el orden estatal existente y, a veces, aun carácter revolucionario[2]. No obstante, se realiza una metamorfosis en el partido conservador, que de una camarilla que perseguía un exclusivismo aristocrático, a la vez por instinto y por convicción, se ha transformado ahora en un partido popular. El reconocimiento de que solo las masas pueden ayudar a restablecer la antigua aristocracia en su prístina pureza, y a fin de terminar con el régimen democrático, transforma en demócratas a los mismos defensores de la opinión conservadora. Reconocen sin reservas los padecimientos de la gente común; se esfuerzan —como lo hicieron hace muy poco los monárquicos de la República Francesa— por aliarse con el proletariado revolucionario, prometiéndole defenderlo contra la explotación del capitalismo democrático, y apoyar y también ampliar las organizaciones laborales; todo esto en la esperanza de destruir la república y restaurar la monarquía, fruto último del principio aristocrático. *Le Roy et les camelots du Roy* —el rey y los siervos del rey— van a destruir la oligarquía de los infatuados plutócratas. La democracia debe ser eliminada mediante una forma democrática de voluntad popular. El método democrático es el único practicable mediante el cual la vieja aristocracia puede recuperar renovado el dominio. Además, los

conservadores no esperan, por lo general, a que los excluyan realmente del poder antes de apelar a las masas. En países donde prevalece un régimen democrático, como en Inglaterra, se vuelven espontáneamente hacia la clase trabajadora donde quiera que ésta constituye la parte más notable de las masas. También en otros países, donde es desconocido el gobierno parlamentario, pero donde existe sufragio universal e igualitario, los partidos de la aristocracia deben su existencia política a la caridad de las masas, a las cuales, en teoría, niegan capacidad y derechos políticos. El propio instinto de autoconservación obliga a los viejos grupos de gobernantes a descender de sus elevados sitiales durante, las elecciones, y a usufructuar de los mismos métodos democráticos y demagógicos empleados por la más joven, la más numerosa y la más inculta de nuestras clases sociales: el proletariado.

La aristocracia se mantiene hoy en el poder por medios diferentes de los parlamentarios; en la mayor parte de las monarquías, al menos, no necesita una mayoría parlamentaria para manejar las riendas que sirven para guiar la vida política del Estado. Pero necesita, aunque solo sea con propósitos decorativos y para influir a la opinión pública en su favor, una medida respetable de representación parlamentaria. No conquista esta representación por divulgar sus principios verdaderos, ni por apelar a quienes son sinceros partícipes de sus opiniones. Un partido de la clase media campesina que apelara solo a los miembros de su propia clase y a quienes tienen idénticos intereses económicos, no conquistaría una sola banca, ni enviaría un solo representante al parlamento. El candidato conservador que se presentara ante sus electores declarándoles que no los considera capaces de desempeñar una parte activa en la conducción de los destinos del país, y debiera decirles que por esa razón deben ser despojados del sufragio, sería un hombre de incomparable sinceridad, pero un loco en lo político. Si ha de conquistar su ingreso al parlamento, sólo podrá hacerlo con un único método: debe descender a la arena electoral con porte democrático; debe saludar a los granjeros y trabajadores agrícolas como colegas profesionales, y debe tratar de convencerlos de que sus intereses económicos y sociales son idénticos a los suyos propios. De esta manera el aristócrata se ve forzado a conquistar la elección en virtud de un principio que no acepta, y del cual su alma

reniega. Todo su ser reclama autoridad, la imposición de un sufragio restringido, la supresión del sufragio universal dondequiera que exista, pues lesiona sus privilegios tradicionales. Sin embargo, puesto que reconoce que en una época democrática que lo arrolla, sólo puede sostenerse con este principio político, y que con su defensa franca nunca podría tener la esperanza de sostener un partido político, disimula sus verdaderos pensamientos y aúlla con los lobos democráticos para conquistar la mayoría apetecida.

La influencia del sufragio popular sobre la conducta exterior de los candidatos conservadores es tanta, que cuando dos candidatos de las mismas opiniones políticas se presentan en un mismo distrito, cada uno de ellos está obligado a tratar de diferenciarse de su rival mediante un movimiento hacia la izquierda; es decir, dando gran importancia a sus principios tenidos por democráticos.

Estos hechos sirven para confirmar la experiencia de que también los conservadores se esfuerzan por ajustar sus acciones conforme al principio fundamental de la política moderna, principio destinado a restablecer el aforismo religioso que dice que muchos son los llamados pero pocos los elegidos, y a restablecer también la teoría psicológica de que los ideales solo son accesibles para una minoría de espíritu selecto: este principio puede ser resumido en los términos de Curtius, quien decía que los conservadores no pueden conquistar sus objetivos con la ayuda de un grupo pequeño y selecto de tropas, sino que deben dominar a las masas y gobernar con ellas[3]. El espíritu conservador de la casta de los antiguos amos, por muy profundamente enraizada que esté, se ve obligada a adoptar —a menos durante el tiempo de las elecciones— una máscara democrática aceptable.

Tampoco la teoría del liberalismo basa, en principio, sus aspiraciones sobre las masas: reclama apoyo de ciertas clases definidas, que en otros campos de actividad ya han madurado para la conducción, pero que no poseen aún privilegios políticos; es decir, apela a las clases cultas y pudientes. También para los liberales la masa pura y simple es nada más que un mal necesario, cuya única utilidad es ayudar a los otros a alcanzar objetivos que les son extraños. El primer gran escritor liberal de Alemania, Rotteck, reprocha a la reina de Francia por haber obligado a la burguesía, durante la Revolución, a recurrir a la gente común en

busca de ayuda. Distingue entre dos tipos de democracia: el gobierno de los representantes y el gobierno de las masas[4]. Durante la revolución de junio de 1830, Raumer, que estaba en París, prorrumpió en lamentaciones estruendosas porque las masas poseían poder, y dijo que sería sumamente difícil «privarlas de este poder sin ofenderlas y sin provocarlas a levantarse en otra revuelta contra sus nuevos jefes»[5]; al mismo tiempo, en palabras que expresaban el espíritu ditiràmbico del romanticismo, se refiere a las condiciones que prevalecen en su patria prusiana, donde el rey y el pueblo «viven realmente en una atmósfera más alta y más pura», y donde la burguesía satisfecha no se esfuerza por conquistar otros derechos[6]. La historia del origen del Reichstag alemán del norte nos enseña que otro eminente líder liberal y defensor de las opiniones liberales, el historiador Heinrich von Sybel, se declaraba contrario al sufragio universal igualitario y directo, sobre la base (que solo podemos entender con referencia a las explicaciones que acabamos de presentar, relativas a las concepciones peculiares que los liberales tenían de las masas) de que este derecho debía significar «el principio del fin de todo tipo de parlamentarismo»; afirmaba que este derecho era eminentemente un derecho de dominio; se sentía impulsado a formular una advertencia urgente a la monarquía alemana para que no introdujera esos elementos peligrosos de dictadura democrática en el nuevo estado federal. El rechazo íntimo de las masas, por el liberalismo, se evidencia también en la actitud de los líderes liberales hacia los principios y las instituciones de la aristocracia. Desde el advenimiento del sufragio universal y las perspectivas consiguientes, de que en un futuro próximo habría una mayoría de tendencia socialista entre el electorado o en la Cámara Baja, muchos liberales —así lo afirma Roscher— comenzaron a tener un concepto diferente del poder de la Corona y de la Cámara Alta[7], como medios que hacen posible evitar que las decisiones de la Cámara Baja se conviertan inmediatamente en medidas legislativas. Este autor afirma que es indeseable extender el sufragio «en ausencia de una investigación estadística profunda», es decir, sin el laborioso análisis de las relaciones numéricas que existen entre las diversas clases de la población[8]. En ese grupo liberal que es el que está más cerca de los socialistas en Alemania, el grupo de los «nacionalsocialistas»,

hemos comprobado hace poco una tendencia a considerar que no *es* malo, en modo alguno, «poner obstáculos a la influencia de una voluntad popular mutable e incalculable, que encuentra expresión en el Reichstag, sobre las cuestiones políticas, pues los nacionalsocialistas consideran deseable que existan también elementos aristocráticos, independientes de la voluntad popular, siempre vigilantes y armados con el derecho del veto, para que constituyan un elemento moderador permanente»[9]. Durante un siglo entero —desde los días de Rolteck a los de Naumann— los escritores alemanes han sudado la gota gorda para llegar a una conciliación teórica entre la democracia y la monarquía militar, y para unir a estos adversarios naturales en una entidad superior. Junto a estos esfuerzos honorables en procura de un excelso fin, continuaron sus intentos por reducir al mínimo el feudalismo de la monarquía, con el único propósito de sustituir a los guardianes aristocráticos del trono por otros que hablaran con autoridad profesional. Se impusieron la tarea de establecer las bases teóricas de una monarquía, al menos popular, ya que no la llamada monarquía social. Es evidente que ese objetivo representa una tendencia política que nada tiene de común con la ciencia, pero que tampoco se le opone ni contradice necesariamente (esto depende del *método), y* es una tendencia política que, en lo que tiene de política, escapa al dominio de la ciencia. No podemos culpar a los hombres de ciencia alemanes de que existiera en Alemania una tendencia hacia la constitución de algo parecido a la Monarquía de Julio, pues esta tendencia permanece dentro de la órbita de la política. Lo que constituye, sí, un motivo de censura histórica es que descubramos el intento de identificar el principio monárquico que dominó durante varias décadas a la Alemania influida por el prusianismo, con la idea estimable de una monarquía popular (o social). Al incurrir en ese error, la mayoría de los teorizadores e historiadores liberales alemanes confunden los sueños con la realidad. En esta confusión reside el defecto orgánico de todo el liberalismo alemán, que desde 1866 se ha esforzado constantemente por disfrazar este cambio (es decir, su lucha partidaria contra el socialismo, y su renuncia, simultánea y voluntaria, a todo intento por completar la emancipación política de la burguesía alemana), con la afirmación falaz de que con la unificación de Alemania y el

establecimiento del imperio de los Hohenzollern, se cumplían todas o casi todas las aspiraciones de la juventud democrática. El principio fundamental de la monarquía moderna (monarquía hereditaria) es absolutamente irreconciliable con los principios de la democracia, aunque demos a ésta el sentido más elástico. El cesarismo sigue siendo democracia, o podría al menos reclamar este nombre, cuando se funda sobre la voluntad popular, pero jamás la monarquía automática.

Podemos resumir el argumento diciendo que en la vida partidaria moderna la aristocracia se complace en presentarse con apariencia democrática, en tanto que la sustancia de la democracia se impregna de elementos aristocráticos. Por una parte tenemos a una aristocracia con forma democrática, y por la otra a la democracia con contenido aristocrático.

La forma externa democrática que caracteriza la vida de los partidos políticos bien puede enmascarar —para los observadores superficiales— la tendencia hacia la aristocracia, o, mejor dicho, hacia la oligarquía, que es propia de toda organización de partido. Si queremos comprender esta tendencia, el mejor campo de observación nos lo ofrece la estructura íntima de los partidos democráticos y, entre ellos, el partido socialista y laborista revolucionario. En los partidos conservadores, salvo durante las elecciones, la tendencia hacia la oligarquía se manifiesta con ese vigor espontáneo y claridad que corresponde al carácter esencialmente oligárquico de esos partidos; pero también los partidos subversivos por sus propósitos, presentan el mismo fenómeno en forma no menos acentuada. El estudio de las manifestaciones oligárquicas en la vida partidaria es muy valioso y muy decisivo en sus resultados, si lo emprendemos en relación con los partidos revolucionarios, pues estos partidos representan —en lo que a su origen y a su programa se refiere— la negación de tal tendencia, y además han nacido sin oposición. De este modo, la aparición de los fenómenos oligárquicos en el propio seno de los partidos revolucionarios es una prueba terminante de la existencia de tendencias oligárquicas inmanentes en todo tipo de organización humana que persigue el logro de fines definidos.

En teoría, la meta principal de los partidos socialistas y democráticos es la lucha contra la oligarquía en todas sus formas.

Surge, por eso, la cuestión de cómo hemos de explicar el desarrollo de esas mismas tendencias a las que han declarado la guerra, dentro de esos partidos. Formular una respuesta analítica y libre de prejuicios a esta pregunta constituye una parte importante de la tarea emprendida por el autor.

En la sociedad de hoy, el estado de dependencia que resulta de las condiciones económicas y sociales, hace imposible el ideal democrático. Es necesario admitir esto sin reservas; pero queda otra cuestión: dentro del orden social contemporáneo, entre los elementos que luchan por desterrar ese orden y reemplazarlo por otro nuevo, ¿existen, pueden existir, o en qué medida, energías que tiendan a acercarse a la democracia ideal; a encontrar una salida en esa dirección, o al menos a trabajar por ella como solución necesaria?

2. La «justificación» ética de las luchas sociales

NADIE que se haya ocupado seriamente en estudios históricos puede dejar de percibir que todas las clases que, en cualquier circunstancia, alcanzaron el poder se han esforzado ardorosamente por transmitir a sus descendientes este dominio político que lograron adquirir. La transmisión hereditaria del poder político fue siempre el medio más eficaz de perpetuar un gobierno clasista. En este terreno se manifiesta el mismo proceso histórico que dio origen —en el campo de la vida sexual— al orden familiar burgués y a sus aspectos contingentes propios: la indisolubilidad del matrimonio, las penalidades severas a la mujer adúltera, y el derecho de primogenitura. En la medida en que podemos extraer conclusiones de los escasos datos históricos disponibles, parece que la familia burguesa debe su génesis a una tendencia, —innata en el hombre— a transmitir —en cuanto alcanza cierto grado de bienestar económico— cuanto posee, en forma de herencia al hijo legítimo, a quien puede considerar, con certeza razonable, como propio. Predomina la misma tendencia en el campo de la política, donde conserva su vigencia por obra de los instintos peculiares y propios de la humanidad; la nutre vigorosamente un orden económico basado sobre la propiedad privada de los medios de producción, y el poder político —por una analogía natural y psicológica— llega a ser considerado, naturalmente, como un objeto de propiedad privada hereditaria. En el campo político, como en cualquier otro, el instinto paterno de transmitir esta especie de propiedad al hijo, se ha manifestado siempre en forma intensa a través de los tiempos históricos. Esta ha sido una de las causas principales del reemplazo de la monarquía electiva por una monarquía hereditaria. El deseo de conservar una posición adquirida por la familia en la sociedad, ha sido siempre tan intenso que —como Gaetano Mosca lo señalara con acierto—, dondequiera que ciertos miembros de la clase

dominante no pudieron tener hijos propios (como ha sido el caso, por ejemplo, de los prelados de la Iglesia romana), surgió con fuerza espontánea y dinámica la institución del nepotismo como manifestación extrema del impulso de autoconservación y de transmisión hereditaria[10].

Aun en aquellos estados donde parecía incluso excluida por principios constitucionales, por consideraciones históricas, o en razón de las peculiaridades de la psicología nacional, la aristocracia se ha introducido de dos maneras, en forma casi automática: a un tiempo por la vía de una tradición resucitada, y por la del nacimiento de nuevas fuerzas económicas. Los norteamericanos, demócratas, ciudadanos de un régimen republicano que desconoce todos los títulos de nobleza, en modo alguno se libraron de la aristocracia cuando sacudieron el yugo del poder de la corona inglesa. En parte este fenómeno es el efecto simple de causas que comenzaron hace poco, tales como la concentración capitalista (relacionada con la concentración del poder social en las manos de unos pocos y la formación consiguiente de minorías privilegiadas), y la reconciliación progresiva del antiguo y rígido espíritu republicano, con las ideas, los prejuicios y las ambiciones de la vieja Europa. La existencia de una aristocracia de millonarios, reyes de los ferrocarriles, reyes del petróleo, reyes de la ganadería, etc., ya es indiscutible. Pero desde el preciso instante en que aquella joven democracia y la libertad de América acababan de ser selladas con la sangre de los ciudadanos, ya fue difícil (así nos lo dice Alexis de Tocqueville) encontrar a un solo norteamericano que no se jactara con la vanidad inútil de pertenecer a alguna de *las* primeras familias que habían colonizado el suelo americano[11]. ¡A ese punto llegaba el «prejuicio aristocrático» entre aquellos republicanos primitivos! Aun hoy las viejas familias de apellido y origen holandés constituyen, en el estado de Nueva York, un estrato cuya preeminencia aristocrática es incuestionable: una clase de patricios que carece de los atributos exteriores de la nobleza.

Cuando en la segunda mitad del siglo XVII la burguesía francesa presionaba con vigor hacia arriba, no supo nada mejor, para adaptarse al cambio de ambiente, que imitar los hábitos, la forma de vida, los gustos y aun la mentalidad de la nobleza feudal. En 1670 Molière escribió su espléndida comedia *Le bourgeois*

gentilhomme. El abate de Choisy, que pertenecía a la *noblesse de robe*, y cuyos antepasados desempeñaran los oficios distinguidos de *Maître des Requêtes* y *Conseiller d'Etat*, nos dice que su madre le había dado por norma de conducta, la de cuidarse bien de no frecuentar otros salones que los aristocráticos[12]. Con fervor de novicio los recién llegados asimilaron el espíritu y los principios de la clase que había dominado hasta entonces; y los miembros distinguidos de la burguesía, que habían entrado al servicio del Estado, aún feudal de manera predominante, se apresuraron a adoptar nuevos nombres. Los Fouquet, los Le Telliers, los Colbert, los Phélippeaux y los Desmaret se transformaron en los Belle-Isles, los de Louvois, los Seignelays, los de Maurepas, los de Lavrillières y los de Maillebois[13]. En la Alemania moderna, ante nuestros propios ojos, en los últimos cuarenta años la vieja aristocracia de nacimiento ha venido absorbiendo a la joven burguesía industrial, y este proceso se ha acelerado mucho en los últimos tiempos[14]. La burguesía alemana se está feudalizando. Aquí la única consecuencia de la emancipación del *roturier* ha sido revigorizar a su viejo enemigo, la nobleza, con la provisión de sangre nueva, y también nuevas energías económicas. La mayor ambición de los burgueses enriquecidos es fusionarse con la nobleza y extraer de esa fusión una especie de título legitimado para relacionarse con la clase dominante; un título que pueda ser exhibido como algo existente por derecho hereditario, no adquirido. Así vemos que el principio hereditario (aun cuando sea totalmente ficticio) acelera mucho el proceso de «entrenamiento» social; es decir, acelera la adaptación de las nuevas fuerzas sociales al medio aristocrático antiguo.

En la violenta lucha entre la nueva clase de los que surgen y el estrato antiguo de quienes experimentan una decadencia, en parte aparente y en parte real —lucha que, por momentos, se desenvuelve con dramática grandeza, pero que a menudo se desarrolla en la oscuridad, para no atraer casi la atención—, hay consideraciones morales en danza, llevadas y traídas por los diversos partidos antagónicos, que las emplean para disfrazar los verdaderos fines. En una era de democracia, lo ético constituye un arma que cualquiera puede emplear. En el antiguo régimen los miembros de la clase gobernante, y los que aspiraban a llegar a ser gobernantes, hablaban constantemente de sus propios derechos personales. La

democracia adopta un curso más diplomático y más prudente: rechaza aquellas pretensiones por poco éticas. Hoy todos los factores de la vida pública hablan y luchan en nombre del pueblo, del total de la comunidad. El gobierno y los enemigos del gobierno, los reyes y los líderes partidarios, los tiranos por la gracia de Dios y los usurpadores, los idealistas fanáticos y los egoístas mezquinos y calculadores, todos son «el pueblo», y todos declaran que, en sus actos, procuran la mera satisfacción de la voluntad nacional.

De este modo, en la vida moderna de las clases y de las naciones, *las* consideraciones morales han llegado a ser un accesorio, una ficción necesaria. Todos los gobiernos se empeñan en apoyar su fuerza con un principio ético general. Las formas políticas en que cristalizan los diversos movimientos sociales también adoptan alguna máscara filantrópica. No falta en ninguno de los jóvenes partidos clasistas la declaración solemne al mundo entero, antes de iniciar la marcha por la conquista del poder, de que su propósito es redimir, no tanto a ellos mismos sino a la humanidad entera, del yugo de una minoría tiránica, y sustituir el régimen viejo e injusto por un nuevo reino de la justicia. El lenguaje de las democracias es siempre voluble. A menudo podemos comparar su terminología con un tejido de metáforas. El demagogo, ese fruto espontáneo del suelo democrático, desborda de sentimentalismo, y se conmueve profundamente ante las penurias del pueblo. «Las víctimas nutren sus palabras, los ejecutores se embriagan con esa filosofía lacrimógena»[15], escribe Alfonso Daudet. Al dar la señal para el ataque a los privilegios de otra clase que ya está en posesión del poder económico y político, todas las clases sociales nuevas inscriben en su estandarte el lema: «¡La liberación de toda la raza humana!». Cuando la joven burguesía francesa se aprestaba para la magna lucha contra los nobles y el clero, comenzó con la solemne *Déclaration des Droits de l'Homme*, y entró en la refriega con el grito de guerra: *Liberté, Egalité, Fraternité!* Es posible oír hoy a los voceros de otro gran movimiento de clase, el de los asalariados, que declaran que emprenden la lucha de clases sin motivos egoístas; por lo contrario, para eliminar esos motivos para siempre, del proceso social. En el coro de su Himno del Progreso, el socialista moderno sigue repitiendo las orgullosas palabras: «¡Creación de una sociedad humana y fraterna, donde sean desconocidas las clases!».

La burguesía victoriosa de los *Droits de l'Homme* consumó ciertamente la república, pero no la democracia. Hoy podemos leer las palabras *Liberté, Egalité, Fraternité* sobre los frontispicios de todas las prisiones de Francia. La *Commune* fue el primer intento de gobierno proletario socialista, coronado por un triunfo transitorio; a pesar de sus principios comunitarios, y bajo la presión de estrecheces financieras extremas, la *Commune* respetó al Banco de Francia con tanta lealtad como hubiera podido hacerlo el conjunto de capitalistas más inexorables. Han existido revoluciones, pero el mundo no ha asistido aún al establecimiento de una democracia lógica. Los partidos políticos, por mucho que se fundamenten sobre estrechos intereses de clase, y por muy evidente que sea su acción contra los intereses de la mayoría, quieren identificarse con el universo o, al menos, presentarse como colaboradores de todos los ciudadanos del país, y proclamar que luchan en el nombre de todos y por el bien de todos. Solo en discursos socialistas podemos encontrar a veces la proclama de que el partido es específicamente un partido de clase; pero debilitan este aserto al agregar que, en último análisis, los intereses del partido coinciden con los del pueblo entero. En realidad, es cierto que cuando pregonan que entran a la palestra en defensa de los intereses de toda la humanidad, el partido socialista, que representa a la clase más numerosa de la población, está más cerca de la verdad que los partidos burgueses que pregonan la misma pretensión, pues por su misma naturaleza son partidos de minoría. Pero también la pretensión socialista está lejos de la verdad, si vemos que ambos términos —*humanidad* y *partido*— distan de ser idénticos en extensión, aun cuando el partido que consideremos abarque, o crea abarcar, a la gran mayoría de la humanidad. Cuando el partido socialista proclama, por razones oportunistas, a los electores, que el propósito del socialismo es dar a todos sin quitar a nadie, basta señalar las enormes diferencias de fortuna que existen en la sociedad, para comprender que es imposible cumplir semejante promesa. Para dar hay que quitar, y si los proletarios desean establecer una igualdad de *status* económico entre ellos mismos, por un lado, y los Rothschild, los Vanderbilt y los Rockefeller, por el otro, solo posible mediante la socialización de los medios de producción e intercambio que poseen hoy estos diversos

millonarios, es obvio que la fortuna y el poder de estos grandes príncipes de la burguesía se reduciría considerablemente. Debemos atribuir a esta misma tendencia partidaria oportunista la formulación de la teoría socialista que —en aparente concordancia con el principio fundamental de la economía política marxista— divide a la población entre propietarios de los medios de producción, y no propietarios que dependen de aquéllos, y continúa con la afirmación de que todos los propietarios deben tener sentimientos capitalistas, en tanto que todos los dependientes deben ser socialistas; es decir, deben desear el triunfo del socialismo. Esta opinión es enteramente falaz, pues considera que el criterio único, o al menos más seguro, para determinar la clase a la que pertenece un individuo, es tomar en consideración el monto de sus ingresos, lo cual constituye una característica exterior pura, y prosigue luego (de manera quizás efectiva en la vida política, pero muy objetable en el terreno teórico) a extender el concepto de proletariado hasta el punto de que todos los empleados (gubernamentales o privados) deben constituir el partido del trabajo. Según esta teoría, los directores de la Krupp o los presidentes-ministros de Prusia, puesto que no son propietarios sino empleados, son dependientes respecto de los medios de producción, y deben abrazar con entusiasmo la causa del socialismo; o al menos debieran hacerlo en la medida que comprendieran su verdadera posición dentro de la sociedad en la medida que alcanzaran a tener lo que en términos socialistas se llama «conciencia de clase».

Los escritores antidemocráticos presentan esta impetuosidad ideal de los movimientos innovadores que procuran la emancipación, como una ilusión piadosa, como un fuego fatuo nacido de la necesidad de hacer que lo que es bueno para, algunos aparezca como bueno para todos. En el mundo prosaico de los hechos, todos los movimientos clasistas que pregonan el propósito del bien para toda la comunidad, incurren inevitablemente en la contradicción. La humanidad no puede prescindir de las «clases políticas», y por su misma naturaleza estas clases son solo partes de la sociedad.

PRIMERA PARTE

EL LIDERAZGO EN LAS ORGANIZACIONES DEMOCRÁTICAS

A. Causas técnicas y administrativas del liderazgo

1. Introductorio: La necesidad de organización

ES inconcebible la democracia sin organización; bastarán pocas palabras para demostrar este aserto.

La clase que ante los ojos de la sociedad despliega el estandarte de ciertas reivindicaciones definidas, y que aspira a la realización de un complejo de objetivos ideales derivados de las funciones económicas que esa clase desempeña, necesita organización. Ya sean económicas o políticas esas reivindicaciones, la organización es el único medio para llevar adelante una voluntad colectiva. Por estar basada sobre el principio del menor esfuerzo, es decir, sobre la máxima economía posible de energía, la organización es el arma de los débiles en su lucha contra los fuertes.

Las probabilidades de triunfo dependerán del grado en que la lucha sea conducida sobre una base de solidaridad entre las personas cuyos intereses son idénticos. Por eso al refutar las teorías del anarquismo individualista según las cuales nada podía agradar tanto a los empleadores como la dispersión y el desmembramiento de las fuerzas de los trabajadores, los socialistas —los más fanáticos entre todos los partidarios de la idea de la organización— expusieron un argumento que armoniza bien con los resultados del estudio científico de la naturaleza de los partidos.

Vivimos en una época en la cual la idea de cooperación está tan sólidamente establecida que aun los millonarios advierten la necesidad de una acción común. Así es fácil comprender que la organización ha llegado a ser un principio vital de la clase trabajadora, pues sin ella el triunfo es imposible *a priori*. Si el trabajador rehúsa participar en la vida colectiva de su clase, no

tardarán en seguir consecuencias desastrosas. En lo que se refiere a las condiciones de cultura, económicas, físicas y fisiológicas, el proletario es el elemento más débil de nuestra sociedad. En realidad, el miembro aislado de la clase trabajadora está indefenso, en las manos de quienes son más fuertes económicamente. Solo mediante una combinación que los lleve a constituir un conglomerado estructural, los proletarios podrán adquirir la facultad de resistencia política y alcanzar dignidad social. La importancia y la influencia de la clase trabajadora son directamente proporcionales a su fuerza numérica. Pero tanto la representación de esa organización de fuerza numérica como la coordinación son indispensables. El principio de organización es condición absolutamente esencial para la lucha política de las masas.

Sin embargo, este principio de organización, políticamente necesario, aunque conjura la desorganización de fuerzas que hubiera favorecido al adversario, trae consigo otro peligro: salimos de Scila solo para caer en Caribdis —salimos de las llamas para caer en las brasas—. En realidad la organización es el manantial desde donde parten las comentes conservadoras que riegan la llanura de la democracia. Circunstancialmente hay inundaciones desastrosas que hacen irreconocible la pradera.

2. Imposibilidad mecánica y técnica de un gobierno directo por parte de las masas

FUE un demócrata renano, Moritz Rittinghausen, quien realizó el primer intento brillante por dar base real a la legislación directa por parte del pueblo[1]. Según su sistema, toda la población había de ser dividida en secciones, de mil habitantes cada una, como lo fuera temporariamente por algunos días en Prusia durante las elecciones de los años 1848 y 1849. Los miembros de cada sección debían reunirse en algún lugar preestablecido —una escuela, la municipalidad u otro edificio público— y elegir un presidente. Todos los ciudadanos debían tener el derecho de la palabra. De esta manera la inteligencia de cada uno estaría colocada al servicio de la patria. Terminado el debate cada cual registraría su voto. El presidente debía transmitir el resultado al burgomaestre, quien notificaría a las autoridades superiores. La voluntad de la mayoría había de ser decisiva.

Ningún proyecto legislativo debía llegar desde arriba. El gobierno no debía tener otra iniciativa que la de fijar el día determinado en que todas las sesiones debían debatir un asunto preestablecido. Cuando cierto número de ciudadanos reclamara una ley nueva de cualquier tipo, o una reforma de ley, el ministerio correspondiente debía invitar al pueblo a ejercer su soberanía dentro de un lapso establecido, y promulgar por sí mismo la ley en cuestión[2]. El propio debate daba forma orgánica a la ley. Ante todo el presidente abría el debate relativo a la cuestión principal; después eran analizados los puntos accesorios. Luego venía la votación. Era adoptada la proposición que hubiera obtenido la mayoría de votos. Una vez remitido al ministerio el informe de lo votado, una comisión especial debía redactar un texto claro y simple de la ley, y formularla de manera tal que no estuviera expuesta a diferentes interpretaciones, como sucede con casi todas

las leyes presentadas a los parlamentos modernos; pues éstos —como lo señala sarcásticamente Rittinghausen— parecen agregar una intención deliberada para favorecer la tendencia de los abogados hacia la ambigüedad y el hilar fino.

El sistema bosquejado aquí es claro y conciso, y a primera vista podía parecer que su aplicación práctica no tuviera dificultades graves; pero si lo pusiéramos a prueba, dejaría de cumplir las esperanzas de su creador.

El ideal práctico de la democracia consiste en el gobierno propio de las masas, de acuerdo con las decisiones de asambleas populares; pero aunque este sistema limita el principio de delegación, no logra brindar garantía alguna contra la constitución de una camarilla oligárquica. Indudablemente, quita a los líderes naturales su condición de funcionarios, pues el propio pueblo adquiere este carácter. Sin embargo, la plebe está siempre expuesta a la sugestión, y es fácilmente influida por la elocuencia de los grandes oradores populares. Además, el gobierno directo por parte del pueblo, al no admitir análisis serios ni deliberaciones meditadas, facilita mucho los *coups de main* de todas clases, por hombres excepcionalmente audaces, enérgicos y astutos.

Es más fácil dominar una gran multitud que una audiencia pequeña. La adhesión de la multitud es tumultuosa, repentina e incondicional. Cuando las sugestiones han logrado su efecto, la multitud no tolera fácilmente la contradicción de una pequeña minoría, ni mucho menos la de individuos aislados. Una gran multitud reunida dentro de un recinto pequeño es, sin duda, más accesible a la alarma o el pánico, al entusiasmo irreflexivo, etc., que una asamblea pequeña, cuyos miembros pueden discutir las cuestiones entre sí, con tranquilidad (Roscher)[3].

La experiencia cotidiana nos muestra que las reuniones públicas enormes, por lo común adoptan resoluciones por aclamación, o por unanimidad, en tanto que estas mismas asambleas, si se las divide en pequeñas secciones —digamos de cincuenta personas cada una— serán mucho más cautas en sus aprobaciones. Los congresos de los grandes partidos, donde concurre la élite de los miembros, por lo general actúan en esta forma. La multitud pesa mucho menos deliberadamente las palabras y las acciones, que las personas, o los grupos pequeños que componen aquella multitud. El hecho es

incuestionable: manifestación de la patología de la multitud. El individuo desaparece en la multitud, y con él desaparecen la personalidad y el sentido de responsabilidad.

La razón más abrumadora contra la soberanía de las masas, sin embargo, proviene de la imposibilidad mecánica y técnica de su realización.

Las masas soberanas son incapaces de adoptar las resoluciones más necesarias. La impotencia de la democracia directa, como el poder de la democracia indirecta, son consecuencias directas de la influencia del número. En una polémica contra Proudhon (1849), Louis Blanc preguntó si era posible que treinta y cuatro millones de seres humanos (la población de Francia en aquella época) resolviera sus problemas sin aceptar lo que hasta el último hombre de negocios encuentra necesario: la intervención de representantes. Respondió a su propia pregunta diciendo que quien se pronunciara por la posibilidad de la acción directa en esta escala debía ser un loco, y que quien la negara no era por eso un adversario absoluto de la idea del Estado[4]. Podríamos repetir hoy la misma pregunta y la misma respuesta, respecto de la organización partidaria. Es imposible (sobre todo en los grandes centros industriales, donde, los partidos de trabajadores a veces tienen un número de adherentes de decenas de miles) gobernar los asuntos de este organismo gigantesco sin un sistema de representación. La gran organización socialista de Berlín, que abarca los seis distritos de la ciudad y también los dos suburbios de Niederbarnim y Teltow-Beeskow-Charlottenburg, tiene en su lista de miembros a más de noventa mil.

Es obvio que un número tan gigantesco de personas pertenecientes a una organización unitaria, no puede realizar ninguna tarea práctica con el sistema del debate directo. Las asambleas deliberativas regulares de un millar de miembros encuentran las dificultades más graves en lo que a espacio y distancia se refiere; y, desde el punto de vista topográfico, semejante asamblea resultaría del todo imposible si los miembros alcanzaran a diez mil. Aun si imaginamos medios de comunicación mucho mejores que los que ahora existen, ¿cómo sería posible reunir esa multitud en un lugar dado, en el momento preestablecido, y con la frecuencia requerida por las exigencias de la vida partidaria? Además, hay que considerar la imposibilidad

fisiológica, aun para el orador mejor dotado, de hacerse oír por una multitud de diez mil personas[5]. Hay, sin embargo, otras razones de carácter técnico y administrativo que hacen imposible el gobierno propio y directo de grandes grupos. Si Pedro injuria a Pablo, está fuera de la cuestión que todos los otros ciudadanos corran al lugar para emprender un examen personal de la cuestión en debate, y para tomar el partido contra Pedro[6]. Por parejas razones, en el partido democrático moderno es imposible que la colectividad emprenda la solución directa de todas las controversias que puedan surgir.

De allí nace la necesidad de delegación, de un sistema donde haya delegados que representen a la masa y lleven a la práctica su voluntad. Aun en grupos animados con espíritu democrático sincero, los problemas corrientes, la preparación y la realización de las acciones más importantes, quedan necesariamente en manos de personas. Sabemos bien que fue la imposibilidad de que el pueblo ejerciera directamente el poder legislativo en asambleas populares, lo que llevó a los idealistas democráticos de España a pedir, como menor de los males, un sistema de representación popular y un estado parlamentario[7]. En su origen, el jefe fue apenas servidor de la masa. La organización se basaba sobre la igualdad absoluta de todos sus miembros. La igualdad era entendida en su sentido más general, como una igualdad de hombres semejantes. En muchos países, tal como la Italia idealista (y en ciertas regiones de Alemania donde el movimiento socialista aún está en su infancia), se manifiesta esta igualdad en el uso recíproco del familiar «tú», que emplean los obreros más mal pagados al dirigirse a los intelectuales más distinguidos. Esta concepción genérica de la igualdad va siendo, sin embargo, reemplazada gradualmente por la idea de igualdad entre camaradas que pertenecen a la misma organización, cuyos miembros gozan todos de los mismos derechos. El principio democrático procura garantizar a todos una influencia igual y una participación igual en la administración de los intereses comunes. Todos son electores y todos son elegibles para la función. El postulado fundamental de la *Déclaration des Droits de l'Homme* encuentra aquí su aplicación teórica. Todos los cargos son cubiertos por elección. Los funcionarios, órganos ejecutivos de la voluntad general, desempeñan un papel simplemente subordinado, dependen

siempre de la colectividad, y pueden ser privados del cargo en cualquier momento. La masa del partido es omnipotente.

Al principio procuran apartarse lo menos posible de la democracia pura, y los delegados se subordinan del todo a la voluntad de la masa, atados de pies y manos. En los primeros días del movimiento de los trabajadores agrícolas italianos, el jefe de la liga pidió una mayoría de cuatro quintos de los votos para asegurar la elección. Cuando surgieron discusiones con los empleadores acerca de los salarios, el representante de la organización, antes de emprender negociación alguna, debía contar con la autorización escrita y firmada por cada uno de los miembros de la corporación. Todas las cuentas del organismo estaban expuestas al examen de los miembros en cualquier momento. Había dos razones para esto: ante todo, el deseo de evitar que cundiera la desconfianza entre la masa, «ese veneno que destruye gradualmente hasta los organismos más fuertes». En segundo lugar, esta costumbre permitía que cada uno de los miembros aprendiera contabilidad, y adquiriera un conocimiento general de las tareas de la corporación que le permitiera en cualquier momento tomar su conducción[8]. Es obvio que la democracia en este sentido solo es aplicable en escala muy pequeña. En la infancia del movimiento laborista inglés, los delegados de muchos de los gremios eran designados por rotación entre todos los miembros, o elegidos al azar[9]. Pero la tarea de los delegados fue cada vez más complicada; se hizo cada vez más esencial alguna capacidad o aptitud individual: ciertos dones oratorios, y una cantidad considerable de conocimiento objetivo. De esta manera resultó imposible confiar en una designación a ciegas, en la fortuna del orden alfabético, o en el orden de prioridad, en la elección de una delegación cuyos miembros debían poseer ciertas aptitudes personales peculiares para desempeñar su misión ventajosamente.

Estos fueron los métodos que prevalecieron en los primeros días del movimiento laborista, dirigidos a permitir que las masas participaran en la administración del partido y del gremio. Hoy están cayendo en desuso, y en el desarrollo del conglomerado político moderno hay una tendencia a acortar y estereotipar el proceso que transforma al conducido en conductor: proceso que se ha desarrollado hasta aquí gracias al curso natural de los

acontecimientos. Algunas voces se hacen oír aquí y allá, en la demanda de una suerte de consagración oficial de los líderes, e insisten en la necesidad de constituir una clase de políticos profesionales, de expertos aprobados y probados en la vida política. Ferdinand Tönnies aboga porque el partido instituya exámenes regulares tanto para la designación de candidatos parlamentarios socialistas como para la de secretarías[10]. Heinrich Herkner va aún más lejos: sostiene que los grandes gremios ya no pueden mantener su existencia si persisten en confiar el manejo de sus asuntos a personas salidas de las bases, y que han llegado al poder, paso a paso, solo como consecuencia de aptitudes prácticas adquiridas en el servicio de la organización. A este respecto, se refiere a los gremios manejados por los empleadores, cuyas autoridades son en su mayor parte universitarios. Prevé que en un futuro próximo todas las organizaciones laborales se verán forzadas a abandonar la exclusividad proletaria, y darán preferencia, en la elección de sus autoridades, a personas de una educación superior en lo económico, lo legal, lo técnico y lo comercial[11]. Aún hoy los candidatos a las secretarías de los gremios están sujetos a exámenes relativos a su conocimiento de cuestiones legales, y a su capacidad de redacción. Las organizaciones socialistas empeñadas en acción política también asumen directamente el entrenamiento de sus propios empleados. En todas partes aparecen «semilleros» para la provisión rápida de funcionarios que tengan cierta dosis de «cultura científica». Desde 1906 existe en Berlín una escuela partidaria que dicta cursos de instrucción para el entrenamiento de quienes aspiran a funciones en el partido socialista, o en gremios. Los instructores son pagados con fondos del partido socialista, al que cupo la responsabilidad directa de la fundación de la escuela. Los otros gastos, incluso la manutención de los alumnos, son costeados con un fondo común provisto por el partido y los diversos gremios interesados. Además, las familias de aquéllos, en la medida en que su asistencia a clase las priva de su sostén, reciben una subvención de la rama local del partido o de la rama local del gremio al que el alumno pertenece. Asistieron veintiséis alumnos al tercer curso de esta escuela, desde el 1.º de octubre de 1908 hasta el 3 de abril de 1909, en tanto que al primer año asistieron treinta y uno, y al segundo treinta y tres. Tienen preferencia como alumnos quienes desempeñan ya funciones

en el partido o en algunos de los gremios[12]. Aquellos que aún no pertenecen a la burocracia del trabajo procuran ingresar al organismo, y abrigan la secreta esperanza de que asistir a la escuela les allanará el camino. Quienes no logran satisfacer este anhelo suelen mostrar cierto descontento con el partido que, después de haber alentado sus estudios, los devuelve al trabajo manual. Entre los ciento cuarenta y un estudiantes del año 1910-11, hubo distinciones para tres clases: una de éstas consistía en empleados antiguos y avezados en las diferentes ramas del movimiento laborista (cincuenta y dos personas); la segunda consistía en los que obtenían empleos en el partido o en los gremios directamente, una vez terminado el curso (cuarenta y nueve personas); la tercera consistía en quienes debieron volver al trabajo manual (cuarenta personas)[13].

En Italia, *L'Umanitaria*, una organización filantrópica manejada por los socialistas, fundó en Milán en 1905 una «Escuela Práctica de Legislación Social» cuyo propósito era dar a cierto número de obreros una educación que les permitiera llegar a ser inspectores de fábricas, o desempeñar puestos oficiales en las diversas organizaciones laborales, sociedades de socorros mutuos, o bolsas de trabajo[14]. El curso de instrucción duraba dos años, y a su terminación los alumnos recibían, después del examen, un diploma que los calificaba con el título de «expertos laborales». En 1908 hubo doscientos dos alumnos, treinta y siete de los cuales eran empleados de gremios o de sociedades cooperativas, cuatro eran secretarios de bolsas de trabajo, cuarenta y cinco eran empleados o miembros de profesiones liberales, ciento doce eran obreros[15]. Al comienzo casi todos los alumnos fueron a la escuela por una cuestión de gusto personal, o con el propósito de obtener el diploma para asegurarse algún empleo privado relativamente lucrativo. Hace poco el organismo directivo determinó suprimir el diploma, e instituir un curso suplementario abierto solo para aquellos que ya estaban empleados en alguna organización laboral, o tenían la intención definida de ingresar a uno de esos puestos. Los que asistían a este curso especial tenían una beca de dos libras a la semana. Estos fondos eran provistos en parte por *L'Umanitaria*, y en parte por las organizaciones laborales que deseaban enviar a sus empleados a la escuela[16]. En el año 1909, con los auspicios de la

Bourse du Travail, fue fundada en Turín una escuela similar (*Scuola Pratica di Cultura e Legislazione Sociale*), que, sin embargo, pronto desapareció.

En Inglaterra los gremios y las sociedades cooperativas utilizan el *Ruskin College*, Oxford, adonde envían a aquellos miembros que aspiran a puestos en las organizaciones laborales, y a los que han demostrado aptitudes para la carrera. En Austria existe un proyecto de fundar una escuela partidaria según el modelo alemán. Es innegable que todas estas instituciones educacionales para funcionarios de partido y organizaciones laborales tienden, por encima de todo, a la creación artificial de una élite de la clase trabajadora, de una casta de segundones compuesta de personas que aspiran a mandar sobre el proletariado. Existe, sin quererlo, un distanciamiento continuo, que divide a los líderes de las masas. La especialización técnica que resulta inevitablemente de toda organización extensa, hace necesario lo que se ha dado en llamar la «conducción experta». En consecuencia, el poder de determinación llega a ser considerado como uno de los atributos específicos del liderazgo, y las masas lo pierden gradualmente mientras se concentra solo en las manos de los líderes.

De este modo, los líderes, que al principio no eran más que órganos ejecutivos de la voluntad colectiva, se emancipan pronto de la masa y se hacen independientes de su control.

La organización implica la tendencia a la oligarquía. En toda organización, ya sea de partido político, de gremio profesional, u otra asociación de ese tipo, se manifiesta la tendencia aristocrática con toda claridad. El mecanismo de la organización, al conferirle solidez de estructura, induce algunos cambios importantes en la masa organizada, e invierte completamente la posición respectiva de los conductores y los conducidos. Como consecuencia de la organización, todos los partidos o gremios profesionales llegan a dividirse en una minoría de directivos y una mayoría de dirigidos.

Hemos señalado que, en las etapas más bajas de la civilización, domina la tiranía. La democracia no puede existir hasta que se ha alcanzado una etapa superior de vida social, mejor desarrollada. Las libertades y los privilegios, y entre éstos el privilegio de tomar parte en la dirección de los asuntos públicos, al principio están reservados a pocos. Los tiempos más recientes se caracterizan por la extensión

gradual de estos privilegios a un círculo cada vez más amplio. Llamamos a esto la era de la democracia; pero, si pasamos de la esfera de la democracia a la esfera del partido, podremos observar que, a medida que se desarrolla la democracia, aparece un efecto lateral: con el avance de la organización, la democracia tiende a declinar; la evolución democrática tiene un curso parabólico. En estos momentos, al menos en lo que a la vida partidaria se refiere, la democracia está en la fase descendente. Como regla general, cabe enunciar que el aumento de poder de los líderes es directamente proporcional a la magnitud de la organización. En los diversos partidos y organizaciones laborales de los diferentes países, el grado de desarrollo de la organización es lo que determina, en primer lugar, la influencia de los líderes (fuera de los medios raciales e individuales). Donde la organización es más fuerte encontramos que es menor el grado de aplicación de la democracia.

Toda organización sólidamente construida, ya sea un estado democrático, un partido político o una liga de proletarios para la resistencia de la opresión económica, presenta un campo eminentemente favorable para la diferenciación de órganos y de funciones. Cuanto más extenso y más ramificado es el aparato oficial de la organización, tanto mayor es el número de sus miembros, tanto más rico su tesoro y tanto más amplia la circulación de su prensa, tanto menos eficiente el control ejercido por la masa y tanto más reemplazado por el poder creciente de las comisiones. En todos los partidos se insinúa ese sistema electoral indirecto que, en la vida pública, combaten los partidos democráticos con toda la fuerza posible. Sin embargo, en la vida partidaria la influencia del sistema debe ser más desastrosa que en la vida del Estado, mucho más amplia. Aun en los congresos partidarios, que representan la vida partidaria tamizada siete veces, encontramos que cada vez es más general la derivación de todas las cuestiones importantes a comisiones que las debaten a «puertas cerradas». A medida que se desarrolla una organización, no solo se hacen más difíciles y más complicadas las tareas de la administración, sino que además aumentan y se especializan las obligaciones hasta un grado tal que ya no es posible abarcarlas de una sola mirada. En un movimiento que avanza con rapidez, no solo el aumento, del número de obligaciones, sino también el carácter

más específico de éstas, impone una diferenciación de funciones cada vez mayor. Nominalmente, y según la letra de las reglamentaciones, todos los actos de los dirigentes están expuestos a la crítica siempre vigilante de la masa. En teoría, el dirigente es apenas un empleado comprometido a cumplir las instrucciones que recibe. Debe atender las órdenes de la masa, de la cual no es sino el órgano ejecutivo. Pero en la realidad, a medida que la organización aumenta en su magnitud, esta dependencia se hace totalmente ficticia. Los miembros deben abandonar la idea de que conducen o supervisan siquiera la administración total, y están obligados a dejar esas tareas en manos de personas, fidedignas designadas especialmente para ese fin: en manos de funcionarios asalariados. La masa debe contentarse con informes breves, y con la designación circunstancial de algunas comisiones de investigación. Sin embargo, esto no proviene de ningún cambio especial en las reglamentaciones de la organización. Responde a la verdadera necesidad de que un simple empleado llegue gradualmente a «líder», y adquiera una libertad de acción que no debiera tener. El jefe se acostumbra, así, a resolver cuestiones importantes con su propia responsabilidad, y a decidir diversos asuntos relativos a la vida del partido sin intentar consulta alguna a la masa. Es obvio que el control democrático sufre de este modo una disminución progresiva, y se ve reducido finalmente a un mínimo infinitesimal. En todos los partidos socialistas hay un aumento continuo del número de funciones sustraídas a las asambleas electorales y transferidas a las comisiones ejecutivas. De esta manera levantan un edificio poderoso y complicado. El principio de división del trabajo interviene cada vez más, la autoridad ejecutiva interviene cada vez más, experimenta divisiones y subdivisiones. Así se constituye una burocracia jerárquica y rigurosamente definida. En el catecismo de las obligaciones partidarias, la observancia de las reglas jerárquicas llega a ser el artículo primero. La jerarquía nace *como* consecuencia de las condiciones técnicas, y su constitución es un postulado esencial de la máquina partidaria que funciona bien.

Es innegable que la tendencia oligárquica y burocrática de la organización partidaria es una necesidad técnica y práctica: producto inevitable del propio principio de organización. Ni siquiera el sector más progresista de los diversos partidos socialistas

deja oír objeción alguna a esta evolución retrógrada, y el asunto estriba en que la democracia es solo una forma de organización, y en que cuando deja de ser posible armonizar la democracia y la organización, es preferible abandonar aquélla y no ésta. Cabe considerar a la organización —puesto que es el único medio de alcanzar los fines del socialismo— como compendio del contenido revolucionario del partido, y este contenido esencial nunca debe ser sacrificado en aras de la forma.

En todos los tiempos, en todas las fases del desarrollo, en todas las ramas de la actividad humana ha habido líderes. Es verdad que ciertos socialistas y, sobre todo, los marxistas ortodoxos de Alemania, procuran convencernos de que el socialismo nada sabe de «líderes», que el partido solo tiene «empleados», porque es un partido democrático, y que la existencia de líderes es incompatible con la democracia; pero el falso aserto no puede contrarrestar una ley sociológica: en realidad, su único resultado es robustecer la autoridad de los líderes, pues sirve para ocultar a las masas el peligro que amenaza realmente a la democracia.

Por razones técnicas y administrativas, no menos que por razones tácticas, una organización fuerte necesita un liderazgo igualmente fuerte. No puede surgir liderazgo profesional en una organización de vínculos laxos y de perfiles indefinidos. Los anarquistas, que tienen horror a toda organización rígida, no tienen líderes estables. En los primeros días del socialismo alemán el *Vertrauensmann* (hombre de confianza) seguía desempeñando su ocupación habitual. Cuando recibía algún pago por su tarea para el partido, la remuneración era de escala sumamente modesta, y solo una retribución circunstancial. Nunca podría considerar esa función como una fuente regular de ingresos. El empleado de la organización seguía siendo un simple colaborador, que compartía el modo de vivir y la condición social de todos sus camaradas.

Hoy, casi en todas partes ha sido reemplazado por el político profesional, *Berzirksleiter* (*ward-boss*, en los Estados Unidos), etc. Cuanto más sólida se hace la estructura, en el curso de la evolución del partido político moderno, tanto más se marca la tendencia a reemplazar al líder de emergencia por un líder profesional. Toda organización partidaria que ha alcanzado un grado considerable de complicación, necesita que haya cierto número de personas que

dediquen toda su actividad al trabajo del partido. La masa las proporciona en forma de delegaciones, y los delegados, designados regularmente, son representantes permanentes de la masa para la dirección de sus asuntos.

Sin embargo, el advenimiento del liderazgo profesional señala el principio del fin para la democracia; y esto, por sobre todo, como consecuencia de la imposibilidad lógica del sistema «representativo», ya sea en la vida parlamentaria o en la delegación partidaria. Podemos considerar a Jean Jacques Rousseau como el fundador de este aspecto de la crítica de la democracia. Define al gobierno popular como el «ejercicio de la voluntad general» y extrae de allí las inferencias lógicas en el sentido de que «ésta nunca puede serle sustraída, y el soberano —que no es más que un concepto colectivo— solo puede ser representado por sí mismo. En consecuencia, desde el instante en que un pueblo se entrega a representantes, deja de ser libre.»[17] Una masa que delega su soberanía, es decir, que transfiere su soberanía a las manos de unos pocos individuos abdica de sus funciones soberanas. La voluntad del pueblo no es transferible, ni siquiera lo es la voluntad de un solo individuo. La doctrina fue abandonada por los discípulos del filósofo ginebrino, pero había sido puesta en práctica durante los confusos años del Terror: entonces se la admitía —en teoría— como incontrovertible. El propio Robespierre la aceptaba, al hacer una distinción sutil entre el «representante del pueblo», sin derecho a existir «porque la voluntad no puede ser representada», y «el agente a quien el pueblo había dado potestad».

La experiencia de observadores atentos al mecanismo de las primeras tentativas del sistema representativo, contribuyó a establecer con más firmeza la teoría de los límites de la democracia. Hacia mediados del siglo XIX esta teoría —fruto de una psicología empírica— fue notablemente ampliada, sostenida su validez general, y formulada como base de reglas y preceptos definidos. Cario Pisacane, el teórico prematuramente olvidado de la revolución nacional y social en Italia, expone en su *Saggio sulla Rivoluzione* cómo debían estar expuestos a pasiones por su propia naturaleza de seres humanos, y a las imperfecciones físicas y mentales consiguientes, los hombres en cuyas manos recaía el poder político. Por esta razón la tendencia y los actos de su gobierno están

en contraste directo con la tendencia y los actos de la masa, «pues esta última representa el término medio de todos los juicios y determinaciones individuales y, por consiguiente, se ve libre de la acción de esas influencias». Afirmar que un gobierno representa a la opinión pública y a la voluntad de la nación es tomar equivocadamente una parte por la totalidad[18]. Considera que la delegación es un absurdo. Victor Considérant, contemporáneo de Pisacane y representante de una tendencia similar, siguió también los pasos de Rousseau: «Si el pueblo delega su soberanía, la renuncia. Ya no se gobierna: es gobernado… ¡Oh pueblo, delega tu soberanía! Te garantizo un destino opuesto al de Saturno: tu soberanía será devorada por tu hija, la delegación.»[19] Los teóricos de la democracia no se cansan de afirmar que al votar, el pueblo ejercita a un tiempo su soberanía y renuncia a ella. El gran demócrata Ledru-Roülin, padre del sufragio universal e igualitario en Francia, llega tan lejos que pide la supresión del presidente y del parlamento, para reconocer a la asamblea general del pueblo como único órgano legislativo. Si el pueblo —continúa— encuentra en el curso del año la posibilidad de perder tanto tiempo en entretenimientos, vacaciones y holganza, con seguridad podría hacer mejor uso de su tiempo dedicándolo a «fortalecer su independencia, su grandeza y su prosperidad»[20].

Victor Considérant se oponía con furia a la teoría de que la soberanía popular estuviera garantizada por el sistema representativo. Aun si aceptáramos en teoría que el gobierno parlamentario *in abstracto* constituyera realmente un gobierno dé las masas, en la vida práctica esto no es más que un fraude continuo por parte de la clase dominante. Con un gobierno representativo, la diferencia entre la democracia y la monarquía, ambas enraizadas en el sistema representativo, es enteramente insignificante: diferencia no sustancial, sino formal. El pueblo elige, en lugar de un rey, diversos reyezuelos. Por no tener la libertad y la independencia suficientes para dirigir la vida del Estado, permite con mansedumbre que se lo despoje de su derecho fundamental. El único derecho que el pueblo se reserva es el «privilegio ridículo» de elegir periódicamente un nuevo grupo de amos[21]. Cabe sumar a esta crítica al sistema representativo, la observación de Proudhon, en el sentido de que los representantes del pueblo, en cuanto

asumen el poder comienzan a trabajar para consolidar y reforzar su influencia. Prosiguen, sin cesar, circundando sus posiciones con nuevas líneas de defensa, hasta que logran emanciparse completamente de la fiscalización popular. Todo poder sigue así un cielo natural: procede del pueblo y termina levantándose por encima del pueblo[22]. En el quinto decenio del siglo pasado estas ideas alcanzaron amplia difusión y su verdad fue admitida casi universalmente, y en Francia en especial, por los estudiantes de ciencias sociales y por los estadistas democráticos. Aun los clérigos unieron sus voces a los que condenaban el sistema representativo. Louis Veuillot, el católico, dijo: «Cuando voté, mi igualdad cayó en la urna junto con la boleta; desaparecieron juntas»[23]. Esta teoría es hoy el rasgo central de la crítica política procedente de diversas escuelas anarquistas, que con frecuencia la expusieron en forma elocuente y aguda[24]. Por último, Marx y sus continuadores, que en teoría consideraban a la acción parlamentaria al menos como una entre las muchas armas, pero que en la práctica solo empleaban ésa, no dejaron de reconocer circunstancialmente los riesgos del sistema representativo, aun cuando estuviera basado sobre el sufragio universal. Pero los marxistas se apresuraron a agregar que el partido socialista está libre de esos peligros[25]. La soberanía popular estuvo expuesta a una crítica profunda por un grupo de autores italianos de tendencia conservadora, hace poco. Gaetano Mosca habla de la «falsedad de la leyenda parlamentaria». Dice que la idea de la representación popular como transferencia libre y espontánea de la soberanía de los electores (la colectividad) a un cierto número de personas elegidas (una minoría), se basa sobre la premisa absurda de que la minoría puede estar atada a la voluntad colectiva por lazos inquebrantables[26]. En realidad, en cuanto termina la elección termina también el poder de la masa de electores sobre el delegado. El diputado se considera árbitro autorizado de la situación, y lo es en realidad. Si hubiéramos de encontrar entre los electores a quienes tuvieran alguna influencia sobre el representante del pueblo, su número sería muy pequeño; constituyen la artillería pesada del distrito, o de la rama local del partido. En otras palabras, son personas que, aunque pertenecen por rango social a la clase de los gobernados, en los hechos vienen a formar parte de la oligarquía dominante[27].

Esta crítica del sistema representativo es aplicable con mayor razón en nuestros propios días, cuando la vida política adquiere constantemente formas más complejas. A medida que esta complejidad aumenta, cada vez es más absurdo intentar la «representación» de una masa heterogénea en todos los innumerables problemas nacidos de la creciente diferenciación de nuestra vida política y económica. En este sentido, representar viene a significar que un deseo puramente intelectual se disfraza y es aceptado como la voluntad de la masa[28]. En ciertos casos aislados, cuyas cuestiones son muy simples, y donde la autoridad delegada tiene duración breve, es posible la representación; pero la representación permanente equivaldrá siempre a que los representantes dominen sobre los representados.

3. El partido democrático moderno como partido de lucha, dominado por ideas y métodos militaristas

LUIS XIV comprendió el arte de gobernar, como muy pocos príncipes lo habían comprendido antes ni después, y esto sobre todo en la primera mitad de su reinado, cuando su espíritu se mantenía todavía joven y fresco. En sus memorias del año 1666 enuncia las siguientes reglas esenciales para todas las ramas de la administración, y más especialmente para la conducción de los asuntos militares: «Las resoluciones deben ser rápidas, la disciplina exacta, las órdenes absolutas y la obediencia puntual»[29]. Los conceptos esenciales allí enumerados por el *Roi Soleil* (rapidez de decisión, unidad de comando y estrictez de la disciplina) son igualmente aplicables, *mutatis mutandis*, a los diversos conglomerados de la vida política moderna, pues éstos están en estado perpetuo de guerra latente.

El partido moderno es una organización de lucha en el sentido político del término, y como tal debe adaptarse a las leyes de la táctica. El artículo primero de estas leyes es la facilidad de movilización. Ferdinand Lassalle, el fundador del partido laborista revolucionario, lo reconoció hace mucho, al afirmar que la dictadura que existía de hecho en la sociedad sobre la cual presidía, estaba tan profundamente justificada, en teoría, como era indispensable. La masa —decía— debe seguir ciegamente a su jefe, y toda la organización debe ser como un martillo en las manos de su presidente.

Este concepto de la cuestión se correspondía con una necesidad política, especialmente en los tiempos de Lassalle, cuando el movimiento laborista estaba en la infancia, y cuando solo mediante una disciplina rígida, el movimiento podía esperar obtener el

respeto y la consideración de los partidos burgueses. La centralización garantizaba —y sigue garantizando siempre— las resoluciones rápidas. Una organización extensa es *per se* un mecanismo pesado y difícil de poner en funcionamiento. Si tenemos que habérnosla con una masa distribuida en una extensión considerable, consultarla para cada cuestión supondrá una enorme pérdida de tiempo, y la opinión así obtenida será además esquemática y vaga. Pero los problemas del momento necesitan una decisión rápida, y por eso la democracia ya no puede funcionar en su forma primitiva y genuina, a menos que la política seguida sea contemporizadora, pues supone la pérdida de las oportunidades más favorables para actuar. Con semejante guía, el partido resulta incapaz de actuar aliado a otros, y pierde su elasticidad política. Un partido de lucha necesita una estructura jerárquica. A falta de tal estructura, el partido será comparable a un ejército salvaje y amorfo de negros, incapaz de hacer frente a un solo batallón bien disciplinado y ejercitado de soldados europeos.

En la lucha cotidiana, lo único que puede asegurar la transmisión rápida y la ejecución precisa de las órdenes, no es otra cosa que cierto grado de cesarismo. El socialista holandés van Kol declara francamente que la verdadera democracia solo puede existir después que la lucha ha terminado. Entretanto, hasta los líderes socialistas deben tener autoridad y fuerza suficiente para mantenerse en el poder. Afirma que es indispensable un despotismo provisional, y que la propia libertad debe dejar paso a la necesidad de una acción rápida. De esta manera la sumisión de la masa a la voluntad de unos pocos viene a ser considerada como una de las más grandes virtudes democráticas. «Prometemos lealtad y obediencia a quienes están llamados a conducimos, y les decimos: hombres que habéis sido honrados por la elección del pueblo, mostradnos el camino y os seguiremos»[30]. Frases como éstas son las que nos revelan la verdadera naturaleza del partido moderno. En un partido, y sobre todo en un partido de lucha política, la democracia no es para el consumo interno, sino un artículo de exportación. Toda organización política necesita un «equipo liviano que no estorbe sus movimientos». La democracia es incompatible en todo con la rapidez estratégica, y las fuerzas de la democracia no se prestan para los rápidos despliegues de una campaña. Por eso es

que los partidos políticos, aunque sean democráticos, muestran tanta hostilidad al referéndum y a todas las otras medidas para la salvaguarda de la verdadera democracia; y también es ésa la razón de que en sus constituciones estos partidos muestren, si bien no un cesarismo incondicional, al menos tendencias oligárquicas y centralizadoras muy fuertes. Lagardelle da los últimos toques al cuadro con las siguientes palabras: «Y para el uso del proletariado han reproducido los instrumentos capitalistas de dominación; han establecido un gobierno de los obreros tan áspero como el gobierno burgués, una burocracia de los obreros tan torpe como la burocracia burguesa, un poder centralizado que dice a los obreros lo que pueden hacer y lo que no pueden hacer, que estrella toda independencia e iniciativa en los miembros del gremio, y que a veces debe inspirar en sus víctimas la añoranza de los modos capitalistas de autoridad»[31]. La estrecha semejanza entre un partido democrático de lucha y una organización militar, se refleja en la terminología socialista, tomada, especialmente en Alemania, de la ciencia militar. Difícilmente escapa una expresión de táctica o estrategia militar, ni siquiera una frase de la jerga cuartelera, a la reiteración, una y otra vez, en los artículos principales de la prensa socialista. En la práctica cotidiana de la lucha socialista es verdad que la preferencia cae casi inevitablemente en las tácticas contemporizadoras de Fabius Cunctator, pero esto depende de circunstancias especiales que analizaremos más adelante (sexta parte, capítulo 1). La asociación íntima entre la vida partidaria y la vida militar se manifiesta también en el interés apasionado que algunos de los líderes más distinguidos del socialismo alemán muestran por las cuestiones militares. Durante su residencia en Inglaterra, el comerciante alemán Frederick Engels, que había servido en la Guardia Imperial como voluntario, dedicaba su tiempo libre a la exposición simultánea de la teoría socialista y de la militarista[32]. El mundo debe a Bebel, hijo de un suboficial prusiano, muchas ideas reformistas en cuestiones de técnica militar, que nada tienen de común con el antimilitarismo teórico de los socialistas[33]. Bebel y Engels, y especialmente este último, podrían aun ser considerados como autores esencialmente militares. Esta tendencia por parte de los líderes socialistas no es fruto de la mera casualidad, sino que depende de un instinto de afinidad electiva.

B. Causas psicológicas del liderazgo

1. El establecimiento de un derecho consuetudinario para el cargo de delegado

QUIEN tiene el cargo de delegado adquiere un derecho moral a ese cargo, y los delegados lo conservan a menos que sean privados de éste en circunstancias extraordinarias o en cumplimiento de leyes observadas con estrictez excepcional. Una elección realizada para un propósito definido adquiere una trascendencia vitalicia. La costumbre se hace un derecho. Quien ha desempeñado durante cierto tiempo el cargo de delegado termina por considerar que ese cargo es propiedad suya. Si se le niega la reelección amenaza con represalias (la amenaza de renuncia es la menos grave entre todas) que tenderán a sembrar confusión entre sus camaradas, y esa confusión continuará hasta que salga victorioso.

La renuncia al cargo, en la medida que no es una mera expresión de desaliento o protesta (tales como el disgusto de aceptar una candidatura en un distrito poco promisorio), en la mayor parte de los casos es una forma de retener y fortalecer el liderazgo. Aun en organizaciones políticas mayores que él partido, a menudo emplean esta estratagema, y desarman así a sus adversarios, con una deferencia que no carece de color democrático aparente. El adversario está obligado a mostrar en respuesta una deferencia aún mayor, y esto sobre todo cuando el líder que utiliza el método es en verdad indispensable, o la masa lo considera como tal. La historia reciente de Alemania nos proporciona muchos ejemplos que muestran la infalibilidad de este esquema maquiavélico para conservar el liderazgo. Durante el perturbad» período de transición, de la monarquía absoluta a la monarquía constitucional, durante el ministerio de Ludolf Camphausen, el rey Federico Guillermo IV de

Prusia amenazó con abdicar si las ideas liberales llegaban a sacar ventaja en Prusia sobre el conservadorismo romántico tan caro a su corazón. Esta amenaza colocó a los liberales en un dilema. O aceptaban la indicación del rey, lo cual suponía el ascenso al trono del príncipe Guillermo de Prusia, hombre de tendencias ultrarreaccionarias, cuyo reinado comenzaría probablemente con un alzamiento de las clases bajas; o deberían abandonar sus esquemas liberales, en cuyo caso resultaría indispensable mantener al rey en su poder. De esta manera, Federico Guillermo logró siempre salirse con la suya y derrotar los propósitos de sus adversarios políticos. Treinta y cinco años después, el príncipe Bismarck, al establecer su potencialidad con el arma de su condición de indispensable, consolidó su omnipotencia sobre el Imperio Germánico que acababa de crear, presentando una y otra vez su renuncia al emperador Guillermo I. Su meta era reducir al anciano monarca a la obediencia, en todas las ocasiones en que este último evidenciaba cualquier signo de ejercitar una voluntad independiente, al insinuar el caos de la política interna y externa, que sería la consecuencia inevitable del retiro del «fundador del Imperio», pues el anciano emperador era incapaz de asumir la dirección personal de los problemas[1]. El presidente actual del Brasil, Hermes da Fonseca, debe su puesto, en primer lugar, a la amenaza periódica de renuncia. Designado ministro de la guerra en 1907, Fonseca emprendió la reorganización del ejército del Brasil. Sancionó una ley que creaba el servicio militar universal obligatorio, que había sido enconadamente resistida en ambas cámaras del parlamento. Mediante su enérgica presión personal, apoyada con la amenaza de renuncia, la iniciativa fue finalmente aprobada, y aseguró tal renombre a su promotor que no solo conservó su ministerio, sino que en el año 1910 fue elegido presidente de la república por 102.000 votos contra 52.000.

Lo mismo ocurre en todos los partidos políticos. Dondequiera que surge un obstáculo, los líderes están prontos para ofrecer su renuncia. Declaran que están cansados y hastiados del cargo, cuando en realidad su intención es mostrar a los disidentes el carácter indispensable del propio líder. En 1864 cuando Vahlteich propuso un cambio en los reglamentos de la Asociación General de Trabajadores Alemanes, Lassalle, él presidente, se enojó mucho y,

consciente de su propio valer para el movimiento, planteó la siguiente alternativa: «O me protegéis contra la repetición de fricciones como ésta, o abandono mi cargo». La consecuencia inmediata fue la expulsión del crítico importuno. En la Holanda de hoy, Troelstra, el Lassalle holandés, logró de igual modo desarmar a sus adversarios dentro del partido con la amenaza patética de retirarse a su vida privada, diciendo que si seguían sometiendo sus acciones a una crítica importuna, su idealismo lesionado lo obligaría a abandonar la lucha cotidiana de la vida partidaria. Lo mismo ocurrió más de una vez en la historia del partido socialista italiano. Ocurre a menudo que los miembros socialistas del parlamento están en desacuerdo con la mayoría del partido acerca de algún punto importante, tal como la oportunidad de una huelga general; o acaso quieran registrar sus votos, en oposición con las opiniones de sus sectores respectivos, en los congresos partidarios. Les es fácil salirse con la suya y silenciar a los adversarios amenazándolos con renunciar. Si es necesario, van aún más lejos, y renuncian realmente a sus bancas apelando a los electores como única autoridad competente para decidir la cuestión. En esos casos casi siempre son reelectos y alcanzan así una situación indiscutible de poder. En el congreso socialista de Bolonia, en 1904, algunos de los delegados votaron en favor de la resolución reformista, en oposición con los deseos de la mayoría de los camaradas, cuya opinión presuntamente representaban. Cuando se los llamó a rendir cuentas ofrecieron las renuncias a sus bancas, y los electores del partido, en el deseo de evitarse gastos y molestias de una nueva elección, y temerosos de perder bancas partidarias, se apresuraron a perdonar la acción de los delegados. En mayo de 1906 veinticuatro de los veintisiete miembros del grupo socialista en la cámara, renunciaron a sus bancas, como consecuencia de las diferencias de opiniones entre ellos y la masa del partido, relativas a la huelga general, que los diputados habían repudiado. Solo tres de ellos fueron reelectos. Aunque estas actitudes tienen una buena apariencia democrática, difícilmente pueden ocultar el espíritu dictatorial de quienes las adoptan. El líder que pide un voto de confianza se somete —en apariencia— al juicio de sus prosélitos, pero en realidad está haciendo gravitar en la balanza todo el peso de su carácter de indispensable, real o supuesto, y así suele obligar

a someterse a su voluntad. Los líderes toman buen cuidado de no admitir jamás que el verdadero propósito de la amenaza de renuncia es reforzar su poder sobre la masa. Declaran, por lo contrario, que el más puro espíritu democrático determina su conducta, que es una prueba notable de sus buenos sentimientos, de su sentido de dignidad personal y de su deferencia hacia la masa; sin embargo, si analizamos realmente la cuestión, no podemos dejar de ver que, lo quieran o no lo quieran, el acto constituye una demostración oligárquica: la manifestación de una tendencia a emanciparse de la fiscalización de la masa. Esas renuncias, aun cuando no fueran dictadas por una política de interés egoísta, sino ofrecidas solo para eliminar diferencias de opinión entre los líderes y la masa, y para conservar la necesaria armonía de opiniones, tienen siempre la consecuencia práctica de subordinar la masa a la autoridad del líder.

2. La necesidad de liderazgo que experimenta la masa

UN distinguido dramaturgo francés que dedicó su tiempo libre a escribir estudios en prosa relativos a graves cuestiones sociales, Alejandro Dumas, hijo, observó una vez que todos los progresos humanos, en su comienzo, habían sido resistidos por el noventa y nueve por ciento de la humanidad. «Pero esto carece de importancia, si advertimos que el centésimo, al cual pertenecemos nosotros, desde el comienzo del mundo ha realizado todas las reformas para los otros noventa y nueve, que hoy las disfrutan, pero, sin embargo, siguen protestando contra las reformas que quedan por hacer». En otro pasaje agrega: «Las mayorías son solo la prueba de lo que existe» en tanto que «las minorías suelen ser la simiente de lo que vendrá»[2].

No hay exageración al afirmar que entre los ciudadanos que gozan de derechos políticos, el número de los que tienen un interés vital por las cuestiones públicas es insignificante. En la mayor parte de los seres humanos, el sentido de una relación íntima entre lo bueno para el individuo y lo bueno para la colectividad está muy poco desarrollado. Casi toda la gente está privada de la capacidad de comprender las acciones y reacciones entre ese organismo que llamamos el Estado, y sus intereses privados, su prosperidad y su vida. Como lo expresa De Tocqueville, para ellos es mucho más importante considerar «si vale la pena que pase una carretera a través de su campo»[3], que interesarse en la labor general de la administración pública. Los más, con Stirner, se conforman con gritar al Estado: «¡Apártate y no me quites el sol!». Stirner se burla de todos aquellos que de acuerdo con la opinión de Kant, pregonan a la humanidad el «deber sagrado» de interesarse en los asuntos públicos. «Dejemos que quienes tienen intereses personales en los cambios políticos se preocupen por ellos. Ni ahora ni en ningún

momento futuro será un “deber sagrado” hacer que la gente se preocupe por el Estado, como tampoco es “deber sagrado” que lleguen a ser hombres de ciencia, artistas, etc. Únicamente el egoísmo puede incitar a la gente a interesarse en los asuntos públicos, y la incitará realmente… cuando las cosas lleguen a ser muchísimo peores»[4].

En la vida de los partidos democráticos modernos podemos observar signos de similar indiferencia. Solo una minoría participa de las decisiones partidarias, y a veces esa minoría es de una pequeñez rayana en lo ridículo. Las resoluciones más importantes adoptadas por el más democrático de todos los partidos —el partido socialista— emanan siempre de un puñado de sus miembros. Es verdad que la renuncia al ejercicio de los derechos democráticos es voluntaria, excepto en aquellos casos —bastante comunes— en que la participación activa de la masa organizada, en la vida partidaria, aparece obstaculizada por las condiciones geográficas o topográficas. En general, la parte urbana de la organización es la que decide todo; las obligaciones de los miembros que viven en distritos campesinos o en remotas ciudades de provincia son muy limitadas; solo se espera de ellos que paguen sus suscripciones y voten durante las elecciones en favor de los candidatos elegidos por la organización de la gran ciudad. Aquí pesa la influencia de las consideraciones tácticas, tanto como la de las condiciones locales. La preponderancia de los hombres de la ciudad sobre los dispersos miembros campesinos corresponde a la necesidad de rapidez en la decisión y velocidad en la acción, a las cuales hemos aludido en un capítulo anterior.

Dentro de las grandes ciudades ocurre un proceso de selección espontánea, en virtud del cual, se segregan de la masa organizada cierto número de miembros que participan con más diligencia que otros en la tarea de la organización. Este grupo interior se compone, como el de los piadosos asistentes a las iglesias, de dos categorías muy diferentes: la de quienes están animados por un claro sentido del deber, y la de quienes asisten por una mera cuestión de hábito. En todos los países el número de este círculo interior es relativamente pequeño. La mayoría de los miembros es tan indiferente a la organización como lo es la mayoría de los electores respecto del parlamento. Aun en países como Francia, donde la

educación política colectiva es de antigua data, la mayoría renuncia a toda participación activa en las cuestiones tácticas y administrativas, y las deja en manos del pequeño grupo que tiene por costumbre asistir a las reuniones. Las grandes luchas que tienen lugar entre los líderes, en apoyo de uno u otro método táctico, luchas por la primacía dentro del partido, en realidad, aunque emprendidas en el nombre del marxismo, el reformismo o el sindicalismo, no solo están fuera de la comprensión de la masa, sino que la dejan totalmente indiferente. Es fácil observar en casi todos los países, que es muchísimo mayor la audiencia de las reuniones convocadas para discutir cuestiones del momento, ya sean políticas, sensacionales o sentimentales (tales como la protección, un ataque al gobierno, la revolución rusa, etc.), o las que debaten cuestiones de interés general (el descubrimiento del polo norte, la higiene personal, el espiritualismo), aun cuando estén reservadas a miembros del partido, que las reuniones destinadas a debatir cuestiones tácticas o teóricas, aunque éstas tengan importancia vital para la doctrina o para la organización. El autor sabe esto por experiencia personal en tres grandes ciudades típicas: París, Francfort del Main y Turin. A pesar de las diferencias de ambiente, en cada uno de estos tres centros era observable la misma indiferencia hacia los asuntos partidarios y el mismo ausentismo a las reuniones ordinarias. La gran mayoría de los miembros no asistía a las reuniones a menos que hablara en ellas algún orador de nota, o a menos que resonara algún grito de batalla muy notable que los atrajera, tales como A *bas la vie chère!*, en Francia, o «¡Abajo el gobierno personalista!», en Alemania. También era posible lograr una reunión muy concurrida con proyecciones de cine, o con una conferencia científica popular ilustrada con diapositivas. En resumidas palabras, los afiliados tienen una debilidad por todo lo que se dirige a sus ojos, y con tales espectáculos siempre será posible atraer a una multitud de papamoscas.

Cabe agregar que los asistentes regulares a las reuniones públicas y a los comités, en modo alguno son siempre proletarios, especialmente en lo que se refiere a los centros menores. Cuando terminan su jornada de trabajo, los proletarios solo piensan en descansar, y en meterse en la cama temprano. Quienes ocupan sus lugares en las reuniones son los pequeños burgueses, los que entran

para vender sus diarios o postales, los empleados, los intelectuales jóvenes y que aún no se han hecho una posición dentro de su propio círculo, gente gustosa de que se la considere como auténticos proletarios, y miembros de la gloriosa clase del futuro.

En la vida partidaria ocurre lo mismo que ocurre en el Estado. En ambos, la exigencia de apoyo monetario tiene fundamentos coercitivos, pero el sistema electoral no cuenta con sanciones establecidas. Existe un derecho electoral, pero no un deber electoral. Mientras este deber no se sobreponga al derecho, parece probable que solo una pequeña minoría seguirá haciendo uso del derecho renunciado voluntariamente por la mayoría, y que la minoría dictará siempre las leyes para la masa indiferente y apática. La consecuencia es que, en los agrupamientos políticos de la democracia, la participación en la vida partidaria adquiere un aspecto escalonado. La gran masa de electores constituye la extensa base; sobre ésta se superpone la masa enormemente menor de miembros enrolados en el comité local del partido, que representa quizás un décimo o quizá no más de una treintava parte de los electores; encima de éstos, a su vez, viene el número mucho más pequeño de los miembros que asisten regularmente a las reuniones; luego viene el grupo de funcionarios del partido; y por encima de todo, constituido en parte por las mismas personas del grupo anterior, el grupo de media docena de los miembros que constituyen el comité ejecutivo. El poder efectivo está aquí en razón inversa del número de quienes lo ejercen. El diagrama[5] de la página siguiente representa la democracia práctica.

Aunque circunstancialmente proteste, la mayoría está en realidad encantada de encontrar personas que se tomen la molestia de atender las cuestiones.

En la masa, y aun en la masa organizada de los partidos

laborales, existe una necesidad *inmensa* de dirección y guía. Esta necesidad se acompaña por un genuino culto de los líderes, considerados héroes. La despersonalización, esa roca contra la que han zozobrado tantas reformas importantes en todos los tiempos, tiende a aumentar ahora en lugar de disminuir, *lo que se* explica por la división del trabajo mal entendida en la sociedad civilizada moderna, lo que hace cada vez más imposible abarcar en una sola mirada la totalidad de la organización política del Estado y su mecanismo, cada vez más complicado. A esta despersonalización se agregan, especialmente en los partidos populares, diferencias profundas de cultura y educación entre los miembros, las que infunden una tendencia dinámica permanentemente creciente a esa necesidad de liderazgo que experimentan las masas.

La tendencia se manifiesta en los partidos políticos de todos los países. Es verdad que su intensidad varía entre una nación y otra, de acuerdo con las contingencias de carácter histórico, o con las influencias de la psicología racial. El pueblo alemán, en especial, exhibe un grado notable de necesidad de que alguien señale el camino e imparta órdenes. Esta peculiaridad, común a todas las clases, sin exceptuar al proletariado, proporciona el terreno psicológico sobre el cual puede florecer una exuberante hegemonía directiva. Entre los alemanes existen todas las precondiciones necesarias para ese desarrollo: una predisposición psíquica a la subordinación, un profundo instinto de disciplina; es decir, la herencia total, que hoy persiste, de la influencia del sargento instructor prusiano, con todas sus ventajas y todos sus inconvenientes; además, una confianza en la autoridad que linda con la ausencia completa de facultades críticas. Únicamente los pobladores de la cuenca del Rin tienen una individualidad algo más manifiesta, que constituye, en cierta medida, la excepción de esta regla. Los riesgos para con el espíritu democrático, propio de esta peculiaridad del carácter germánico los conocía bien Karl Marx. Aunque él mismo era líder partidario en el más amplio sentido del término, y aunque estaba dotado en el más alto grado de las condiciones necesarias para el liderazgo, creyó necesario advertir a los obreros alemanes para que no alentaran una concepción demasiado rígida en la organización. En una carta de Marx a Schweitzer nos enteramos de que en Alemania, donde los

trabajadores están fiscalizados burocráticamente desde que nacen, y tienen por eso una fe ciega en la autoridad constituida, lo más necesario es enseñarles a caminar solos[6].

Esa indiferencia, que en tiempos normales la masa acostumbra a demostrar respecto de la vida política ordinaria, en algunos casos llega a tener importancia particular, y a ser un obstáculo para la extensión de la influencia del partido. La multitud puede abandonar a los líderes en el momento en que éstos están preparando una acción enérgica. Esto ocurre aun en lo relativo a la organización de las demostraciones de protesta. En el congreso socialista austríaco, de Salzburgo, en 1904, el doctor Ellenbogen se lamentaba: «Siempre me angustio cuando los líderes del partido emprenden cualquier tipo de acción. Parece imposible despertar el interés de los obreros aun en materias que uno pudiera haber esperado que comprendieran. En la agitación contra los nuevos esquemas militares, encontramos imposible organizar reuniones de magnitud respetable»[7]. En Sajonia, en 1895, ante el proyecto de restringir el sufragio, es decir, limitar los derechos políticos de miles de obreros, los líderes socialistas se esforzaron en vano por suscitar una agitación general. Los intentos resultaron estériles ante la apatía general de las masas. El lenguaje de la prensa era inflamado; se distribuyeron millones de panfletos; se convocaron ciento cincuenta reuniones de protesta en el lapso de pocos días. Todo esto careció de efecto. Faltó una agitación genuina. Las reuniones, especialmente en los distritos suburbanos, tuvieron concurrencia muy escasa[8]. Los líderes, y también el comité central y los organizadores regionales, estaban abrumados de disgusto ante la calma e indiferencia de la masa, que hacía imposible toda agitación significativa[9]. El fracaso del movimiento se debió a un error de omisión por parte de los líderes. La masa no reconoció la importancia de la pérdida que iba a sufrir, porque los líderes descuidaron señalarle todas sus consecuencias. Acostumbrada a ser dirigida, la masa necesita una labor considerable de preparación para poder ser puesta en movimiento. A falta de esto, y cuando los líderes, de manera imprevista, hacen señales que la masa no comprende, ésta no les presta atención.

La prueba más notable de la debilidad orgánica de la masa la vemos en la forma en que abandona el campo de batalla en fuga

desordenada, cuando se ve sin líderes en el momento de la acción; parece no tener capacidad alguna de reorganización instintiva, y es inútil, hasta que aparecen nuevos capitanes capaces de reemplazar a los perdidos. El fracaso de innumerables huelgas y agitaciones políticas es fácil de explicar por la acción oportuna de las autoridades, que han encarcelado a los líderes. Esta experiencia es lo que ha dado origen a la opinión de que los movimientos populares son, en general, productos artificiales, la obra de individuos aislados, calificados como agitadores (*agitators*, *auftoiegler, hetzer*, *meneurs, sobillatori*), y que basta suprimir a los agitadores para dominar la agitación. Esta opinión se ve especialmente favorecida por algunos conservadores de mente estrecha. Pero esa idea solo muestra la incapacidad de quienes dicen comprender la naturaleza íntima de las masas. En los movimientos colectivos, con raras excepciones, el proceso es natural y no «artificial». Por sobre todo es natural el propio movimiento, cuya cabeza ocupa él líder, no por propia iniciativa, por regla general, sino por la fuerza de las circunstancias. No menos natural es el derrumbe súbito de la agitación, tan pronto como él ejército es privado de sus jefes.

La necesidad de guía que experimenta la masa, y su incapacidad para actuar cuando le falta una iniciativa de afuera y desde arriba, impone, sin embargo, una pesada carga a los jefes. Los líderes de los partidos democráticos modernos no llevan una vida de holganza. Sus cargos no son, en modo alguno, prebendas, y han adquirido su supremacía a costa de una tarea muy pesada. Su vida es de esfuerzo incesante. La característica infatigable, tenaz y persistente de agitación, del partido socialista, especialmente en Alemania, no decae jamás como consecuencia de fracasos accidentales, ni desaparece tampoco ante triunfos eventuales, y ha suscitado con justicia la admiración aun de los críticos y adversarios burgueses, lo que ningún otro partido ha logrado hasta ahora imitar. En las organizaciones democráticas la actividad del líder profesional es muy fatigosa, a menudo mina la salud, y por lo general (a pesar de la división del trabajo) es sumamente compleja. Debe sacrificar constantemente su propia vitalidad en la lucha, y cuando las razones de salud le obligan a alejarse de la actividad, no tiene la libertad de hacerlo. Nunca declinan las demandas sobre su persona.

La masa tiene una pasión incurable por los oradores distinguidos, por los hombres de gran renombre, y si no puede obtenerlos insiste al menos en un diputado. En los aniversarios y otras celebraciones tan gratas a las masas democráticas, y generalmente durante las reuniones electorales, llueven sobre la organización central reclamos casi siempre del mismo tenor: «¡Queremos un diputado!». Además, los líderes deben asumir toda clase de tarea literaria, y cuando son abogados deben dedicar su tiempo a los múltiples procedimientos legales que tienen importancia para el partido. Los líderes de las posiciones más altas viven entorpecidos por los cargos honoríficos que llueven sobre ellos. Una de las características de los partidos democráticos modernos es la acumulación de cargos. En el partido socialista alemán no era raro que encontráramos a la misma persona en el ayuntamiento, en la dieta, y como miembro del Reichstag o que, además de dos de estos cargos, fuera director de un periódico, secretario de un gremio o de una sociedad cooperativa. Cabe decir lo mismo de Bélgica, de Holanda y de Italia. Todo esto reporta honores al líder, le da poder sobre la masa, lo hace cada vez más indispensable; pero supone también un aumento continuo de trabajo, y puede causar la muerte prematura de quienes no tengan una constitución excepcionalmente fuerte.

3. La gratitud política de las masas

ADEMÁS de la indiferencia política de las masas y de su necesidad de guía, hay otro factor, de aspecto moral más importante, que contribuye a la supremacía del líder: es la gratitud que experimenta la multitud hacia quienes hablan o escriben en su defensa. Los líderes adquieren fama como defensores y consejeros del pueblo; y mientras la masa concurre cotidianamente a su labor, indispensable desde el punto de vista económico, los líderes, por amor a la causa, a menudo deben sufrir persecución, prisión y exilio.

Estos hombres, que a menudo han adquirido una aureola de santidad y martirio, solo piden una retribución por sus servicios: gratitud. A veces este pedido de gratitud encuentra expresión escrita. Entre las propias masas el sentimiento de gratitud es muy grande. Si de vez en cuando encontramos excepciones a esta regla, si las masas exteriorizan la más negra ingratitud hacia sus líderes elegidos, podemos estar bien seguros de que en esas ocasiones hay un drama de celos bajo la superficie. Hay una lucha demagógica, fiera, enmascarada y obstinada, entre un líder y otro; y la masa tiene que intervenir en esta lucha, y decidir entre los adversarios. Al favorecer a un competidor manifiesta por fuerza «ingratitud» hacia el otro. Aparte de estos casos excepcionales, la masa alienta una gratitud sincera hacia sus líderes, y considera que esa gratitud es un deber sagrado. Por lo general este sentimiento de gratitud se manifiesta en la reelección continua de los líderes que lo han merecido, con lo que el liderazgo por lo común se hace perpetuo. Constituye un sentimiento general de la masa, que sería «ingratitud» dejar de confirmar en sus funciones a cualquier líder de larga actuación.

4. El culto de la veneración entre las masas

LOS partidos socialistas a menudo se identifican con sus líderes hasta el punto de adoptar sus nombres. Así en Alemania desde 1863 hasta 1875 hubo lassallistas y marxistas; en tanto que en Francia, hasta hace muy poco, hubo broussistas, allemanistas, guesdistas y jauresistas. Dos son las causas por las cuales estos términos alusivos a personas tienden a caer en desuso en países tales como Alemania: en primer lugar, ha habido un aumento enorme en los afiliados, y especialmente en la fuerza electoral del partido; en segundo lugar, dentro del partido la dictadura ha cedido el sitio a la oligarquía, y los líderes de esta oligarquía están inspirados por sentimientos de celos mutuos. Como causa adicional podemos señalar la carencia general de líderes de habilidad reconocida, capaces de asegurar y mantener una autoridad absoluta e indiscutible.

El antroposociólogo inglés Frazer sostiene que el mantenimiento del orden y la autoridad del Estado depende en gran medida de las ideas supersticiosas de las masas, y que, en su opinión, esto es un mal medio para un buen fin. Entre esas nociones supersticiosas, Frazer llama la atención hacia la creencia, tan frecuente entre el pueblo, de que sus líderes pertenecen a un orden de humanidad más alta que ellos mismos[10]. En realidad, el fenómeno es notorio en la historia de los partidos socialistas durante los últimos cincuenta años. La supremacía de los líderes sobre la masa depende no sólo de los factores ya analizados, sino también de la difundida reverencia supersticiosa a los líderes, sobre la base de su superioridad en cultura formal, por la cual sienten mucho mayor respeto, por lo general, que por la verdadera valía intelectual.

La adoración de los conductores por los conducidos es latente, por lo común. Se revela por signos apenas perceptibles, tales como el tono de veneración con que suele ser pronunciado el nombre del ídolo, la perfecta docilidad con que obedecen al menor de sus

signos, y la indignación que despierta todo ataque crítico a su personalidad. Pero donde la individualidad del líder es realmente excepcional, y también en períodos de vibrante emoción, el fervor latente se manifiesta notoriamente con la violencia de un paroxismo agudo. En junio de 1864 los sanguíneos pobladores de la cuenca del Rin recibieron a Lassalle como a un dios. Había guirnaldas colgadas a través de las calles. Damas de honor le arrojaban flores. Interminables filas de carruajes seguían a la carroza del «presidente», con entusiasmo irresistible y desbordante, y recibían con aplausos frenéticos las palabras del héroe del triunfo, a menudo extravagantes y con tono charlatán, pues hablaba más bien como si quisiera desafiar a la crítica, y no provocar aplausos. Fue en verdad una marcha triunfal. No faltó nada: arcos de triunfo, himnos de bienvenida, recepciones solemnes con delegaciones extranjeras. Lassalle era ambicioso a lo grande, y, como Bismarck lo dijera de él en circunstancias posteriores, poco le faltó a sus pensamientos para preguntarse si el futuro imperio germánico, en el que estaba muy interesado, debía ser gobernado por una dinastía de Hohenzollern o de Lassalle. No debemos sorprendernos de que toda esta adulación excitara la imaginación de Lassalle a tal punto, que poco después fuera capaz de prometer a su novia que algún día entraría a la capital como presidente de la república alemana sentado en una carroza tirada por seis caballos blancos.

En Sicilia, en 1892, cuando se constituyeron los primeros gremios de obreros agrícolas, llamados *fasci*, los miembros tenían una fe casi sobrenatural en sus líderes. En la ingenua confusión de las cuestiones sociales y las prácticas religiosas, a menudo llevaban en las procesiones el crucifijo junto a la bandera roja y los carteles con frases de las obras de Marx. Escoltaban a los líderes con música, antorchas y faroles japoneses, en la marcha hacia las reuniones. Muchos, embriagados con el sentimiento de adoración, se prosternaban ante sus líderes, como en épocas anteriores se habían prosternado ante sus obispos[11]. Un periodista burgués preguntó una vez a un viejo campesino, miembro de un *fascio* socialista, si los proletarios no creían que Giuseppe De Felice Giuffrida, Garibaldi Bosco, y los otros estudiantes o abogados jóvenes que, aunque de origen burgués, trabajaban por los *fasci*, estuvieran haciendo eso con el único propósito de asegurarse su propia elección como

consejeros y diputados del condado. «¡De Felice y Bosco son ángeles bajados del cielo!», fue la respuesta rápida y elocuente del campesino[12].

Cabe admitir que no todos los obreros hubieran respondido así a esa pregunta, pues el populacho siciliano ha tenido siempre una tendencia peculiar al culto de los héroes. Pero en todo el sur de Italia, y en alguna medida en Italia central, las masas reverencian a los líderes aun hoy con ritos de carácter semirreligioso. En Calabria, Enrico Ferri fue, durante un tiempo, adorado como santo tutelar contra la corrupción del gobierno. También en Roma, donde sobrevive todavía la tradición de las formas clásicas del paganismo, Ferri fue aclamado en un salón público, en nombre de todas las *quirites proletarias*, como «el más grande entre los grandes». El motivo de esta demostración fue que Ferri había roto una ventana como signo de protesta contra una censura pronunciada por el presidente de la cámara (1901)[13]. En Holanda, en el año 1886, cuando Dómela Nieuwenhuis era liberado de la prisión, recibió del pueblo, como él mismo lo registrara, grandes honores que jamás habían sido rendidos a un soberano, y los salones donde habló estaban profusamente adornados con flores. Esta actitud por parte de la masa no es peculiar de los países atrasados ni de períodos remotos: constituye una supervivencia atávica de psicologías primitivas. Una prueba de esto la tenemos en el culto idólatra de hoy en el departamento de Nord (la región de mayor adelanto industrial de Francia) al profeta marxista Jules Guesde. Además, en ciertos lugares de Inglaterra encontramos que las clases trabajadoras brindan a sus líderes recepciones que nos recuerdan los días de Lassalle.

La adoración de los jefes sobrevive a la muerte. Los mayores entre ellos son canonizados. Después de la muerte de Lassalle, la *Allgemeiner Deutscher Arbeiterverein*, de la cual había sido monarca absoluto, se dividió en dos secciones, la «fracción de la condesa Hatzfeld» o «línea femenina», como los adversarios marxistas la tildaron con sarcasmo, y la «línea masculina» conducida por J. B. von Schweitzer. Aunque luchaban enconadamente entre sí, estos grupos coincidían, no solo en el respeto al culto que rendían a la memoria de Lassalle, sino también en su observación fiel de todos los puntos de su programa. Tampoco escapó Karl Marx a esta suerte

de canonización socialista, y el fanático celo con que algunos de sus prosélitos lo defienden hasta hoy, recuerda mucho él culto de héroe rendido a Lassalle. Del mismo modo que los cristianos daban y siguen dando a sus hijos los nombres de los fundadores de su religión, san Pedro y san Pablo, así también los padres socialistas de ciertos lugares de Europa central bautizan a sus hijos Lassallo y a sus hijas Marxina, como emblema de la nueva fe. Además, a menudo los fanáticos tienen que pagar un precio alto por su devoción, en disputas con parientes enojados, y con funcionarios recalcitrantes del Registro Civil, y a veces aun en la forma de grandes perjuicios materiales, tales como la pérdida del empleo. Aunque esta práctica algunas veces no es más que una manifestación de *snobismo* intelectual, de la cual no está del todo libre el ambiente de la clase trabajadora, a menudo es el signo exterior de un idealismo profundo y sincero. Cualquiera sea la causa, demuestra la adoración que siente la masa por los líderes, adoración que trasciende los límites de un mero sentido de obligación por servicios prestados. A veces este sentimiento de culto de los héroes se transforma en algún valor práctico para comerciantes especuladores, de manera tal que vemos en los periódicos (especialmente en América, Italia y en los pueblos eslavos del sur) anuncios de «licores Karl Marx» y «botones Karl Marx»; y ofrecen en venta esos artículos al público en las reuniones. El carácter infantil de la psicología proletaria está claramente ilustrado por el hecho de que esas actividades de especulación resultan a menudo muy lucrativas.

Las masas experimentan una necesidad profunda de prosternarse, no solo ante grandes ideales, sino también ante individuos que personifican a sus ojos aquellos ideales. Su adoración por estas divinidades temporales es tanto más ciega cuanto más rústicas son sus vidas. Hay una verdad considerable en las frases paradojales de Bernard Shaw, quien define a la democracia como una colección de idólatras, para distinguirla de la aristocracia, que es una colección de ídolos[14]. Esta necesidad de rendir culto suele ser el único elemento permanente que sobrevive a todos los cambios de ideas de las masas. Los obreros industriales de Sajonia han pasado durante los últimos años del protestantismo ferviente al socialismo. Es posible que en el caso de algunos de ellos

la evolución se haya acompañado de una inversión completa de todas sus valoraciones morales e intelectuales anteriores; pero es seguro que aunque hayan eliminado de sus reliquias domésticas la imagen tradicional de Lutero, esto ha sido solo para reemplazarla por la de Bebel. En Emilia, donde el campesinado experimentó una evolución similar, la oleografía de la Santísima Virgen ha cedido su lugar a otra de Prampolini; y en el sur de Italia, la fe en el milagro anual de la licuefacción de la sangre de san Genaro, ha declinado ante una fe en el milagro del poder sobrehumano de Enrico Ferri, «el azote de la camorra». Entre las ruinas del viejo mundo moral de las masas queda intacta la columna triunfal de la necesidad religiosa. A menudo se comportan con sus líderes de la misma manera que el escultor de la antigua Grecia, quien después de modelar a Júpiter Tonante, se prosternaba en adoración ante la obra de sus propias manos. La megalomanía puede aparecer en el objeto de tal adoración[15]. La presunción desmedida, que no carece de su lado cómico, asoma a menudo en líderes populares modernos; no depende únicamente de que sean hombres hijos de sus propias obras, sino también de la atmósfera de adulación donde viven y respiran. Este desborde de propia estimación por parte de los líderes adquiere una poderosa influencia de sugestión que confirma la admiración de las masas por sus líderes, y resulta así una fuente de poder acrecentado.

5. Cualidades secundarias requeridas por el liderazgo

EN los primeros días del movimiento laboral, el fundamento del liderazgo consistía, principal pero no exclusivamente, en capacidad oratoria. La multitud no puede escapar de la esencia estética y emocional de las palabras. La elocuencia del orador ejerce una influencia sugestiva que subordina por entero la masa a la voluntad del orador. La característica esencial de la democracia se revela en la rapidez con que sucumbe a la magia de las palabras, escritas o habladas. En un régimen democrático los líderes son oradores y periodistas. Bastará mencionar a Gambetta y Clemenceau en Francia, Gladstone y Lloyd George en Inglaterra, Crispi y Luzzatti en Italia. La creencia general respecto de los países con gobierno democrático suele ser que el poder oratorio es lo único que determina la capacidad de un hombre para la dirección de los asuntos públicos. La misma máxima es aplicable, y aun en forma más categórica, al manejo de los grandes partidos democráticos. Donde ha sido más evidente la influencia de la palabra hablada es en los países en los que el régimen democrático surge por primera vez. Un sagaz observador italiano observó esto en 1826: «El pueblo inglés, tan prudente en la administración de su tiempo, experimenta al oír a un orador en público el mismo placer que encuentra en el teatro donde representan las obras de los más celebrados dramaturgos»[16]. Un cuarto de siglo más tarde Carlyle escribía: «Ningún inglés puede llegar a ser estadista ni autoridad entre los obreros hasta que haya demostrado ser una autoridad entre los oradores»[17].

En Francia, Emest-Charles, en un estudio estadístico de las profesiones, de los diputados, demostró que, en lo que se refiere a los partidos más jóvenes, impetuosos, enérgicos y progresistas, casi todos los representantes parlamentarios son periodistas y buenos

oradores[18]. Esto no solo es aplicable a los socialistas, sino también a los nacionalistas y a los antisemitas. Toda la historia moderna del movimiento laboral político confirma la observación. Jaurès, Guesde, Lagardelle, Hervé, Bebel, Ferri, Turati, Labriola, Ramsay Macdonald, Troelstra, Henriette Roland-Hólst, Adler, Daszynski… son todos grandes oradores, cada cual a su manera.

En cambio, la Mta de capacidad oratoria puede explicar muy bien por qué en Alemania una personalidad como la de Eduard Bernstein ha quedado en una relativa oscuridad, a pesar del vigor de sus opiniones doctrinarias y de su gran influencia intelectual; por qué en Holanda Dómela Nieuwenhuis perdió finalmente su condición rectora; por qué en Francia un hombre de tanto talento y cultura como Paul Lafargue, estrechamente vinculado por lazos de familia con Karl Marx, no logró un cargo en los consejos del partido, semejante al alcanzado por Guesde, quien está lejos de ser un hombre de ciencia, ni siquiera un hombre de gran inteligencia, pero es un orador notable.

Quienes aspiran al liderazgo en las organizaciones laborales reconocen sin reservas la importancia de la oratoria. En marzo de 1909, los estudiantes socialistas del *Ruskin College*, Oxford, expresaron descontento de sus profesores porque éstos daban más importancia a la sociología y a la lógica pura que a los ejercicios oratorios del programa. Estos estudiantes, políticos en potencia, reconocían las ventajas que podían sacar de la oratoria en la carrera que habían elegido. Resueltos a apoyar su reclamo con una acción enérgica, fueron a la huelga hasta que se salieron con la suya.

Es casi ilimitado el prestigio que adquiere el orador a los ojos de la multitud. Las dotes oratorias —belleza y fuerza de la voz, poder de adaptación y sentido del humor— son lo que la masa aprecia por encima de todas las cosas; el contenido del discurso tiene importancia bastante secundaria. Es probable que conquiste fama de camarada celoso y activo el declamador que como picado por una tarántula, va de aquí para allá hablando a la gente; en tanto que el que habla poco aunque trabaje mucho, y realice servicios valiosos para el partido, suele ser considerado con desdén, y solo como un socialista incompleto.

Incuestionablemente, la fascinación ejercida por la belleza de una elocuencia sonora suele ser sólo el preludio de una larga serie

de desilusiones para la masa; ya sea porque las actividades prácticas del orador no guardan proporción con su capacidad dialéctica, o simplemente por ser una persona de características mediocres. En la mayor parte de los casos, sin embargo, las masas embriagadas por las facultades del orador se hipnotizan hasta un grado tal que durante largo tiempo ven en él una imagen magnificada de su propio yo. En último análisis, la admiración y el entusiasmo por el orador no son más que admiración y entusiasmo por la propia personalidad de cada uno, y estos sentimientos son alentados por el orador pues éste habla y actúa en nombre de la masa, es decir, en nombre de cada uno de los individuos. Al responder a la seducción del gran orador, la masa está inconscientemente influida por su propio egoísmo.

Muchas y diversas son las cualidades personales gracias a las cuales ciertos individuos logran gobernar a las masas. No todos los líderes están dotados, necesariamente, con estas cualidades, a las que bien podríamos calificar de cualidades específicas de liderazgo. Entre ellas, la principal es la fuerza de voluntad que reduce a la obediencia a otras voluntades menos poderosas. La siguiente en importancia es un conocimiento amplio, que impresiona a los que rodean al líder; viene luego una fuerza catoniana de convicción, fuerza de ideas que a menudo linda en el fanatismo, y que infunde respeto a las masas por su misma intensidad; luego la autosuficiencia, aunque se acompañe de un orgullo arrogante, mientras el líder sepa cómo hacer que la multitud comparta su propio orgullo; en casos excepcionales, por último, están la bondad de corazón y el desinterés, cualidades que evocan en la mente de la multitud la figura de Cristo, y avivan sentimientos religiosos olvidados, pero no muertos.

Sin embargo, la cualidad que impresiona por sobre todas a las multitudes es el prestigio de la celebridad. Como nos lo enseña la psicología moderna, un factor notable en la influencia sugestiva ejercida por un hombre, es la altura hasta donde ha logrado trepar por la senda que conduce al Parnaso de la celebridad. Tarde escribe: «En realidad, cuando una mente actúa sobre nuestro propio pensamiento, lo hace con la colaboración de muchas otras mentes, a través de las cuales las vemos, y cuya opinión, sin saberlo nosotros, se refleja en la nuestra. Meditamos con vaguedad acerca de la

estima que se le dispensa… en la admiración que inspira… Si es un hombre famoso, el número de sus admiradores nos impresiona, confusamente, *en masse*, y esta influencia adquiere un carácter de solidaridad objetiva, de realidad impersonal, que hace el prestigio propio de las grandes figuras»[19]. Basta que el hombre célebre levante un dedo para que adquiera una posición política. Para las masas es una cuestión de honor depositar la conducción de sus asuntos en las manos de una celebridad. La multitud se subordina siempre de buena gana a la dirección de individuos distinguidos. El hombre que se presenta ante ella coronado con laureles es considerado, *a priori*, un semidiós. Si consiente colocarse a la cabeza de la multitud, poco importa dónde haya ganado sus laureles, pues puede contar con el aplauso y el entusiasmo de todos. La celebridad de Lassalle como poeta, filósofo y abogado fue lo que le permitió despertar a las masas laboriosas, de ordinario adormecidas o confiadas en el despertar de la democracia burguesa, para agruparlas alrededor de su persona. El propio Lassalle sabía bien el efecto que producen los grandes nombres sobre la multitud, por eso se esforzó siempre por lograr para su partido la adhesión de hombres de nota. En Italia, Enrico Ferri, quien muy joven era ya profesor universitario y al mismo tiempo había alcanzado renombre como fundador de la nueva escuela italiana de criminología, no tuvo más que presentarse al congreso socialista de Reggio Emilia, en el año 1893, para lograr el liderazgo del partido italiano, liderazgo que retuvo quince años. De la misma manera, Cesare Lombroso, el antropólogo, y Edmondo de Amicis, el escritor, apenas hubieron manifestado su adhesión al partido socialista, fueron elevados inmediatamente a puestos de honor: asesor confidencial uno, y literato oficial del proletariado militante italiano el otro. Sin embargo, ninguno de estos hombres distinguidos fue afiliado contribuyente regular: se limitaron a enviar ciertos telegramas y cartas de congratulación. En Francia, Jean Jaurès, ya distinguido como filósofo académico y como político progresista, y Anatole France, el celebrado novelista, alcanzaron puestos importantes en el movimiento laborista, tan pronto como decidieron incorporarse a él, sin ser sometidos a período alguno de prueba. En Inglaterra, cuando el poeta William Morris, a la edad de cuarenta y ocho años se hizo socialista, adquirió en él acto gran popularidad dentro del

movimiento socialista. Similar fue lo que ocurrió en Holanda, con Herman Gorter, autor del hermoso poema lírico *Mei*, y la poetisa Henriette Roland-Holst. En la Alemania contemporánea, ciertos grandes hombres, en el cénit de su fama, son simpatizantes asiduos del partido, pero no se han decidido a afiliarse. Sin embargo podemos considerar seguro que si Gerhard Hauptmann, después del triunfo de su *Weavers*, y Werner Sombart, cuando sus escritos publicados por primera vez atrajeron tan amplia atención, hubieran formulado su adhesión oficial al partido socialista alemán, estarían hoy entre los líderes más honrados de los famosos tres millones de socialistas de Alemania. Para la opinión popular, ostentar un nombre que ya es conocido en ciertos aspectos constituye el mejor título de liderazgo. Entre los líderes partidarios encontraremos nombres que han adquirido fama solo dentro de las filas del partido, al precio de luchas largas y arduas, pero las masas han preferido siempre, por instinto, a aquellos líderes que se afiliaron cuando ya estaban colmados de honor y gloria, y tenían títulos independientes para la inmortalidad. Esa fama ganada en otros terrenos les parece de mayor valor que la ganada bajo sus propios ojos. Algunos hechos secundarios son dignos de mención, a este respecto. La historia nos enseña que es muy fácil que surja un conflicto entre los jefes que han adquirido un alto rango únicamente como consecuencia del trabajo para el partido, y los que ingresaron al partido con un prestigio adquirido en otros terrenos; y a menudo sobreviene una prolongada lucha entre dos facciones, para conquistar el dominio. Como motivos de la lucha tenemos, por una parte, la envidia y los celos, y por la otra, la ambición y la presunción. Además de estos factores subjetivos, intervienen también otros factores objetivos y tácticos. El gran hombre que ha adquirido celebridad solo dentro del partido, cuando lo comparamos con el «intruso», por lo general tiene la ventaja de un sentido más perspicaz para lo práctico inmediato, una comprensión mejor de la psicología de las masas, un conocimiento más completo de la historia laboral y, en muchos casos, ideas más claras relativas al contenido doctrinario del programa del partido.

En esta lucha entre los dos grupos de líderes, casi siempre podemos distinguir dos fases. Los recién llegados comienzan por separar a las masas del poder de los antiguos líderes, y empiezan a

predicar un nuevo evangelio que la multitud acepta con entusiasmo delirante. Sin embargo, este evangelio ya no está iluminado por el tesoro de ideas que constituyen en su totalidad el socialismo propiamente dicho, sino por ideas tomadas de la ciencia o del arte, donde estos grandes hombres han adquirido su fama anterior, y la admiración del gran público amorfo las dota de sugestivo peso. Entretanto, los viejos líderes, llenos de rencor, después de haberse organizado para su defensa, terminan por adoptar una ofensiva abierta. Tienen la ventaja natural del número. A menudo ocurre que los nuevos líderes pierden la cabeza porque, como grandes hombres, han acariciado la ilusión de estar libres de sorpresas. ¿Acaso los líderes antiguos no son personas de capacidad mediocre, que han adquirido su puesto actual solo al precio de un aprendizaje largo y arduo? En la opinión de los recién venidos, este aprendizaje no requiere condiciones intelectuales distinguidas, y desde su estrado superior los miran por sobre el hombro, con una mezcla de desdén y compasión. Sin embargo, hay otras razones para que los hombres de fama independientes sucumban casi siempre en esta lucha. Por ser poetas, estetas u hombres de ciencia, rehúsan someterse a la disciplina general del partido, y atacan las formas externas de democracia; pero esto debilita su posición, pues la masa aprecia esas formas, aunque esté gobernada por una oligarquía. En consecuencia sus adversarios, aunque ya no sean demócratas veraces, pues son mucho más hábiles para mantener la apariencia de democracia, ganan crédito entre la multitud. Cabe agregar que los grandes hombres no están acostumbrados a enfrentar una oposición sistemática. Se enervan cuando se ven forzados a una resistencia prolongada. De esta manera es fácil comprender por qué, con disgusto y desilusión, abandonan la lucha tantas veces, o constituyen una pequeña camarilla privada para una acción política independiente. Los pocos que permanecen en el partido, inevitablemente son derrotados y postergados por los viejos líderes. El gran Lassalle ya había encontrado un competidor peligroso en la persona de un simple ex obrero, Julius Vahlteich. Es verdad que Lassalle logró desembarazarse de este adversario, pero si hubiera vivido más tiempo hubiera debido sostener una lucha sin cuartel contra Liebknedht y Bebel. William Morris, después de su ruptura con los viejos líderes profesionales del movimiento laboral inglés,

quedó limitado al liderazgo de su pequeña guarnición de intelectuales de Hammersmith, Enrico Ferri, quien debió enfrentar la desconfianza tenaz de los antiguos líderes cuando ingresó por primera vez al partido, cometió después errores teóricos y prácticos que terminaron privándole para siempre de su puesto como jefe oficial de los socialistas italianos. Gorter y Henriette Roland-Holst, después de haber suscitado gran entusiasmo durante varios años, fueron derrotados por fin y reducidos a una impotencia completa por los viejos notables del partido.

Así, el poder logrado con distinciones adquiridas fuera del partido es relativamente efímero. Pero la edad no es por sí misma una barrera para el poder de los líderes. En la antigua Grecia decían que los cabellos blancos eran la primera corona que debe ornar la frente de los líderes. Hoy, sin embargo, vivimos en una época en que hay menos necesidad de acumular experiencia personal de la vida, pues la ciencia pone a disposición de todos medios eficientes de instrucción que permiten a los más jóvenes una formación rápida y profunda. Hoy todo se adquiere rápido, aun esa experiencia que fuera antes la única y germina superioridad de los ancianos sobre los jóvenes. De esta manera, no como consecuencia de la democracia sino simplemente por la naturaleza técnica de la civilización moderna, la edad ha perdido mucho de su valor, y además ha perdido el respeto que inspiraba y la influencia que ejercía. Podríamos decir mejor que la edad es un estorbo para progresar dentro del partido, de la misma manera que lo es en otra carrera cualquiera, donde es mejor ingresar en la juventud, pues hay muchos escalones que subir. Esto es verdad, al menos en el caso de los partidos bien organizados, y donde hay gran afluencia de nuevos miembros. Todo es por cierto muy diferente, en lo que a los líderes que han envejecido al servicio del partido se refiere: aquí la edad constituye un elemento de superioridad. Aparte de la gratitud que sienten las masas hacia el viejo luchador por los servicios que ha prestado a la causa, él tiene también esta gran ventaja sobre el novicio, al conocer mejor su trabajo. David Hume nos dice que en la agricultura práctica la superioridad del viejo granjero sobre el joven es la consecuencia de cierta uniformidad en los efectos del sol, la lluvia y el suelo sobre el crecimiento de las plantas, y de la experiencia práctica que enseña las reglas que determinan y guían

esas influencias. En la vida partidaria el veterano tiene una ventaja similar: posee una comprensión más profunda de las relaciones entre causas y efectos, que constituyen el andamiaje de la vida política popular y la sustancia de la psicología popular. Como resultado su conducta estará guiada por una sutileza de perfección que los jóvenes aún no han alcanzado.

6. Peculiaridades secundarias de las masas

PARA que podamos entender y apreciar correctamente la superioridad de los líderes sobre la masa es necesario que volvamos nuestra atención a las características de la masa. Surge la pregunta, ¿qué son estas masas?

Ya hemos demostrado que lo natural en la multitud es un sentimiento general de indiferencia hacia el manejo de sus propios asuntos, aun cuando esté organizada en forma de partidos políticos.

La verdadera composición de la masa es tal que hace imposible resistir el poder de una orden de líderes conscientes de su propia fuerza. Un análisis de los gremios alemanes respecto de la edad de sus miembros nos da un cuadro bastante fidedigno de la composición, también, de los diversos partidos socialistas. La gran mayoría de los miembros tiene una edad entre 25 y 39 años[20]. Los hombres más jóvenes tienen otra forma de emplear su tiempo libre; son atolondrados, sus pensamientos corren por caminos eróticos, esperan siempre que algún milagro les libre de la necesidad de pasar toda la vida como simples jornaleros, y por esas razones no tienen prisa por afiliarse a un gremio. Los hombres de más de 40, cansados y desilusionados por lo común renuncian a su afiliación (a menos que permanezcan en el gremio por interés puramente personal, para asegurarse el pago por desocupación, el seguro de enfermedad, etc.). En consecuencia, en la organización falta la fuerza fiscalizadora de una juventud ardiente e irreverente, y también de una madurez experimentada. En otras palabras, los líderes deben lidiar con una masa de miembros, a los cuales son superiores respecto de edad y experiencia de la vida, en tanto que nada tienen que temer de una crítica implacable que es característica tan peculiar de hombres, que acaban de llegar a la virilidad. Otra consideración importante, relativa a la composición de la masa que hay que dirigir, es su carácter fluctuante. En todo

caso, parece que esto es lo que podemos deducir de un informe de la sección socialista de Munich para el año 1906. Contiene estadísticas que muestran analíticamente la duración individual de las afiliaciones. Las cifras entre paréntesis indican el número total de afiliados, incluso los afiliados que pertenecieron antes a otra sección.

		%
Menos de seis meses	1.502 aprox.	23 (1.582)
De seis meses a dos años	1.602	24 (1.816)
De dos a tres años	684	10 (995)
De tres a cuatro años	1.020	15 (1.965)
De cuatro a cinco años	507	7½ (891)
De cinco a seis años	270	4 (844)
De seis a siete años	127	2 (604)
De siete a ocho años	131	2 (1.289)
Más de ocho años	833	12½ (1.666)

AFILIACIONES CLASIFICADAS SEGÚN LA DURACIÓN[21]

El carácter fluctuante de las afiliaciones se manifiesta aún en mayor grado en los gremios alemanes. Esto ha dado pie para decir que un gremio es como un palomar donde las palomas entran y salen según su capricho. La Federación de Obreros Metalúrgicos de Alemania (*Deutscher Metallarbeiterverband*) durante los años 1906 a 1908, tuvo 210.561 nuevas afiliaciones. Pero la proporción de deserciones aumentó en 1906 a 60 por ciento, en 1907 a 83 por ciento y en 1908 a 100 por ciento[22]. Esto nos demuestra que los lazos que vinculan al grueso de la masa con su organización, son sumamente débiles. Solo es una pequeña proporción de los trabajadores organizados la que se siente solidaria con el gremio. Por eso los líderes, al compararlos con las masas, cuya composición varía de un momento a otro, constituyen un elemento más estable y más constante de la afiliación analizada.

C. Factores intelectuales

1. Superioridad de los líderes profesionales respecto de la cultura, y su indispensabilidad; la incompetencia formal y real de la masa

EN la infancia del partido socialista, cuando la organización aún es débil, cuando las afiliaciones son escasas, y cuando su propósito general es difundir un conocimiento de los principios elementales del socialismo, los líderes profesionales son menos numerosos que aquellos cuyo trabajo en el departamento no es más que una ocupación marginal. Pero con el mayor progreso en la organización aparecen continuamente nuevas necesidades, tanto dentro del partido como con respecto a su relación con el consumo exterior. De este modo llega el momento inevitable en que ni el idealismo ni el entusiasmo de los intelectuales, ni la buena voluntad con la que el proletariado dedica su tiempo libre, los domingos, al trabajo del partido, alcanzan ya para satisfacer los requisitos del caso. Lo provisional debe dejar su lugar a lo permanente, y el diletantismo debe ceder ante el profesionalismo.

Con la aparición del liderazgo profesional, sobreviene una mayor acentuación de las diferencias culturales entre los conductores y los conducidos. Una larga experiencia nos ha demostrado que entre los factores que aseguran el dominio de las minorías sobre las mayorías —el dinero y sus equivalentes (superioridad económica), la tradición y la transmisión hereditaria (superioridad histórica)— debemos reconocer el primer lugar a la instrucción formal de los líderes (llamada superioridad intelectual). Ahora bien, la observación más superficial nos muestra que en los partidos del proletariado, en cuestiones de educación, los conductores son muy superiores a los conducidos.

En esencia esta superioridad es puramente formal. Su existencia se manifiesta sin reservas en aquellos países donde, como en Italia, el curso de la evolución política y la difundida predisposición psicológica han determinado una afluencia de gran número de abogados, médicos y profesores universitarios hacia el partido laborista. Los desertores de la burguesía se hacen líderes del proletariado, precisamente por esa superioridad de instrucción formal que han adquirido en el campo enemigo y llevan consigo, y no a *pesar de ella*.

Es obvio que la influencia dinámica de estos recién venidos sobre la masa de obreros disminuirá en la misma proporción en que aumente su número; es obvio que un pequeño núcleo de médicos y de abogados en un gran partido popular tendrá más influencia que una cantidad considerable de intelectuales que luchan enconadamente por la supremacía. En otros países, sin embargo, como en Alemania, aunque encontramos pocos intelectuales entre los líderes, la gran mayoría de éstos son ex obreros manuales. En estos países las clases burguesas presentan un frente tan firme contra los obreros revolucionarios, que los desertores de la burguesía que se pasan al campo socialista se exponen a un implacable boicoteo social y político y, por otra parte, los proletarios, gracias a la maravillosa organización del Estado, han llegado a poseer en grado considerable, aunque elemental, instrucción escolar, que se empeñan concienzudamente en ampliar con estudios privados, pues una industria fabril capitalista muy desarrollada requiere en sus servidores gran inteligencia. Pero el nivel de instrucción entre los líderes de origen obrero ya no es el mismo de sus ex camaradas. El mecanismo partidario que ofrece una carrera a los trabajadores, con su abundancia de cargos, unos pagos y otros honorarios, y tiene, por eso, una fuerza de atracción intensa, determina la transformación de muchos proletarios con considerables dotes intelectuales en empleados, cuya forma de vida se aproxima así a la pequeña burguesía. Este cambio de condición origina inmediatamente la necesidad de adquirir una instrucción más elaborada, a expensas de la masa, y un concepto más claro de las relaciones sociales existentes, y también ofrece esa oportunidad. Aunque sus ocupaciones y las necesidades de la vida cotidiana hacen imposible que las masas adquieran un conocimiento profundo

de la maquinaria social y, por sobre todo, del funcionamiento del mecanismo político, el líder de origen obrero, gracias a su nueva situación, tiene la posibilidad de adquirir un conocimiento íntimo de todos los detalles técnicos de la vida pública, y aumentar así su superioridad sobre los afiliados que componen la masa. A medida que la profesión de políticos se hace más complicada, y a medida que los reglamentos de legislación social son más numerosos, se necesita, que quien deba comprender la política posea una experiencia más amplia y un conocimiento más extenso. Esto hace aún más grande la diferencia entre los líderes y el resto del partido, hasta que llega el momento en que los líderes pierden por completo el sentido real de solidaridad con la clase de la que han salido, y así sobreviene una nueva división de clase entre los capitanes ex proletarios y los proletarios soldados rasos. Cuando los obreros eligen a sus propios líderes, están forjando con sus propias manos nuevos amos, cuyos medios principales de dominio están en las mentes mejor instruidas.

Estos nuevos amos no solo hacen sentir su influencia en las organizaciones de los gremios, en la administración del partido o en la prensa partidaria; ya sea su origen obrero o burgués, también monopolizan la representación partidaria del parlamento.

Todos los partidos tienen hoy una finalidad parlamentaria (hay una sola excepción: la de los anarquistas, que casi no tienen influencia alguna, quienes, además, por ser enemigos declarados de toda organización —y si forman organizaciones lo hacen desafiando a sus propios principios—, no pueden ser considerados como partido político en el propio sentido del término). Todos los partidos aplican métodos legales, apelan a los electores, hacen de éstos su finalidad primordial para adquirir influencia parlamentaria, y tienen por meta final la «conquista del poder político». Por esta razón aun los representantes de los partidos revolucionarios integran la legislatura. Sus funciones parlamentarias, emprendidas al principio con recelos, pero cada vez con más satisfacción y con más celo profesional después, los alejan progresivamente de sus electores. Las cuestiones que tienen que decidir, y cuya decisión efectiva demanda de su parte una labor seria de preparación, suponen un aumento de su propia competencia técnica, y un aumento consecuente en la distancia entre ellos y sus camaradas de

la masa. De este modo los líderes, si no eran ya suficientemente «cultos», pronto llegan a serlo. Pero la cultura ejerce una influencia sugestiva sobre las masas.

A medida que se inician en los detalles de la vida política, a medida que se familiarizan con los diferentes aspectos del problema fiscal y con las cuestiones de la política exterior, los líderes ganan proporcionalmente importancia que los hace indispensables mientras su partido continúe practicando una táctica parlamentaria, y que quizá les dará importancia aun cuando aquellas tácticas fueran abandonadas. Esto es perfectamente natural, pues los líderes no pueden ser reemplazados por una disposición momentánea, pues todos los otros miembros del partido están absorbidos en sus ocupaciones cotidianas y desconocen el mecanismo burocrático. Esta competencia especial, este conocimiento de expertos, que el líder adquiere en cuestiones inaccesibles, o casi inaccesibles, para la masa, le da seguridad de su posición, lo cual desafía principios esenciales de la democracia.

La competencia técnica que coloca al líder en un puesto más alto que la masa, subordina la masa a los líderes, encuentra reforzada su influencia por otros diversos factores, tales como la rutina, la educación social que adquiere en la cámara, el aprendizaje especial en la labor de las comisiones parlamentarias. Los líderes procuran naturalmente aplicar en la vida normal de los partidos las maniobras que han aprendido en el medio parlamentario; de esta manera a menudo logran desviar la corriente que se opone a su propia voluntad. Los parlamentarios son maestros en el arte de dominar en las reuniones, de aplicar e interpretar los reglamentos, de proponer mociones en los momentos oportunos; en una palabra, son hábiles en el uso de artificios de todas clases para evitar la discusión de puntos controvertibles, para extraer de una mayoría hostil un voto favorable, o al menos, si se produce lo peor, para reducir la mayoría hostil al silencio. No le faltan medios, que van desde la manera imperiosa, y a menudo ambigua, de plantear la cuestión cuando hay que votarla, hasta el ejercicio de una influencia sugestiva sobre la multitud con insinuaciones que, aunque no tienen una importancia real respecto de las cuestiones que se tratan, producen una fuerte impresión. Como informantes (*rapporteurs*) y expertos, duchos en todos los aspectos ocultos de los

temas debatidos, muchos de los diputados son cultores del arte de emplear digresiones, perífrasis y sutilezas terminológicas mediante las cuales rodean a las cuestiones más simples de una oscuridad de la cual solo ellos tienen la clave. De esta manera, ya sea que actúen de buena o de mala fe, hacen imposible que las masas —cuyos «intérpretes teóricos» debieran ser— los sigan y los comprendan, y así eluden toda posibilidad de fiscalización técnica. Son los amos de la situación[1]. La intangibilidad de los diputados aumenta, y se consolida su posición privilegiada cada vez más, por la fama que adquieren, tanto entre sus adversarios políticos como entre sus partidarios, por su talento oratorio, por sus aptitudes especiales, o por él encanto de su personalidad intelectual o aun física. Se desacreditaría en todo el país el partido, si la masa organizada destituyera a un líder estimado por todos. No solo sufriría el partido al verse privado de sus líderes, si las cuestiones llegaran a ese extremo, sino que la reacción política sobre el *status* del partido sería desastrosa. No solo sería necesario encontrar sin demora sustitutos para los líderes depuestos, que solo llegaron a conocer las cuestiones políticas después de muchos años de labor ardua y constante (¿y cuál es el partido capaz de encontrar de la noche a la mañana los sustitutos eficientes?), sino que también hay que recordar que las masas deben gran parte de su triunfo en la legislación social y en la lucha por las conquistas de la libertad política general, a la influencia personal de sus viejos jefes parlamentarios.

Las masas democráticas se ven así obligadas a someterse a una restricción de su propia voluntad, cuando están obligadas a dar a sus líderes una autoridad que es, a la larga, destructiva del principio de la democracia. La principal fuente de poder del líder está en su indispensabilidad. Quien es indispensable tiene en su poder a todos los señores y amos de la tierra. La historia de los partidos de la clase trabajadora nos proporciona múltiples ejemplos donde el líder ha estado en flagrantes contradicciones con los principios fundamentales del movimiento, pero donde la masa no ha sido capaz de decidirse a extraer las consecuencias lógicas de este conflicto, porque sienten que no pueden ir adelante sin el líder, ni pueden prescindir de las cualidades que éste ha adquirido en virtud de su propia posición, a la cual la masa lo ha elevado, y porque no

saben cómo encontrar un sustituto adecuado. Son muchos los oradores parlamentarios y los líderes de gremios que están en oposición con la masa, a un tiempo en lo teórico y en lo práctico, y sin embargo continúan pensando y actuando tranquilamente en nombre de la masa. Esta, desconcertada e incómoda, está atenta a la conducta de «los grandes hombres», pero es raro que se atreva a privarlos de su autoridad y a destituirlos. Esta incompetencia de las masas es casi universal en el terreno de la vida política, y constituye el fundamento más sólido del poder de los líderes. La incompetencia proporciona a los líderes una justificación práctica y, en alguna medida también, moral. Puesto que la masa es incapaz de velar por sus propios intereses, es necesario que cuente con expertos que atiendan sus asuntos. Desde este punto de vista no siempre ha de considerarse malo que el conductor deba realmente conducir. La elección de líderes libres por la masa presupone que ésta posee la competencia requerida para reconocer y apreciar la competencia de los líderes. Para decirlo en francés, *la désignation des capacités suppose la capacité de la désignation elle-même*. El reconocimiento de la inmadurez política de la masa y de la imposibilidad de una aplicación práctica completa del principio de la soberanía popular, ha llevado a ciertos pensadores distinguidos a proponer que la democracia debiera ser limitada por la propia democracia. Condorcet quería que la masa decidiera por sí misma en cuáles cuestiones debía renunciar a su derecho de la fiscalización directa[2]. Esto sería la renuncia voluntaria de la soberanía por parte de la masa soberana. La Revolución Francesa, que pretendía llevar a la práctica el principio del gobierno popular libre y de la igualdad humana, pues para ella la voluntad mutable de las masas era la suprema ley abstracta, estableció por medio de su Asamblea Nacional que el mero propósito de restaurar una forma monárquica de gobierno debía ser castigado con la muerte[3]. Un punto de importancia tan esencial, el poder deliberativo de las masas, debía, ceder ante la amenaza de una ley marcial. Aun un defensor tan fanático de la soberanía popular como Victor Considérant se vio obligado a admitir que, a primera vista, el mecanismo del gobierno parecía demasiado pesado para que fuera posible que el pueblo, como tal, lo hiciera funcionar, y por esto propuso la elección de un

grupo de especialistas, cuya función debía ser elaborar el texto de las leyes que el pueblo soberano había votado en principio. Bernstein también niega que el hombre medio tenga suficiente capacidad política para que la soberanía popular sin restricciones sea legítima. Considera que gran parte de las cuestiones que resta decidir consiste en problemas peculiares, en los cuales muy pocos —hasta que todos los hombres sean enciclopedias vivientes— tendrán interés y conocimiento. Para llegar a un grado adecuado de información relativa a tales cuestiones, para poder emitir un juicio bien meditado, se requiere un raro sentido de responsabilidad, que hasta ahora no puede ser atribuido a la mayoría de los ciudadanos. El propio Kautsky no podía menos de reconocer la dificultad del problema así planteado al movimiento laborista; ha señalado que no todos los aspectos de la vida social son aptos para una administración democrática, y que la democracia debe ser introducida gradualmente, y no se realizará por completo hasta que los interesados hayan sido capaces de alcanzar un juicio independiente de todas las cuestiones decisivas; demuestra que las posibilidades de llevar a cabo una administración democrática serán mayores cuanto mayor sea la cooperación de todas las personas interesadas en la decisión de las cuestiones.

La incompetencia de las masas, que el último análisis reconocen siempre los líderes, sirve para dar una justificación teórica al dominio de éstos. En Inglaterra, que debe a Thomas Carlyle la teoría de la importancia suprema de los grandes hombres, o «héroes», y donde esa teoría no ha sido totalmente desplazada de la doctrina oficial del socialismo —como en Alemania— por la teoría del materialismo histórico, el pensamiento socialista aún está profundamente influido por la teoría de los grandes hombres. Los socialistas ingleses, en realidad, incluso los de las tendencias más diversas, han declarado abiertamente que si la democracia ha de ser efectiva, tiene que adquirir el aspecto de un despotismo benévolo. «El [el líder] tiene un esquema para el que trabaja, y el poder de llevar a la práctica su voluntad.»[4] En todas las cuestiones de gobierno para cuya decisión se requiere un conocimiento especializado, en las cuales es esencial cierto grado de autoridad, hay que admitir cierta medida de despotismo y, en consecuencia, una desviación de los principios de la democracia pura. Desde el

punto de vista democrático esto es quizás un mal, pero es un mal necesario. Socialismo no significa que el pueblo *lo haga* todo, sino que todo es *para* el pueblo[5]. En consecuencia, los socialistas ingleses confían la salvación de la democracia únicamente a los buenos deseos y a la sagacidad de los líderes. La mayoría, determinada por la cantidad de personas, no suele hacer nada más que fijar las líneas generales; todo el resto, que tiene la mayor importancia táctica, incumbe a los líderes. El resultado es que un número pequeño de individuos —Marx sugiere tres— dominan efectivamente la política de todo el partido. La democracia social no es democracia, sino un partido que lucha por alcanzar la democracia. En otras palabras, la democracia es el fin, pero no el medio[6]. La imposibilidad de que los medios sean realmente democráticos es evidenciada por el carácter del partido socialista como empresa comprometida con ciertas características financieras que, aunque creada con fines ideológicos, depende para Su triunfo, no solo del juego de las fuerzas económicas, sino también de la calidad de las personas que han asumido el liderazgo y la responsabilidad. Aquí, como en todo lo demás, es cierta la afirmación de que ninguna empresa puede triunfar sin líderes, sin directores. En forma paralela con los fenómenos correspondientes de la vida industrial y comercial, es evidente que con el crecimiento de la organización de la clase trabajadora debe haber un aumento correspondiente en el valor, la importancia y la autoridad de los líderes. El principio de la división del trabajo crea especialistas, y no sin razón se ha comparado la necesidad de líderes expertos, con la que da origen a los especialistas en la profesión médica y en la química industrial. Sin embargo, la especialización implica autoridad: así como el paciente obedece al médico porque el médico sabe más que el paciente pues ha hecho un estudio especial del cuerpo humane en la salud y la enfermedad, así también el paciente político debe someterse a la guía de sus líderes partidarios, quienes despliegan una competencia política imposible de alcanzar por la masa.

De esta manera la democracia termina por transformarse en una forma de gobierno por los mejores: en una aristocracia. Tanto en lo material como en lo moral, son los líderes quienes han de ser considerados los más capaces y los más maduros. Entonces, ¿no

tienen el deber y el derecho de ponerse a la cabeza y de dirigir, no como meros representantes del partido, sino como individuos orgullosamente conscientes de su propio valor personal?

SEGUNDA PARTE

TENDENCIAS AUTOCRÁTICAS DE LOS LÍDERES

1. La estabilidad del liderazgo

NADIE que estudie la historia del movimiento socialista en Alemania puede dejar de sorprenderse por la estabilidad del grupo de personas que dirigen el partido.

En 1871, en el año de la fundación del Imperio Germánico, vemos dos grandes personalidades: Wilhelm Liebknecht y August Bebel, que surgen, por su energía y su inteligencia, del pequeño grupo de fieles de la nueva religión socialista, para asumir el liderazgo del joven movimiento. Treinta años más tarde, en la alborada del nuevo siglo, aún los encontramos ocupando la posición de líderes más prominentes de los trabajadores alemanes. Esta estabilidad en el liderazgo del partido en Alemania es muy notable para el historiador, cuando la compara con lo ocurrido a los partidos de la clase trabajadora en otros lugares de Europa. El partido socialista italiano, por las mismas razones que en Alemania, ha demostrado una estabilidad realmente similar. En otros lugares, sin embargo, entre los miembros de la Vieja Internacional, solo pocas personas de menor importancia han conservado intacta su fe en el socialismo, en el nuevo siglo. Podemos decir que en Alemania los líderes socialistas viven en el partido, envejecen y mueren a su servicio.

Más adelante tendremos ocasión de referirnos a los pocos desertores del bando socialista que se pasan a otros partidos, en Alemania. Además de los pocos que han abandonado por completo al socialismo, hay algunos que, después de trabajar para el partido durante un tiempo, abandonaron la política para dedicar sus energías a otras actividades. Hay algunos hombres de letras que ascienden como cohetes en el partido, para desaparecer con igual rapidez. Después de una actividad breve, y a veces tempestuosa, han dejado el violento escenario político para retornar a la atmósfera apacible del estudio; y a menudo el retiro de una activa

vida política se ha acompañado por un alejamiento intelectual del mundo del pensamiento socialista, cuyo contenido científico quizá nunca llegaron a asimilar. Entre éstos cabe mencionar al doctor Paul Ernst, otrora editor de *Volkstribüne*; al doctor Bruno Wille, quien condujo la sección de *Die Jungen* (Los Jóvenes) en el asalto a los veteranos del partido que eran capitaneados por Bebel y Liebknecht (1890); al doctor Otto Erich Hartleben, ex crítico teatral de *Vorwärts*, quien nunca llegó a ser miembro reconocido del partido; al doctor Ludwig Woltmann, delegado de la ciudad fabril renana de Barmen al congreso de Hanover en 1899, donde asumió la defensa de Bernstein, y quien, después de escribir algunos libros socialistas que constituyen una contribución notable a la sociología, se dedicó enteramente a la «antropología política» con un tono muy nacionalista; a Ernst Gystrow (el doctor Willy Hellpach); y a muchos otros, en su mayor parte hombres de gran talento y cultura, que adquirieron renombre en la literatura alemana de las bellas letras o en la ciencia alemana, pero que no estaban preparados para soportar las actividades políticas. También ocurrió más de una vez en la historia de la democracia social, que hombres dominados por una idea fija e inspirados por las esperanzas de concentrar toda la actividad de la propaganda socialista en la realización de la idea, o que se afiliaron al socialismo solo al servicio de esta obsesión, se lanzaron dentro del partido solo para abandonarlo repentinamente, y con el entusiasmo congelado, tan pronto como advirtieron que intentaban lo imposible. En el congreso de Munich de 1902 el pastor Georg Welker, de Wiesbaden, miembro de la secta de los *Freireligiosen* (Iglesia liberal), inspirado por todo el ardor del neófito, quiso sustituir el principio socialista aceptado de que la religión debía ser considerada como una cuestión privada, por el principio tácticamente peligroso de *écrasez l'infâme*. También en el I Congreso de Mujeres Socialistas, que tuvo lugar simultáneamente con el congreso socialista de Munich, el doctor Karl von Oppel, quien acababa de regresar de la Colonia del Cabo y era miembro nuevo del partido socialista, insistió en la necesidad de que los socialistas estudiaran idiomas extranjeros, y aun dialectos, para poder establecer un contacto más íntimo con sus correligionarios de otros países, y en su prédica insistía en que el uso del «tú» familiar debía ser universal y obligatorio en las relaciones de los camaradas

socialistas. Estos fenómenos son característicos de la vida de todos los partidos, pero son especialmente comunes entre los socialistas, porque el socialismo ejerce una fuerza natural de atracción sobre toda clase de maniáticos. Todos los partidos políticos fuertes que tienen una finalidad subversiva están predestinados a ser, durante un tiempo, el campo de experimentación de toda suerte de innovadores y charlatanes, personas que quieren curar los males de la dolorida humanidad, mediante los medios específicos que ellos han elegido, empleados exclusivamente en dosis mayores o menores: utilizar fricciones con aceite en lugar de lavarse con agua y jabón, no usar sino ropa interior de lana, el vegetarianismo, la *Christian Science*, el neomaltusianismo, y otras fantasías.

Más grave que la pérdida de estos socialistas circunstanciales han sido las que sufrió el partido durante el período de la primera aplicación rigurosa de las leyes antisocialistas. Entonces, en el período de reacción de 1840 a 1850, una gran proporción de los líderes se vio obligada a emigrar a América[1]. Aún más graves fueron las pérdidas sufridas por el partido durante el régimen de Bismarck. Bebel afirma que en ese tiempo el número de las personas privadas de sus medios de vida y obligadas a buscar trabajo y asilo en suelo extranjero fue de varios centenares. Del núcleo de quienes habían trabajado activamente en el partido como propagandistas, editores y diputados, antes de la promulgación de las leyes antisocialistas que desencadenaron la tempestad contra los socialistas, más de ochenta abandonaron Alemania, de los cuales la mayor parte no regresó. «Esto supuso una gran pérdida de nuestras energías.»[2] En *los peores años* el éxodo fue notablemente grande. Así, en el año 1881, inmediatamente antes de que las elecciones demostraran la indomable vitalidad del partido socialista alemán, Friedrich Wilhelm Fritzsche (muerto en 1905) y Julius Vahlteich, el crítico de Lassalle, líderes ambos a un tiempo del partido de Lassalle y diputados socialistas al Reichstag, cruzaron el Atlántico para no regresar[3]. A pesar de la tormenta que rugió durante más de diez años contra el partido socialista, el número de aquellos cuya actividad socialista sobrevivió al período de terror fue muy grande. Es obvio, entonces, que en tiempos de calma relativa la estabilidad de los líderes debe ser considerablemente mayor. El autor ha examinado las listas de los asistentes a los congresos de 1893,

convocados por tres de los partidos socialistas internacionales, es decir, el partido socialista democrático alemán, el *Parti Ouvrier* (guesdistas) de Francia, y el partido socialista italiano, para averiguar los nombres de quienes en el año 1910 estaban todavía en la primera fila de luchadores en pro del socialismo, en sus respectivos países. El resultado de esta averiguación, que no puede pretender una precisión científica absoluta, pero que lo mismo tiene considerable valor práctico, es el siguiente: de los doscientos delegados al congreso de Colonia, sesenta seguían en la brecha, luchando, en 1910; de los noventa y tres delegados al congreso de París, doce; y de los trescientos once delegados al congreso de Reggio Emilia, ciento dos. Esto demuestra una proporción muy alta de sobrevivientes, sobre todo en los partidos proletarios de Italia y Alemania, aunque en menor grado en el *Parti Ouvrier*. Los partidos burgueses izquierdistas del continente difícilmente puedan enorgullecerse de una continuidad similar en el elenco de sus líderes grandes y pequeños. En los partidos de la clase trabajadora encontramos que el personal de funcionarios es aún más estable que el de los líderes en general. Las causas de esta estabilidad, como lo demostraremos más adelante, dependen de un complejo de muchos fenómenos.

Esta prolongada retención de los cargos supone un peligro para la democracia; por esta razón las organizaciones que anhelan conservar su esencia democrática establecen como norma que todas las funciones deben ser adjudicadas solo por lapsos breves. Si tomamos en cuenta el número de cargos que hay que llenar por sufragio universal y la frecuencia de las elecciones, él ciudadano norteamericano es el que goza de la mayor medida de democracia. En los Estados Unidos no solo los organismos legislativos sino todos los cargos superiores administrativos y judiciales son elegidos por voto popular. Se ha calculado que todo ciudadano norteamericano debe, término medio, ejercer su función de votante veintidós veces por año[4]. Los miembros de los partidos socialistas de los diversos países tienen hoy actividades electorales de extensión similar: designación de candidatos para el parlamento, consejos de condados y municipalidades; designación de delegados a los congresos partidarios locales y nacionales; elección de comisiones; reelección de éstas; y etc., *da capo*… vuelta a empezar. En casi

todos los partidos socialistas y gremios, los funcionarios son elegidos por un lapso breve, y deben ser reelegidos al menos cada dos años. Cuanto más prolongada es la retención del cargo, tanto mayor se hace la influencia del líder sobre las masas y tanto mayor, por consiguiente, su independencia. Por eso una repetición frecuente de elecciones es una precaución elemental, por parte de la democracia, contra el virus de la oligarquía.

Puesto que en los partidos democráticos los líderes deben su posición a la elección de la masa, y están expuestos a la posibilidad de ser destituidos en fecha no lejana u obligados a procurar la reelección, a primera vista podría parecer que el funcionamiento democrático de estos partidos estuviera asegurado. La aplicación perseverante y lógica de principios democráticos, en realidad, debe librarse de toda consideración personal y de todo lazo con la tradición. Tal como en la vida política de los estados constitucionales, el ministerio debe estar formado por miembros de aquel partido que posee una mayoría parlamentaria, también en el partido socialista los cargos principales deben ser llenados siempre por los representantes de las tendencias que han prevalecido en los congresos. Así, los viejos dignatarios del partido deben ceder su puesto siempre a las fuerzas jóvenes, a aquellos que han adquirido la preponderancia numérica representada al menos por la mitad más uno de los miembros. Además, debe set un propósito natural no dejar que los mismos camaradas ocupen demasiado tiempo los cargos importantes, no sea que se acostumbren a la rutina y lleguen a considerarse líderes puestos por Dios. Pero en los partidos sólidamente organizados, la situación real está muy lejos de corresponder a esta teoría. El sentimiento de tradición, al actuar con una necesidad instintiva de estabilidad, tiene por resultado que el liderazgo represente siempre lo pasado más bien que lo presente. El liderazgo es retenido indefinidamente, no porque sea la expresión tangible de las relaciones entre las fuerzas que existen en el partido en un momento determinado, sino simplemente porque ya está constituido. A menudo los líderes son confirmados en su cargo todo el tiempo que ellos mismos lo quieran, por una pereza gregaria o, si podemos emplear el eufemismo, en virtud de la ley de la inercia. Estas tendencias son particularmente notorias en la democracia social alemana, donde los líderes son prácticamente inamovibles. La

práctica de elegir un nuevo elenco completo de líderes cada dos años hubiera debido ser, desde hace mucho tiempo, una conducta general de los partidos socialistas, como prototipo de todos los partidos democráticos. Sin embargo, en lo que a los socialistas alemanes se refiere, no solo no existe esa práctica sino que todo intento por introducirla provocaría gran descontento en la masa. Es verdad que una de las normas fundamentales del partido, votada en el congreso de Maguncia, en 1900, establece que en todos los congresos anuales el partido debe «renovar», por votación y por mayoría absoluta, la totalidad de la comisión ejecutiva de siete personas (dos presidentes, dos vicepresidentes, dos secretarios y un tesorero). Esta sería la buena aplicación del principio democrático, pero se la observa tan poco en la práctica que en *todos los* congresos hay listas electorales que contienen los nombres de todos los miembros de la comisión que cesa, y que son distribuidas a los delegados que han concurrido a elegir a los nuevos líderes. Esto prueba, no solamente que la reelección de esas autoridades es una cuestión normal, sino que se ejerce también cierta presión que asegure que sean reelectos. Es verdad que, en teoría, todo elector es libre de tachar los nombres impresos y escribir otros, y que esto es tanto más fácil cuando la votación es secreta. Sin embargo, la lista electoral impresa sigue siendo un recurso efectivo. Hay una frase francesa, *corriger la fortune*; este método permite a los líderes *corriger la démocratie*[5]. La mayor parte de los delegados consideran un perjuicio los cambios en la lista de nombres, aunque sea el simple ejercicio de un derecho electoral establecido por los reglamentos, y los censuran cuando ocurren. Esto fue puesto de manifiesto en forma característica en el congreso de Dresde de 1903. Cuando circuló por el congreso la información de que los socialistas revolucionarios de Berlín intentaban sustituir de los nombres de la lista electoral el de Ignaz Auer, a quien desaprobaban por sus tendencias revisionistas —acusación que luego rechazaron indignados—, la furia que se extendió provocada por el sacrilegio propuesto bastó para suprimir la maniobra.

De esta manera las autoridades de un partido eminentemente democrático, designadas por sufragio indirecto, prolongan en forma vitalicia el poder con que alguna vez fueran investidas. La renovación establecida por los reglamentos es una formalidad pura.

La comisión temporaria llega a ser permanente; y la conservación del cargo, un derecho establecido. Las autoridades democráticas están más firmes en sus bancas que las autoridades de los organismos aristocráticos. El período del cargo excede así, en mucho, la duración media del lapso ministerial en los estados monárquicos. Alguien calculó que en el Imperio Germánico el lapso oficial promedio de un ministro de Estado es de cuatro años y tres meses. En el liderazgo, es decir, en el ministerio del partido socialista, vemos que las mismas personas ocupan los mismos puestos durante cuarenta años seguidos. Naumann dice de los partidos democráticos: «Aquí los cambios en los cargos dirigentes ocurren con menos rapidez que en las secretarías de estado de los ministerios. El método democrático de elección tiene su propia fidelidad peculiar. En lo que a los detalles individuales se refiere, es incalculable; sin embargo, en líneas generales podemos contar con su actividad, con más certeza que en la política de los príncipes. En todas las democracias hay una corriente tradicional de evolución lenta, pues las ideas de las masas cambian solo paso a paso y por gradaciones sutiles. Aunque en los organismos monárquicos hay muchas formas antiguas, no encontramos menos en el organismo democrático, que cuanto más perdura más dominado está por frases, programas y costumbres firmemente establecidas. Solo cuando las ideas nuevas han impregnado al país durante cierto tiempo, pueden penetrar en los partidos constituidos, gracias a la actividad de grupos particulares que las adoptan, o como resultado de un cambio espontáneo de opinión dentro de la masa. Esta tenacidad natural de los parlamentos constituidos por elección popular, es innegable, ya sea ventajosa o inconveniente para la comunidad.»[6] En los organismos democráticamente constituidos, fuera de Alemania, se manifiesta un fenómeno similar. Prueba de esto podría ser un párrafo del reglamento aprobado el 3 de febrero de 1910 por la Confederación General del Trabajo de Italia, respecto de la proclamación de la huelga general. El reglamento comienza por establecer, en perfecta conformidad con principios democráticos, que la declaración de la huelga general debe ser precedida siempre por un referéndum de las secciones de la Confederación. Las minutas de la sesión en la cual la Confederación del Trabajo haya decidido plantear la cuestión, deben incluir los

términos de este referéndum. Pero el reglamento añade que si existiera desacuerdo entre el consejo ejecutivo de la Federación y el resultado del referéndum de las secciones (si, por ejemplo, el consejo hubiera rechazado la huelga general en tanto que el referéndum muestra que la masa la apoya) no cabe interpretar que esa diferencia tenga el valor de un voto de censura a los líderes[7]. Esto demuestra que en las organizaciones de la clase trabajadora de Italia la responsabilidad de los cargos no está establecida tan rigurosamente como en el Estado italiano, donde el ministro comprende que debe renunciar si, cuando formula un proyecto de ley, éste es rechazado por la mayoría de la cámara. En lo que se refiere a Inglaterra, vemos en el libro de Sidney y Beatricé Webb que la estabilidad de los funcionarios en las organizaciones laboristas es superior a la de los empleados en la administración pública. En la *Amalgamated Association of Operative Cotton-Spinners* hemos visto que existe un reglamento para que los funcionarios queden en los cargos indefinidamente, mientras los miembros estén satisfechos con ellos[8]. Una explicación de este fenómeno la encontraremos sin duda en la fuerza de la tradición, cuya influencia equipara, a este respecto, a las masas revolucionarias y los conservadores. Ya hemos aludido a otra causa que contribuye a esta situación: el noble sentimiento humano de la gratitud. Dejar de reelegir a un camarada que ha ayudado en el nacimiento del partido, que ha sufrido muchas de sus adversidades con él, y ha prestado mil servicios, sería una crueldad y una acción condenable. Sin embargo, a quien la colectividad prefiere sobre todos los otros no es tanto al camarada merecedor, sino al probado y experto, cuya colaboración no debe interrumpirse por ninguna razón. Ciertos individuos, simplemente por haber sido investidos con determinadas funciones, se hacen inamovibles, o al menos difíciles de reemplazar. Toda organización democrática, por su propia naturaleza, se apoya en una división del trabajo. Pero dondequiera que esa división del trabajo prevalece hay necesariamente especialización, y los especialistas se hacen indispensables. Esto es cierto, particularmente, en estados tales como Alemania, donde rige el espíritu prusiano y donde, para que él partido pueda ser llevado a buen puerto entre todos los bancos, arrecifes y rompientes que surgen de las interferencias policiales u otras, y de las amenazas de

la legislación penal es necesario que el grado de estabilidad que caracteriza al liderazgo sea alto.

Actúa también otro motivo adicional: en la organización de la clase trabajadora, ya haya sido fundada para objetivos políticos o económicos, lo mismo que en la vida de la nación, es indispensable que el funcionario quede en su cargo durante un lapso considerable, para que pueda familiarizarse con el trabajo que tiene que hacer y adquiera experiencia práctica, pues no puede llegar a ser un funcionario útil a menos que haya tenido tiempo de adaptarse a su nueva función. Además, no se dedicará con celo a su tarea, ni se identificará profundamente con los objetivos que debe perseguir, si es probable que sea destituido en cualquier momento. Necesita una sensación de seguridad dada por la idea de que solo circunstancias de un carácter imprevisible, y además extraordinarias, podrán privarlo de su puesto. Las designaciones por poco tiempo en un cargo son democráticas pero, en sus aspectos técnicos y psicológicos, son muy poco prácticas. Si no logran despertar en el funcionario un sentido propio de responsabilidad, abren la puerta a la anarquía administrativa. En los ministerios de territorios gobernados por un régimen parlamentario, donde todo el aparato oficial está expuesto, por su subordinación, a cambios continuos de las mayorías, es bien sabido que la negligencia y el desorden reinan supremos. Donde los ministros cambian cada pocos meses, cada uno que llega al poder piensa en obtener provecho de ese poder mientras dure. Además, la confusión de órdenes y reglamentaciones que resulta de una sucesión rápida de personas diferentes en el comando, hace extraordinariamente difícil la fiscalización, y cuando hay abuso, a los culpables les es fácil cargar la responsabilidad sobre otras espaldas. «La rotación en el cargo», como la llaman los norteamericanos, corresponde, sin duda, al más puro principio democrático. Hasta cierto punto sirve para conjurar la formación de un espíritu burocrático de casta; pero esta ventaja está más que compensada por los métodos de explotación de líderes circunstanciales, con todas sus desastrosas consecuencias. Por otra parte, una de las grandes ventajas de la monarquía es que el príncipe hereditario, al tener presente los intereses de sus hijos y sus sucesores, tiene un interés objetivo y permanente en su puesto, y se abstiene casi siempre de una política que pudiera deteriorar sin

esperanzas las energías vitales de su país, del mismo modo que el terrateniente suele rechazar los métodos de cultivo que aunque proporcionan buenos rendimientos inmediatos podrían esterilizar el suelo para perjuicio de sus herederos.

Así, no menos en tiempo de paz que en tiempo de guerra, la relación entre organizaciones diferentes requiere cierto grado de continuidad personal y táctica, pues sin esa continuidad la autoridad política de la organización se vería perjudicada. Y esto vale tanto para los partidos políticos como para los estados. En la política internacional europea, Inglaterra siempre fue considerada como un aliado poco digno de confianza, pues su historia muestra que ningún otro país ha podido confiar en acuerdos firmados con ella. La razón la encontraremos en lo que sigue: la política exterior del Reino Unido depende en gran medida del partido que ocupa el poder, y los cambios de partido ocurren con rapidez considerable. Del mismo modo, el partido que cambia sus líderes a menudo, corre el riesgo de no poder, convenir alianzas útiles en el momento oportuno. Los dos defectos más graves de la democracia auténtica son su falta de estabilidad (*perpetuum mobile democraticum*) y su dificultad de movilización; ambos dependen del derecho reconocido de que las masas soberanas tomen parte en la administración de sus propios asuntos.

Para subordinar al líder a la voluntad de la masa, y para reducirlo al nivel de un mero órgano ejecutivo de la masa, algunas democracias primitivas han procurado siempre aplicar medidas de coerción moral además de los medios ya enumerados. En España la Junta Patriótica Revolucionaría de 1808 insistió en que treinta proletarios debían acompañar al general que iba a negociar con los franceses; y lo obligaron, en oposición con sus propias convicciones, a rechazar todas las propuestas de Napoleón. En los partidos democráticos modernos aún prevalece la práctica, más o menos general de acuerdo con el grado de desarrollo alcanzado por estos partidos, de que la masa envíe a los congresos delegados sometidos a instrucciones definidas, cuyo propósito es evitar que el delegado dé un voto adverso a la opinión de la mayoría que representa, en alguna cuestión decisiva. Esta precaución puede ser eficaz en ciertos casos, cuando las cuestiones son simples y claras; pero el delegado, por no tener libertad de elección, está reducido a la función de un

títere, y no puede atender a los argumentos que oye en el congreso ni a nuevos hechos producidos, que salen a la luz en el curso del debate. El resultado es que no solamente resulta superflua toda la discusión de allí en adelante, sino que también el voto a menudo resulta falsificado, pues no corresponde a las opiniones reales de los delegados. En estos últimos tiempos los delegados han recibido con menos frecuencia esas instrucciones rígidas, pues es evidente que esa práctica estoica la cohesión, tan necesaria en todos los partidos, y provoca perturbaciones e incertidumbre en sus líderes.

A medida que los jefes se desvinculan de la masa, se muestran cada vez más inclinados a llenar los claros que se producen en sus propias vidas, no mediante elección popular, sino mediante coopción, y así aumentan sus propios efectivos todo lo posible, al crear nuevos cargos por iniciativa propia. Aparece en los líderes una tendencia a aislarse, a establecer una especie de baluarte, y rodearse como con un muro, dentro del cual solo pueden entrar quienes participan de su propia forma de pensar. En lugar de permitir que sus sucesores sean designados por elección de la masa, los líderes hacen cuanto está a su alcance por elegirlos por sí mismos y por llenar todos los claros de sus propias filas, directa o indirectamente, por el ejercicio de su propia voluntad. Esto es lo que vemos que ocurre hoy en todas las organizaciones de la clase trabajadora que tienen una base sólida. En un informe presentado al VII Congreso de las Organizaciones Laboristas Italianas, en Módena, en 1908, encontramos una disposición que establece que hay que reconocer en los líderes a hombres capaces, hay que elegirlos, y tienen que ejercer las funciones de un gobierno, en general[9]. En Inglaterra estos propósitos ya han sido aplicados en la práctica, pues en ciertos casos los nuevos empleados de la organización son elegidos directamente por los funcionarios antiguos[10]. Lo mismo ocurre en Alemania, donde el poder central nombra a un quinto de los empleados de los gremios. Además, puesto que los congresos de los gremios están compuestos casi exclusivamente por empleados, la única forma de que los trabajadores organizados puedan avalarse individualmente para expresar sus opiniones personales, tendremos que encontrarla en colaboraciones a la prensa laborista[11]. En el movimiento laborista francés, que pretende ser el más revolucionario de todos, el secretario de la *Confédération Générale*

du Travail, tiene el derecho de designar cuando se trata de elegir nuevos representantes para la comisión ejecutiva de la Federación. Ejerce este derecho enviando a las *Bourses du Travail* que no están representadas en el ejecutivo, una lista de los camaradas a quienes considera aptos para esos cargos, y recomendando su elección[12]. En el partido socialista alemán cada *Landesvorstande*, o comisiones provinciales, y el ejecutivo central pretenden el derecho de veto sobre la selección de candidatos; pero este derecho de veto le da un privilegio de carácter esencialmente oligárquico, al elevar a la comisión al rango de un verdadero gobierno, y al privar a las secciones individuales de uno de los derechos fundamentales de toda democracia: el derecho a la libertad individual de acción. También en Holanda las candidaturas socialistas para el parlamento deben ser aprobadas por el ejecutivo partidario, y este ejecutivo es tan inamovible como el del partido alemán. Ocurre muy rara vez que un antiguo miembro del ejecutivo que ha cumplido el término de su mandato deje de ser reelegido cuando lo desea. También en Holanda vemos este pluralismo notorio entre los funcionarios del partido.

En la designación de candidatos para la elección, encontramos, además, otro grave fenómeno oligárquico: el nepotismo. La elección de los candidatos depende casi siempre de una camarilla formada por los dirigentes locales y sus asistentes, quienes sugieren a la masa algunos nombres adecuados. En muchos casos la banca parlamentaria es considerada casi como una propiedad familiar. En Italia, aunque se rinde homenaje a los principios democráticos, no es raro que encontremos que cuando muere un representante, o cuando deja su cargo, los sufragios de los electores son transferidos sin problema a su hijo o a su hermano menor, de manera tal que el cargo quede en la familia. Quienes aprecian las paradojas pueden inclinarse a considerar este proceso como el primer síntoma que marca el pasaje de la democracia de un sistema de bonapartismo plebiscitario a otro sistema de monarquía hereditaria.

2. El poder financiero de los líderes y del partido

EN el partido socialista alemán han sido muy raras las deserciones y la traición por parte de los líderes. Esto es notorio y contrasta con lo que ha ocurrido en el partido socialista francés, especialmente en sus grupos parlamentarios. Las elecciones del 20 de agosto de 1893 llevaron al *Palais Bourbon* a seis diputados socialistas: Paulin Méry, Alphonse Humbert, A. Abel Hovelacque, Alexandre Millerand, Pierre Richard y Ernest Roche. De todos estos solamente uno, el distinguido lingüista y antropólogo Hovelacque, siguió fiel al partido hasta su muerte; los otros cinco son ahora enemigos declarados del partido socialista. La parte desempeñada por Millerand en el socialismo, importante como todos sabemos, terminó en 1904. En su discurso electoral de mayo de 1906 el término «socialista» quedó en el fondo; desplegaba una oposición al candidato socialista oficial, el sociólogo Paul Lafargue, yerno de Marx; su papel era entonces de anticolectivista y reformador burgués patriótico. Los otros ex diputados socialistas de la nómina anterior habían desertado de su filiación con fecha anterior. El fútil episodio político asociado al nombre del general Boulanger bastó para derribar el castillo de naipes que representaba las convicciones socialistas de estos guerreros en apoyo del proletariado revolucionario de Francia. Hoy todos ellos se han volcado al servicio de la reacción clerical nacionalista. Paulin Méry fue uno de los líderes del bulangismo; en mayo de 1906, cuando se opuso en la segunda votación al radical burgués Ferdinand Buisson, los socialistas de su bancada dieron sin vacilar sus votos a favor de su adversario. En la época del proceso a Dreyfus, Alphonse Humbert era uno de los defensores más ardientes del estado mayor del ejército. Ernest Roche, en una época discípulo de Auguste Blanqui y luego, junto con Edouard Vaillant, uno de los más destacados

líderes de los blanquistas, es ahora lugarteniente de Henri Rochefort; en una elección parlamentaria reciente del *arrondissement* 17 de París fue derrotado por el socialista reformista Paul Brousse, aunque Brousse, otrora anarquista y padre teórico de la propaganda en el oeste de Europa, acababa de perder el favor del sector *más* revolucionario de los trabajadores (Brousse, como presidente del consejo municipal de París había recibido a Alfonso XIII como huésped en la municipalidad, y su conducta difícilmente se ajustaba a los principios socialistas). Es verdad que hasta hoy Brousse sigue perteneciendo a un *Parti Blanquiste, ni Dieu ni Maître*, que anuncia, semana tras semana en el *Intransigeant*, reuniones de carácter más o menos privado; pero este partido es realmente ficticio, pues aunque tiene unas pocas ramificaciones no pesa en la vida política; en todas las cuestiones políticas prácticas este grupito actúa de la mano con los antisemitas y los nacionalistas y, en cuestiones de teoría, dondequiera que Roche tiene ocasión de aludirlas, se proclama *le champion incorruptible de la République, du Socialisme et de la Patrie*. Su anticapitalismo es excesivamente manso, pero su chauvinismo es fanático[1]. En contraste con esto el partido socialista alemán comparte con el italiano y los partidos belgas la buena fortuna de contar con líderes fieles y devotos. El liderazgo del partido alemán se ha reforzado una y otra vez con valiosos aportes de otros partidos de la izquierda, tales como August Bebel, el demócrata burgués; Max Quarck y Paul Bader, del *Frankfurter Zeitung*; Paul Göhre y Max Maurenbrecher, quienes habían fundado antes el partido socialista nacional, en oposición a los socialistas. Por otra parte ha sufrido limitadas pérdidas de personalidades significativas que desertaron hacia el campo burgués. Las únicas excepciones de esta generalización se refieren a líderes de importancia menor, tales como Max Lorenz[2], ex editor del *Leipzige Volkszeitung*, quien pasó más tarde las puertas del socialismo nacional para conquistar una posición segura como editor del *Antisozialdemokratische Korrespondenz*; el joven conde Ludwig Reventlow, quien en 1906 fue diputado por los sectores antisemitas, y otras pocas personalidades académicas de menor importancia, además de uno o dos proletarios excepcionalmente convertidos, tales como el canastero Fischer. No sería correcto contemplar como traición, en el estricto sentido del término, el

simple paso del partido socialista propiamente dicho a alguna otra forma de socialismo militante, tal como ha ocurrido en el caso de socialistas tan fervientes, y convencidos como el diputado Johann Most, el célebre encuadernador de Augsburgo, y Wilhelm Hasselmann, el químico, otro diputado que después de 1890 rompió abiertamente con el partido para afiliarse primero al socialismo antiparlamentario y después al anarquismo. Hablar de estos hombres como «desertores» sería identificar la noción de deserción de un partido organizado, con el abandono de la idea de la emancipación de la clase trabajadora, pero aun si contamos como desertores del socialismo a quienes se han pasado a las filas del anarquismo, nos vemos obligados a admitir que entre los apóstatas del partido Socialista alemán no hubo ninguno que hubiera ocupado una posición rectora en él.

Hasta ahora el proletariado luchador de Alemania no ha tenido que soportar el espectáculo de que sus ex representantes se sentaran en las bancas gubernamentales entre los enemigos de los socialistas. En Alemania no ha habido figuras tales como Aristide Briand, ayer abogado de una huelga general y consejero para la defensa de los hombres acusados de antimilitarismo, que habría expresado de modo manifiesto su simpatía total con la teoría antimilitarista de *plutôt l'insurrection que la guerre*, y que hoy, como ministro de Instrucción Pública, aprueba con no menos rigor e igual evidencia las medidas de represión dispuestas por sus colegas del gabinete contra los antimilitaristas. Alemania no ha conocido a un John Burns, quien como líder laborista en 1886 desempeñó una parte prominente en la organización de enormes manifestaciones de desocupados, donde hubo referencias explícitas a la posible necesidad de destruir los palacios y saquear las, tiendas, y cuya actividad había llevado el pánico al mundo burgués de la capital inglesa, pero quien pocos años después, como presidente de la *Local Government Board*, ante una moción presentada al parlamento en circunstancias en que el *Labor Representation Committee* pedía la intervención del parlamento en favor de los desocupados, proclamó que no era un político de taberna ni un filántropo de corazón tierno dispuesto a despilfarrar el dinero de los ciudadanos trabajadores en beneficio de los llamados desocupados y aconsejó a los obreros ahorrar el dinero en los años prósperos y no gastarlo en objetos

inútiles. Tales desilusiones, experimentadas por obra de hombres en cuya sinceridad y firmeza de carácter habían depositado una confianza ingenua los obreros organizados, tienen un efecto políticamente desalentador y moralmente enervante. Tienden a llevar a los obreros hacia la indiferencia o hacia especializaciones unilaterales, tales como el nuevo sindicalismo, o una creencia exclusiva en el movimiento cooperativo; o quizás hacia ciertas formas de aspiración libertaria, y a apartarlos del pensamiento de organización política y de una actividad parlamentaria meditada y medida. Vemos esto en Francia, sobre todo, donde el caso de Briand fue una mera secuela del de Millerand, y el caso de Millerand, quizás una secuela del de Louis Blanc, y donde; la gran masa de obreros manuales está dividida en dos sectores: el de quienes abogan por el abstencionismo más desafiante, y el de quienes tienen su mente dominada por el espíritu que los franceses llaman con acierto *jemenfichisme*[3]. El hecho de que los partidos socialistas de Alemania, Italia y Bélgica se hayan visto hasta ahora libres de los efectos perturbadores y desmoralizadores de semejantes episodios, da la razón principal, aunque no la única, a la confianza ilimitada y a menudo ciega en los líderes «probados y dignos de confianza», que no puede dejar de advertir ningún observador desprejuiciado de los miembros de esos partidos. En realidad, en Alemania, la autoridad que este espíritu imprime en los líderes partidarios, y que acentúa permanentemente la tendencia a la centralización, recibe un refuerzo enorme por el espíritu de organización, por la necesidad intensa de conducción que caracteriza al proletariado alemán, y también por la relativa pobreza del partido en individuos de preeminencia intelectual y con independencia económica. Por estas condiciones excepcionales los líderes están libres de la influencia desintegradora de las disensiones personales y tácticas, que de otro modo los hubieran llevado a conflictos con la masa del partido, semejantes a los que la acosaron con violencia en Italia y en Holanda, a pesar de la estabilidad y de la situación de autoridad de los líderes socialistas en estos países. Cabe decir de los líderes socialistas alemanes que aún no han perdido contacto con la masa; que aún prevalece allí una armonía completa entre la forma y el contenido de sus tácticas aun cuando debiera existir un conflicto entre ellos; que la comunidad de ideas entre los conductores y los

conducidos no se ha quebrado aún; y, para resumir, que la comisión ejecutiva del partido, y también (aunque quizá de manera menos perfecta) el grupo socialista parlamentario, sigue representando la opinión general de los camaradas de todo el país. La confianza que los obreros alemanes organizados han dado a quienes los representan en el juego complejo de la política se basa en la seguridad que ofrecen los líderes tanto desde el punto de vista moral, como del político. Esta seguridad existe de manera incontrovertible. La forma en que las masas confían sus intereses a los líderes es, al menos históricamente, legítima y explicable; pero las causas de la estabilidad de los líderes son complejas, por supuesto, como todas las causas. Entre las diversas explicaciones algunos han sugerido que toda la virtud de los líderes laboristas alemanes reside en el hecho de que nunca estuvieron expuestos a grandes tentaciones, y se parecen en eso a la joven que nunca ha sido cortejada. Hay cierto elemento de verdad en esta explicación, en la medida en que tenemos que vérnosla con esa virtud política especial que consiste en la defensa sincera de la bandería partidaria. En un Estado donde no existe gobierno parlamentario, donde los ministros de Estado son designados por el soberano de entre los funcionarios principales de la administración, sin considerar para nada a la mayoría parlamentaria y donde, en consecuencia, no hay ninguna vía directa a la función, abierta a los representantes populares, la posibilidad de corrupción intelectual, es decir, de un cambio más o menos completo de frente por parte de los líderes socialistas, bajo la influencia del deseo de ocupar un cargo ministerial, queda *ipso facto* destruida, del mismo modo que queda excluida la adhesión al partido de la reforma social burguesa por parte de los socialistas revolucionarios que aspiran a cambiar la verdadera base del orden económico existente. Por otra parte, Arturo Labriola, quien siguió el movimiento alemán con profundo interés y viva simpatía, tiene razón, indudablemente, en su cáustica predicción de que cuando llegue el día en que el gobierno alemán quiera darse el gusto de tener un ministerio liberal tibio, puesto que los socialistas, en realidad, no son difíciles de satisfacer, la «infección reformista» se seguirá extendiendo, aun en Alemania. Agrega que los gérmenes de esta infección ya están muy difundidos[4].

Sin embargo, aunque es verdad que la estructura feudal del Imperio Alemán, que se refleja aún en las leyes y en la mentalidad colectiva del país, impone límites necesarios a la ambición de los líderes laboristas, hay que admitir que el hecho que aquí consideramos no encuentra una explicación adecuada en la mera falta de tentaciones. Además, la tentación, en el sentido vulgar y material del término, no falta en mayor grado en Alemania que en otro lugar cualquiera. Ningún gobierno, por autocrático que sea, ha descuidado la posibilidad de corromper las austeras virtudes de los líderes de cualquier movimiento peligroso para la autoridad, mediante la distribución de parte de los fondos para servicios secretos que todos los países tienen a su disposición, y que han sido votados por los propios representantes populares. Sin embargo cabe afirmar que los líderes del movimiento laborista alemán, aunque no tengan la moralidad evangélica que encontramos en tantos ejemplos de los primeros días del movimiento laborista italiano, han resistido siempre los intentos de corromper su integridad mediante sobornos. No parece necesario reconocer como una excepción, el caso —que aún no ha sido plenamente aclarado— del presidente de la *Allgemeiner Deutscher Arbeiterverein*, Johann Baptist von Schweitzer, en el año 1872, pues parece probable que el vehemente Bebel, quien apoyó la condena y la expulsión de Schweitzer del partido, no tenía razón, en realidad[5]. Aun los subordinados en el liderazgo del partido, aquellos a quienes podríamos llamar «suboficiales», por lo general han demostrado ser inmunes a las lisonjas de la policía. A veces han aceptado sobornos, para pasarlos al instante a *Vorwärts* o a algún otro periódico socialista, donde aparecía una invitación al dueño del dinero para que pasara a retirarlo personalmente dentro del plazo de varios días, pues en caso contrario pasaría a engrosar los fondos del partido.

La inconmovible fidelidad de los líderes socialistas alemanes descansa sobre razones poderosas, y algunas de ellas tienen naturaleza ideal. El amor característico de los alemanes por la vocación elegida, la devoción al deber, los años de proscripción y de persecución compartidos con otros camaradas, el aislamiento del mundo burgués, por parte de los obreros y sus representantes, la convicción invencible de que solo un partido de estructura compacta y sólida será capaz de traducir en actos los excelsos fines

del socialismo, y la aversión consecuente a toda lucha socialista conducida por francotiradores ajenos a las filas del partido organizado: he aquí algunas de las numerosas razones que se combinan para engendrar en las mentes de los socialistas alemanes un amor por su organización que les permite resistir las tormentas más violentas. Esta adhesión al partido manifestada con frecuencia en la forma de actos nobles y conmovedores, representa ciertamente uno de los elementos más sólidos de los cimientos sobre los cuales se ha erigido el edificio del socialismo alemán. Nos permite comprender la conducta de los líderes socialistas durante las numerosas crisis y después de ellas, que, en opinión de los profanos, hubieran debido terminar por fuerza en el abandono franco del partido. Es el amor al partido, con el que se identifica la gran mayoría de los camaradas, lo que ha conducido a hombres tales como Eduard Bernstein y Kurt Eisner a mantener su adhesión después de conflictos violentos que casi llegaron a su expulsión. Debemos agregar que en el curso de la lucha estos hombres salvaron siempre la dignidad personal sin la cual ningún hombre que se respete puede permanecer entre sus camaradas.

Otros motivos, no menos importantes, de orden material, refuerzan los *motivos* ideales expuestos. La práctica de que el partido pague por los servicios que le prestan sus empleados, establece un vínculo que muchos de los camaradas vacilarían en romper, y esto por mil razones. La remuneración pecuniaria de servicios prestados al partido, con que contribuye la democracia social alemana, inmuniza a sus funcionarios contra las formas más groseras de tentación. Mientras en Francia, Inglaterra, Holanda, Italia y en cualquier otro país, la propaganda socialista hablada y escrita es por lo general obra de voluntarios, el partido socialista alemán desconoce prácticamente la propaganda gratuita. Fuera de Alemania la actividad socialista se basa sobre el entusiasmo individual, la iniciativa individual y la devoción individual; pero en Alemania se apoya en la lealtad, la disciplina y el sentimiento del deber, alentados por una remuneración pecuniaria. En la historia de los partidos socialistas no alemanes, por ejemplo, encontramos periódicos importantes como el *Avanguardia Socialista* de Milán y el *Nieuwe Tijd* de Amsterdam, fundados por iniciativa individual y mantenidos por el idealismo político de unas pocas personas. Estos

siguen realizando su trabajo aunque los gastos de la aventura suelen superar a los ingresos, y aunque quienes escriben en los periódicos en cuestión no son pagos o no reciben casi paga alguna. En Alemania, en cambio, el *Vorwärts* de Berlín, el *Leipziger Volkszeitung* y el *Neue Zeit* fueron fundados y sostenidos por la totalidad del partido, y tienen un cuerpo editorial pago y colaboradores pagos. Sin embargo sería erróneo suponer que los propagandistas y funcionarios socialistas reciben una paga en una escala que les permite llevar una vida lujosa costeada con el dinero penosamente ganado por los obreros, como suelen suponerlo —con una ignorancia lindante con la irresponsabilidad— la prensa «respetable» y los ociosos de los clubes. La vida de un periodista socialista está lejos de parecerse a la del derrochador y el libertino; su jornada no es en modo alguno fácil; sus tareas requieren mucho sacrificio y abnegación, y son agotadoras; en tanto que la remuneración que recibe es modesta, comparada con la seriedad y la dificultad de su trabajo. Nadie que haya tenido el conocimiento más elemental de las condiciones de trabajo y de paga en el periodismo socialista y en la vida que llevan los empleados del partido negará esto. Hombres de la capacidad y educación de Karl Kautsky, Max Quarck, Adolf Müller y un centenar de otros, si hubieran elegido dedicarse a servir otros intereses diferentes de los obreros, hubieran podido obtener una retribución material mucho mayor de la que tienen en sus cargos actuales.

Esta referencia a la práctica del partido socialista alemán de retribuir todos los servicios, era necesaria para permitir al lector que comprendiera debidamente ciertas peculiaridades de la vida socialista alemana. Pero el lector no debe suponer que no hay trabajo socialista impago en Alemania: en los distritos rurales donde la organización sigue siendo pobre, y en el caso de pequeños periódicos semanales cuyos recursos financieros son insignificantes, los socialistas realizan mucho trabajo gratuito. En no pocos lugares, además, los camaradas locales no reciben paga alguna por sus discursos. Un testimonio del idealismo que, a pesar de todas las dificultades, sigue floreciendo en la clase trabajadora, es la forma en que muchos socialistas de esta clase sacrifican su descanso dominical para realizar trabajo propagandístico en la región, durante las elecciones y también en otras épocas, distribuyendo

panfletos, discursos electorales, calendarios socialistas, etc. Esta labor gratuita suele ser realizada no solo en condiciones que suponen un sacrificio paciente de exposición y privaciones sino también enfrentados a todos los tipos de abuso, al peligro de arresto por los pretextos más triviales, y á los ataques provenientes de campesinos antisemitas o clericales exaltados.

Sin embargo, en general, la práctica alemana es pagar por todos los servicios al partido, desde la noticia más trivial proporcionada a un periódico, hasta el más extenso discurso público. Aunque esto priva al partido, en una medida considerable, del espíritu de heroísmo y de entusiasmo, y del trabajo hecho por colaboración voluntaria y espontánea, da a la organización una cohesión notable y una autoridad sobre el personal que aunque lo priva, indudablemente, de su elasticidad y de su espíritu de iniciativa y, en esencia, tiende a perjudicar la verdadera mentalidad socialista, constituye también una de las bases más importantes e indispensables de la vida partidaria. Buenos críticos de las cuestiones socialistas, como Ernst Günther, se han esforzado por explicar el hecho de que personas de reconocida capacidad y valor hayan preferido someterse a la voluntad partidaria más bien que romper completamente con la organización, sugiriendo que si hubieran decidido hacer otra cosa habrían puesto en peligro su existencia política, y habrían renunciado a «la posibilidad de continuar representando de manera eficiente los intereses de los obreros»[6]. Es incuestionable que la plataforma socialista es hoy la mejor para quienes defienden los intereses de los trabajadores, e históricamente es la más apropiada, de manera tal que renunciar a esta plataforma supone casi siempre la pérdida de la oportunidad de defender los intereses de la clase trabajadora; pero no es menos indiscutible que «para el hombre medio la asociación estrecha de su propia existencia económica con su dependencia del partido socialista parece una excusa suficiente» para el sacrificio de sus propias convicciones por permanecer en un partido con *el* que ya no tiene una simpatía total[7]. Alguien escribió:

> Staatserhaltend sind nur jene
> Die vom Staate viel erhalten[8].

Pese a su exageración, hay una verdad medular en esas palabras, y la crítica se aplica con igual justicia al partido que al Estado. La práctica de pagar por todos los servicios tiende, en no poco grado, a reforzar la burocracia partidaria, y favorece al poder centralizado. La dependencia financiera del partido, es decir, de los líderes que representan a la mayoría, traba a la organización como[5] con cadenas de hierro. Los miembros de la organización más tenazmente conservadores son, en realidad, quienes dependen de modo más categórico de ella. Cuando esta dependencia alcanza cierto grado de intensidad ejerce una influencia decisiva sobre la mentalidad. En los países donde los miembros del parlamento no tienen dieta, pero donde las propias organizaciones partidarias sostienen a sus representantes parlamentarios, los diputados adquieren un intenso sentido de dependencia de los miembros de sus organizaciones. Donde, por lo contrario, los miembros del parlamento son remunerados por el Estado, sienten que son parlamentarios por encima de todo, aun cuando deban su elección exclusivamente al partido socialista.

Es bien sabido que la fuerza numérica de los gremios depende, en medida considerable, de las ventajas económicas que éstos pueden ofrecer a sus miembros. El buen éxito de los movimientos gremiales, desde ese punto de vista, ha inducido a los socialistas alemanes a hacer que el partido extienda a la masa de los miembros algunas de las ventajas que hasta ahora habían sido privilegio exclusivo de la burocracia del partido. Otto Gerisch, tesorero del partido y miembro de la comisión ejecutiva, se refirió a esta posibilidad en un discurso acerca del problema de la organización, en el congreso de Bremen, en 1904[9]. Después de mencionar hechos que demostraban la superioridad de las organizaciones gremiales sobre las del partido dijo que en su opinión la verdadera razón de la superioridad había que buscarla en la «acumulación de beneficios» que los gremios daban a sus miembros. Agregó que los trabajadores no muestran fidelidad a sus gremios hasta que estas organizaciones inician la práctica de ayuda mutua en gran escala, pero que de allí en adelante los afiliados aumentan enormemente en número y se hacen mucho más estables. Al continuar con esta línea de pensamiento dijo: «Es característico que los camaradas de Königsberg quienes, por la posición que ocupan dentro del

movimiento socialista alemán, deben tener seguramente una amplia experiencia en cuestiones de organización y propaganda, den subsidios a los miembros del partido para cubrir gastos funerarios. Esta práctica fue introducida por una razón muy justificable: estamos en desventaja en el partido socialista si lo comparamos con los gremios, ya que no podemos ofrecer ninguna ventaja directa a nuestros afiliados; pero esto no será siempre así». Resulta difícil decidir si estas palabras deben ser interpretadas como un anuncio expreso de la intención de introducir un sistema de seguro de vida colectivo, o si, por el contrario, Gerisch solo se proponía formular una recomendación cálida de esa iniciativa. Oda Olberg, que estaba presente en el congreso como representante del periódico socialista italiano *Avanti* interpretó las palabras en el sentido anterior, y describió el discurso *como* una «amenaza de degeneración»[10]. Es seguro que en el partido socialista alemán existen tendencias hacia una mayor ampliación ae esas ventajas materiales, las que podrían conducir a la transformación de la organización partidaria en una sociedad proletaria de seguros de tinte socialista. Es evidente que la evolución en esa dirección atraerá al partido centenares de miles de nuevos miembros, lo que significará un aporte considerable de fuerza. Al mismo tiempo, el aparato de la burocracia socialista se desarrollará mucho. Los efectos que semejante evolución podrá tener sobre la fuerza real del partido frente al Estado, sobre su impulso moral, su unidad interna y su cohesión táctica, son cuestiones que no podemos analizar aquí. Para nuestro propósito es suficiente llamar la atención sobre la influencia que tiene en el mantenimiento y el refuerzo de la organización la práctica de pagar los servicios prestados.

En los regímenes aristocráticos, al menos mientras la aristocracia conserve su carácter esencialmente plutocrático, los funcionarios elegidos por lo común no reciben paga. Sus funciones son totalmente honorarias, aun cuando tomen todo el tiempo de quienes las desempeñan. Son miembros de la clase dominante; se supone que son ricos, y que hacen una cuestión de honor en gastar dinero para beneficio público, y para ocupar, aun con considerable sacrificio pecuniario, puestos eminentes al servicio del Estado. En las democracias modernas prevalecen prácticas similares. El Lord Mayor de Londres y sus colegas de otras grandes ciudades de

Inglaterra carecen de remuneración. Lo mismo podemos decir de los síndicos italianos. Mientras los gastos de representación y otros suelen ser totalmente inadecuados, quienes desempeñan esos cargos deben ser hombres de medios privados considerables que les permitan soportar los gastos necesarios. Tienen que ser, por eso, gente ya enriquecida u hombres nacidos en la opulencia. Las mismas consideraciones son aplicables a la representación parlamentaria italiana. En Italia el gobierno se opone a la idea de pagar dieta a los miembros del parlamento, sobre la base de que sería impropio que los elegidos por la nación percibieran dinero por sus actividades. La consecuencia es que, por ser el partido socialista italiano un partido pobre, los obreros manuales de Italia están *a priori* excluidos del parlamento. Entre los treinta y seis diputados socialistas de la cámara italiana durante 1909 solo dos habían sido obreros manuales (directores de gremios). En esas condiciones es probable que la representación partidaria de la legislatura esté limitada a personas que tienen recursos privados; es decir, a quienes tienen tiempo y dinero que pueden dedicar a ocupaciones no remunerativas, y que exigen cambios frecuentes de residencia. En Francia, además, donde las dietas de los diputados corresponden a una escala liberal, podemos observar que las bancas más pobres están representadas en el parlamento por los miembros más ricos. Aun en algunos partidos democráticos el desempeño de cargos oficiales en el partido puede ser contemplado como una función honoraria; especialmente donde la organización no tiene medios suficientes. Por eso no es raro que surja dentro del partido una forma peculiar de autoridad financiera, pues los camaradas que gozan de mayores recursos conquistan y retienen una influencia debida a los servicios pecuniarios que prestan. Existe una supremacía plutocrática de esta naturaleza en la prédica de aquellos partidos que, por falta de medios para mantener independientes sus órganos propios, se ven obligados a depender del apoyo pecuniario que prestan los camaradas adinerados. El resultado, por supuesto, es que estos últimos, como accionistas principales del periódico, tienen un derecho natural a fiscalizar su política. Típico ejemplo de esto encontramos en Francia donde por un tiempo *L'Humanité* fue sostenido por un sindicato de judíos ricos. Lo mismo ocurre con la elección de diputados a los congresos partidarios: a menudo la

preferencia corresponde a quienes pueden y quieren pagar sus propios gastos de viaje. De esta manera resulta que los congresos, que constituyen la autoridad suprema del partido, pueden estar compuestos, principalmente, como el grupo parlamentario de ciertos países, por personas relativamente adineradas. Esto es lo que ocurre en Italia, Francia, Holanda, etc. En lo que a Alemania se refiere, es menos probable que esto suceda, en parte porque muy pocos miembros del partido socialista son ricos, y en parte por la condición floreciente de las finanzas partidarias. Por eso en Alemania la superioridad financiera de los camaradas ricos sobre los pobres suele ser reemplazada por la superioridad de una organización más rica. Es natural que sea muy difícil para las organizaciones que carecen de dinero enviar delegados a los congresos partidarios, especialmente cuando tienen lugar en una ciudad distante. En consecuencia, estos organismos pobres, cuando no pueden designar como delegado a quien tiene el tiempo, los medios y el deseo de hacer el viaje y correr con sus propios gastos, están obligados a abandonar la idea de verse representados en el congreso. Hay que agregar que la opinión pública dentro del partido a menudo ha mostrado gran adversidad hacia esa práctica, y ha estigmatizado a los representantes designados en esos términos como «mandatarios por acomodo», considerando la designación y la aceptación de tales mandatos como una traición al partido y como una forma de corrupción. En el congreso de Bremen, en 1904, el caso de Fehndrich, fue estrepitosamente denunciado como un verdadero delito. Tales acusaciones a menudo son injustas, pues hace falta más espíritu de sacrificio y amor al deber para inducir a un camarada a que asista a un congreso, a sus propias expensas, que para aceptar una semana de vacaciones por cuenta del sector local de su partido.

Sin embargo sigue siendo cierto que en lo que respecta a la representación en los congresos partidarios, las secciones más pequeñas están en situación de gran inferioridad. Ha habido muchas propuestas para remediar este estado de cosas. Por ejemplo, para realizar el postulado democrático de la representación igualitaria de todos los distritos, en los años 1903 y 1904 la sección de Marburg propuso que todos los gastos de la delegación debían ser costeados por la tesorería central. Este proyecto no fue aceptado

y, en consecuencia, hubo otro intento de encontrar remedio. Este tomó la forma de unificación de distritos locales en federaciones provinciales. De esta manera el reglamento de la federación provincial de Hesse-Nassau tiene la cláusula siguiente: «Las fracciones locales de la federación que no pueden pagar los gastos de la delegación al congreso serán sorteadas todos los años para elegir una entre todas, y esa sección así elegida tendrá el derecho de enviar un delegado al congreso, a expensas de la federación». Cabe observar, de paso, que cinco de las diez secciones que constituyen la federación tienen que aprovechar este privilegio.

El partido que tiene una tesorería bien provista está en situación, no solo de prescindir de la ayuda material de sus miembros relativamente opulentos, y así evitar que adquieran una influencia preponderante dentro del partido, sino también integrarse con un organismo de funcionarios que sean leales y devotos porque dependen enteramente del partido como su medio de subsistencia. Antes del año 1906, cuando el Estado alemán concedió dietas a los miembros del parlamento, el partido socialista alemán había proporcionado los honorarios de sus diputados. De esta forma los líderes partidarios, Hombres pobres en la mayor parte, pudieron ingresar al parlamento sin tener que emanciparse del partido, o separarse de la mayoría del grupo parlamentario de socialistas, como ocurrió en Francia con la formación del grupo de los «socialistas independientes». El partido socialista francés se ha visto obligado a reconocer el peligro propio de la existencia de líderes que no dependen económicamente del partido. En los países donde los representantes del pueblo no son pagados por el gobierno ni por el partido, surge el peligro de la plutocracia, del hecho de que los miembros del parlamento tienen que ser necesariamente hombres de recursos; pero en Francia surgió ese peligro por la vía inversa, pues allí no solo son retribuidos los diputados, sino que lo son con la alta retribución de 600 libras por año. Como consecuencia de esto, a los socialistas franceses se les ocurrió adoptar una medida que a un tiempo reduce la supremacía financiera de sus representantes en el *Palais Bourbon*, y constituye un aporte constante a los fondos partidarios: han dispuesto que todo diputado elegido bajo la égida del partido debe pagar un quinto de su dieta, 120 libras por año, a la tesorería de éste. Muchos de los

diputados socialistas franceses, para eludir esta obligación renunciaron simplemente a su afiliación al partido. Entre las causas que llevaron en el año 1905 a la formación de un nuevo grupo socialista parlamentario, el de los «socialistas independientes», la principal fue el deseo de eludir este gravoso impuesto, y preservar intacta para sí la bonita suma redonda pagada como dieta por el Estado. Aun en el caso de diputados que, para preservar sus bancas, encontraron práctico aceptar, como cuestión de principio, su obligación con la tesorería del partido, la mayoría no ha reparado en poner de manifiesto la rápida disposición para librarse de esas obligaciones. Año tras año en los congresos del partido ha habido, en realidad, debates interminables relativos a la forma adoptable para obligar a los diputados socialistas recalcitrantes a cumplir con sus obligaciones financieras. Sin embargo —y aquí encontramos una de las ironías de la historia— no tardó en producirse el descubrimiento de que despojar a los diputados de una parte de su dieta no constituía, a la postre, el medio más eficaz de evitar la formación de una oligarquía de plutócratas dentro del partido. Del informe formulado por la comisión ejecutiva al congreso de Nimes (1910) surge que de los 128.000 francos que constituyen la renta del partido, más de la mitad —67.250 francos, para ser exactos— proviene de las contribuciones de los miembros socialistas del parlamento. Este estado de cosas ha sido calculado con el propósito primordial de favorecer el predominio de los diputados, quienes resultan así los puntales financieros de la administración partidaria, y dé esta manera pasan a ser personas de importancia a quienes la masa debe tratar con todo el respeto posible. En general, cuando los obreros manuales se transforman en empleadores, encontramos que no son amos fáciles de tratar: tienen propensión a la desconfianza, y son muy exigentes. Si no fuera que estos empleados tienen, por lo común, muchas formas de rehuir la influencia de ese amo de muchas cabezas, serían tratados peor —así reza la queja— que por cualquier empleador privado. En relación con los funcionarios rentados, cada uno de los miembros de la organización se considera capitalista, y actúa de acuerdo con esto. Además, los obreros manuales suelen carecer de criterio para apreciar la labor intelectual.

En Roma muchas sociedades de producción cooperativa tienen

por principio pagar a sus gerentes comerciales y técnicos en la misma escala que a sus obreros manuales. En Alemania, también durante largo tiempo prevaleció esa tendencia. En la asamblea de los mineros cristianos de Gelsenkirchen, en 1898, encontró expresión formal el pedido de que Brust, uno de los líderes, continuara su tarea manual como minero, pues de otro modo perdería la estimación de sus camaradas. En el congreso socialista de Berlín, en 1892, fue debatida durante muchas horas una moción por la cual ningún empleado del partido debía tener un salario superior a 125 libras por año; en tanto que en el congreso de Francfort, en 1894, debió ser desechado el proyecto de aumentar en 25 libras la remuneración de los dos secretarios partidarios, pues no hubo votación decisiva aunque el escrutinio fue tomado varias veces. Durante largo tiempo siguió prevaleciendo en el partido socialista alemán la opinión errónea de que los salarios pagados a los empleados del partido, y aun los desembolsos destinados a los propagandistas, por los gastos y el tiempo perdido, eran una especie de gratificación, una «propina». En el caso de los periódicos socialistas, el editor solía estar peor pagado que el gerente comercial, y aun que los diagramadores. Las cosas han cambiado desde entonces, pero siempre existe una tendencia, por parte de los obreros manuales, que los induce a procurar que los salarios de los funcionarios del partido se mantengan bajos, en el nivel de lo que cobra un peón de fábrica. Hace pocos años un gremio presentó una moción en el sentido de que los empleados del gremio debieran ser pagados por hora, y con la misma escala que regía en la rama de la industria a la que pertenecían como gremialistas. Aun hoy, al fijar el salario de sus propios empleados, muchos de los camaradas afirman, por principio, que la remuneración debe ser menor de la que pagan por el mismo trabajo los empleadores capitalistas. En general, sin embargo, cabe decir que la clase trabajadora alemana se ha acostumbrado a pagar a sus empleados con liberalidad. Este progreso es explicable, en parte, por la próspera situación financiera de los gremios y del partido socialista; pero hay otra razón: los empleados han logrado sustraer la cuestión de sus retribuciones, a la publicidad de los congresos, y reservar el debate de estas cuestiones para comisiones privadas.

En Francia, en cambio, ha ganado terreno la tendencia de los

obreros a escatimar retribución a sus empleados, especialmente en estos últimos tiempos, desde que los diputados de la cámara han alcanzado dietas de 600 libras por año. La indignación contra los «quince mil» (15.000 francos) ha sido tan grande que en muchos casos los obreros manuales se han negado a pagar a sus empleados en los gremios más de la décima parte de esta suma: el modesto salario anual de 60 libras. Durante
1900-1901
, los tres empleados de la *Conféclération Générale du Travail* (el secretario, el tesorero y el organizador) recibieron en total solo 3.173 francos (es decir, muy poco más de 40 libras por año cada uno). Los dos empleados principales de la federación de gráficos perciben un salario anual de 144 libras cada uno, en tanto que el tesorero percibe 48 libras por año. La federación de metalúrgicos se considera extraordinaria al contratar a tres empleados con una retribución de 112 libras por año y (en 1905) siete secretarios de distrito con salarios de 95 libras cada uno.

En Italia aún no existe un cuerpo general numeroso de empleados a sueldo del partido socialista y las organizaciones de gremios. Esto es explicable principalmente por falta de fondos. Durante muchos años fue necesario improvisar secretarios, administradores y tesoreros de gremios y secciones locales; encontrarlos de un día para otro apelando a la buena voluntad y a la devoción de los camaradas. Antes de 1905 la federación de gráficos era la única que tenía empleados especiales para teneduría de libros y administración de los fondos. Aun hoy la vida de las organizaciones laborales es muy rudimentaria y está expuesta a grandes vicisitudes. En realidad, en los últimos años el número de empleados permanentes de las federaciones y de las *Bourses du Travatt* ha experimentado un aumento continuo, pero estos empleados siguen siendo muy mal pagados. Nos dice Rigola que el salario se ha elevado de 100 liras a 200 liras por mes, y que «ninguna organización que se respete ofrecerá menos ahora». Pero éste aumento no basta como remedio, pues 200 liras no pueden inducir a un trabajador diestro a abandonar su oficio para ser líder gremial. A pesar de esto, si tuviéramos que creer a los gremialistas, aun en Italia algunos de los líderes de los gremios ya manifiestan esa tendencia a la obesidad y al ocio que ha sido reprochada

algunas veces a los líderes de las ricas organizaciones laboristas inglesas.

La exigüidad de los salarios pagados a sus empleados por el partido socialista y los gremios no se debe únicamente a aquella arrogancia y arbitrariedad de empleador, de la cual no está libre, en modo alguno, la clase trabajadora cuando se transforma en empleadora. En los casos de las organizaciones más jóvenes, el problema puede surgir simplemente por falta de medios. Además, pagar poco es algo que tiene una finalidad práctica en vista: el deseo de que los empleados sirvan por amor, a la causa, y no por las ventajas materiales propias de su puesto. Ha existido la esperanza de que en esta forma el idealismo de los líderes fuera estimulado artificialmente, y resultara posible evitar que se elevaran por encima del nivel social de sus camaradas proletarios. Durante el período inicial y revolucionario del movimiento laborista, ya fuera económico o político, existieron estos propósitos en todos los países del mundo. Las organizaciones laboristas no se han contentado solo con pagar a sus empleados en una escala mezquina, sino que han prohibido a los miembros del partido o del gremio que acepten el dinero que el Estado paga a quienes llegan a miembros del parlamento. Entre las razones que indujeron a los socialistas de Berlín, en el año 1885, a abstenerse de participar en las elecciones del Landtag prusiano, la principal fue considerar que los 15 marcos por día que los miembros de ese organismo percibían, tenderían a elevar a los miembros socialistas por encima de su propia clase.

En la práctica, sin embargo, el mezquino pago a los líderes que, al menos en los primeros días del movimiento gremial, era una política deliberada, demostró ser una medida muy poco fidedigna contra las posibles faltas al deber.

Para la gran mayoría de los hombres, el idealismo puro no es un incentivo adecuado para desempeñar sus obligaciones. El entusiasmo no es un artículo que pueda durar mucho en existencia. Los hombres dispuestos a exponer sus cuerpos y sus vidas en un momento, o aun durante varios meses seguidos, en apoyo de una gran idea, a menudo demuestran ser incapaces de un trabajo permanente al servicio de la misma idea, aun cuando el sacrificio requerido sea, en comparación, insignificante. El goce del sacrificio personal es comparable a una moneda de oro fino, gastable con

ostentación de una vez, en tanto que si la cambiamos por cobres los gastaremos sin darnos cuenta. En consecuencia, aun en el movimiento laborista, es necesario que los líderes reciban una retribución prosaica además de la devoción de sus camaradas y la satisfacción de una conciencia tranquila. Muy al comienzo de la historia de las organizaciones constituidas por los obreros agrícolas italianos, encontramos en un manual escrito para guía de éstos, que si el *capolega*, o jefe del gremio, debe cumplir su obligación, será bueno pagarle por su trabajo[11]. Por otras dos razones es necesario que los empleados estén bien pagados. La primera es moral, y pertenece a la órbita de la ética socialista: el trabajador merece su salario. En la terminología de Marx, el trabajador que no recibe el pago correspondiente al valor social de su trabajo es explotado. La otra razón corresponde a la esfera de la política práctica: pagar poco a los funcionarios, como cuestión de principios, es peligroso, precisamente porque lo confía todo a la única carta del idealismo. Eduard Bernstein tiene razón cuando dice que pagar mal conduce a la corrupción y a la desmoralización[12]. El líder mal pagado está más expuesto a sucumbir a la tentación; es más probable que traicione al partido por interés que quien, por estar bien pagado, obtiene por su trabajo un ingreso seguro y suficiente. Además, el pago mezquino de los funcionarios hace difícil aplicar otra medida preventiva contra el establecimiento de la oligarquía, porque impide los cambios frecuentes de personal en los cargos dirigentes, y de esta manera favorece indirectamente la formación de una oligarquía. En Francia, donde sigue siendo costumbre pagar a los líderes de los gremios remuneraciones muy bajas, falta una nueva generación de líderes prontos para tomar el lugar de los antiguos, y por esa razón son siempre los mismos los que aparecen como delegados en los congresos gremiales.

Si, por una parte, la falta de pago a los líderes partidarios, o una remuneración muy modesta, no brindan salvaguarda alguna para la observación de principios democráticos por parte de los funcionarios, tenemos que recordar, en cambio, que el aumento de la potencialidad financiera del partido, que facilita al principio el pago liberal de los funcionarios, contribuye mucho a alentar los apetitos dictatoriales de los miembros de la burocracia partidaria, que fiscalizan las fuerzas económicas del partido en virtud de su

condición de administradores. En la historia del cristianismo vemos que a medida que aumentó la fortuna de la Iglesia, aumentó también la independencia del clero —de los empleados eclesiásticos — frente a la comunidad. Como representantes de la comunidad estuvieron a cargo de los bienes. En consecuencia, quienes tenían necesidad de esos bienes, o querían especular de alguna manera con ellos, dependían del clero. Esto no solo es aplicable a los mendicantes y a todos los receptores de limosnas, sino también a quienes se proponían engrosar las filas del clero, o ascender a puestos dentro de ellas, aspirantes todos a los honores sacerdotales. La cristiandad necesitaba un organismo calificado de empleados para administrar los fondos y dirigir sus asuntos. Este fue el origen de la jerarquía, que alteró la significación íntima de la cristiandad y pervirtió sus fines. Todos los partidos democráticos, cuya administración financiera es compleja, están expuestos a un peligro similar. Este peligro es particularmente notable en el caso del partido socialista alemán, cuya organización central empleó 298 personas en el año 1908, solo para su departamento de impresos. Por no tener participación alguna en los beneficios líquidos, ni derechos a administrar los bienes sociales, todo este personal dependía del partido, tal como hubiese podido depender de cualquier empleador privado. La burocracia partidaria tiene en sus manos el periodismo: la publicación y venta de la literatura partidaria, y el reclutamiento de oradores en la lista de propagandistas pagados. Es posible cerrar todas estas fuentes de recursos, en cualquier momento, a los competidores indeseables o a los miembros insatisfechos de la masa, y esta facultad es utilizada en la práctica. La concentración de poder en los partidos que pregonan la doctrina marxista es más notoria que la concentración de capital prevista por Marx en la vida económica. Durante algunos años los líderes del partido socialista alemán emplearon diversos métodos de opresión, tales como la amenaza de negar todo apoyo —ya fuera en hombres o en dinero— para la propaganda electoral del candidato cuyas opiniones no compartieran, aunque los camaradas locales dieran a este candidato toda su confianza. Es innecesario decir que esa práctica, como tal, no concuerda con los principios de libertad y fraternidad. Así se establece una relación estricta de dependencia, de superioridad e inferioridad jerárquica,

engendrada por la fuerza invisible del gran dios Dinero, y esto ocurre en el seno del partido de la clase trabajadora, que ha adoptado como lema la frase de Blanqui: *ni Dieu ni Maître*.

Resta una breve alusión a otro tipo de presión económica que las organizaciones laborales pueden ejercer: los taberneros cuyas casas son frecuentadas con preferencia o con exclusividad por miembros de la clase trabajadora, o los comerciantes cuyos clientes son en su mayor parte mujeres obreras, dependen indirectamente, si no directamente, del partido y del gremio, en el sentido económico. Podemos decir que dependen de los líderes de esas organizaciones, quienes, si les declaran un boicoteo, pueden sumirlos en la ruina más absoluta.

3. Los líderes y la prensa

LA prensa constituye un instrumento fuerte para la conquista, la preservación y la consolidación del poder por parte de los líderes. Es el medio más adecuado de difundir la fama de cada uno de los líderes entre las masas, para popularizar sus nombres. La prensa laboral —y esto se aplica lo mismo a los periódicos de los gremios que a los dedicados predominantemente a fines políticos— está llena, de panegíricos relativos a las personalidades de los líderes de referencias a su «desinterés y espíritu de sacrificio», a su «ardiente idealismo unido a una vigorosa fuerza de convicción e invencible tenacidad», cualidades que bastaron para hacer posible que ellos crearan las grandes organizaciones de la clase trabajadora, nos dicen. Frases tan halagüeñas como las que de tiempo en tiempo emplea la prensa capitalista para calificar a los líderes socialistas (dictadas, las más de las veces, por motivos de oportunismo electoral) son reproducidas con complacencia por los periódicos socialistas, y sirven, aunque no se las tome en todo su valor, para aumentar el prestigio de los líderes con su difusión entre la masa socialista.

Es verdad que la prensa no puede ejercer una influencia inmediata, como la de los propagandistas populares, sobre el auditorio en las reuniones públicas, los debates y los congresos partidarios. En compensación, no obstante, el círculo de influencia de la palabra escrita es mucho más amplio. La prensa puede servir en forma eficaz para influir la opinión pública mediante el culto de una «sensación» —aspecto que la democracia partidaria moderna comparte con el bonapartismo, en algún rasgo fundamental—. Los líderes apelan muchas veces a este medio para conquistar o retener la simpatía de las masas, y para conservar en sus propias manos la orientación del movimiento. Los líderes utilizan también la prensa democrática para atacar (en forma más o menos disfrazada) a sus

adversarios; o para lanzar acusaciones graves contra personas de nota en el mundo de la política o las finanzas. Estos ataques pueden apoyarse sobre una base suficiente de pruebas, o quizá no lo estén, pero al menos sirven para suscitar un escándalo. A veces también procuran los líderes congraciarse con las masas profiriendo insultos y maldiciones contra sus adversarios capitalistas; lenguaje que recuerda el proverbial de las pescaderas del mercado Billingsgate. Todos los medios son buenos para el cazador de la popularidad, que los elige y los aplica según las circunstancias. La forma en que el líder utiliza la prensa para asegurarse su autoridad, varía naturalmente de un país a otro, según las diferencias de costumbres nacionales. Donde la organización partidaria y la fuerza de que dispone son aún débiles, la influencia de los líderes es directa y personal. La consecuencia es que en Francia, Inglaterra e Italia, donde el carácter popular conserva todavía un tono fuertemente individual, el líder democrático se presenta como responsable de lo que escribe, y firma sus artículos con todos sus nombres. El artículo que aparece en *Le Socialiste* de París, atraerá la atención no tanto por sus propios méritos, sino porque ostenta al pie la firma de un Jules Guesde, con letras grandes. El líder impone su influencia a las masas en forma directa al manifestar abiertamente su opinión, y darle a menudo la forma de un decreto, publicado en la parte más visible del periódico. Desde los puntos de vista estético y ético, esto es, además, la mejor forma de periodismo, pues el lector tiene el derecho de conocer la fuente de las mercancías que le ofrecen, aparte del hecho de que hay que aplicar a toda actividad pública el principio ético fundamental de que cada uno es responsable ante todos por su conducta. Para los aspirantes al liderazgo, la práctica de firmar los artículos periodísticos tiene también la indudable ventaja de hacer que sus nombres sean conocidos por la masa, y esto facilita el ascenso gradual en la escala de honores representativos, hasta que alcanzan el más alto.

En otros países —como por ejemplo en Alemania— es tan sólida la fe de las masas en la autoridad, que ésta no requiere el apoyo del prestigio de algunas personalidades conocidas. Por eso allí el periodismo casi siempre es anónimo. El colaborador individual desaparece tras el cuerpo de redacción. El diario no sirve para difundir ampliamente los nombres de los escritores, y los lectores

habituales ignoran, por lo común, la identidad de quienes se desempeñan en la redacción. Esto explica la relativa falta de importancia del rol personal desempeñado por los publicistas alemanes, si se los compara con los de casi todos los demás países; explica su parte tan pequeña en la vida pública, y la mínima consideración social que gozan. Pero esto no significa que la prensa anónima deje de servir a los líderes como instrumento de dominio. Puesto que el periodista alemán es identificado con todo el cuerpo de redacción, y aun con todo el partido, el resultado es que su voz apela al público con toda la fuerza de su autoridad colectiva. Las ideas personales adquieren así una prominencia y una influencia que les faltarían de otro modo. Lo que el miembro individual de la redacción pierde por su anonimato, respecto de la influencia directa sobre las masas, lo ganan los líderes del periodismo como grupo. El «nosotros» editorial, dicho en nombre de un gran partido, tiene un efecto mucho mayor que el nombre más distinguido. El «partido», es decir, la totalidad de los líderes, goza así de una consagración especial, pues la masa olvida que detrás de un artículo que se presenta bajo un aspecto colectivo suele esconderse, en casi todos los casos, una única persona. En Alemania no es difícil observar que la masa, especialmente en Prusia, considera a los artículos polémicos anónimos, u otros, del *Vorwärts*, el órgano central del partido, como una especie de evangelio periodístico: una biblia en números de medio penique. Para la publicación de ataques personales violentos lo más indicado es el periodismo anónimo, que brinda oportunidades convenientes y casi siempre tentadoras, y asegura una impunidad moral y legal. Tras el escudo del anonimato los individuos de naturaleza baja y cobarde pueden acechar y arrojar sus dardos envenenados contra sus adversarios personales o políticos, sin riesgos.

La víctima de la agresión está en situación de inferioridad por cuatro razones diferentes: la masa considera que la censura de que ha sido objeto fue expresada en nombre de un principio o una clase, emanada de una región superior e impersonal y, en consecuencia, tiene carácter muy grave y es prácticamente indeleble. Por otra parte, todo el cuerpo de redacción se siente responsable de lo publicado, pues el artículo anónimo aparece como publicado con el consentimiento unánime de la colectividad; el resultado es que todo

el cuerpo editorial hace causa común con el agresor, y esto torna casi imposible lograr una reparación por el daño cometido. Además, la persona atacada no sabe quién es el agresor, puesto que si conociera su nombre podría comprender los motivos del ataque, en lugar de verse obligado a luchar contra una sombra. Por último, si quiere la casualidad que pueda descubrir la personalidad del agresor, la ética periodística le prohíbe asumir su defensa con palabras dirigidas contra el agresor individualmente, y se ve privado así de uno de los métodos más eficaces de defensa. Ocurrió hace poco que un escritor de la prensa socialista alemana, que había atacado a otro miembro del partido, cuando este último formuló una réplica que exigía una respuesta indudable, rehusó continuar la discusión porque la persona atacada había dirigido su réplica no al cuerpo editorial en general, sino «a un miembro único de ese organismo», que era, en realidad, el agresor. La razón esgrimida para rehusarse fue que, al dirigirse así a una persona en lugar de hacerlo al cuerpo de redacción, el otro había «infringido el decoro más elemental de la vida partidaria»[1]. La despersonalización del periodismo alemán ha favorecido la institución de lo que se llama «oficina de correspondencia» relacionada con la prensa socialista de ese país. Estas organizaciones, dirigidas por algunos escritores del partido, proporcionan cada día, a la prensa socialista, información relativa a cuestiones especiales, tales como política exterior, asuntos cooperativos y problemas legislativos. Las oficinas deben su origen, en gran parte, al espíritu de gran economía que domina la prensa partidaria. Dan a esta prensa un sello de gran uniformidad, pues docenas de periódicos reciben su inspiración de la misma fuente. Además, aseguran la supremacía de un grupo pequeño y cerrado de periodistas oficiales, sobre los escritores independientes —supremacía que se manifiesta principalmente en la esfera económica, pues los que escriben para las oficinas de correspondencia casi nunca desempeñan un papel notable en la vida política del partido—.

En todos los casos la prensa queda en manos de los líderes y jamás es fiscalizada por la masa. A menudo hay comisarios de prensa intercalados entre los líderes y la masa, como estrato intermedio: delegados por la masa para ejercer alguna supervisión sobre el cuerpo de redacción. En las circunstancias más favorables,

sin embargo, estos funcionarios no pueden aspirar a más que una pequeña parte del poder, y constituyen apenas una especie de gobierno suplementario, inoportuno e inexperto. En general, cabe decir que los líderes pagos son quienes deciden todas las cuestiones políticas relativas a la prensa.

4. La situación de los líderes en relación con las masas, en la práctica

EN las organizaciones políticas del proletariado internacional, el nivel más alto de líderes lo constituyen, principalmente, los miembros del parlamento. Como prueba de esto basta mencionar los nombres de los pocos hombres que han sido o son los líderes socialistas más distinguidos de su tiempo, hombres de nota y simultáneamente legisladores: Bebel, Jaurès, Guesde, Adler, Vandervelde, Troelstra, Turati, Keir Hardie, Macdonald o Pablo Iglesias. Hyndman es una excepción, solo porque nunca logró ganar una elección. El sector del partido inglés al que pertenece no está representado en el parlamento.

El hecho que aquí señalamos indica el carácter esencialmente parlamentario de los partidos socialistas modernos. Los miembros socialistas del parlamento son quienes se han distinguido especialmente en el partido, por su competencia y por su capacidad. Pero, además de esta superioridad, reconocida y consagrada por el propio partido, hay dos razones para la gran autoridad ejercida por el parlamentario socialista: en primer lugar, en virtud de su situación, escapa casi totalmente a la supervisión de la masa del partido, y aun a la fiscalización de la comisión ejecutiva. Debe su independencia relativa al hecho de que los representantes parlamentarios son elegidos por un término considerable de años, y nadie puede destituirlos mientras conserven la confianza de los electores. En segundo lugar, aun en el momento de la elección, su dependencia del partido es solo indirecta, pues el poder proviene de la masa electoral; es decir, en último análisis, de un cuerpo no organizado. Es verdad que en algunos países la independencia de la organización partidaria, de que gozan los diputados parlamentarios, está sujeta a límites más o menos estrictos, según el grado de organización y cohesión del partido. Pero aun así el respeto y el

poder de que gozan los parlamentarios es incuestionable, pues son ellos quienes desempeñan dentro del partido las funciones principales, y su poder es el que predomina, en grado notable, sobre el ejecutivo partidario. Esto es cierto, más que en ningún otro lugar, en Alemania. Donde las leyes prohíben al diputado que actúe también como miembro de la comisión ejecutiva (en Italia, por ejemplo, solo un diputado elegido por el grupo parlamentario puede integrar la comisión ejecutiva del partido), es probable que ocurran grandes fricciones entre los dos grupos de líderes, y entorpezcan la autoridad de ambos; pero, por la razón ya expuesta, la influencia del grupo parlamentario suele predominar.

La influencia del parlamentarismo es especialmente grande en la democracia social alemana. La actitud que asumen con frecuencia los socialistas del parlamento hacia el partido, demuestra esto con claridad. No hay otro partido socialista en el mundo donde esté expuesta a tan pocas críticas la conducta de sus representantes en el parlamento. Los miembros socialistas del Reichstag muchas veces pronuncian discursos en este organismo, que cabría esperar que suscitaran las recriminaciones más vivas, y sin embargo ni la prensa partidaria ni los congresos dejan oír una palabra de crítica ni de desaprobación. Durante los debates en el Reichstag relativos a la huelga de mineros en la cuenca del Ruhr (1905), el diputado Hué calificó de «utópico» el programa máximo del partido, y la prensa socialista no manifestó síntoma alguno de rebeldía. En la primera ocasión que el partido se apartó de sus principios de oposición incondicional a todo gasto militar, y se conformó con una simple abstención al votar el primer crédito de 1.500.000 marcos para la guerra contra os Hereros, esta notable innovación —que en cualquier otro partido socialista, indudablemente, hubiera levantado una tormenta en un sector de sus miembros, aun cuando habría sido celebrada con aprobación por otros— entre los socialistas alemanes sólo levantó unas protestas dispersas y tímidas. Posteriormente, en el congreso de Bremen de 1904, cuando los diputados debieron rendir cuenta de su conducta, hubo muy pocos delegados que expresaran desaprobación. Es notable, además, la medida en que se consolidó el poder del grupo parlamentario cuando el partido creció en todo el país. En los primeros días, algunas cuestiones mucho menos importantes daban origen a luchas

mucho más agudas entre el partido y el grupo parlamentario. Hoy las masas socialistas de Alemania se han acostumbrado a la idea de que la lucha decisiva en favor de los objetivos tan caros a sus corazones tendrá lugar en el parlamento, y por esa razón evitan cuidadosamente hacer algo que pueda crear dificultades a sus representantes parlamentarios. Esta convicción determina permanentemente la conducta de las masas en relación con sus líderes. Por eso en muchas cuestiones la conducta del grupo parlamentario es en verdad decisiva: *suprema lex*. Todas las críticas enérgicas, aunque formuladas de acuerdo con los principios fundamentales del socialismo, son repudiadas por la masa si tienden a debilitar la posición del grupo parlamentario.

Quienes, a pesar de esto, se aventuran a pronunciar esa crítica son silenciados inmediatamente y estigmatizados con severidad por los líderes. Podemos dar dos ejemplos para ilustrar esto: el *Leipziger Volkszeitung*, en el año 1904, en un artículo editorial titulado «La usura del pan», expresaba su furia en términos bastante violentos acerca de los líderes políticos de los partidos capitalistas. Cuando el príncipe Bülow leyó al parlamento ese artículo y lo mostró como un mal ejemplo de métodos periodísticos, algunos de los oradores del centro y de la derecha del Reichstag dieron grandes muestras de indignación contra los socialistas. Bebel, quien hasta entonces había sido amigo declarado del *Leipziger Volkszeitung*, ante esto no vaciló en repudiar el artículo abiertamente en el parlamento, aunque su conducta estaba entonces en flagrante contradicción con las tradiciones mejor establecidas de la democracia, y con el principio esencial de la solidaridad partidaria. En el congreso de Bremen en 1904, Georg von Vollmar condenó abiertamente los primeros intentos antimilitaristas en Alemania hechos por algunos miembros del partido. Esto lo hizo con la aprobación expresa de casi todos los delegados, y sin que ninguno manifestara desaprobación. Sin embargo el antimilitarismo es una consecuencia lógica del socialismo, y para un partido como el socialista, la propaganda antimilitarista debe ser, por supuesto, una cuestión de importancia primordial. Vollmar, sin embargo, justificó su actitud señalando que si era necesario adoptar una propaganda sistemática antimilitarista, el ministro de la Guerra tendría siempre un pretexto a mano para no hacer caso de todas las protestas y quejas que pudieran formular

los diputados socialistas por el trato diferencial a los soldados cuya opinión en favor del socialismo era conocida. Por ejemplo, si los representantes del partido en el parlamento debieran emprender una acción contra las consultas secretas que las autoridades acostumbran hacer a los comandantes de distrito, enviándoles los nombres de los reclutas que antes del enrolamiento frecuentaban reuniones socialistas, y aun se los conocía como líderes locales, el ministro podría responder, y de manera efectiva, que los socialistas son enemigos del país por ser antimilitaristas y, por lo tanto, merecen ser tratados con todo el rigor posible. Vollmar concluyó diciendo: «La propaganda antimilitarista hará imposible que los socialistas del parlamento sigan afirmando que los socialistas cumplen sus deberes militares con no menos patriotismo que los no socialistas, y que por esta razón es injusto someterlos a un trato excepcional»[1]. Conocemos bien los grandes esfuerzos realizados por los grupos parlamentarios socialistas de todos los países para asegurar que sus miembros *ex officio* tengan el derecho de votar en los congresos del partido. En Alemania este derecho fue reconocido en 1890 por el congreso de Berlín, con la limitación intrascendente de que en las cuestiones relativas a las actividades parlamentarias, los derechos de los miembros del grupo del congreso debieran ser puramente deliberativos. A pesar de alguna oposición, este derecho fue confirmado por el nuevo reglamento del partido, aprobado en el congreso de Jena en 1905. Es obvio que el diputado, aunque como tal no tenga el derecho de votar, no tendrá muchas dificultades en asegurarse una delegación en el congreso. Auer dijo una vez que aquellos diputados que no logran integrar una de esas delegaciones deben ser, en realidad, pobres infelices[2]. Sin embargo se les ha ahorrado esta molestia insignificante. De esta manera admiten una participación activa de los miembros del grupo parlamentario en las deliberaciones más íntimas del partido, no como delegados aprobados por un voto del sector al que pertenecen, sino como representantes de todo el electorado de la bancada, para todo el período por el que fueron elegidos para la legislatura. Esto supone un reconocimiento expreso de su situación de líderes (y una admisión adicional de que este liderazgo debe su origen, en parte, a fuerzas no partidarias), y evidentemente los asciende a la situación de supercamaradas independientes de la masa del partido, y los

transforma en delegados inamovibles durante todo el tiempo que sigan siendo miembros del Reichstag. Esta disposición es, en realidad, peculiar de Alemania. En otros países hay reglamentaciones idénticas para la designación de todos los delegados al congreso, sean o no sean representantes parlamentarios[3]. En Francia y en Holanda, por ejemplo, los diputados pueden tomar parte en los congresos, y pueden votar solamente cuando son delegados especiales para este fin. En Italia los miembros de la comisión ejecutiva y los miembros del grupo parlamentario no pueden hablar en los congresos a menos que la comisión ejecutiva les solicite que presenten un informe especial. En Italia, como en Francia y en Holanda, pueden votar solamente cuando actúan como delegados ordinarios.

Sin embargo, por su gran competencia en diversas cuestiones, los grupos parlamentarios socialistas se consideran superiores aun a los congresos que, en teoría, son las cortes supremas del partido, y reclaman una autonomía efectiva. Los miembros del grupo parlamentario obedecen a una tendencia natural a restringir cada vez más el círculo de cuestiones cuya decisión sea competencia del congreso, y a hacerse únicos árbitros den los destinos partidarios. En Alemania muchos de los diputados socialistas plantearon un reclamo en 1903, para decidir por sí mismos, independientemente de los congresos del partido, si el grupo parlamentario debía aceptar o no la vicepresidencia del Reichstag para uno de sus miembros, y si, en el caso de aceptarla, el vicepresidente socialista debía adoptar los usos propios de ese cargo y concurrir a la corte. En Italia los grupos parlamentarios socialista y republicano se han asegurado una independencia completa de las comisiones ejecutivas de sus respectivos partidos. El grupo socialista fue acusado algunas veces de aceptar diputados que no eran siquiera miembros ordinarios del partido; hombres que afirmaban que los electores los mirarían con desdén si se adhirieran oficialmente a la organización socialista local.

Los líderes parlamentarios de los partidos socialista y también capitalista, suponen que tienen el derecho de constituir una corporación cerrada, independiente del resto de su partido. El grupo parlamentario de los socialistas alemanes, en más de una ocasión y por propia iniciativa, desautorizó lo actuado en sectores

considerables del partido. La más notable de estas desautorizaciones fue la del artículo «La usura del pan», en el *Leipziger Volkszeitung* (1904)[4], y la de la agitación antimilitarista de Karl Liebknecht (1907). En el primer caso, el *Leipziger Volkszeitung* pudo muy bien consolarse de la desaprobación de «cincuenta y siete camaradas» (es decir, los miembros del grupo parlamentario), que representaban una minoría infinitesimal del partido, de acuerdo con el enunciado histórico y típicamente democrático del abate Sieyés, en vísperas de la Revolución Francesa, cuando dijo que los derechos del rey, respecto de los de sus súbditos, estaban en la proporción de 1:30.000.000. Como asunto de teoría pura, al considerar los principios democráticos del partido, el periódico dio en el clavo; pero en la práctica su afirmación careció de significado, pues el derecho no efectivo del principio se oponía en ese caso al derecho del más fuerte, inmanente en el liderazgo.

Las secciones locales del partido apoyaron a sus diputados. En los congresos la gran mayoría de los delegados aceptó, como una cuestión de hábito, la guía de los hombres de nota. En el congreso de Bremen de 1904 los socialistas alemanes rechazaron la idea de la huelga general como algo totalmente absurdo; en Jena, en 1905, la aclamaron como arma oficial del partido; en Mannheim, en 1906, declararon que era utópica. Cada una de las fases de este avance en zigzag fue aclamada con el aplauso consciente de la masa de los delegados al congreso, y de la de los camaradas de todo el país que mostraron, en cada ocasión, la misma falta de capacidad crítica y el mismo entusiasmo irreflexivo. En Francia, el pequeño puñado de hombres que constituía el estado mayor de los marxistas franceses cuando aún formaban un partido independiente bajo la conducción de Jules Guesde, estaba tan imbuido del espíritu autoritario que en los congresos del partido la comisión ejecutiva (*Comité National*) no era elegida en la forma debida sino designada *en bloque*, por aclamación; los jefes no podían concebir que la masa del partido pudiera soñar en rehusarse a seguir a sus líderes. Además, los congresos se desarrollaban *in camera*. La publicación de los informes era tan condensada que nadie podía fiscalizar a los oradores. En los congresos socialistas alemanes, y en los informes de esas asambleas, es fácil distinguir entre un círculo alto de delegados y un círculo bajo. El informe de lo que dicen los delegados «ordinarios» está muy

abreviado, en tanto que los discursos de la «artillería pesada» son reproducidos al pie de la letra. La prensa partidaria también aplica medidas diferentes a los camaradas: en el año 1904, cuando *Vorwärts*, editado entonces por Eisner, no publicó una carta enviada por Bebel, éste removió cielo y tierra con sus lamentaciones, y dijo que la libertad de opinión era suprimida dentro del partido pues todos los camaradas teman «el derecho más elemental» de que sus cartas fueran reproducidas en los órganos partidarios. Sin embargo es casi imposible ignorar que el «derecho» que así invocaba Bebel, en la práctica es proporcional al grado de elevación de cada camarada dentro del partido. La conmoción producida porque la carta de Bebel no fue publicada demuestra que este caso era excepcional.

En el movimiento gremial, el carácter autoritario de los líderes y su tendencia a gobernar las organizaciones democráticas con sistemas oligárquicos están más acentuados que en las organizaciones políticas[5].

La historia de las organizaciones gremiales registra innumerables hechos que demuestran hasta dónde la democracia centralizada puede apartar de la democracia a un movimiento fundamentalmente democrático de la clase trabajadora. En el gremio es todavía más fácil que en una organización laborista política, que los funcionarios inicien y prosigan un curso de acción que la mayoría de los trabajadores —que se supone que ellos representan— no aprueba. Baste referirnos aquí a las dos famosas decisiones del congreso gremial de Colonia en 1905. En una de ellas los líderes se declararon en oposición (oposición con la opinión de la mayoría) a seguir observando al 1.º de mayo como una demostración de protesta general son parte de los trabajadores. En la segunda, la discusión e la huelga general estuvo totalmente prohibida. Con esos acontecimientos y otros similares, las prácticas oligárquicas de los líderes quedan suficientemente probadas, aunque algunos autores sigan discutiendo el hecho[6]. Ya hace muchos años que las comisiones ejecutivas de las federaciones de gremios se vienen esforzando por usurpar el derecho exclusivo de decidir, en nombre de la masa, el ritmo de los movimientos para mejorar los salarios, y en consecuencia el derecho a decidir si una huelga es «legítima» o no lo es. Puesto que los líderes de la

federación tienen a su cargo los fondos, que a menudo representan sumas considerables, en la práctica la discusión se reduce a la cuestión de quién sea el que decida si la huelga tendrá o no tendrá subsidio. Esta cuestión afecta a la verdadera vivencia del derecho democrático de las masas organizadas en los gremios, para gobernar sus propios asuntos. Cuando los líderes reclaman que son los únicos que tienen el derecho de decidir en una cuestión de tal importancia, y aun cuando ya tengan ese derecho en gran medida, es evidente que los principios democráticos más esenciales corren grave peligro. Los líderes se han convertido abiertamente en una oligarquía, y han dejado a las masas, que son las que proporcionan los fondos, nada más que el deber de aceptar las decisiones de esa oligarquía. Este abuso de poder quizás encuentre justificación en el terreno táctico, si los líderes alegan, en defensa de su proceder, la suprema necesidad de que la huelga sea declarada con cautela y al unísono. Reclaman para sí el derecho de decidir los méritos de la cuestión, con la única base de ser ellos quienes conocen *mejor que los* propios trabajadores las condiciones del mercado laboral en todo el país, y en consecuencia están en mejor situación para juzgar las probabilidades de buen éxito en la lucha. Los líderes gremiales agregan que, puesto que detener el trabajo en una ciudad perjudica, por fuerza, la potencialidad financiera del gremio en esa ciudad y perturba a veces las condiciones de trabajo de una serie completa de trabajadores organizados, los líderes son quienes deben decidir cuándo y dónde hay que declarar la huelga. De esta manera consideran que su acción está justificada por el propósito democrático de salvaguardar los intereses de la mayoría contra las acciones impulsivas de la minoría.

Pero aquí no nos interesa la causalidad de la oligarquía que prevalece en los gremios. Es bastante que señalemos la poca diferencia que existe entre las tendencias de las oligarquías proletarias y las de otras oligarquías que prevalecen en la vida del Estado: los gobiernos, las cortes, etc. Es interesante advertir que en Alemania, como en todas partes, los líderes socialistas no vacilan en admitir la existencia de una oligarquía bien desarrollada, en el movimiento gremial, en tanto que los líderes de los gremios, a su turno, llaman la atención hacia la existencia de una oligarquía en el partido socialista; ambos grupos de líderes se unen, sin embargo,

para declarar que, en la medida que interesa a sus propias organizaciones, éstas son totalmente inmunes a la infección oligárquica.

Sin embargo, los líderes gremiales y los del partido socialista a veces conciertan un curso de acción que, si fuera emprendido por uno cualquiera de esos grupos, solo, los del otro grupo no dejarían de estigmatizarlo como abiertamente antidemocrático. Por ejemplo, en la grave cuestión de la demostración del 1º de mayo, de importancia democrática primaria en el año 1908, la comisión ejecutiva del partido socialista y la comisión general de los gremios dispusieron de común acuerdo determinar, desde arriba y categóricamente, la conducta de las organizaciones independientes políticas y gremiales. En una cuestión que afecta de manera tan profunda a cada gremio y a cada comisión socialista local, las comisiones ejecutivas consideraron totalmente innecesario consultarles su opinión. Esta conducta demuestra cuánta justificación tiene la crítica que cada una de las secciones del movimiento de la clase trabajadora dirige contra la otra. Además, la cuestión debatida acerca de si los consejos gremiales y locales no podrían ser representados directamente en los congresos gremiales, después de todo no representa más que una extensión del círculo oligárquico.

Consideremos ahora, brevemente, la tercera forma del movimiento de la clase trabajadora —las organizaciones cooperativas— y, en particular, las organizaciones para la producción cooperativa, por ser las que por su verdadera naturaleza debieran incorporar de manera más perfecta los principios democráticos.

En lo que a las sociedades cooperativas distributivas se refiere, es fácil comprender que no pueden ser gobernadas directamente por la masa de los miembros. Como lo ha demostrado Kautsky aquí nos encontramos ante una empresa cuyas funciones son esencialmente comerciales, y escapan por eso a la competencia de la masa. Por esa razón las principales actividades comerciales de estas sociedades deben ser confiadas a empleados y a unos pocos expertos. «A menos que consideremos las compras como cooperación, en cuyo caso los clientes de cualquier comerciante común son también cooperadores con el comerciante, los miembros de una sociedad cooperativa no

tienen, respecto de su administración, nada más que ver que los tenedores de acciones de una compañía limitada; eligen el consejo de administración y luego dejan que la máquina corra sola, y esperan al fin del ejercicio para expresar su aprobación o desaprobación a los administradores, y para embolsarse los dividendos»[7]. En los hechos, las sociedades cooperativas distributivas presentan, en general, un aspecto monárquico. Leamos, por ejemplo, lo que escribió un crítico bien dispuesto, con relación a la sociedad cooperativa *Vooruit* de Ghent, dirigida por Edouard Anseele, el socialista, y cuya tendencia también es decididamente socialista: «La prosperidad y la buena administración son inalcanzables sin algún sacrificio de la sagrada libertad de los trabajadores. La sociedad *Vooruit* lleva el sello de la potente personalidad que la creó…, una fuerte voluntad que reclama para sí las responsabilidades (cuando otros las eluden) casi siempre se embriaga consigo misma. El señor Anseele asumió deliberadamente las maneras impetuosas, imperiosas y bruscas de casi todos los capitanes burgueses de la industria, y *Vooruit* funciona esencialmente sobre el principio de autoridad»[8]. Las sociedades de producción cooperativa, en cambio —y especialmente las más pequeñas—, en teoría ofrecen el mejor campo que podemos imaginar para la colaboración democrática. Consisten en elementos homogéneos que pertenecen al mismo estrato de la clase trabajadora; personas que desempeñan el mismo oficio, y acostumbradas a la misma manera de vivir. En la medida que la sociedad necesita una administración, todos los miembros en común pueden emprenderla, pues todos poseen la misma competencia profesional, y todos pueden colaborar como consejeros y auxiliares. En un partido político es imposible que todos los miembros deban emprender una tarea política importante, y ésta es la Tazón por la cual un partido político presenta siempre un gran abismo entre los líderes y la masa; pero en una sociedad de producción cooperativa, de zapateros, por ejemplo, todos los miembros son igualmente capaces en la fabricación del calzado, el uso de las herramientas y el conocimiento de la calidad del cuero. No existen entre ellos diferencias esenciales en materia de conocimiento técnico. Sin embargo, a pesar del hecho de ser esta circunstancia excepcionalmente favorable para constituir un organismo

democrático, por regla general no podemos considerar a las cooperativas de producción como modelos de autoadministración democrática. Rodbertus dijo en cierta ocasión que cuando imaginaba que las asociaciones de producción extendieran sus actividades para incluir a todos los fabricantes, el comercio y la agricultura, cuando pensó que todo el trabajo social fuera realizado por pequeñas sociedades cooperativas en cuya administración tuvieran igual voz todos los miembros, no pudo eludir la convicción de que el sistema económico habría de sucumbir bajo el peso de su propia maquinaria[9]. La historia de la cooperación productiva demuestra que todas las sociedades se han visto frente al dilema siguiente: o sucumben pronto por la discordia y la falta de autoridad que resulta del hecho de ser demasiados quienes tienen el derecho de injerir en la administración, o terminan por someterse a la voluntad de uno o de unas pocas personas, y así pierden el carácter verdaderamente cooperativo. En casi todos los casos estas empresas deben su origen a la iniciativa personal de uno o de pocos miembros. Algunas veces son monarquías en miniatura, que están bajo la dictadura del administrador, que los representa en todas las relaciones internas y externas, y de cuya voluntad depende todo de manera tan absoluta que si muriera o renunciara, estas sociedades correrían el riesgo de desaparecer. Esta tendencia por parte de las sociedades cooperativas de producción se acentúa más por el carácter de suma de individuos cuyas ventajas personales disminuyen en la proporción que aumenta el número de miembros. Así, por su propia naturaleza están expuestas a las mismas leyes psicológicas inmutables que gobernaron la evolución de las hermandades medievales. A medida que se hacen más prósperas, se hacen también más exclusivas y siempre tienden a monopolizar, en beneficio de los miembros existentes, las ventajas que han logrado asegurarse. Por ejemplo, al exigir un precio alto de ingreso ponen obstáculos indirectos en la vía de entrada de miembros nuevos. En algunos casos rechazan lisa y llanamente a los nuevos miembros, o dictan un reglamento que establece un número máximo de éstos. Cuando tienen necesidad de mayor número de manos, satisfacen esta necesidad contratando trabajadores asalariados comunes. Por eso no es raro que encontremos que una sociedad de producción cooperativa se transforma gradualmente en una compañía de

capital social. Algunas veces llega a ocurrir que la sociedad cooperativa se transforma en empresa privada del administrador. En ambos casos Kautsky tiene razón al decir que el valor social de la cooperativa de la clase trabajadora está limitado a la provisión de medios para algunos proletarios, que les permitirá trepar desde su propia clase a una más alta. Rodbertus describió las asociaciones de trabajo como una escuela para la educación de la clase trabajadora, donde los obreros manuales pueden aprender administración, discusión y, dentro de ciertos límites, el arte de gobernar[10]. Hemos visto en qué medida tan pequeña es aplicable esta afirmación.

En el movimiento democrático el factor personal desempeña una parte muy importante. En las asociaciones más pequeñas a veces predomina. En las asociaciones mayores, las cuestiones mayores por lo común pierden las características personales y menudas que tenían en su origen pero, del mismo modo, las personas que plantean esas cuestiones, y que en cierto sentido las personifican, conservan su influencia e importancia. En Inglaterra, tres o cuatro hombres —Macdonald, Keir Hardie, Henderson y Clynes—, por ejemplo, gozan de una confianza tan ilimitada por parte de las masas socialistas que, como lo declara un observador sagaz, es imposible ejercer una influencia sobre la masa, como no sea ejerciendo influencia sobre estos líderes[11]. En Italia, el primero entre los líderes de las organizaciones gremiales ha afirmado que solo pueden seguir existiendo las que son dirigidas por un buen organizador. «Las categorías de los gremios más diversos, que encontramos en los medios más diferentes, han sido incapaces de lograr organización y de sobrevivir alguna crisis, excepto en la medida que han sido capaces de encontrar personas de primer orden para que administren sus asuntos. Los que han tenido malos líderes no han logrado establecer organizaciones, o éstas han demostrado ser defectuosas»[12]. En Alemania la autoridad suprema de Bebel se manifestó de mil maneras[13], desde el júbilo con que era celebrado dondequiera que fuera, hasta los esfuerzas realizados en los diversos congresos por representantes de diferentes tendencias, para conquistarlo para su bando. Además, los líderes de la clase trabajadora conocen bien su ascendiente sobre las masas. A veces el oportunismo político los lleva a negarlo, pero lo más común es que estén orgullosos y se jacten de ello. En Italia (y

también en otros países) los líderes socialistas han proclamado siempre que la burguesía y el gobierno les deben mucho por haber mantenido en jaque a las masas, y por haber actuado como moderadores de la turba impulsiva. Esto es tanto como decir que los líderes socialistas reclaman el mérito —y, en consecuencia, el poder — de evitar la revolución social, la cual, según ellos mismos, habría tenido lugar hace tiempo, si no fuera por su intervención. La desunión de los partidos, aunque atraída a veces por necesidades objetivas, es casi siempre la obra de los líderes. Las masas nunca se oponen a la reconciliación de sus jefes, sin duda, en parte, porque las diferencias entre los líderes, en la medida que tienen carácter objetivo, escapan en su mayoría al estrecho círculo de intereses y a la comprensión limitada de la masa.

Por regla general no es muy profunda la estima que los líderes tienen a la masa, aunque entre ellos hay algunos que profesan gran entusiasmo por las masas y responden con interés al honor dispensado por éstas. En la mayor parte de los casos la veneración es unilateral, tal vez por la única razón de haber tenido los líderes la oportunidad de conocer las miserias de la multitud por experiencia directa. Fourniére ha dicho que los líderes socialistas consideran a la multitud que les ha confiado la realización de sus propias aspiraciones, y que consiste en seguidores devotos, como un instrumento pasivo en sus propias manos; como una serie de ceros cuyo único propósito es aumentar el valor de la pequeña cifra de la izquierda. «Si cuenta con uno solo, solo vale por diez; si tiene seis vale por un millón»[14].

Las diferencias en educación y capacidad, que existen hoy entre los miembros del partido se reflejan en las diferencias de sus funciones. Sobre la base de la incompetencia de las masas, los líderes justifican la exclusión de aquéllas de la dirección de los asuntos. Afirman que sería contrario a los intereses del partido que la masa, que no posee en realidad ninguna opinión razonada acerca de los problemas del momento, predominara sobre la minoría de los camaradas que han seguido de cerca y han estudiado con atención las cuestiones que tienen entre manos. Esta es la razón de que los jefes se opongan al referéndum, al menos en lo que se refiere a su introducción en la vida partidaria. «La elección del momento propicio para la acción requiere una opinión comprensiva, que sólo

poseen muy pocos individuos dentro de la masa, en tanto que la mayoría obedece a impresiones momentáneas y a corrientes de sentimiento. Un organismo limitado de funcionarios y asesores confidenciales, en sesión cerrada, donde estén libres de la influencia de comentarios periodísticos parciales, y donde todos puedan hablar sin miedo de que sus palabras sean divulgadas en el campo enemigo, es el que tiene mejores probabilidades de llegar a un juicio objetivo»[15].

Para justificar la sustitución del voto indirecto por el voto directo los líderes invocan motivos políticos, además de la estructura complicada de la organización partidaria. Sin embargo, para la organización estatal, que es infinitamente más complicada, la legislación directa mediante la iniciativa y el referéndum es parte integrante del programa socialista. La antinomia que preside estos modos diferentes de considerar la misma cosa, según se presente en la política del Estado o en la del partido, invade todos los aspectos de la vida de este último.

Los líderes de la clase trabajadora a veces admiten abiertamente, con sinceridad que linda con el cinismo, su propia superioridad sobre las tropas que comandan, y pueden llegar al extremo de declarar su firme intención de negar a éstas todo recurso para dirigir la conducta de los líderes. Los líderes reservan para sí el derecho de rebelión contra las órdenes que reciben. Un ejemplo típico, entre muchos, es la opinión expresada a este respecto por Filippo Turati, un hombre bien informado y de inteligencia excepcional, y uno de los miembros de mayor influencia del partido socialista italiano, en un congreso laborista en Roma, en 1908. Al hablar de la situación del diputado socialista con relación a la masa socialista dijo: «El grupo parlamentario socialista siempre está a disposición del proletariado, mientras no se le pida que emprenda algo absurdo»[16]. Es innecesario señalar que en cada caso particular han de ser los diputados quienes decidan si lo que se les exige es o no «absurdo».

La acumulación de poder en las manos de un número restringido de personas, tal como ocurre hoy en el movimiento laborista, da lugar, por fuerza, a muchos abusos. El «representante», orgulloso de su condición de indispensable, se transforma con facilidad de servidor en amo de su pueblo. Los líderes, que en un principio

estaban sujetos a obligaciones hacia sus subordinados, a la larga llegan a ser sus señores: tal es la antigua verdad que fue reconocida por Goethe cuando hace decir a Mefistófeles que el hombre permite siempre que lo gobiernen sus propias criaturas. El mismo partido que lucha contra la usurpación de la autoridad constituida del Estado, se somete, como por necesidad natural, a las usurpaciones de sus propias autoridades constituidas. Las masas están mucho más sujetas a sus líderes que a sus gobiernos, y soportan abusos de poder de los primeros, que nunca tolerarían a estos últimos. A veces las clases inferiores reaccionan con energía contra la opresión desde arriba, y llegan a represalias sangrientas, como ocurrió en las *Jacqueries* francesas, en las guerras de los campesinos de Alemania, en las rebeliones inglesas bajo Wat Tyler y Jack Cade, y más recientemente en las rebeliones de los *fasci* sicilianos en 1893; en tanto que otras veces no advierten la tiranía de los líderes que ellos mismos han elegido. Cuando a la larga las masas abren los ojos a los crímenes contra el ideal democrático, cometidos por los líderes partidarios, el asombro y el estupor no conocen límites. Sin embargo, si entonces se rebelan, la naturaleza de sus críticas demuestra cuán poco han comprendido el verdadero carácter del problema. Lejos de reconocer el origen real del mal oligárquico en la centralización del poder dentro del partido, a menudo consideran que el mejor medio para contrarrestar la oligarquía es intensificar esta misma centralización.

5. La lucha entre los líderes y las masas

QUIENES defienden los actos arbitrarios cometidos por la democracia, señalan que las masas tienen a su disposición los medios para reaccionar contra la violación de sus derechos. Estos medios consisten en el derecho de fiscalizar y destituir a sus líderes. Es indudable que esta defensa tiene cierto valor teórico, y la inclinación autoritaria de los líderes se ve atenuada en cierta medida por estas posibilidades. En estados que tienen una tendencia democrática y un régimen parlamentario basta, en teoría, que el pueblo se canse de un ministro y lo deteste, para obtener su caída. Del mismo modo, y también en teoría, el mal humor y la oposición de un grupo socialista o de una comisión electoral es bastante para revocar el mandato de un diputado, y de igual manera la hostilidad de la mayoría en el congreso anual de los gremios podría ser suficiente para asegurar la destitución de un secretario. En la práctica, sin embargo, el ejercicio de este derecho teórico se ve interferido por la acción de una serie completa de tendencias conservadoras, a las que ya hemos aludido antes, de manera tal que la supremacía de las masas autónomas y soberanas resulta totalmente ilusoria. El temor que tanto perturbó en cierta época a Nietzsche —de que todos los individuos pudieran llegar a ser funcionarios de la masa— debe desvanecerse por completo frente a la verdad de que mientras todos tienen el derecho de llegar a ser funcionarios, solo muy pocos tienen esa posibilidad.

Con la institución del liderazgo comienza, como consecuencia de lo prolongado de la función, la transformación de los líderes en una casta cerrada.

A menos que lo estorbe un individualismo extremo y un dogmatismo político fanático, como ocurre en Francia, los viejos líderes se presentan ante las masas como una falange compacta (al menos dondequiera que las masas se soliviantan hasta el punto de

poner en peligro la situación de los líderes).

La elección de los delegados a congresos, etc., a veces es manejada por los líderes mediante acuerdos especiales, en tanto que las masas están de hecho excluidas de toda influencia decisiva en el manejo de sus asuntos. A menudo estos acuerdos toman la forma de un contrato de seguro mutuo. En el partido socialista alemán, hace pocos años, apareció en no pocas localidades un sistema regular por el cual los líderes se designaban recíprocamente en rotación, como delegados a los diversos congresos partidarios. En las reuniones que designaban delegados, alguno de los «altos jefes» proponía siempre a los camaradas que eligieran como delegado al líder que estaba «de turno». Muy pocas veces los camaradas se rebelaban contra estos artificios, y casi nunca los advertían siquiera. De esta manera se evita la competencia entre los líderes, al menos en este aspecto; y al mismo tiempo se hace imposible todo cuanto no sea una participación meramente pasiva de la masa, en las funciones superiores de la vida del partido que sostienen con sus suscripciones[1]. A pesar de la violencia de las luchas intestinas que dividen a los líderes, en todas las democracias éstos manifiestan una solidaridad firme frente a las masas. «Bastante pronto advierten la necesidad de convenir entre ellos mismos, para que el partido no se les escape con divisiones.»[2] Esto es cierto, sobre todo en la democracia social alemana, donde, como consecuencia de la solidez excepcional de la estructura, comparada con todos los otros partidos socialistas, las tendencias conservadoras han alcanzado un desarrollo notable.

Cuando hay lucha entre los líderes y las masas, siempre salen victoriosos los primeros, si logran mantenerse unidos. Al menos es muy raro que ocurra que las masas triunfen en desembarazarse de alguno de sus líderes. En Mannheim, hace pocos años, los trabajadores organizados lograron realmente destituir a uno de sus jefes, pero no sin suscitar una indignación intensa entre los líderes, que calificaron este acto de rebelión legítima como un crimen por parte de la masa, y tuvieron buen cuidado de conseguir otro puesto para la pobre víctima de la ira popular.

En el curso de grandes agitaciones políticas, y en las luchas económicas generalizadas, que emprenden las masas contra la voluntad de sus líderes, éstos retoman pronto la supremacía que

acaso perdieran por un momento. Entonces suele ocurrir que los líderes, por encima de las cabezas de la multitud, y en oposición con su voluntad expresa, contravienen los principios fundamentales de la democracia, e ignoran todos los lazos legales, lógicos y económicos que obligan a los líderes pagados, para con las masas que pagan, haciendo las paces con el enemigo, y ordenando suspender la agitación o volver al trabajo. Esto es lo que ocurrió en la última huelga general italiana, y también en las grandes huelgas de Crimmitschau, Stetten, Mannheim, etc. En esos casos las masas suelen mostrarse molestas, pero nunca se rebelan, pues les falta poder para castigar la traición de los jefes. Después de asistir a reuniones tumultuosas donde declaran su desaprobación legítima y estatutaria, nunca dejan de dar a sus líderes la democrática hoja de parra de un certificado de indemnización. En 1905 los mineros de la cuenca del Ruhr se indignaron contra sus líderes cuando éstos se empeñaron en declarar el fin de la gran huelga de mineros. En aquella ocasión pareció que —por fin— la oligarquía tendría que dar cuenta a las masas. Pocas semanas después se había restablecido por completo la tranquilidad, como si nada la hubiera jamás perturbado. Los líderes desafiaron la ira de los prosélitos, y sin embargo conservaron el poder. En Turín, en octubre de 1907, al tercer día de la huelga general, los obreros habían decidido, por gran mayoría, continuar la huelga, pero los líderes (la comisión ejecutiva de la rama local del partido y las comisiones de los gremios locales) fueron contra esa decisión, que debió haber sido válida para ellos, y dieron un manifiesto donde aconsejaban a los huelguistas volver al trabajo. Las reuniones del partido y los consejos gremiales, después de estos acontecimientos, perdonaron esa transgresión disciplinaria. La masa tuvo miedo a la renuncia de los líderes y a la mala apariencia que adquirirían sus organizaciones frente a la burguesía, si perdían a los hombres más conocidos y más estimados. De este modo los organismos gubernativos de los partidos democrático y socialista, en caso de necesidad pueden actuar a su entera discreción, y mantener una independencia virtual de la colectividad que representan, y en la práctica hacerse omnipotentes. Este estado de cosas es en esencia oligárquico, y sus consecuencias sobre los movimientos iniciados bajo el estandarte de la democracia pueden ser múltiples. Una de las consecuencias

principales es la violación cotidiana, por parte de la comisión ejecutiva, de las resoluciones tácticas cuyo cumplimiento, le ha sido confiado, como obligación sagrada, por los numerosos líderes de segundo orden que constituyeron los congresos y asambleas partidarias; por eso se establece la práctica, que ha sido cada vez más general, de debatir las cuestiones de gran importancia *en petit comité*, y presentar después al partido los hechos realizados (por ejemplo, los congresos electorales no son convocados sino después de las elecciones, para que los líderes decidan con su única responsabilidad cuál ha de ser la plataforma electoral). También hay negociaciones secretas entre diferentes grupos de líderes (como ocurrió en Alemania en el caso de la demostración del 1.º de mayo y en la huelga general), y entendimientos secretos con el gobierno. Muchas veces los miembros del parlamento guardan silencio acerca de cuestiones que han debatido dentro del grupo, y acerca de las decisiones a que arribaron, y esta práctica es censurada por miembros de la comisión ejecutiva solamente cuando son ellos los mantenidos en la ignorancia, pero la aprueban cuando solo las masas han sido chasqueadas.

No hay indicación alguna de que el poder de la oligarquía en la vida partidaria esté expuesto a desaparecer en un futuro próximo. Aumenta la independencia de los líderes junto con su condición de indispensables. También la influencia que ejercen, y la seguridad económica de sus puestos, adquieren cada vez más poder de fascinación sobre las masas, y estimulan la ambición de los elementos más talentosos por ingresar a la burocracia privilegiada del movimiento laborista. De este modo la masa es cada vez más impotente para proporcionar fuerzas nuevas e inteligentes capaces de conducir la oposición que acaso exista latente entre las masas[3]. Aun hoy es raro que las masas actúen como no sea por orden de sus líderes. Cuando emprenden alguna acción en conflicto con los deseos de los jefes, esto es casi siempre el fruto de un equívoco. La huelga de los mineros en la cuenca del Ruhr en 1905 estalló contra los deseos de los líderes gremiales, y todos la consideraron una explosión espontánea de la voluntad popular; pero después fue posible demostrar sin disputa, que durante muchos meses los líderes habían venido estimulando a la masa y movilizándola contra los amos del carbón, con repetidas amenazas de huelga, de manera tal

que la masa de obreros, al entrar en la lucha, no podía dejar de creer que lo hacía con la aprobación plena de sus jefes.

Es imposible negar que las masas se rebelan de tiempo en tiempo, pero esas rebeliones son siempre sofocadas. Solo cuando las clases dominantes, atacadas por una ceguera súbita, adoptan una política que fuerza las relaciones sociales hasta un punto de ruptura, las masas partidarias aparecen activas en la escena de la historia y derriban el poder de las oligarquías. Todo movimiento autónomo de las masas significa un desacuerdo profundo con la voluntad de los líderes. Aparte de estas interrupciones transitorias, el desarrollo natural y normal de la organización debe imprimir en los partidos más revolucionarios un sello indeleble de conservadorismo.

6. La lucha entre los propios líderes

LA tesis del poder ilimitado de los líderes de los partidos democráticos requiere, sin embargo, ciertas limitaciones: en teoría, el líder está obligado por la voluntad de la masa, la cual necesitará hacer solo una señal para que el líder esté obligado a renunciar. Puede ser destituido y reemplazado en cualquier momento. Pero en la práctica, como ya hemos visto, por diversas razones los líderes gozan de un alto grado de independencia. No es menos cierto que si el partido democrático no puede prescindir de líderes autocráticos, al menos es capaz de cambiarlos. Por eso el defecto más peligroso de un líder es que tenga una confianza demasiado ciega en las masas. El líder aristocrático está más asegurado que el democrático contra sorpresas por parte de la masa. Una característica esencial de la democracia es que cada uno lleva en la mochila su bastón de mariscal. Es verdad que la masa siempre es incapaz de gobernar; pero no es menos cierto que cada individuo de la masa, en la medida que tiene —para su bien o para su mal— las condiciones que son el requisito que le permite elevarse por encima de la multitud, puede alcanzar el grado de líder y llegar a gobernante. Ahora bien: esta promoción de nuevos líderes supone siempre el peligro, para los que ya están en posesión del poder, de verse obligados a dejar su lugar a los recién venidos. Por eso el viejo líder debe mantenerse siempre en contacto con las opiniones y sentimientos de las masas a las que debe su situación. Al menos en lo formal debe actuar al unísono con la multitud; debe admitir que es el instrumento de la multitud, que debe ser guiado, al menos en apariencia, por su buena voluntad y arbitrio. Así, muchas veces parece como si la masa fiscalizara realmente a los líderes; pero dondequiera que el poder de éstos se ve gravemente amenazado, ello ocurre casi siempre porque está a punto de llegar a dominar un nuevo líder o un nuevo grupo de líderes, e inculca opiniones

opuestas a las de los viejos conductores del partido. Entonces parece como si los viejos líderes debieran consentir en compartir su poder con los recién llegados, a menos que quieran ceder a la opinión de la masa, y renunciar. Sin embargo, si consideramos atentamente esta cuestión, no nos será difícil comprender que en casi todos los casos esta sumisión no es más que un acto de previsión dirigido a evitar la influencia de los rivales más jóvenes. La sumisión de los viejos líderes es ostensiblemente un acto de homenaje a la multitud, pero en intención es un medio de profilaxis contra el peligro que los amenaza: la formación de una nueva élite.

La apariencia de acatamiento a la masa, que los líderes manifiestan, llega a adquirir formas de demagogia en el caso de los más débiles y los más astutos. Los demagogos son los cortesanos de la voluntad popular. En lugar de elevar a las masas hasta su propio nivel descienden al nivel de éstas. Aun para los más honestos de ellos, el secreto del triunfo consiste en «saber cómo volcar los impulsos ciegos de la multitud para servir a sus propios proyectos concienzudamente elaborados»[1]. Los líderes más fuertes arrostran la tempestad, porque saben bien que su poder puede ser atacado, pero no destruido. En cambio los débiles y los rastreros ceden terreno ante las embestidas de la masa; su autoridad se ve estorbada o interrumpida transitoriamente, pero la sumisión es fingida; saben que les basta aferrarse a sus puestos; su condición de ejecutores de la voluntad de las masas no tardará en devolverlos a su poder anterior. Uno de los líderes más notorios del socialismo alemán dijo, en un momento crítico de tensión entre los líderes y las masas, que debía acatar la voluntad de las masas para guiarlas[2]. Este sarcasmo esconde una profunda verdad psicológica: el que quiere mandar tiene que saber obedecer.

Alguien dijo que las revoluciones populares suelen terminar por destruir a sus líderes. Para probar este aserto ha sido posible citar los nombres de Rienzi, Masaniello y Michele di Lando, para Italia, y de Danton y Robespierre, para Francia. En éstos y en muchos otros ejemplos similares, la observación es verdadera. Sin embargo, sería un error acusar a la multitud de levantarse contra sus líderes, y hacer a las masas responsables de las caídas de éstos. No son las masas las que han devorado a los líderes: los jefes se han devorado entre sí, con ayuda de las masas. Ejemplo típico es el de Danton,

destituido por Robespierre, quien a su vez fue destruido por los dantonistas sobrevivientes.

La lucha entablada entre los líderes, y sus celos mutuos, son lo que los induce a tomar medidas activas y a recurrir muchas veces a artificios. Los diputados democráticos se esfuerzan por desarmar a sus adversarios dentro del partido y, al mismo tiempo, por adquirir un nuevo prestigio a los ojos de las masas, al desplegar en el parlamento «una actividad formidable en aras de la causa común». Esto aparece a un tiempo como deber democrático y cómo medida de precaución personal. Puesto que la gran mayoría de los diputados, los electores y los camaradas no tienen ideas, precisas en lo que se refiere a las funciones que *ejerce,* y propenden siempre a acusarlo de falta de firmeza, el diputado se ve de tiempo en tiempo en la obligación de hacerse recordar. Esta necesidad es lo que ha dado origen no solo a algunos de esos discursos de los que los alemanes han dado el nombre de *Dauerreden* (discursos interminables), sino que ha sido causa de más de una «escena» en los parlamentos de Austria, Francia, Inglaterra e Italia. Los medios más eficaces para llamar la atención de las masas y hacer que se enorgullezcan de sus líderes, los encontraremos en la provocación de estos incidentes personales que son mucho más interesantes para el gran público, y están más al alcance de su inteligencia, que un informe sobre la utilización de la energía hidráulica o un tratado comercial con la República Argentina. Además, hay que recordar que en muchos países, y sobre todo en Italia, la prensa capitalista se hace eco de esas escenas y las reproduce con gran abundancia de detalles, en tanto que los discursos serios suelen ser resumidos en pocas líneas, y con especial brevedad cuando son de un socialista. Por eso, aun en tiempos normales, la actividad oratoria de los representantes parlamentarios de los partidos democráticos es considerable. En Italia los diputados socialistas se enorgullecen de haber hablado 212 veces en la cámara entre el 25 de marzo y el 10 de julio de 1909. Esta cifra representa el 20,4 por ciento de todos los discursos parlamentarios durante ese lapso, en tanto que los diputados socialistas representaron solo el 8 por ciento de los miembros[3]. Esta locuacidad no sirve únicamente para mantener el prestigio del partido ante los ojos de los adversarios, sino también como una cuestión de interés personal de cada diputado, y es un

medio de asegurar su reelección, no solo respecto de los enemigos de otros partidos, sino también en competencia con los celosos rivales que pertenecen a su propia organización.

Las diferencias que conducen a luchas entre los líderes surgen de varias maneras. Ya nos hemos referido antes al antagonismo inevitable entre los «grandes hombres» que han adquirido reputación en otros terrenos y se han adherido después al partido, ofreciéndole sus servicios como generales, y los líderes tradicionales, que fueron socialistas desde el comienzo. Muchas veces se entabla el conflicto simplemente entre los más ancianos y los más jóvenes. En ocasiones la lucha depende de la diversidad de origen social, como cuando hay pugna entre líderes proletarios y otros de origen burgués. Otras veces las diferencias provienen de necesidades objetivas de las distintas ramas de actividad en que está subdividido cada movimiento. Como cuando hay lucha entre el partido socialista político y los elementos gremiales, o —dentro del partido político— entre el grupo parlamentario y el grupo ejecutivo. En algunos casos Hay estratificación horizontal, que determina una lucha entre uno y otro estrato de la burocracia; otras veces la estratificación es vertical, como cuando hay conflicto entre dos grupos locales o nacionales de líderes; entre los socialistas bávaros y los prusianos, entre los de Francfort y los de Hanau; entre los prosélitos franceses de Vaillant, Jaurès y Hervé y los partidarios alemanes de Bebel y von Vollmar (en el debate antimilitarista del congreso internacional de Stuttgart). Con bastante frecuencia las luchas entre los socialistas son el fruto de diferencias raciales. Las polémicas incesantes de los congresos internacionales, entre socialistas alemanes y franceses, constituyen, en más de un aspecto, un paralelo de la guerra franco-prusiana de 1870. En esos mismos congresos participó un tercer grupo, incomprendido y heterogéneo: los representantes del socialismo inglés, hostiles a todos los demás, y objeto de la enemistad de todos ellos. En casi todos los casos, sin embargo, las diferencias entre los diversos grupos de líderes dependen de otras dos categorías o motivos. Por sobre todo están las diferencias objetivas y las diferencias de principio, en conceptos filosóficos generales, o al menos en la forma de concebir la evolución social inmediata y las consiguientes divergencias de opinión respecto de las tácticas más deseables: esto conduce a la

manifestación de varias tendencias conocidas como reformista y marxista, sindicalista y socialista política, etc. En segundo lugar tenemos las luchas que obedecen a razones personales: antipatía, envidia, celos, intentos audaces por apoderarse de los primeros puestos, y la demagogia. Enrico Ferri dijo de su adversario Filippo Turati: «Me odia porque piensa que no hay lugar para dos gallos en el mismo gallinero»[4]. En casi todos los casos las dos series de motivos están algo confundidas en la práctica; y a la larga encontramos que los de la primera serie tienden a ser desplazados por los de la segunda, en la medida que las diferencias de principio y de orden intelectual se transforman en personales, y despiertan una hostilidad profunda entre los representantes de las diversas teorías. También es evidente la inversa: quienes están influidos por los motivos de la segunda serie se avergüenzan de mostrarlos con sus verdaderos colores; el disgusto y la hostilidad personal se disfrazan pomposamente, entonces, de diferencias de opinión y de táctica.

La oligarquía surgida de la democracia está amenazada por dos peligros graves: la rebelión de las masas y (en relación íntima con esta rebelión, de la cual suele ser el fruto) la transición hacia una dictadura, cuando uno entre los oligarcas logra conquistar el poder supremo. De estos dos peligros, uno viene de abajo, en tanto que el otro nace dentro del propio seno de la oligarquía: tenemos por un lado rebelión y por el otro usurpación. La consecuencia es que en todos los partidos populares falta ostensiblemente un espíritu de fraternidad genuina; no encontramos una confianza mutua sincera y cordial; hay lucha latente constante, un espíritu de irritación determinado por la desconfianza recíproca de los líderes, y este espíritu ha llegado a ser una de las características esenciales de toda democracia. La desconfianza de los líderes se dirige, por sobre todo, contra quienes aspiran al comando de sus propias organizaciones. Toda oligarquía está saturada de sospechas contra quienes aspiran a ingresar en sus filas, y los considera no solo como herederos eventuales sino como sucesores que están prontos para reemplazarla sin esperar su muerte natural. Quienes llevan mucho tiempo en el poder (y esto se aplica tanto al poder espiritual y físico, como al material) están orgullosos de su pasado, y propensos, por eso, a desdeñar a aquellos cuyo poder es de data más reciente. En algunas

ciudades sicilianas hay lucha entre dos partidos designados con ironía en lenguaje popular *i ricchi* y *gli arricchiti* (los ricos y los enriquecidos). El primero está constituido por la antigua clase terrateniente; en tanto que los del segundo —el de los *parvetius*— son comerciantes, contratistas de obras públicas, fabricantes, etc. Encontramos una lucha similar en los partidos democráticos modernos, aunque en este caso no está caracterizada por matiz alguno de distinción económica. Aquí tenemos también una lucha entre los *détenteurs d'emploi* y los *chercheurs d'emploi*, o, como los designan los norteamericanos, entre los *ins* y los *outs*. Estos últimos declaran la guerra a los primeros, ostensiblemente sobre la base de principios eternos, pero en realidad, en casi todos los casos, porque mediante esta oposición se abren paso hacia el círculo de los jefes, de la manera más efectiva. En consecuencia, se manifiestan como adversarios teóricos implacables en las reuniones, y sus peroratas solo buscan intimidar a los líderes aceptados, e inducirlos a compartir una parte del botín con sus díscolos camaradas.

Con mucha frecuencia los viejos líderes se resisten con firmeza, y no ceden terreno; en esos casos sus adversarios cambian de frente, abandonan la actitud de lucha y se someten a la tutela triunfal de los hombres que gobiernan, con la esperanza de atraer sus favores y satisfacer sus propias ambiciones, por un camino diferente.

La lucha entre los viejos líderes y los aspirantes al poder constituye una amenaza permanente a la libertad de palabra y de pensamiento. Encontramos esta amenaza en toda organización democrática, en la medida que tiene buen orden y base sólida, y en la medida que se desenvuelve en el campo de la política partidaria (porque en el medio más amplio de la vida estatal, donde los diversos partidos experimentan choques recíprocos, es necesario dejar intacta cierta libertad de movimiento). Los líderes que ya tienen en sus manos el poder del partido no esconden su inclinación natural a fiscalizar, con todo el rigor posible, la libertad de palabra de sus colegas con quienes no están de acuerdo. La consecuencia es el celo por la disciplina y la subordinación que manifiestan en grado sumo quienes desempeñan funciones, y declaran que esas cualidades son indispensables para la supervivencia del partido. Llegan al extremo de ejercer una censura sobre todos aquellos colegas de quienes sospechan inclinaciones rebeldes, y los obligan a

abandonar los periódicos independientes, y a publicar todos sus artículos en los órganos oficiales fiscalizados por los líderes de la mayoría del partido. La prohibición de que los miembros colaboren en la prensa capitalista, en Alemania, obedece en parte a la misma tendencia; en cambio las exigencias de que los camaradas no tengan relación alguna con periódicos que, aunque socialistas, han sido fundados con capital privado y no están sujetos a la fiscalización oficial de la comisión ejecutiva del partido, provienen exclusivamente de esta sospecha por parte de los líderes.

En la lucha contra los aspirantes jóvenes, por lo general el líder antiguo puede estar seguro de contar con el apoyo de las masas. La masa de los partidos de la clase trabajadora siente una desconfianza natural hacia todos los recién venidos que no han disfrutado de una protección abierta, ni han ingresado al partido por intermedio de viejos camaradas; esto ocurre, sobre todo, cuando el recién venido proviene de otra clase social. Así, el nuevo adherente, antes de poder expresar sus nuevas ideas, debe someterse a un largo período de cuarentena si no se quiere exponer a los ataques más violentos. En el partido socialista alemán este período de cuarentena es especialmente prolongado, porque es mucho más antiguo que cualquiera de los otros partidos, y porque sus líderes disfrutan, por eso, de un prestigio excepcional. Muchos de ellos estuvieron entre los verdaderos fundadores del partido, y su personalidad ha sido consagrada por el bautismo de fuego que sufrieron durante la vigencia de las leyes antisocialistas. El socialista que ha llevado en el bolsillo su tarjeta de adhesión durante solo ocho o diez años suele ser considerado como miembro «joven». Esta tendencia se ve reforzada por el respeto hacia la edad, tan intenso entre los alemanes, y por la tendencia hacia la jerarquía, de la cual no ha conseguido despojarse, ni siquiera la democracia. Por último, cabe agregar que la burocracia del movimiento laborista alemán, como cualquier otra democracia bien desarrollada, tiende instintivamente al exclusivismo. Por eso encontramos en la democracia social alemana, a diferencia de otros partidos socialistas de organización menos sólida, que es muy raro que logren hacer sentir su influencia, no solo los miembros recién incorporados (los denominados *Fuchs*), sino también los miembros comunes que no viven al servicio y por el servicio del partido, sino que han conservado su independencia

exterior como escritores particulares, o en algún otro carácter, y por eso no han sido incorporados al engranaje de la máquina partidaria. Es indudable que este hecho desempeña un papel importante en la falta de número de miembros jóvenes y capaces, que desplieguen energías frescas, y no muy inferiores a los líderes antiguos —falta que muchas veces han deplorado—. Los congresos anuales del partido socialista han sido calificados como «congresos de los funcionarios del partido». La crítica no es injusta, pues entre los delegados a los congresos socialistas es enorme la proporción de funcionarios del partido y de los sindicatos. Sobre todo en los grados superiores de la organización estas tendencias que analizamos se hacen más notorias. En Alemania la conducción del partido socialista no es confiada a los jóvenes, como suele ocurrir en Italia, ni a publicistas libres, como en Francia, sino a miembros antiguos, *des anciens*, funcionarios, ancianos del partido. Además, la psicología conservadora de las masas respalda las aspiraciones de los viejos líderes, pues jamás se le ocurriría a la masa confiar el cuidado de sus intereses a personas que pertenecen a su propia esfera, es decir, a quienes no tienen cargo oficial en el partido ni han seguido una carrera burocrática regular.

A menudo la lucha entre los viejos líderes que están en el poder y los nuevos aspirantes adquiere el carácter de una lucha entre personas responsables e irresponsables. Muchas críticas formuladas por los últimos contra los primeros son inaceptables, porque los líderes tienen graves responsabilidades, de las cuales están libres los aspirantes. Esta libertad da a los aspirantes una ventaja táctica en el conflicto con los viejos líderes. Además, precisamente porque son irresponsables, porque no ocupan ningún cargo oficial dentro del partido, estos adversarios no están sujetos a ese simulacro de fiscalización democrática que condiciona la conducta de quienes están en un cargo. Para combatir a los nuevos jefes, que todavía son minoría, los viejos líderes de la mayoría recurren instintivamente a una serie de métodos que les aseguran la victoria, o al menos retardan mucho su derrota. Entre estos medios hay uno que tendremos que, analizar más detalladamente, por su relación con otro tema. Los líderes de lo que podríamos llamar «el gobierno» siembran en la mente de las masas desconfianza hacia los líderes de la «oposición» al calificarlos de incompetentes y profanos, y

acusarlos de charlatanes, corruptores del partido, demagogos y farsantes, en tanto que en nombre de la masa y de la democracia se presentan como exponentes de la voluntad colectiva, y exigen la sumisión de los insubordinados, y aun de los camaradas simplemente descontentos.

En la lucha entre los líderes se suele apelar a motivos más elevados. Cuando los miembros de la comisión ejecutiva reclaman para sí el derecho de intervenir en las funciones democráticas de alguna sección de la organización, fundan esta pretensión sobre su dominio más amplio de todas las circunstancias del caso, su concepto más profundo, su cultura socialista superior, y su sensibilidad socialista más aguda. A menudo reclaman el derecho de rechazar a los nuevos elementos que la masa, inexperta e ignorante, desea incorporar al liderazgo, y fundan su rechazo sobre la base de que es necesario mantener el nivel moral y teórico del partido. Los socialistas revolucionarios de Alemania exigen mantener el poder centralizado de la comisión ejecutiva, como medio de defenderse contra los peligros, que de otro modo se harían inevitables con el crecimiento del partido, de la influencia predominante de elementos nuevos y teóricamente indignos de confianza. Los viejos líderes, dicen, deben fiscalizar a las masas, para que éstas no introduzcan colegas indeseables en la conducción. Por eso exigen que las convenciones no designen candidatos parlamentarios sin la aprobación previa de la comisión ejecutiva del partido.

Los viejos líderes siempre procuran atraer a su carroza a las fuerzas de otros movimientos nuevos que aún no tienen líderes poderosos, para eliminar desde el principio toda competencia y toda posibilidad de formación de corrientes intelectuales nuevas y vigorosas. En Alemania los líderes del partido socialista y los de los gremios, al principio miraban con recelo al movimiento socialista juvenil. Sin embargo, cuando advirtieron que no podrían suprimirlo se apresuraron a colocarse a la cabeza de ese movimiento. Para orientar a la juventud socialista fundaron una «Comisión Central de Trabajadores Alemanes Jóvenes», con cuatro representantes de cada una de las tres partes; es decir, cuatro de la comisión ejecutiva del partido socialista, cuatro de la comisión general de los gremios y cuatro del socialista juvenil (así los representantes de este último

eran dominados en la proporción de dos a uno)[5]. Los viejos líderes trataron de justificar la tutela impuesta en esta forma sobre los socialistas juveniles alegando (con más celo oportunista que sagacidad lógica) la incapacidad de las masas juveniles, si se las abandonaba a su propia orientación, para elegir con sagacidad a sus propios conductores y ejercer sobre ellos una fiscalización eficiente.

No hemos agotado en modo alguno nuestra enumeración de las armas de que disponen los viejos líderes en su conflicto con los nuevos aspirantes al poder. Carlomagno logró subyugar a los jefes de las tribus sajonas haciéndolos condes. De este modo, no solo aumentó el brillo de su puesto, sino que les dio también una parte restringida de su propio poder. Este recurso fue practicado una y otra vez en la historia, cuando algún gobernante quiso hacer inofensivos a jefes insubordinados pero con influencia, y prevenir de este modo una rebelión contra su propia autoridad. Las oligarquías emplean esta estratagema con igual fortuna que las monarquías. El estado feudal de Prusia designó en el consejo privado a los líderes más amenazantes de su burguesía. En momentos que la joven burguesía alemana estaba aún animada de un espíritu rebelde hacia la nobleza y hacia la autoridad tradicional del Estado, esta tendencia suscitó gran encono. Ludwig Borne escribió así en 1830: «Dondequiera que aparece una fuerza de oposición talentosa, y conquista respeto por parte de las autoridades, se la encadena a la silla de profesor, o se la domina unciéndola al carro del gobierno. Si las filas gubernamentales están colmadas y no hay lugar para nuevas actividades, al menos es posible dar una librea estatal a los autores, otorgándoles títulos y órdenes. En otros casos los elementos peligrosos son aislados del pueblo encarcelándolos en algún castillo de noble o corte principesca. Por esta razón es que en ningún otro sitio encontramos tantos consejeros privados como en Alemania, donde las cortes están menos dispuestas a seguir el consejo de alguien»[6]. En las elecciones españolas de 1875 fue tanta la indiferencia popular, que el gobierno tenía en sus manos todos los asuntos pero, para asegurarse contra cualquier evento, eligió cierto número de candidatos de la oposición[7]. Parece que las cosas no han cambiado mucho en la España de hoy[8]. Estas tácticas no se limitan a estados que siguen imbuidos de concepciones feudales. Donde es supremo el

gobierno plutocrático, la corrupción sigue inmutable: solo cambia el corruptor. Austin Lewis demuestra esto con claridad cuando escribe: «La propiedad pública, propia de una política compuesta de clases media y subyugada, carece de la capacidad política y de la energía necesaria para cumplir con la tarea emprendida. Los cerebros de la pequeña clase media ya han sido comprados por los grandes capitalistas. El talento, empleado al servicio de los jefes de la industria y las finanzas, puede determinar mejores precios que lo que es posible obtener en la lucha incierta por un nivel económico, que los miembros de la clase media tienen que sostener. La vía entre las preferencias profesionales y políticas atraviesa las reservas de la oligarquía dominante, cuyos guardianes no permiten que nadie pase, más que los sirvientes de librea. Toda ambición material de la juventud debe ser satisfecha al servicio de la oligarquía, que muestra, por lo general, una astucia en la selección del talento, que envidiarían un burócrata o un jesuita»[9]. En los últimos años las clases gobernantes de los países que tienen regímenes democráticos, esperaban poner obstáculos en el camino del movimiento laborista revolucionario, mediante la concesión de cargos en el ministerio, a sus líderes más conspicuos, para conquistar así el dominio del impulso revolucionario del proletariado, al permitir que sus líderes participaran en el poder, aunque en una medida muy restringida y cauta. La oligarquía que domina el partido democrático moderno ha utilizado muchas veces ese mismo medio para amansar a la oposición. Si los líderes de la oposición dentro del partido son peligrosos porque tienen muchos prosélitos entre las masas, y si, al mismo tiempo, son pocos en número, los viejos líderes partidarios procuran tenerlos en jaque y neutralizar su influencia mediante los métodos conciliatorios ya descritos. Brindan a los líderes de la oposición altos cargos y honores dentro del partido, y así los hacen inocuos; tanto más cuando vemos que no los admiten en los cargos supremos, sino que los relegan a puestos de segundo orden que no les dan influencia notable, y donde no tienen esperanzas de llegar un día a ser mayoría. En cambio comparten con sus antiguos adversarios la pesada carga de responsabilidad de las deliberaciones y manifestaciones comunes, de manera tal que su actividad se confunde con la de los viejos líderes.

Para evitar tener que dividir su poder con los elementos nuevos,

especialmente con quienes tienen tendencias o características mentales con las que no congenian, los viejos líderes tienden siempre, con mayor o menor fortuna, a adquirir el derecho de elegir a sus propios colegas, y privan así a las masas del privilegio de designar a los líderes que prefieren.

El ascenso de los nuevos aspirantes al poder siempre está sembrado de dificultades, cerrado por obstáculos de todas clases, solo superables con el favor de la masa. Es muy raro que la lucha entre los viejos líderes y los nuevos termine con una derrota completa de los primeros. El resultado del proceso ya no es una *circulation des élites*, sino una *reunión des élites*; es decir, una amalgama de estos dos elementos. Quienes representan la nueva tendencia, mientras su andar es aún inseguro, procuran encontrar toda clase de vías laterales, para evitar que los poderosos los derriben. Pretextan que sus divergencias de opinión con la mayoría son insignificantes, y sostienen que son solo abogados lógicos de los principios antiguos y probados del partido, y expresan su pena de que los viejos líderes muestren carencia de verdaderos sentimientos democráticos. No pocas veces ocurre que esquivan los golpes dirigidos contra ellos, deslizándose con astucia tras las espaldas de sus adversarios poderosos y afirmados, quienes están a punto de aniquilarlos, y declaran solemnemente, bajo los coléricos golpes dirigidos contra ellos, que están completamente de acuerdo con los viejos líderes y aprueban todos sus actos, de manera tal que los líderes parecen dar golpes al vacío. En muchas ocasiones de la historia reciente de los partidos socialistas, las minorías reformadoras se inclinaron bajo el yugo de mayorías llamadas revolucionarias, para evitar su propia destrucción, y votaron (con agudo sentido práctico y táctico, pero con entera falta de orgullo personal y lealtad política) resoluciones sancionadas precisamente para condenar las opiniones políticas caras a la minoría. Solo en dos oportunidades ocurre a veces que las relaciones entre las dos tendencias sean forzadas hasta el punto de ruptura: en la primera puede ocurrir esto cuando los líderes de una de las dos facciones tienen una fe profunda en sus propias ideas, y están caracterizados, a un tiempo, por fanatismo táctico e irreconciliabilidad teórica, o —en otras palabras— cuando las razones objetivas de los líderes y de sus adversarios aparecen con fuerza desacostumbrada y Son

profesadas con sinceridad insólita. En la segunda circunstancia puede ocurrir cuando una de las partes, por dignidad ofendida o susceptibilidad razonable, se encuentra ante la imposibilidad psicológica de continuar viviendo junto a la otra, y de seguir manteniendo una lucha continua por el poder sobre las masas, dentro de los límites de la misma asociación. Entonces el partido se divide en dos organismos diferentes, y en cada uno de ellos se renuevan los fenómenos oligárquicos que venimos describiendo.

Uno de los capítulos más interesantes en la historia de las luchas entre los líderes, es el que trata de las medidas que estos líderes adoptan dentro de sus propias corporaciones cerradas, para mantener la disciplina; es decir, para preservar la fuerza aglutinante de la voluntad de la mayoría. En la lucha que sostienen los diversos grupos de líderes por la hegemonía del partido, el concepto de democracia es un cebo que todos utilizan por igual. Todos los medios son buenos para la conquista y conservación del poder. Es fácil advertir esto cuando leemos los debates relativos al sistema que hay que emplear para designar a las comisiones ejecutivas partidarias. Las diversas tendencias manifestadas a este respecto pretenden todas el mismo fin; es decir, salvaguardar el dominio de algún grupo en particular. Así, en Francia, los guesdistas, cuyos afiliados son muchos pero predomina solo un pequeño número de los grupos, abogan por un sistema de representación proporcional; los jauresistas, en cambio, que tienen más influencia en lo que respecta a los grupos que en lo que respecta a los miembros, y también los herveristas, se oponen a la representación proporcional dentro del partido porque temen que esto dé a los guesdistas demasiada facilidad para imponer sus propios métodos especiales de acción, y el propósito es mantener el sistema de la representación local o de la representación por delegación.

En el congreso norteamericano cada partido tiene una comisión especial que ejerce una fiscalización sobre la asistencia de los miembros a las sesiones, y en ocasión de las votaciones decisivas emite citaciones especiales. Cuando la cámara debe considerar una ley interesante, la comisión del partido convoca también un cónclave; es decir, una reunión privada del grupo parlamentario y decide cómo han de votar los diputados. Todos los miembros del partido están sujetos a la decisión de ese cónclave. No es posible,

por supuesto, aplicar castigo inmediato alguno a quienes se rebelan contra la autoridad del cónclave, pero es seguro que en la elección siguiente el parlamentario independiente perderá su banca, pues los directores del partido, de Washington, no dejarán de informar a sus colegas, los cabecillas locales, del acto de insubordinación cometido por el parlamentario en cuestión. El más vital de todos estos conclaves es el que precede a la elección del presidente del congreso. Las ideas y simpatías del presidente de la cámara tienen una influencia decisiva sobre la composición de las comisiones y, en consecuencia, sobre todo el curso de la legislación. Por eso su elección tiene importancia fundamental, y es precedida por varias semanas de intrigas y de campañas de búsqueda de votos. Es indudable que no ocurre en todos los casos que la votación sea decidida de antemano en una reunión del grupo. En lo que a leyes de menor importancia se refiere, cada miembro del congreso está en libertad de votar como le plazca. Pero en los momentos trascendentes se exige obediencia, no solo a las decisiones del cónclave, sino también a la autoridad de los líderes del partido. Esto último se aplica especialmente al congreso, pues en el senado los miembros son sumamente celosos de su igualdad absoluta. Por otra parte, el cónclave tiene importancia aún mayor en el caso del senado, pues allí los grupos son más pequeños y la función del cónclave puede ser más eficiente.

Los miembros del congreso pueden exceder de los dos centenares, en tanto que los del senado es raro que pasen de cincuenta[10].

El grupo parlamentario de la democracia social alemana está dominado del mismo modo, en lo que a estructuras internas se refiere, por la aplicación más rigurosa del principio de subordinación. La mayoría del grupo parlamentario decide la acción de todos sus miembros en las diversas cuestiones sometidas al Reichstag o a las dietas, y ejerce lo que se llama *Fraktionszwang* (coerción del grupo). Ningún miembro individual tiene el derecho de actuar en forma independiente. El grupo parlamentario vota así como una única entidad, y esto no solo en las cuestiones de contenido específicamente socialista, sino también en las que son independientes de las ideas socialistas, que cada cual podría decidir según sus concepciones personales. Fue muy distinto en el

parlamento francés, durante las luchas fratricidas entre los jauresistas y los guesdistas antes de alcanzar la unidad socialista en Francia, pues entonces cada diputado votaba según su antojo; pero el ejemplo alemán muestra que ya no existe libertad de opinión cuando la organización requiere una acción común y cuando tiene alguna fuerza de penetración en la vida política.

No obstante, en ciertos casos todas las medidas preventivas dejan de tener efecto. Esto ocurre cuando el conflicto, no es simplemente entre una minoría y una mayoría dentro del grupo, sino entre el grupo y un miembro único que tiene, fuera del parlamento y en ciertos sectores del partido, el apoyo pleno de los líderes subordinados. Cuando ocurre un conflicto en esas condiciones, el diputado, aunque aislado, está seguro de la victoria. En realidad, los electores suelen seguir con gran docilidad las oscilaciones y evoluciones de sus representantes parlamentarios, y lo hacen así aun donde las bancas socialistas predominan. Los ministros Briand, Viviani y Millerand fueron expulsados del partido socialista francés, pero los miembros anteriores de las organizaciones socialistas, en sus bancadas, habían seguido fieles a estos líderes, y renunciaron al partido socialista para continuar como electores y dar apoyo a los ex socialistas. Análogos fueron los casos de John Burns en Inglaterra (Battersea) y de Enrico Ferri en Italia (Mantua). En el caso de Ferri, fue suficiente que en un momento determinado revelara una nueva verdad para producir un cambio colectivo inmediato en la opinión política de toda la región. Esta región, después de haber sido revolucionaria e irreconciliable con Ferri, se convirtió de la noche a la mañana —siempre siguiendo a Ferri— al principio de la cooperación de clases y de participación en la actividad ministerial. En Alemania el ejecutivo partidario debió apelar a toda su actividad, en el último minuto, para inducir a los camaradas de Chemnitz a que retiraran su apoyo al diputado Max Schippel, y a los de Mittweida a que retiraran el suyo a Otto Gonre, cuando ambos expusieron doctrinas heterodoxas.

La tendencia del diputado a colocarse por encima del partido se manifiesta casi siempre cuando el partido está muy firmemente organizado; de manera especial —por eso mismo— en los partidos laboristas modernos; y dentro de éstos más particularmente en los sectores reformistas. Los diputados reformistas, cuando no tienen de

su lado una mayoría interna del partido, emprenden una lucha incesante para librarse de la influencia de éste, es decir, de la masa de los trabajadores organizados como partido. En este período de su evolución, transfieren su dependencia de los electores de la bancada, que constituía una grey, sin organización, y una masa más o menos indiferente, a la masa organizada del sector socialista local Así desde las masas organizadas, que podían estar bajo la influencia de sus adversarios dentro del partido, apelaban a la masa de los electores, pues sostenían que solo estos últimos, o al menos éstos principalmente, eran quienes tenían derecho a pedirles cuenta por su conducta política. Es correcto reconocer que esta apelación al electorado, como cuerpo que ha conferido un mandato político, se basa muchas veces sobre sentimientos y principios genuinamente democráticos. Así, en el congreso socialista internacional de Londres (1893), los cuatro diputados socialistas franceses se negaron a usar los mandatos que les habían conferido los grupos políticos o corporativos, con lo que desafiaban las reglas de admisión en el congreso. Luego de polémicas muy violentas fueron por fin admitidos simplemente como diputados, después de plantear la cuestión de principio, acerca de si una delegación importante, capaz de devolver a un diputado socialista a la cámara, no debiera tener los mismos derechos que una sección local, socialista o gremial, especialmente al recordar que esa sección puede consistir en solo un puñado de miembros. Es verdad que en ciertas circunstancias un electorado inspirado por sentimientos socialistas, aun cuando no esté organizado de manera socialista, constituye una base mejor, en un sentido democrático, para una acción política, que una pequeña sección socialista cuyos miembros sean casi todos pequeños burgueses o abogados[11]; y aun si existe una gran organización local, la totalidad del electorado es una base mejor para la selección de un candidato que una asamblea partidaria mal representada.

De nuestro estudio de las intrincadas luchas que ocurren entre los líderes de la mayoría y los de la minoría, entre los órganos ejecutivos y las masas, extraemos las siguientes conclusiones esenciales.

A pesar de la juventud del movimiento laborista internacional, el número de líderes de ese movimiento es más imponente y más

imperioso que el mostrado por la historia de cualquier otra clase social de los tiempos modernos. Sin duda el movimiento laborista tiene también algunos ejemplos de líderes destituidos, abandonados por sus adherentes. Sin embargo, estos casos son raros, y solo excepcionalmente significan que las masas tienen más fuerza que los líderes. Por lo general, lo único que revelan es que hay un nuevo líder que está en conflicto con el anterior y, gracias al apoyo de la masa, ha prevalecido en la lucha y ha logrado la destitución del viejo líder, y reemplazarlo. Con esta sustitución la democracia no gana prácticamente nada.

Dondequiera que los católicos son minoría se hacen fervientes partidarios de la libertad. En prueba de esto bastará que nos refiramos a la literatura difundida por los católicos durante la *Kulturkampf*, durante el régimen de Bismarck, y durante la lucha entre la Iglesia y el Estado, desencadenada hace pocos años en Francia. Del mismo modo los líderes de la minoría, dentro del partido socialista, abogan con entusiasmo por la libertad. Atacan la estrechez y los métodos autoritarios del grupo dominante, y muestran en sus actos inclinaciones genuinamente democráticas.

Tan pronto como los nuevos líderes han logrado su objetivo, tan pronto como triunfan (en el nombre de los derechos lesionados de las masas anónimas), al derrocar la odiosa tiranía de sus predecesores y al alcanzar el poder a su turno, vemos que sufren una transformación que los hace muy semejarles a los tiranos destronados. La historia registra con claridad metamorfosis como ésta. En la vida de los estados monárquicos la oposición encabezada por un príncipe hereditario rara vez es peligrosa para la corona como institución. De la misma manera, la oposición de aspirantes al liderazgo de un partido político, dirigida contra las personas o contra el sistema de los viejos líderes, rara vez es peligrosa. Los revolucionarios de hoy se transforman en los reaccionarios de mañana.

7. La burocracia: tendencias de centralización y de descentralización

LA organización del Estado necesita una burocracia numerosa y complicada. Este es un factor importante en el complejo de fuerzas sobre las que se apoyan las clases políticas dominantes para asegurar su dominio y para retener en sus manos el timón.

El instinto de autoconservación lleva al Estado moderno a unificarse y a incorporar el mayor número posible de intereses. Esta necesidad del organismo del Estado aumenta *pari passu* con el aumento de la convicción, entre las multitudes, de que el orden social contemporáneo es defectuoso y aun irracional: en una palabra, con el aumento de lo que las autoridades suelen llamar descontento. Para satisfacer mejor la necesidad de asegurarse un gran número de defensores, el Estado constituye una casta numerosa de funcionarios, de personas que dependen directamente de él. Esta tendencia es poderosamente reforzada por las tendencias de la moderna economía política. Por una parte, hay una oferta enorme de puestos oficiales, por el Estado; por otra parte, hay una demanda cada vez mayor, entre los ciudadanos. Esta demanda es estimulada por la precariedad, siempre creciente, de la situación de las clases medias (los pequeños fabricantes y comerciantes, los artesanos independientes, los granjeros, etc.), desde que apareció el capitalismo ex-propiativo en gran escala, por una parte, y de las clases trabajadoras organizadas, por la otra, pues ambos movimientos —lo quieran o no lo quieran— se combinan para perjudicar a las clases medias. Todos aquellos cuya existencia material es amenazada en esta forma por la evolución económica moderna, procuran encontrar puestos seguros para sus hijos, asegurarles una posición social que los ponga a cubierto del juego de las fuerzas económicas. Los puestos estatales, con el importante derecho a una pensión correspondiente a ese empleo, parecen

creados expresamente para aquellas necesidades. La inmensa demanda de puestos que resulta de estas condiciones, demanda siempre mayor que la oferta, crea el llamado «proletariado intelectual». Los números de este organismo están sujetos a fluctuaciones muy grandes. Periódicamente el Estado, en aprietos ante la demanda creciente de puestos, se ve en la obligación de abrir las compuertas de sus canales burocráticos para admitir a millares de nuevos postulantes y transformar así a éstos de peligrosos adversarios en defensores y partidarios celosos. Hay dos clases de intelectuales. Una es la de los que han logrado conquistar un puesto en el pesebre del Estado, en tanto que la otra es la de quienes, como bien lo dice Scipio Sighele, Kan asaltado la fortaleza sin lograr introducirse en ella[1]. Podemos comparar a los primeros con un ejército de esclavos siempre listos, en parte por egoísmo de clase, en parte por motivos personales (el miedo de perder las propias posiciones), para asumir la defensa del Estado, que les da de comer. Hacen esto cualquiera sea la cuestión relativa al Estado que haya sido atacada y entonces quieren que se los considere como sus defensores más legales. Los otros, en cambio, son enemigos jurados del Estado. Son esos espíritus eternamente incansables que conducen la oposición burguesa y en parte también asumen el liderazgo de los partidos revolucionarios del proletariado. Es verdad que la burocracia estatal por lo general no crece tan rápidamente como los elementos descontentos de la clase media. Sin embargo, la burocracia crece constantemente. Llega a tomar la forma de un tornillo sin fin. Crece y cada vez es menos compatible con el bienestar general. Y, sin embargo, esta maquinaria burocrática sigue siendo esencial. Solo mediante ella es posible satisfacer el reclamo de puestos seguros por parte de los miembros educados de la población. Además, es un medio de autodefensa para el Estado. Tal como lo expresó el extinto Amilcare Puviani, de la Universidad de Perusa, experto en economía política a quien tanto debemos por una obra importante acerca de la leyenda del Estado, el mecanismo de la burocracia es el fruto de una reacción que protege el derecho de propiedad cuya base legal es débil, y es un antídoto para el despertar de la conciencia pública[2].

El partido político tiene muchos rasgos comunes, de éstos, con el Estado. Así, el partido donde el círculo de las élites está restringido

por demás, o donde, en otras palabras, la oligarquía se compone de un número demasiado pequeño de individuos, corre el riesgo de ser barrido por las masas en un momento de efervescencia democrática. Por eso el partido moderno, como el Estado moderno, procuran a su propia organización la base más amplia posible de individuos. Así sobreviene la necesidad de una burocracia fuerte, y estas tendencias se ven reforzadas por el aumento de las tareas impuestas por la organización moderna.

A medida que aumenta el partido burocrático sufren un debilitamiento inevitable dos elementos que constituyen los pilares esenciales de toda concepción socialista: la comprensión de las metas culturales más amplias y más ideales del socialismo, y la comprensión de la multiplicidad internacional de sus manifestaciones. El mecanismo llega a ser un fin en sí mismo. Disminuye la capacidad para comprender con exactitud las peculiaridades y las condiciones de existencia del movimiento laborista en otros países, en la misma proporción que adquieren pleno desarrollo las organizaciones nacionales. El estudio de las críticas mutuas de la prensa socialista internacional muestra palmariamente esto. En los días del llamado «socialismo de los emigrados», los socialistas se entregaban a una política excelsa de principios inspirada por los criterios clásicos del internacionalismo. Casi todos ellos eran —si cabe usar el término— especialistas en este terreno cada vez más general y cada vez más amplio. El curso entero de sus vidas, los ágiles cambios de ideas en las noches ociosas, el codearse continuamente con hombres de las más diferentes lenguas, el aislamiento forzado del mundo burgués de sus respectivos países, y la imposibilidad completa de toda acción «práctica», todo eso ha contribuido a este resultado; pero en la misma proporción que en sus propios países se abren vías de actividad para los socialistas, al principio para agitación, y pronto para un trabajo positivo y constructivo, cada vez aparta más su atención de los principios inmortales, el reconocimiento de las demandas de la vida cotidiana del partido. Su visión gana en exactitud, pero pierde en dimensión. Cuanto más hilanderos, zapateros y escoberos puede ganar el líder laborista para su gremio, cada mes; cuanto más versado está en los tediosos detalles del seguro contra accidente y enfermedad; cuanto mayor industriosidad

puede demostrar en las cuestiones especializadas de inspección de fábricas y de arbitrajes en conflictos gremiales; cuanto mejor puede conocer el sistema de fiscalizar el monto de compras individuales en tiendas cooperativas, y los métodos para el control de consumo de gas municipal, tanto más difícil le es conservar un interés general en el movimiento laborista; aun en el más restringido sentido del término. Como consecuencia de inevitables leyes psicológicas, no encontrará tiempo ni tendrá probablemente inclinación al estudio de los grandes problemas de la filosofía de la historia, y tanto más falso será su juicio de las cuestiones internacionales. Al mismo tiempo se inclinará cada vez más a considerar «como incompetentes, intrusos o inexpertos» a todos los que quieren juzgar las cuestiones con algún enfoque superior al puramente técnico; se inclinará a negar el buen sentido, y aun el socialismo, de todos los que deseen combatir en otro terreno y por otros medios que los que él conoce dentro de su estrecha esfera de especialista. Esta tendencia hacia una especialización exclusiva y absorbente, hacia el renunciamiento a toda perspectiva de largo alcance, es una característica general de la evolución moderna. Con el aumento continuo de las adquisiciones de la investigación científica muere el polígrafo. Toma su puesto el autor de monografías. Ya no existe el zoólogo universal, y tenemos en cambio ornitólogos y entomólogos; y en verdad estos últimos se subdividen aún más en lepidopterólogos, coleopterólogos y mirmecólogos.

A aquellos mismos «suboficiales» que ocupan los grados inferiores de la burocracia partidaria, cabe aplicarles lo que Alfred Weber dijo de la burocracia en general en el congreso de *Verein für Sozialpolitik*, en Viena en 1909. La burocracia es el enemigo jurado de la libertad individual y de toda iniciativa audaz en materia de política interna. La dependencia de autoridades superiores, característica del empleado medio, suprime la individualidad y da a la sociedad donde predominan los empleados, un sello estrecho de pequeños burgueses y filisteos. El espíritu burocrático corrompe el carácter y engendra pobreza moral. En toda burocracia observamos una cacería de puestos, una manía por el ascenso, y obsequiosidad hacia aquellos de quienes dependen los ascensos; hay arrogancia hacia los inferiores y servilismo hacia los superiores. Wolfgang Heine, uno de los más osados defensores de la libertad personal e

intelectual de los miembros, dentro del partido socialista alemán, siempre en la brecha para denunciar «la tendencia a la burocracia y a la supresión de la individualidad», en su lucha contra la burocracia socialista, llega al extremo de referirse al horrible ejemplo del estado prusiano. Es verdad, dice, que Prusia es gobernada de acuerdo con principios homogéneos, y por una burocracia que bien puede ser considerada como modelo en su género; pero no es menos cierto que el estado prusiano, precisamente por sus características burocráticas, a pesar de sus triunfos externos, es esencialmente retrógrado. Cuando Prusia produce algunas personalidades distinguidas, es incapaz de tolerar su existencia. La política prusiana tiende a degenerar cada vez más en un régimen mecánico y sin espíritu, que muestra una hostilidad ardiente contra todo progreso verdadero[3]. Bien podríamos decir que cuanto más se distingue notoriamente a una burocracia por su celo, por su sentido del deber y por su devoción, tanto más demostrará ser mezquina, estrecha, rígida y carente de liberalidad. Como todo sistema de centralización, la burocracia encuentra la manera de justificarse en la experiencia según la cual hace falta cierta unidad administrativa para la conducción rápida y eficiente de los asuntos. Muchísimas funciones, tales como encuestas estadísticas importantes, jamás pueden ser realizadas de manera satisfactoria en un sistema federal.

La forma del dominio ejercido por los líderes sobre la masa del partido socialista, ha experimentado numerosos cambios *parí passu* con cambios en la evolución histórica del movimiento laborista.

En Alemania la autoridad de los líderes, de acuerdo con las características de la nación y con la educación insuficiente de las masas, al principio tomó forma monárquica; hubo una dictadura. La primera organización laboral en suelo alemán fue la *Allgemeiner Deutscher Arbeiterverein* de Ferdinand Lassalle. Esta organización, fundada en 1873, perduró hasta 1875, cuando se unió a la sección intemacionalista y marxista del socialismo alemán, los *Eisenachers*. Creación personal de un hombre de extraordinaria fuerza de carácter, hasta en los menores detalles tuvo el sello de su personalidad. Alguien ha afirmado que la asociación de Lassalle fue fundada sobre el modelo de la *Nationalverein*, liga nacional alemana que tuvo mucha influencia en esa época. Quizás esto sea cierto

respecto de la base de la *Arbeiterverein*, pero podemos estar seguros de que no es verdad respecto de la cumbre. La *Arbeiterverein*, como la *Nationalverein*, eran sociedades unitarias cuyos miembros estaban dispersos por toda Alemania y no constituían ramas locales debidamente organizadas. La participación no era local sino nacional, y cada miembro dependía directamente de la organización central; pero mientras en la *Nationalverein* el ejecutivo central era una comisión de varios miembros, la *Arbeiterverein* era gobernada de manera autocrática por una sola persona —Ferdinand Lassalle— quien ejerció, como lo hizo su sucesor, Johann Baptist von Schweitzer, un poder comparable al del duce de la República Veneciana, como presidente del partido de los trabajadores alemanes, y aun con menos limitaciones, pues el poder del presidente no estaba, como el del duce, sujeto a ningún tipo de fiscalización por parte de instituciones oligárquicas. El presidente era monarca absoluto, y nombraba a los funcionarios subordinados, los plenipotenciarios y aun su sucesor, según su sola voluntad. Mandaba, y los demás tenían que obedecer. Esta estructura de la organización no fue solo el fruto de las cualidades personales de Lassalle, de su insaciable afán de poder, y de ese carácter egocéntrico que lo hizo, pese a su genio, tan mal juez de los hombres; correspondió también a su concepción teórica del propósito de toda organización partidaria. En su famoso discurso de Ronsdorf dijo: «Dondequiera que he estado oí de los trabajadores expresiones de opinión que podrían ser resumidas así: “Debemos hacer de nuestras voluntades un único martillo, y poner ese martillo en manos del hombre cuya inteligencia, carácter y buena voluntad nos merezcan la confianza necesaria, para que pueda usar el martillo y golpear con él…”. Esos dos contrastes que nuestros estadistas han creído hasta hoy imposibles de unir, la libertad y la autoridad, cuya unión consideraron como la piedra filosofal, ¡esos contrastes están íntimamente unidos en nuestra *Verein*, que así representa en miniatura el venidero orden social!». De esta manera, a los ojos del presidente, su dictadura no era simplemente una triste necesidad temporaria impuesta a las organizaciones combativas, sino que la dictadura era el fin último del movimiento laboral. En los días de Lassalle, el movimiento laboral en Alemania todavía era débil, y —como un niño pequeño— tenía mucha necesidad de la

guía paterna. Cuando el padre iba a morir tomó las disposiciones testamentarias para darle un guardián (pues el movimiento laborista alemán aún podía ser objeto de disposiciones testamentarias). Después de la muerte de Lassalle el poder ejecutivo, la quintaesencia (si nos está permitido usar el término) de la estructura del joven movimiento laborista continuó a la disposición más absoluta de una sola persona: Schweitzer. Esta tendencia autoritaria era fruto, no tanto de la necesidad histórica del momento, sino de las tradiciones y de las peculiaridades raciales de la sangre alemana. Con el transcurso del tiempo estas características se han atenuado notablemente por obra de la democracia teórica y práctica, y por las cambiantes necesidades del caso; sobre todo, por la aparición de un socialista típico del sur, menos rígido que el de Prusia y Sajonia, y celoso de su propia autonomía; pero la tendencia no ha desaparecido ni puede desaparecer.

Mientras se constituía en Alemania, de este modo, la organización de la masa de los prosélitos de Lassalle, los líderes de la Asociación Internacional adoptaron una forma diferente de organización. La Asociación Internacional de Trabajadores se caracterizaba por los celos mutuos de las diversas secciones nacionales, y esto era un obstáculo poderoso en el camino de toda tendencia hacia la dictadura. Así nació en Londres el Consejo General, autoridad suprema de la Internacional, constituido por un puñado de miembros que pertenecían a los diferentes países representados en la organización; pero los poderes de este ejecutivo, en muchos aspectos estuvieron menos restringidos que los del presidente de la *Allgemeiner Deutscher Arbeiterverein*. El Consejo General prohibió a las asociaciones afiliadas que eligieran presidente, pues consideraba que esto era contrario a los principios democráticos. Sin embargo, en todo cuanto le concernía, afirmó con orgullo, por toca de sus miembros más conspicuos, que la clase trabajadora había descubierto ahora un «líder común»[4]. De entre sus miembros designó los funcionarios necesarios para la conducción general de sus tareas, tales como un tesorero, un secretario general y los secretarios correspondientes a los diferentes países; tampoco vaciló, en algunas circunstancias, en asignar diversas funciones a una misma persona. Engels, aunque era

alemán, fue durante algún tiempo secretario de cuatro países diferentes: España, Italia, Portugal y Dinamarca[5]. Cabe agregar que el cargo de secretario tenía prerrogativas importantes, tales como el derecho de reconocer secciones recién constituidas, el derecho a otorgar o negar subsidios pecuniarios y el arbitraje de los conflictos entre camaradas. Es incuestionable que durante varios años el Consejo General estuvo sujeto a la férrea voluntad de un único hombre: Karl Marx, en todo lo que a las manifestaciones más importantes, prácticas y teóricas, se refiere. El conflicto en el Consejo General, entre la oligarquía *de jure* y la monarquía *de facto* fue la causa íntima de la rápida declinación de la Vieja Internacional. El Consejo General, y especialmente Marx, fueron acusados de ser la negación del socialismo porque, decían, en su desastroso afán de poder habían introducido el principio de autoridad en la política de los trabajadores[6]. Al principio estas acusaciones provenían de fuera, desde los grupos que no estaban representados en el Consejo General: los acusadores fueron Bakunin, los italianos y los jurásicos. En el congreso de La Haya en 1872, los «autoritarios», con el uso de los medios característicos de sus tendencias (la pesca de votos, la convocatoria al congreso en una ciudad casi inaccesible para algunos de los adversarios y totalmente inaccesible para otros)[7], obtuvieron una victoria completa sobre los antiautoritarios. No pasó mucho tiempo antes de que se levantaran voces dentro del propio Consejo para censurar el espíritu de la autocracia. Marx fue abandonado por casi todos sus viejos amigos. Los blanquistas franceses se apartaron de él ostensiblemente cuando transfirió de manera arbitraria el Consejo General a Nueva York. Odger y Lucraft, dos líderes influyentes de los gremios ingleses, que eran miembros del Consejo General, discutieron con Marx porque no habían sido consultados acerca del manifiesto en favor de la comuna de París, donde aparecían sus firmas. Los refugiados alemanes en Inglaterra, Jung y Eccarius, declararon que era imposible trabajar con personas tan dictatoriales como Marx y Engels. Así destruyeron los oligarcas la monarquía incipiente.

En 1889 fundaron la llamada Nueva Internacional. Los partidos socialistas de los diversos países accedieron a celebrar deliberaciones comunes, y a reunirse periódicamente en congresos

para ese propósito. Desde entonces la «idea del internacionalismo» (para citar una frase empleada por Jaeckh) sufrió una transformación. La Vieja Internacional había actuado según el sistema de la mayor centralización posible del proletariado internacional, «para poder así poner en el platillo de la balanza todo el poder organizado de la clase trabajadora, en cualquier lugar donde la lucha económica de clases fuera especialmente activa»[8]. La Nueva Internacional, en cambio, tomó la forma de un sistema muy laxo, una unión de elementos extraños entre sí; estos elementos eran organizaciones nacionales de una forma muy rígida, confinado cada uno dentro de los límites de su propio Estado. En otras palabras, la Nueva Internacional es una confederación de estados autónomos, y carece de organización unitaria y homogénea. La Vieja Internacional era una dictadura individual, disfrazada de oligarquía. La Nueva Internacional podría ser comparada con los viejos Estados Generales de los Países Bajos; es una república federal que consta de diversas oligarquías independientes. El Consejo General de Londres era todopoderoso. El moderno *Secrétariat Socialiste International*, con asiento en Bruselas, no es nada más que una oficina para el intercambio de cartas, desprovista de toda autoridad. Es verdad que los congresos internacionales socialistas a veces han dado la oportunidad para que algunas oligarquías nacionales poderosas y profundamente concienzudas, intentaran usurpaciones en el campo internacional. Así, en particular, la democracia social alemana, obligada a actuar a la defensiva en el congreso de Stuttgart en 1907, procuró, y no sin buen éxito, imponer a otros partidos socialistas sus propias tácticas: el revolucionarismo verbal originado en las condiciones peculiares de Alemania[9]. La unificación internacional de tácticas siempre estuvo limitada por las cambiantes necesidades de las diferentes oligarquías nacionales. En otras palabras, mientras siguen siendo posibles las supremacías nacionales en la Internacional socialista contemporánea, ya no es posible que el partido socialista de un país ejerza una verdadera hegemonía sobre los otros partidos nacionales. El temor de ser dominado aumenta en cada partido nacional, en la misma proporción que logra su firme establecimiento, consolida su existencia y se hace independiente de otros partidos socialistas. La concentración internacional es impedida por la competencia de

otras concentraciones nacionales. Todos los partidos nacionales están en guardia para evitar que otros extiendan su esfera de influencia[10]. El resultado es que la eficiencia internacional de las resoluciones votadas en los congresos internacionales es casi insignificante. En el congreso socialista internacional de Amsterdam, en 1904, el belga Anseele aclaró que no se consideraba atado por un voto internacional que prohibía a los socialistas participar en los gobiernos burgueses[11]. Así también Vollmar, con aprobación de los alemanes, al hablar en el congreso socialista internacional de Stuttgart en 1907 repudió toda interferencia, por parte de los franceses, en la política militar de los socialistas alemanes, y protestó de antemano contra toda resolución internacional que pretendiera reglamentar la conducta de los socialistas de cualquier país, en caso de guerra[12]. Considerados desde muy cerca, los congresos socialistas internacionales tienen un aspecto similar al de los pequeños principados alemanes del siglo XVIII, consistentes en asambleas de nobles, eclesiásticos y algunos burgomaestres cuya preocupación especial era evitar ceder al príncipe una pizca de sus «libertades», es decir, de sus privilegios peculiares. Del mismo modo, los diversos partidos socialistas alemanes, en los congresos internacionales, defienden con máximo celo todas sus prerrogativas y sus particularismos nacionales, determinados a no ceder un palmo de terreno en favor de Su Majestad la Internacional.

Las oligarquías nacionales solo están dispuestas a reconocer la autoridad de las resoluciones internacionales, cuando mediante una apelación a la autoridad de la Internacional pueden sofocar a una facción fastidiosa dentro de su propio partido. A veces los líderes de la minoría suscriben una bula internacional para certificar la pureza de sus sentimientos socialistas, en contraste con los de la mayoría, a quienes acusan de heréticos. Otras veces, en cambio, son los líderes de la mayoría quienes procuran, en el campo internacional, obtener una victoria sobre los líderes de la minoría, a quienes no han podido someter dentro de los límites de su organización nacional. Un ejemplo típico del primer caso lo tenemos en la acción de la minoría guesdista, en el congreso de Amsterdam de 1904, donde se esforzó por desacreditar las ideas de su gran primo Jaurès en cuestiones de política interna. La maniobra demostró ser eficaz pues

los guesdistas lograron uncir a Jaurès a su carro, y retenerlo prisionero en las apretadas filas del partido francés unificado. Un ejemplo de la se forma de acción nos lo da la conducta de los partidos socialistas italiano y alemán, al apelar a las decisiones de los congresos internacionales (París, 1889; Zurich, 1893; Londres, 1895) para librarse de sus facciones antiparlamentarias y anarquistas.

Junto a esta descentralización internacional vemos hoy una centralización nacional vigorosa. Sin embargo, debemos poner ciertas limitaciones a esta generalización.

En el movimiento laborista moderno, dentro de los límites de las organizaciones nacionales, vemos tendencias de descentralización, que actúan junto a las centralizadoras. La idea de descentralización avanza constantemente, junto con una rebelión contra la autoridad suprema del ejecutivo central; pero sería grave error imaginar que estos movimientos centrífugos son el fruto de las tendencias democráticas de las masas, o que están maduras para la independencia. Su causa tiene en realidad un carácter opuesto. La descentralización es la obra de una minoría compacta de líderes quienes, obligados a subordinarse al ejecutivo central del partido en un todo, prefieren retirarse a sus propias esferas locales de acción (estado menor, provincia o comuna). El grupo de líderes que se encuentra en minoría no tiene amor por la centralización nacional fuerte. Por ser incapaz de gobernar todo el país, prefiere gobernar su casa, pues considera que es mejor reinar en el infierno que servir en el paraíso. Vollmar, por ejemplo, que tanta influencia tiene en su propia tierra —ha sido llamado el rey sin corona de Bavaria— no puede consentir en desempeñar un papel secundario en la organización nacional alemana. ¡Antes será primero en Munich, que segundo en Berlín!

La voz de orden de la mayoría es la centralización, en tanto que la de la minoría es la autonomía. Los de la minoría, para lograr sus objetivos, están obligados a trabarse en una lucha que a menudo adquiere el aspecto de una auténtica lucha por la libertad, y esto se refleja en la terminología de los líderes, que se declaran en guerra contra una nueva tiranía. Cuando los líderes de la minoría se sienten excepcionalmente fuertes llevan su audacia al punto de tratar de negar el derecho de existencia de la mayoría, representada

por el ejecutivo central. En el congreso socialista italiano de Imola en 1902, el líder de los reformistas italianos, Filippo Turati, se unió a sus amigos para formular una propuesta formal de suprimir el ejecutivo central. Decía que era necesario sustituir esta institución arcaica, dictatorial y decrépita, por la autonomía completa de las organizaciones locales o, al menos, reemplazarla por un organismo meramente administrativo y ejecutivo de tres empleados especialistas. Agregaba que era una forma de jacobinismo querer gobernar todo el partido desde arriba. Los adversarios de esta concepción democrática aportaron un argumento eficaz, al señalar que si el ejecutivo central fuera abolido, los diputados parlamentarios seguirían siendo los únicos amos incontrolados del partido. En consecuencia, siempre que fuera necesario emprender la acción sobre alguna cuestión urgente, cuando faltara tiempo para remitirse a una referencia directa del partido en su totalidad, sería el grupo parlamentario quien decidiera la línea de conducta, al deducir su autoridad, no del partido, sino del electorado. Si aceptamos la hipótesis de que puede existir una verdadera democracia dentro del partido, la tendencia a la subdivisión de poderes es incuestionablemente antidemocrática, en tanto que, por lo contrario, la centralización es la mejor manera de dar validez indudable a la voluntad de las masas. Desde este punto de vista, Enrico Ferri tenía razón cuando dijo a los reformistas que la abolición del ejecutivo central propuesta, sería equivalente a la supresión de la soberanía de los miembros en general, pues el ejecutivo es la expresión legítima de la voluntad de la masa, y los congresos del partido son quienes le otorgan sus derechos.

Este movimiento de descentralización que se manifiesta dentro de varios partidos socialistas nacionales, no está en pugna con el principio esencial de oligarquía. La minoría opositora, que ha tenido buen cuidado de sustraerse al control del ejecutivo central, actúa dentro de su propia esfera de dominio para constituirse en un poder centralizado, tan libre de restricciones como aquel contra el cual lucha. De este modo los movimientos que venimos considerando representan nada más que un intento por repartir la autoridad, y por dividir las grandes oligarquías en cierto número de oligarquías menores. En Francia y en Inglaterra todos los diputados socialistas procuran llegar a ser lo más independientes posible del

ejecutivo central de su partido, al ocupar la posición suprema de su organización local. En Alemania podemos observar un proceso similar, donde la persistencia de numerosos estados pequeños, independientes, y gobernado cada uno por su propio parlamento, ha impedido hasta ahora la unificación constitucional y administrativa del partido en todo el país, y ha favorecido mucho las tendencias descentralizadoras. Como consecuencia de este estado de cosas, encontramos en Alemania que todos los partidos de las provincias, desde Bavaria hasta Hesse, desean autonomía, e independencia del ejecutivo central de Berlín; pero esto no impide que cada uno de ellos ejerza una autoridad centralizada dentro de su propio dominio.

Estas corrientes descentralizadoras del socialismo alemán, y más especialmente las del sur alemán, son enemigas de la centralización solo en la medida que se refiere al ejecutivo central de Berlín, en tanto que en sus propias esferas resisten al federalismo con máximo empeño. Su oposición a la centralización berlinesa toma la forma de un deseo de conservar la independencia financiera de la tesorería central, por parte de los partidos locales. En el congreso de Schweinfurt en 1906, Ehrhart, diputado socialista de la dieta bávara, dijo: «Hemos llegado a esto: el ejecutivo central tiene la administración del dinero que va a Berlín, pero somos nosotros quienes tenemos que decidir cómo gastaremos el dinero que guardamos aquí»[13]. Hugo Lindenmann, de Wurtemberg, uno de los adversarios más ardientes de la prusianización del partido, y abogado del federalismo, ha declarado que es indeseable agotar las finanzas locales de las provincias alemanas del sur en favor de la tesorería central de Berlín, donde el ejecutivo siempre se inclina hacia una política avara de atesorar dinero.

Las luchas dentro de los partidos democráticos modernos, por estos problemas de centralización contra descentralización, tienen mucha importancia científica desde distintos puntos de vista. Sería un error negar que brindan un repertorio notable de consideraciones teóricas, quienes abogan por una u otra tendencia, y circunstancialmente formulan referencias válidas a concepciones morales. Sin embargo, debemos quitarnos de la mente la idea de que la lucha es realmente una lucha en favor o en contra de la oligarquía, en favor o en contra de la soberanía popular, o de la

soberanía de las masas partidarias. La tendencia a la descentralización del gobierno del partido, la oposición a la centralización internacional (a la autoridad de largo alcance de los congresos, comisiones y oficinas internacionales) o a la centralización nacional (a la autoridad de los ejecutivos partidarios), nada tienen que hacer con el deseo de más libertad individual.

Podemos justificar la tendencia democrática por razones prácticas, y en particular por diferencias en la situación económica o social de las clases trabajadoras en los diversos distritos, o por otras peculiaridades locales.

Las tendencias a la autonomía local, provincial o regional son, en realidad, el fruto de diferencias reales e inevitables del medio. En Alemania, los socialistas del sur se sienten divididos como por un océano de sus camaradas del norte. Reclaman los derechos de autogobierno y participación en el gobierno, porque viven en países donde el parlamentarismo ya tiene una historia gloriosa que viene desde hace más de un siglo, en tanto que Prusia sigue profundamente imbuida con el espíritu autoritario y feudal. También los reclaman porque en el sur la agricultura corresponde todavía, predominantemente, a un sistema de pequeños propietarios, en tanto que en las provincias alemanas del centro y del este predominan las fincas y heredades extensas. El resultado es que las diferencias de clase, con las diferencias correspondientes de perspectiva mental, son menos notorias en el sur que en el norte, y así también la oposición a los socialistas tiene distinto carácter en las dos regiones. En las luchas entre los líderes del norte y los del sur, dentro del partido socialista, luchas que son a veces ardientes y por momentos muy violentas, cada sector formula la misma acusación contra el otro: declara que pertenece a un país donde la civilización está relativamente atrasada, y cuyas concepciones teóricas son arcaicas. Los socialistas del norte afirman que los del sur viven todavía en un medio de pequeña burguesía, pacífico y pastoril, en tanto que ellos mismos, en una tierra de fábricas de gran escala, representan lo futuro. Los hombres del sur replican orgullosos que son ellos quienes viven en condiciones que sus camaradas del norte aún no han alcanzado, al haber abolido los latifundios y suprimido la clase de los *junkers*.

Diferencias ambientales semejantes dividen a los socialistas italianos. Allí también los socialistas del sur piden autonomía completa, pues afirman que la base teórica del socialismo en el sur es diferente de la del norte. Dicen que en el antiguo reino de Nápoles las condiciones reales de producción y distribución no son tales que establezcan una distinción definida entre las dos clases que, según el socialismo clásico, están en lucha en todas partes. En consecuencia, la introducción de la propaganda revolucionaria marxista en esta zona predicaría contra el socialismo, no solo contra los grandes y medianos terratenientes, sino también contra los pequeños propietarios. Mientras los socialistas de la llanura del Po se oponen ardientemente a un impuesto al grano, porque esto aumentaría el costo de la vida para las masas trabajadoras aglomeradas en las grandes ciudades, los socialistas del sur han declarado en varias ocasiones que están en favor del sistema proteccionista actual, porque su supresión traería una crisis de la producción en una zona donde tanto los proletarios como os empleados viven de la agricultura. Asimismo en el norte, donde predomina la industria fabril, los socialistas reprueban la campaña de Trípoli en tanto que en el sur, donde la mayor parte son agricultores, hay un sentimiento entusiasta en favor de la expansión territorial. Además de estas razones, que podríamos llamar intrínsecas, porque provienen de diferencias objetivas entre el norte y el sur, encontramos que surge una oposición entre los socialistas de las dos zonas, por la actitud del gobierno en las respectivas secciones. El gobierno italiano es ambiguo: liberal en el norte, pero a menudo todo lo contrario en el sur, donde casi todo está en manos de círculos locales que son los vínicos árbitros en épocas de elecciones, en una región donde los votantes están dispersos. En el año 1902, cuando Giolitti estaba en el poder, esta actitud doble del gobierno dio origen a una grave diferencia dentro del partido socialista, pues los socialistas del norte no disimulaban su ardiente deseo de participar en el gobierno, en tanto que los del sur (aunque sus tendencias eran más bien reformistas que revolucionarias) lo atacaban enérgicamente. De este modo, como lo hemos demostrado *in extenso*, las diversas tendencias hacia la descentralización, que se manifiestan en casi todos los partidos nacionales, aunque alcanzan para evitar la formación de una única oligarquía gigante,

determinan la creación de muchas oligarquías pequeñas, cada una de las cuales no es menos poderosa dentro de su propia esfera. El predominio de la oligarquía en la vida partidaria sigue siendo indestructible.

ROBERT MICHELS (9 de enero de 1876, Colonia - 2 de mayo de 1936, Roma) fue un sociólogo y politólogo alemán, especializado en el comportamiento político de las élites intelectuales. Es mejor conocido por su libro *Los partidos políticos* (1911), que contiene una descripción de su «ley de hierro de la oligarquía». Fue estudiante de Max Weber.

Notas

[1] El lector podrá encontrar esfuerzos detallados por resumir y reformular la teoría de Michels en función de hallazgos posteriores en las siguientes fuentes: Philip Selznick, «An Approach to a Theory of Bureaucracy», *American Sociological Review*, 1943, págs.
47-54
; James Burnham, *The Machiavellians*, Nueva York: The John Day Co., 1943, págs.
135-70
; C. W. Cassinelli, «The Law of Oligarchy», *American Potitical Science Review*, 47, 1953, págs.
773-84
, y S. M. Lipset, «The Political Process in Trade Unions: A Theoretical Statement», en M. Berger, C. Page y T. Abel, recs., *Freedom and Control in Modern Society*, Nueva York: D. Van Nostrand Co., 1954, págs.
82-124
. < <

[2] Las hipótesis de Michels relativas a la «incompetencia de las masas» coinciden bastante con las de Lenin, quien justificaba su convicción en la necesidad de un partido elitista de revolucionarios profesionales que condujera a las masas hacia el socialismo, al describirlas como «adormecidas, apáticas, obstinadas, inertes e inactivas». V. I. Lenin, *Left Wing Communism: An Infantile Disorder*, Nueva York: International Publishers, 1940, págs.
74-75
. Un aporte de pruebas más recientes relativas a la propensión de los postergados a confiar en líderes fuertes y a participar menos en las actividades políticas, podrá encontrar el lector en S. M. Lipset, *Political Man*, Nueva York: Doubleday and Co., 1960, págs.
97-130
,
179-219
. < <

[3] Los editores de *Dissent*, Irving Howe y Lewis Coser descubren así que pueden citar *Los partidos políticos* para describir cambios en el movimiento comunista. «A medida que aumenta la burocracia partidaria —escribe Robert Michels en su estudio clásico del socialismo de comienzos del siglo XX—, sufren un debilitamiento inevitable dos elementos que constituyen los pilares esenciales de toda concepción socialista: la comprensión de los fines más amplios y más culturales del socialismo, y la comprensión de la multiplicidad internacional de sus manifestaciones. El *mecanismo* se transforma en un *fin en sí mismo*». Con estas frases brillantes Michels anticipa la curva fundamental del desarrollo histórico desde el leninismo hasta el movimiento stalinista.

The American Communist Party. A Critical History, Boston: Beacon Press, 1957, pág. 501. < <

[4] Tal como lo ha anunciado Milovan Djilas, lugarteniente de Tito en Yugoslavia, «la revolución comunista, conducida en nombre de la abolición de las clases, ha determinado la autoridad más completa de toda clase única nueva. Todo lo demás es ilusorio y simulado». *The New Class. An Analysis of the Communist System*, Nueva York: Frederick A. Praeger, 1957, pág. 36. < <

[5] Hace unos diez años comprobé el efecto notable que suele tener sobre los socialistas la lectura de *Los partidos políticos*. Un líder de un partido socialista democrático de la América latina, a quien mostramos el libro cuando era estudiante de un curso de sociología política, me dijo que había adquirido diez ejemplares y los había enviado a diversos dirigentes de su partido. Pensaba que Michels debía ser lectura obligada de todos los socialistas. <<

[6] Vea el lector S. M. Lipset, M. Trow y J. Coleman, «O demokracji zwiqzkowej», *Zeszty teoretyczno-polityczne*,
1-2
,
44-45
, 1958, págs.
111-24
. La versión original inglesa de este capítulo aparece como capítulo 18 de *Union Democracy*, Glencoe: The Free Press, 1956, reimpresa en rústica por Doubleday-Anchor, 1962. En este capítulo el autor se empeña en demostrar que el totalitarismo es inevitable ante la ausencia de todo freno institucionalizado al poder político, y de grupos de oposición legítima. < <

[7] Consulte el lector a Szymon Chodak, «Roberta Michelsa Socjologia Niemieckiej Socjaldemokracji» («Sociología de la democracia social alemana de Robert Michels»), *Studia Socjologiczno Polityczne*, 1, 1958, págs. 123-62. El sumario inglés de este artículo termina así: «Este trabajo constituye el punto de partida de una nueva rama de la ciencia: la sociología de los partidos, y también del análisis del proceso de desarrollo, sus tipos estructurales y la naturaleza de los miembros del partido…», pág. 162. Más recientemente, el mismo sociólogo polaco Szyman Chodak publicó un estudio en un volumen, «Systemy Party Jne Europy Zachodniej» («Sistemas partidarios de Europa occidental»), *Studia Socjologiczno Polityczne*, 9, 1961, págs. 7-255. Este estudio contiene una crítica interesante y completa de Michels, que destaca que ha definido la inexistencia de la democracia, y que trata de presentar los factores que determinan variaciones en los tipos de las estructuras y prácticas partidarias. <<

[8] Sigmund Neumann, rec., *Modern Political Parties*, Chicago: University of Chicago Press, 1956, pág. 405. < <

[9] Vea el lector J. P. Mayer, *Max Weber and German Politics*, Londres: Faber and Faber, 1956, págs.
81-83
; también Max Weber, *The Theory of Social and Economic Organization*, Nueva York: Oxford University Press, 1947, pág. 408. Para un análisis de las relaciones personales entre Weber y Michels consulte a H. H. Gerth y C. W. Mills, *From Max Weber: Essays in Sociology*, Nueva York: Oxford University Press, 1946, págs.
19-21
. Michels fue despojado de un puesto académico en Alemania por ser miembro del partido socialista democrático, y Weber reaccionó violentamente contra esto. <<

[10] James Bryce, *Modern Democracies*, Nueva York: The Macmillan Co., 1921, vol. II, pág. 546. < <

[11] Maurice Duverger, *Political Parties*, Londres: Methuen, 1954, esp. págs. 134, 169 y
151-82
. < <

[12] Robert McKenzie, *British Political Parties*, Londres: William Heinemann, 1955, pág. 15. En realidad, la teoría de Michels es la única que fuera objeto de síntesis y análisis posteriores. < <

[13] *Ibid.*, pág. 587. < <

[14] *Unions and Union Leaders of Their Own Choosing*, Nueva York: The Fund for the Republic, 1957, pág. 12. Las pruebas que demuestran las tendencias oligárquicas de estos grupos aparecen sintetizadas en varias obras. El sociólogo Bernard Barber dice: «Cualesquiera sean los intereses que representa una organización particular, encontramos una minoría activa en su conducción». «Participaron and Mass Apathy in Associations», en Alvin W. Gouldner, rec., *Studies in Leadership*, Nueva York: Harper and Brothers, 1950, pág. 584. Barber llega a señalar la forma en que opera la oligarquía en diversos grupos. «En 1919 un grupo pequeño fundó la legión americana, que sigue dirigida por una oligarquía que se perpetúa…», y cita pruebas relativas a esquemas similares en organizaciones fraternales, cooperativas de consumidores y otros grupos. Para el estudio de puntos similares que elaboran y citan pruebas relativas a la oligarquía en muchos grupos, tales como la National Association of Manufacturers y la American Medical Association, vea el lector, David Truman, *The Governmental Process*, Nueva York: Alfred A. Knopf, 1958, esp. págs.
129-210
. En otro estudio de los hechos que apoyan la tesis de Michels de que la burocracia domina la organización, Peter Blau señala los diversos estudios que analizan la forma en que los directores de las corporaciones dirigen su política sin tomar en cuenta los deseos de los accionistas. Tal como él lo indica, en casi todas las corporaciones el accionista tiene «la misma capacidad de elegir en las elecciones, que tiene el ciudadano de un estado totalitario. Casi no tiene modo alguno de oponerse a la conducción existente…» *Bureaucracy in Modern Society*, Nueva York: Random House, 1956, pág. 108. En el caso de grupos financieros vemos un ejemplo importante en la forma en que la burocratización y el baluarte de la oligarquía llevan a una situación donde los propósitos admitidos de la institución, y los intereses específicos de sus miembros (accionistas) son subvertidos para apoyar la «necesidad» de que los administradores manejen una organización siempre creciente. Las corporaciones reinvierten constantemente capital, en lugar de distribuir dividendos óptimos. Un excelente estudio de lo que fuera

una de las denominaciones religiosas menos centralizada de los Estados Unidos, la American Baptist Convention, revela que las hipótesis de Michels también son válidas dentro de este grupo, que es una organización muy burocrática, y que la conducción central tiene mucha autoridad sobre las actividades y la política. Y «el esfuerzo… por estabilizar el problema de coordinación del organismo determina que los propósitos originales sean desplazados por los métodos del procedimiento burocrático. "Así, la organización se transforma en un fin en lugar de un medio"». Véase Paul M. Harrison, *Authority and Power in the Free Church Tradition*, Princeton: Princeton University Press, 1959, pág. 136. La cita de Harrison proviene de *Los partidos políticos*. <<

[15] «Las investigaciones sobre la conducta de gremios ingleses y norteamericanos han confirmado las conclusiones formuladas por Michels hace cincuenta años, acerca de organizaciones del continente: grupos que acaso abracen la causa de la democracia liberal, pueden llegar a ser, ellos mismos, en realidad, oligarquías conducidas en forma estricta». Douglas V. Verney, *The Analysis of Political Systems*, Londres: Routledge and Kegan Paul, 1959, págs. 155-56
. En su minucioso análisis del gobierno de los gremios norteamericanos, William Leiserson los describe como sistemas «unipartidarios». Señala que en la mayor parte de los gremios «las divisiones de facciones entre los miembros, en forma de partidos políticos, suelen ser consideradas, por lo general, como contrarias al sindicalismo. Contemplan como no esencialmente diferente de los ataques de adversarios exteriores, a la oposición organizada dentro de los gremios, contra los funcionarios elegidos para gobernarlos. Hay una presión avasalladora en favor de la unidad de la unanimidad». *American Trade Union Democracy*, Nueva York: Columbia University Press, 1959, pág. 75. < <

[16] Philip Selznick, «The Iron Law of Bureaucracy», *Modern Review*, 3, 1950, págs.
162-63
. < <

[17] Su artículo «An Approach to a Theory of Bureaucracy», «es, en gran parte, una gran reformulación de la teoría de Michels, con el propósito de llegar a una afirmación teórica que elimina algunos de sus presupuestos psicológicos dudosos». «The Iron Law of Bureaucracy», *op. cit.*, pág. 160. <<

[18] *Ibid.*, págs. 163-64. <<

[19] Hay una exposición general del problema en R. K. Merton, «The Unanticipated Consequences of Purposeful Social Action», *American Sociological Review*, 1, 1936, págs.
894-904
. < <

[20] Alvin Gouldner, cuando critica a muchos analistas sociológicos de la burocracia, porque exageran sus aspectos restrictivos sobre la libertad humana y la acción, se refiere al enfoque de Michels como «aún más morosamente pesimista que otros…». Consulte el lector «Metaphysical Pathos and the Theory of Bureaucracy» en S. M. Lipset y N. W. Smelser, recs., *Sociology: The Progress of a Decade*, Englewood-Cliffs: Prentice-Hall, 1961, pág. 86. < <

[21]*Towards the Understanding of Karl Marx*, Nueva York: John Day Co., 1933, pág. 312. Hay que advertir que aunque Hook sigue siendo socialista y criticando las conclusiones pesimistas de Michels, ya no se ajusta a esta crítica más o menos ortodoxa marxista. Sus opiniones más recientes aparecen en *Reason, Social Myths and Democracy*, Nueva York: John Day Co., 1940, págs. 119 y sigs., y *The Hero in History*, Boston: Beacon Press, 1955, págs.
240-45
. <<

[22] Nikolai Bukharin, *Historical Materialism*. A *System of Sociology*, Nueva York: International Publishers, 1923, págs.
309-11
. Este libro merece mucha más atención de la recibida hasta ahora. Representa el único esfuerzo completo de un marxista prominente por avenirse con las nuevas doctrinas de la teoría e investigación sociológica. Lamentablemente, desde que Bukharin fue asesinado por Stalin en 1936, por «bestia fascista y traidor», el movimiento comunista perdió todo interés en sus libros. Aunque la edición norteamericana fue reimpresa en 1934, los socialistas, y también otros, han perdido interés en un libro que fuera un texto fundamental del comunismo mundial.

Las *bastardillas* de las citas están todas en el texto original de Bukharin. <<

[23] Philip Selznick, *The Organizational Weapon: A* S *tudy of Bolshevik Strategy and Tactics*, Nueva York: McGraw-Hill Book Co., 1932, reimpreso por la Free Press of Glencoe, relaciona el enfoque de Lenin sobre las organizaciones, con la teoría sociológica contemporánea en la materia. < <

[24] Véase Reinhard Bendix, «Bureaucracy: The Problem and its Setting», *American Sociological Review*, 12, 1947, esp. págs. 493-95
. En su trabajo más reciente, Selznick elabora en detalle el efecto que las variaciones en la conducta de los dirigentes tienen sobre las formas en que responden estas organizaciones a su medio, y cambian en la propensión a alcanzar sus objetivos. Véase *Leadership in Administration*, Evanston: Row, Peterson and Co., 1957. < <

[25] Los artículos reimpresos en Amitai Etzioni, reo., *Complex Organizations*, Nueva York: Holt, Rinehart and Winston, 1961, y en R. K. Merton, A. P. Gray, B. Hockey y H. C. Selvin, recs., *Reader in Bureaucracy*, Glencoe: The Free Press, 1952, constituyen una buena muestra del tipo de trabajo realizado en este campo de la investigación. < <

[26] Algunos de los factores que determinan el número y tipo de partidos en los diferentes países, son analizados en S. M. Lipset, «Party Systems and the Representation of Social Groups», *European Journal of Sociology*, 1, 1960, págs.
50-85
. <<

[27] *Power in Trade Unions*, Londres: Longmans, Green and Co., 1954, pág. 15. < <

[28] *Ibid.*, pág. 63. < <

[29] Gouldner, *op. cit.*, pág. 88 < <

[30] Irving Bernstein, «John L. Lewis and the Voting Behavior of the C. I. O.», *Public Opinion Quarterly*, 5, 1941, págs.
233-49
. < <

[31] Harry Eckstein, «The Politics of the British Medical Association», *The Political Quarterly*, 20, 1955. págs.
345-59
; véase también Oliver Garceau, *The Political Life of the American Medical Association*, Cambridge: Harvard University Press, 1941, y Anonymous, «American Medical Association: Power, Purpose and Politics in Organized Medicine», *Yale Law Journal*, 63, 1954, págs.
938-1022
. < <

[32] Véase Joseph Goldstein. *The Government of British Trade Unions*, Londres: George Alien and Unwin, 1952, para el estudio detallado de las fuentes y la naturaleza de la oligarquía y la apatía de los miembros de ese gremio. < <

[33] *An Analysis of the Early German Socialist Movement*, M. A, Thesis: Department of Sociology, Columbia, University, 1951. <<

[34] Una encuesta de opinión pública llevada a cabo en septiembre de 1960, casi al mismo tiempo en que la mayoría de delegados al *Trades Union Congress* y a la *Labor Party Conference* apoyaba el programa izquierdista que auspiciaba el desarme unilateral por parte de Gran Bretaña, permitió establecer que solo el 16 por ciento de los miembros del gremio apoyaban la propuesta de que Inglaterra renunciara, en forma unilateral, a sus armas nucleares, en tanto que el 83 por ciento apoyaba la política de que Inglaterra conservara ese armamento hasta que otras potencias convinieran en el desarme. Véase Research Department, Odhem's Press, *Report on a Survey of Opinions Concerning Nuclear Disarmament*, Londres, 1960. Una encuesta llevada a cabo casi al mismo tiempo por la British Gallup Poll, acerca de los mismos problemas, demostró también poco apoyo (24 por ciento), entre los votantes laboristas, a un desarme unilateral (Gallup no discriminó los miembros del gremio en su informe). Véase *The Gallup Political Index*, Report n.º 9, septiembre, 1960. Ante estos resultados, quizá no deba sorprendemos que cuando los antiunilateralistas dentro de los gremios y del partido democrático formaran una organización (la campaña del socialismo democrático), para cambiar la política partidaria, pudieran modificar, en menos de un año, la política que aparentemente había tenido apoyo en la mayoría de las convenciones. <<

[35] Véase Daniel Bell, *The End of Ideology*, Glencoe: The Free Press, 1960, págs.
159-60
. Los resultados de la elección aparecen en las páginas
186-87
. <<

[36] Robert Michels, *First Lectures in Political Sociology*, Minneapolis: University of Minnesota Press, 1949, págs.
122-23
. Este libro contiene muchos de sus escritos de las décadas de 1920 y de 1930. < <

[37] *Ibid.*, pág. 131. La actitud de Michels hacia el Duce se parece mucho a los comentarios en defensa de Fidel Castro formulados por algunos de sus partidarios. < <

[38] Véase J. Schumpeter, *Capitalism, Socialism and Democracy*, Nueva York: Harper and Brothers, 1947, pág. 269; *From Max Weber: Essays in Sociology, op. cit.*, pág. 226. He estudiado y empleado este enfoque de la democracia en mi obra. Véase «Party Systems and the Representation of Social Groups», *op. cit.*, págs.
50-53
; *Political Man, op. cit.*, págs.
45-46
, y *Union Democracy, op. cit.*, págs.
405-12
. < <

[39] Véase Talcott Parsons, «Voting and the Equilibrium of the American Political System», en E. Burdick y A. Brodbeck, recs., *American Voting Behavior*, Glencoe: The Free Press, 1959, págs. 80-120
. < <

[40] Este concepto del poder democrático es elaborado por David Truman, *op. cit.*, esp. págs.
264-528
. < <

[41] James Bumham, *op. cit.*, ofrece una presentación coincidente con las opiniones de este grupo. < <

[42] *Structure and Process in Modern Societies*, Glencoe: The Free Press, 1960, pág. 221. < <

[43] Loc. cit. <<

[44] C. Wright Mills, *The Power Elite*, Nueva York: Oxford University Press, 1956. < <

[45] Debemos señalar que en uno de sus últimos artículos, antes de morir en Italia en 1936, Michels atacó explícitamente esta concepción de la democracia. «El rápido reemplazo de los líderes confunde a los inexpertos, respecto del verdadero carácter de la autoridad en los países democráticos. No son las masas las que derriban a los líderes, sino los líderes nuevos que aprovechan a las masas para conseguir esto». «Social Mobility in General with Special Reference to Post-War Mobility», citado en Dino Camavitto, «Roberto Michels. *In Memoriam*», *American Sociological Review*, 1, 1936, pág. 798. < <

[46] *Op. cit.*, pág. 207. < <

[1] Transcripto de *Le contrat social*, de J. J. Rousseau, 6.ª ed., Bibliothèque Nationale, París, 1871, pág. 91. < <

[2] Por ejemplo, Raumer, al escribir desde París en 1830, expresaba muy bien la cuestión en la siguiente forma: «Todos estos hombres [los liberales] consideraban que era revolucionaria la abolición de las instituciones y los males de antigua data, en tanto que entendían por contrarrevolución la restauración de éstos y otros abusos. En cambio sus adversarios entendían por revolución el conglomerado de locuras y crímenes cometidos hasta entonces, y por contrarrevolución el restablecimiento del orden, la autoridad, la religión, etc.» (Friedrich von Raumer, *Briefe aus Taris und Frankreich im Jahre*, 1830, Leipzig: F. A. Brockhaus, 1831, parte II, pág. 26.) *Cf.* también Wilhelm Roscher, *Politik, Geschichtliche, Naturlehre der Monarchie, Aristokratie und Demokratie*, 3.ª ed., Stuttgart-Berlin: Cotta, 1908, pág. 14. Debemos recordar, sin embargo, que en las cuestiones políticas estas estimaciones de validez pueden ser medios efectivos de lucha contra fines políticos, y algunas veces también morales; pero es probable que nos despisten si los usamos para ayudarnos a definir tendencias o concepciones históricas. <<

[3] Friedrich Curtius, «Ueber Gerechtigkeit und Politik», *Deutsche Rundschau*, XXIII, 1897, fase. 4, pág. 46. < <

[4] «Esta oposición [la de los amigos ultramonárquicos de Luis XVI contra los liberales bien dispuestos] contra la idea de la burguesía y de la libertad política que se extendía no solo en Francia, sino en todos los otros países civilizados de Europa, fue lo que determinó en la Revolución (que de otro modo podía haber sido solo beneficiosa), sus males y su carácter destructivo. Fue esto lo que condujo a los representantes del pueblo a tratar de evitar la ruina que se avecinaba, llamando a las masas en su ayuda; fue esto lo que condujo a desencadenar la fuerza bruta y desaforada de la turba y abrió de este modo la caja de Pandora» (Carl von Rotteck, *Allgemeine Geschichte vom Anfang der historischen Kenntniss bis auf unsere Zeiten*, Friburgo: Herdersche Buchhandlung, 1826, vol. IX, pág. 83). < <

[5] Friedrich von Raumer, *Briefe aus Taris…, op. cit.*, vol. I, pág. 176.
< <

[6] Raumer, *op. cit.*, vol. I, pág. 264. < <

[7] Roscher, *op. cit.*, pág. 321. < <

[8] *Ibid.*, pág. 336. < <

[9] Martin Rade, en un notable artículo «Das Allgemeine Wahlrecht ein Königliches Recht», *Hessische Landeszeitung*, XXIII, n.º 25, 1907, que apoyaba la elección del nacionalsocialista Helmuth von Gerlach en Marburgo, escribió lo que sigue para acallar la inquietud de los adversarios del sufragio universal: «El caso sería muy diferente si nuestro Reichstag fuera el verdadero director del gobierno, si pudiera decidir por sí solo el destino interno y externo de nuestro pueblo, pero es apenas uno entre los elementos de nuestra constitución. Además de él —o, mejor dicho, por encima— está el Bundesrat (Consejo Federal), y ni la proposición más insignificante puede llegar a ser ley sino con la aprobación del canciller imperial, el Emperador y los príncipes. Es verdad que el Consejo Federal no se opondrá permanentemente a una expresión enérgica y razonable de la voluntad popular manifestada de manera constitucional en el Reichstag; pero las resoluciones del Reichstag reputadas imprudentes serán rechazadas, y a menudo lo han sido. Estos medios constituyen precauciones para limitar el poder del sufragio universal, de la misma manera que la naturaleza se cuida de que los árboles no crezcan hasta tocar el cielo. Para nuestra legislación es bueno que tengamos estas dos cámaras, y no solo al Reichstag». <<

[10] Gaetano Mosca, *Il principio aristocrático e il democratico nel passato e nel' avvenire* (discurso inaugural), Turín: Stamperia Paravia, 1903, pág. 22. < <

[11] Alexis de Tocqueville, *De la democratie en Amerique*, Paris; Gosselin, 1849, parte II, vol. II, pag. 19. < <

[12] Abbé de Choisy, *Mémoires pour servir à l'histoire de Louis XIV*, Utrecht: Van De Water, 1727, pág. 23. < <

[13] Pierre Edouard Lémontey, *Essai sur l'établissement monarchique de Louis XIV*, apéndice de *Nouveaux mémoires de Dangeau*, reimpreso por el autor, París: Deterville, 1818, pág. 392. < <

[14] *Cf.* los notables ejemplos proporcionados por Werner Sombart *Die deutsche Volkswirtschaft im XIX Jahrhundert*, Berlin: Bondi 1903, pags. 545 y sigs. < <

[15] Léon A. Daudet, *Alphonse Daudet*, Bibliothèque Charpentier, París: E. Fasquelle, 1898, pág. 142. < <

[1] Moritz Rittinghausen, «Ueber die Organisation der direkten Gesetzgebung durch das Volk», *Social. Demokrat. Schriften*, n.º 4, Coln, 1870, pág. 10. Rittinghausen tiene el mérito de haber sido el primero en aventurar propuestas prácticas de esta naturaleza, para la solución del problema social. Victor Considérant, quien reanudó después el intento de establecer un gobierno popular directo, sobre una base más amplia y un efecto propagandístico de más largo alcance, admitió expresamente que Rittinghausen era su precursor (Victor Considérant, *La Solution ou Le Gouvernement Direct du Peuple*, París; Librairie Phalanstérienne, 1850, pág. 61). <<

[2] La constitución norteamericana llama *federalistas* (el nombre sirve aquí para establecer un carácter democrático) solo a aquellos estados donde el pueblo se reúne con propósitos legislativos; en cambio los estados con gobierno popular representativo se llaman *repúblicas*. <<

[3] Roscher, *op.* cit., págs. 35 y sigs. < <

[4] Louis Blanc, «L'Etat dans une démocratie», *Questions d'aujourd'hui et de demain*, París: Dentu, 1880, vol. III, pág. 150. <<

[5] Roscher, *op. cit.*, pág. 351. < <

[6] Louis Blanc, *op. cit.*, pág. 144. < <

[7] *Cf.* la carta de Antonio Quiroga al rey Fernando VII, fechada el 7 de enero de 1820 (Don Juan van Halen, *Mémoires*, París: Renouard, 1827, parte II, pág. 382). < <

[8] Egidio Bemaroli, *Manuale per la constituzione e ü funzionamento delle leghe dei contadini*, Roma: Librería Soc. Ital., 1902, págs. 20, 26, 27 y 52. < <

[9] Sidney y Beatrice Webb, *Industrial Democracy* (edición alemana), Stuttgart, 1898, vol. I, pág. 6. < <

[10] Ferdinand Tonnies, *Politik und Moral*, Fráncfort: Neuer Frankf. Veri., 1901, pág. 46. < <

[11] Heinrich Herkner, *Die Arbeiterfrage*, 5.ª ed., Berlín: Guttentag, 1908, págs. 116, 117. < <

[12] «Protokoll des Parteitags zu Leipzig», *Vorwärts*, Berlín, 1909, pág. 48. < <

[13] Heinrich Schulz, «Fünf Jahre Parteischule», *Neue Zeit*, año XXIX, vol. II, fase. 49, pág. 807. < <

[14] *Scuola Prat. di Legislaz. Sociale* (Programma e Norme), año III, Milán: Soc. Umanitaria, 1908. < <

[15] *Ibid.*, año IV, Milan, 1909, pag. 5. < <

[16] Rinaldo Rigola, «I funzionari delle organizzazioni», *Avanti*, año XIV, n.º 341. <<

[17] Jean Jacques Rousseau, *Le contrat social*, págs. 40 y sigs. <<

[18] Cario Pisacane, *Saggio sulla Rivoluzione*, con prefacio de Napoleone Colajanni, Bolonia: Lib. Treves di Pietro Virano, 1894, págs.
121-25
. < <

[19] Traducido de Víctor Considérant, *op. cit.*, págs. 13-15
. < <

[20] A. A. Ledru-Rollin, «Plus de Président, plus de Représentants», 2.ª ed., *La Voix du Proscrit*, París, 1851, pág. 7. < <

[21] Victor Considérant, *op. cit.*, págs. 11-12
. < <

[22] *Cf.* P. J. Proudhon, *Les Confessions d'un Révolutionnaire. Pour servir a la Révolution de Février*, nueva edición, París: Verboeckhoven, 1868, pág. 286. < <

[23] Traducido de Louis Veuillot, *Ça et là*, 2.ª ed., París: Caume Frères et Duprey, 1860, vol. I, pág. 368. <<

[24] *Cf.*, por ejemplo, Enrico Malatesta en dos folletos: *L'anarchia* (6.ª ed., Roma: casa ed. Pensiero, 1907), y *La política parlamentare del partido socialista* (Turin: edición de Aliarme, 1903), *Cf.* también Ferdinand Domela Nieuwenhuis, *Het Parlementarisme in zijn Wezen en Toepassing*, Amsterdam: W Sligting, 1906, págs. 149 y sigs. <<

[25] *Cf.* Karl Kautsky, Rosa Luxemburg y otros. En las obras de Karl Marx encontramos aquí y allá vestigios de una desconfianza teórica del sistema representativo; consulte el lector especialmente *Révolution und Kontre-Recolution in Deutschland*, de este escritor, Stuttgart: Dietz, 1896, pág. 107. <<

[26] *Cf.* Gaetano Mosca, *Questioni pratiche di Diritto constituzionale*, Turin: Fratelli Bocca, 1898, págs. 81 y sigs.; también *Sulla Teorica dei Governi e sul Governo parlamentare*, Roma: Loescher, 1884, págs. 120 y sigs. < <

[27] «Todo sistema electoral se limita a colocar el poder en manos de los electores más hábiles» (H. G. Wells, *Anticipations of the Reaction of Mechanical and Scientific Progress upon Human Life and Thought*, Londres: Chapman and Hall, 1904, pág. 58). Por supuesto, esto solo es aplicable a países que tienen una constitución republicana democrática. < <

[28] Fouillée escribe con acierto acerca de esto: «Si uso mi derecho personal de ir y volver de París a Marsella, no os impido que vayáis de París a Marsella: el ejercicio de mi derecho civil no os quita el vuestro. Pero cuando envío un diputado a la cámara, que trabajará a vuestras expensas en favor de medidas que siempre habéis rechazado, esta forma de gobernarme a mí mismo, implica una forma de gobernaros que os aflige y que podría ser injusta. El derecho civil es libertad personal; el derecho político es un derecho sobre otros, a la vez que sobre uno mismo». (Traducido de Alfred Fouillée, «Erreurs sociologiques et morales de la Sociologie», *Revue des Deux Mondes*, LIV, pág. 330). < <

[29] Traducido de *Mémoires de Louis XIV pour l'instruction du Dauphin*, comentadas por Charles Deyss, París, 1860, vol. II, pág. 123. < <

[30] Traducido de Rienzi [van Kol], *Socialisme et Liberté*, París: Giard et Briére, 1898, págs.
243-53
. < <

[31] Traducido de Hubert Lagardelle, *Le Parti Socialiste et la Confédération du Travail*, polémica con J. Guesde, Paris: Rivière, 1907, pág. 24. < <

[32] Vea el lector las obras de Engels, en particular: *Po und Rhein* (1859); *Savoyen, Nizza und der Rhein* (1860); *Die preussische Miliitärfrage und die deutsche Arbeiterpartei* (1865); *Der deutsche Bauernkrieg* (1875, Berlin: Vorwärts-Verlag, 1909, ed., editada por Mehring); *Kann Europa abrüsten?* (Nuremberg, 1893). < <

[33] *Cf.*, por ejemplo, el folleto *Nicht stehendes Heer, sondern Volkswehr*, Stuttgart: Dietz, 1908, pág. 80; también gran número de discursos en el Reichstag relativos a estimaciones militares, donde nunca se cansa de analizar las minucias de reformas castrenses, y donde postula especialmente cambios en equipos militares, para hacer más eficaz al ejército. < <

[1] *Denkwürdigkeiten des Fürsten Chlodwig zu Hohenlohe-Schillingsfürst.* Friedrich Curtius, rec., Stuttgart y Leipzig: Deutsche Verlagsanstalt, 1907, vol. II. < <

[2] Traducido de Alejandro Dumas, hijo, *Les femmes qui tuent et les femmes qui votent*, París: Calman Lévy, 1880, págs. 54 y 214. < <

[3] Traducido de Alexis de Tocqueville, *op. cit.*, vol. I, pag. 167. < <

[4] Max Stimer (Kaspar Schimdt), *Der Einzige und sein Eigentum*, Leipzig: Reclam, 1892, pág. 272. < <

[5] Esta figura no representa la relación de acuerdo con una escala, pues esto requeriría una página entera. Es solo un diagrama. < <

[6] Carta de Karl Marx a J. B. von Schweitzer, fechada en Londres el 13 de octubre de 1868; publicada, con comentarios, por E. Bernstein, *Neue Zeit*, XV, 1897, pág. 9. El propio Bemstein parece compartir las opiniones de Marx. (*Cf.* E. Bernstein, «Gewerschafts demokratie», *Sozial Monatshefte*, 1909, pág. 83). < <

[7] *Protokoll der Verhandlungen*…, Viena: J. Brand, 1904, pág. 90. < <

[8] Edmund Fischer, «Der Wilderstand des deutschen Volkes gegen Wahlentrechtungen», *Sozial. Monatshefte*, VIII (X), fase. 10. < <

[9] Edmund Fischer, «Die Sachsische Probe», *Sozial. Monatshefte*, VIII (X), fase. 12. < <

[10] J. G. Frazer, *Psyches Task*, Londres: Macmillan, 1909, pág. 56.
< <

[11] Adolfo Rossi, *Die Bewegung in Sicilien*, Stuttgart: Dietz, 1894, págs. 8 y 35. < <

[12] Rossi, op. Cif., pag. 34. < <

[13] Enrico Ferri, «La questione meridionale», *Asino*, Roma, 1902, pág. 4. < <

[14] *Bernard Shaw, The Revolutionist's Handbook*. < <

[15] George Sand escribo: «He procurado toda mi vida ser modesta. Declaro que no querría vivir quince días en la compañía de quince personas que estuvieran convencidas de que no puedo cometer un error. Quizá podría terminar por convencerme a mí misma». (Traducido de George Sand, *Journal d'un voyageur pendant la guerre*, París: M. Lévy Frères, 1871, págs.
216-17
). < <

[16] Giuseppe Pecchio, *Un Elezione di Membri del Parlamento in Inghilterra*, Lugano, 1826, pág. 109. < <

[17] Thomas Carlyle, *Latter Day Pamphlets*, n.º V, «Stump Orator», *Thomas Carlyle's Works*, «The Standard Edition», Londres: Chapman and Hall, 1906, vol. III, pág. 167. < <

[18] J. Ernest-Charles, «Les Lettrés du Parlement», *La Revue*, 1901, vol. XXXIX, pág. 361. < <

[19] Traducido de G. Tarde, *L'action internationale*, pág. 334. < <

[20] Adolf Braun, «Organisierbarkeit der Arbeiter», *Annalen für Soziale Politik und Gesetzebung*, I, n.º 1, pág. 47. < <

[21] Robert Michels, «Die deutsche Sozialdemokratie, I. Sozial Zusammensetzung», *Arch. für Sozialwissenschaft*, XXIII, fasc. 2. < <

[22] A. von Elm, «Führer und Massen», *Korrespondenzblatt der Generalkommission*, XXI, n.º 9. < <

[1] Es interesante advertir que la burguesía que se desarrollaba en el siglo XVII estaba, en relación con la monarquía, en el mismo estado de inferioridad intelectual en que se encuentran hoy las masas en relación con sus líderes, por razones muy semejantes. El ingenioso Luis XIV aludió al tema con las siguientes palabras: En Franche Comté, «toda la autoridad se encuentra, así, en las manos del parlamento, el cual, como una asamblea de simples burgueses será más fácil de engañar o de amedrentar». (Traducido de Dreyss, *op. cit.*, vol. II, pág. 328). <<

[2] Condorcet, *Progrès de l'esprit humain*, ed. de la Bib. Nat., pág. 186. < <

[3] Adolphe Thiers, *Histoire de la Révolution Française*, Leipzig: Brockhaus, 1846, vol. II, pág. 141. El mismo espíritu de amalgama ilógica de una soberanía popular ilimitada, junto al tutelaje más rígido y despótico ejercido sobre este presunto soberano por sus líderes, domina casi todos los discursos de los jacobinos. (*Cf.*, por ejemplo, *Œuvres de Danton*, recopiladas y anotadas por A. Vermorel, París: Cournol, págs. 119 y sigs.) < <

[4] James Ramsay Macdonald, *Socialism and Society*, Londres: Independent Labour Party, 1905, págs. XVI y XVII. < <

[5] Ernest Belfort Bax, *Essays in Socialism New and Old*, Londres: Grant Richards, 1906, pags. 174 y 182. < <

[6] Bax, *ibid.* <<

[1] Entre estos refugiados al comienzo de la década de 1850 estaba F. A. Sorge, uno de los fundadores de la *Neue Zeit*. Cuando, por influencia de Marx, el Consejo General de la Internacional pasó, en 1872, de Londres a Nueva York, Sorge asumió las funciones —casi exclusivamente imaginarias— de secretario del Consejo y luego, después de extinguida la Antigua Internacional, se consagró totalmente a la música. Otro refugiado fue el poeta Robert Schweichel, quien volvió a Alemania después de haber estado cincuenta años en los Estados Unidos. < <

[2] *Protokoll der Verhandlungen des Parteitags zu Halle* a/S., 1890, pág. 29. <<

[3] Vahlteich, sin embargo, aunque perdido para el movimiento laborista alemán, no se perdió para el socialismo, pues como editor del diario socialista alemán publicado en Nueva York, continuó desempeñando un papel activo en la vida del partido hasta su muerte en 1915. <<

[4] Werner Sombart, *Warum gibt es in der Vereinigten Staaten keinen Sozialismus?*, Tubinga: J. C. B. Mohr (Siebeck), 1906, pág. 43. < <

[5] Con relación a prácticas idénticas empleadas por la «máquina partidaria» en los Estados Unidos, *cf.* Ostrogorsky, *La démocratie et l'organisation des parties politiques*, París: Calman Lévy, 1903, vol. II, pág. 200. < <

[6] Friedrich Naumann, *Demokratie und Kaisertum*, ed. cit., pág. 53. < <

[7]*Stampa*, febrero 3, 1910. < <

[8] Sidney y Beatrice Webb, *op. cit.*, vol. I, pág. 16. < <

[9] Fausta Pagliari, *Le Organizzazioni e i loro Impiegati*, Turín: Coop., 1908, p4g. 8. < <

[10] Sidney y Beatrice Webb, *The History of Trade Unionism*, nueva edición, Londres: Longmans, 1907, vol. I, pág. 87. < <

[11] *Cf.* Paul Kampffmeyer, *Die Entwicklung der deutschen Gewerkschaften*, pág. 114. <<

[12] Ferdinand Pelloutier, *Histoire des Bourses du Travail*, París: Schleicher Frères, 1902, pág. 150. < <

[1] *Cf.* Michels, «Die deutsche Sozialdemocratie im internationalen Verbände», *Arch. f. Sozialw.*, vol. XXV, págs. 213 y sigs. < <

[2] Max Lorenz ha escrito cierto número de pequeñas obritas socialistas y es autor del libro reformista *Die marxistische Sozialdemokratie*, Leipzig: Wiegand, 1896. < <

[3] Hace muy poco cierto número de los líderes socialistas más eminentes de Francia se pasaron al bando del gobierno, y están así en conflicto violento con sus antiguos camaradas. Entre ellos podemos mencionar a René Viviani, ahora ministro de Estado; el profesor de la universidad V. Augagneur, en un tiempo alcalde socialista de Lyon y después gobernador de la isla de Madagascar; Gabriel Deville, discípulo de Marx y uno de los fundadores del *Parti Ouvrier;* Alexandre Zévaés, quien fuera antes uno de los líderes guesdistas más capaces, y entonces marxista riguroso; Joseph Sarraute, y muchos otros. De Pressensé ha escrito con gran verdad: «¿Cuántos hombres ha visto [la clase trabajadora francesa] que después de haber sido pródigos en palabras de rebeldía, y a menudo capaces de despertar gran agitación —trabajadores incansables en su propaganda revolucionaria— apenas llegados al poder se vuelven con cinismo contra su propio pasado y contra los incautos? ¡Como si fuera un crimen la fidelidad a sus propias predicciones! Implacables y sin escrúpulos se hacen apóstoles de la reacción social.

… Sin embargo, me parece que nada podía ser tan insensato o fatal como abandonamos a la apatía social por culpa de esas acciones y admitir una delegación de autoridad insensata, que podría transformamos en juguetes de esos malos políticos, así como antes lo fuimos de una ingenuidad crédula». (Traducido de «L'Affaire Durant, ou la Nouvelle Affaire Dreyfus», de Francis de Pressensé, *Le Mouvement Socialiste*, XIII, n.º 227). < <

[4] Arturo Labriola, *Riforme e Rivoluzione Sociale*, Milán: Soc. Edit. Milán, 1904, pág. 17. < <

[5] Aunque Bebel persistió, por lo que sabemos, hasta el fin de sus días, sosteniendo la justicia de la acusación que formulara en 1872 (compare el lector: August Bebel, *Aus meinem Leben*, Stuttgart: Dietz Nachf., 1911, parte II, pág. 130), el historiador oficial del partido, Franz Mehring (*Geschichte der deutschen Sozialdemokratie*, ed. cit., vol. IV, págs. 66 y sigs.) se pronuncia por la opinión contraria. Al comenzar la declaración de Schweitzer después de su exclusión del Verein, Mehring señala: «No podemos leer sin emoción la dimisión digna e inteligente del hombre que en tiempos difíciles timoneó con mano tan firme la nave de la democracia social, que prestó tantos servicios valiosos al proletariado con conciencia de clase y, envuelto en las consecuencias de sus mejores actos, incurrió en más de una acción injusta, pero sufrió una injusticia mucho mayor, en cambio». <<

[6] Ernst Günther, «Die Revisionistische Bewegung in der deutschen Sozialdemokratie», *Jahrbuch für Gesetzgebung*, Schmoller, año XXX, 1906, fase. 1, pág. 253. < <

[7] Günther, *op. cit.* < <

[8] Este es un juego de palabras intraducible: el significado general es que solo se puede contar, en apoyo del Estado, con quien recibe mucho de manos del Estado. Mas o menos lo mismo que los reaccionarios de Inglaterra acostumbran decir (aunque sin espíritu de mofa): ¡Solo se puede confiar la defensa de los intereses del campo a quien tiene «parte en el campo»! (*stake in the country*). <<

[9] *Protokoll über die V erhandlungen des Parteitags der sozialdemokratischen Partei Deutschlands, abgehalten zu Bremen*, sept. 10-24
, 1904, Berlin: Verlag «Vorwärts», pág. 272. < <

[10] *Cf.* el artículo editorial «II Congresso di Brema», *Avanti*, año VIII, n.º 2.608. Oda Olberg escribe: «Francamente, no podemos concebir a un partido socialista que atraiga y retenga a sus miembros por ofrecerles ventajas económicas. Consideremos que sería mucho mejor tener un puñado de camaradas devotos que se han unido a nuestras filas, no por lucro sino movidos por la fe socialista, prontos para todos los sacrificios, y dispuestos a brindarse, más bien que un ejército de miembros que han ingresado al partido porque lo consideran como una sociedad de ayuda mutua». Esta opinión es estimable desde un punto de vista moral y socialista, pero al formularla Oda Olberg muestra que no ha comprendido bien las características más notorias de las masas; a menos que haya abandonado su marxismo, que a la manera blanquista quiera renunciar al criterio democrático del gobierno de la mayoría, y procure la salvación únicamente por la acción de una minoría, pequeña pero inteligente. < <

[11] Egidio Bernároli, *op. cit.*, pág. 27. < <

[12] Eduard Bernstein, «Die Demokratie in der Sozialdemokratie», *Sozial, Monatsh.*, septiembre 3, 1908, pág. 1108. < <

[1] *Frankfurter Volksstimme*, 1909, n.º 175. < <

[1] *Protokoll des Parteitags zu Bremen*, 1904, pág. 186. <<

[2] «En todo caso, puesto que ante su responsabilidad frente al partido, la presencia en el congreso puede ser indispensable, hay que hacer que no necesiten suplicar un mandato» (*Protokoll des Parteitags zu Berlin*, 1890, pag. 122). < <

[3] *Avanti*, n.º 3.433. No obstante, en estos otros países los papeles centrales de los congresos socialistas corren por cuenta de los representantes parlamentarios. < <

[4] La declaración formulada por el ejecutivo del partido en la cuestión del *Leipziger Volkszeitung* comienza así: «El sábado 10 del corriente, cuando después del discurso del camarada von Vollmar, el canciller imperial planteó el debate del asunto del artículo del *Leipziger Volkszeitung* del 2 de diciembre, los miembros del grupo parlamentario que estaban presentes convinieron en aconsejar al camarada Bebel que dijera en su discurso que el grupo lamentaba la publicación de este artículo y rechazaba toda responsabilidad por él». < <

[5] «En el partido socialista, por la naturaleza de las cuestiones que debe tratar, y por las características de la lucha política, la burocracia tiene límites más estrechos que en el caso de los movimientos gremiales» (Rosa Luxemburg, *Massenstreik, Partei, und Gewerkschaften*, ed. cit., pág. 61). Cabe aceptar esta expresión cautelosa de las diferencias. < <

[6] Heinrich Ströbel, por ejemplo, un escritor de la redacción del Vorwärts, dijo: «Al menos nosotros no creemos que la mayoría de los miembros del gremio apoyen tácticas diferentes de las seguidas por las autoridades de los gremios. Lamentablemente la mayor parte de los gremios, por la “neutralidad” que han observado durante algunos años, se han hecho indiferentes en lo político y juzgan el movimiento gremial en la práctica solo desde el punto de vista de los intereses mezquinos e inmediatos de sus oficios respectivos» (H. Ströbel, «Gewerkschaften und sozialistische Geist», Neue Zeit, XXIII, vol. II, n.º 44). <<

[7] Karl Kautsky, *Konsumvereine und Arbeiterbewegung*, ed. cit., pág. 17. <<

[8] Traducido de *Pourquoi pas?*, Bruselas, año II, n.º 97. < <

[9] Karl Rodbertus, «Offener Brief an das Komitee des deutschen Arbeitervereins zu Leipzig», en *Politische Reden und Schriften*, de F. Lassalle, ed. cit., vol. II, pág. 9. < <

[10] Rodbertus, *op. cit.*, pág. 9. < <

[11] El informe de M. Beer acerca del IX Congreso Anual del Partido Laborista Inglés, *Frankische Tagespost*, año XLI, n.º 28, 1909. <<

[12] Rinaldo Rigola, «I Funzionari delle Organizzazioni», *Avanti*, año XIV, n.º 341. < <

[13] *Cf.* la excelente descripción de Albert Weidner, «Bebel», *Der Arme Teufel*, año II, n.º 21, 1903. <<

[14] E. Fourniére, *La sociocratie*, ed. cit., pág. 117. < <

[15] Eduard Bernstein, «Gewerkschaftsdemokratie», *Sozial Monatsh.*, 1909 pág. 86. < <

[16] Este discurso fue pronunciado en un *Convegno pro Amnistía* el 31 de marzo de 1908, y reproducido en *Stampa*, de Turín, XVII, n.º 92. <<

[1] Ha sido posible observar fenómenos similares en la vida partidaria norteamericana (Astrogorsky, *La Démocratie*…, ed. cit., vol. II, pág. 196). < <

[2] Traducido de Antoine Elisée Cherbuliez, *Théorie des garanties constitutionnelles*, París: Ab. Cherbuliez, 1838, vol, II, pág. 253. < <

[3] Escribe Pareto: «Si B [la nueva élite] toma el lugar de A [la vieja élite] mediante una infiltración lenta, y si la circulación social no se interrumpe, C [las masas] pierde los líderes que podrían llevarla a la rebelión». (Traducido de Vilfredo Pareto, *Les systèmes socialistes*, París: Giard et Brière, 1892, vol. I, pág. 35). < <

[1] *Kochanowski, Urzeitklange, und Wetterleuchten Geschichtlicher Gesetze in den Efeignissen der Gegenwart*, Innsbruck: Wagner, 1910, pág. 10. < <

[2] «Ich bin ihr Führer, also muss ich ihnen folgen» (Compare el lector, Adolf Weber, *Der Kampf zwischen Kapital u. Arbeit*, ed. cit., pág. 369). <<

[3] *Cf.* la versión de Oddino Morgari, *Avanti*, agosto 12, 1909. < <

[4] Discurso de Ferri en Suzzara, relatado en *Stampa*, año XLVII, n.º 358, diciembre 27, 1909. < <

[5] *Frankische Tagespost*, año XXXIX, n.º 191, supl. 2. <<

[6] Ludwig Borne, *Aus meinem Tagebuche*, Leipzig: Reclam, pág. 57. < <

[7] Denkwürdigkeiten des Fürsten Hohenlohe, ed. cit., pág. 376. < <

[8] Nicolás Salmerton y Garfia, «L'état espagnol et la solidarité catalane», *Le Courier Européen*, IV, n.º 23. < <

[9] Austin Lewis, *The Rise of the American Proletarian*, Chicago; Charles H. Kerr & Co, 1907, págs.
189-90
. <<

[10] Bryce, *The American Commonwealth*, edición abreviada, Nueva York: Macmillan, 1907, págs.
152-53
. < <

[11] Conviene recordar a los lectores ingleses que en el continente, especialmente en Francia e Italia, los abogados desempeñan un papel notorio en la oligarquía del socialismo, correspondiente al que desempeñan en Inglaterra en los viejos partidos políticos. (Nota del traductor de la versión inglesa). <<

[1] Scipio Sighele, *L'Intelligenza della Folla*, Turín: Bocea, 1903, pág. 160. < <

[2] Amilcare Puviani, *Teoría della illusione finanziaria*, Milán-Nápoles-Palermo: R. Sandron, 1903, págs. 258 y sigs. < <

[3] Wolfgang Heine, «Demokratische Randbemerkungen zum Fall Göhre», *Sozial. Monatsh.*, VIII (X), fasc. 4. <<

[4] *Marx, L'Alliance de la Démocratie Socitdiste et l'Association Int. des Travailleurs*, Londres-Hamburgo: Rapports et Documents, 1873, pág. 25. < <

[5] Carta de F. Engels a Sorge, marzo 17, 1872 (*Briefe u. Auszüge ans Briefen voa Joh. Phil. Becker, Jos. Dietzgen, Fried. Engels, Karl Marx, u. A. an F. A. Sorge u. A.*, Stuttgart: Dietz Nachf., 1906, pág. 54). <<

[6] James Guillaumé, *L'Internationale, Documents et Somenirs*, París: Comély, 1907, vol. II. < <

[7] *Idem*, pág. 327; *cf.* también una carta de Marx a Sorge, fechada en Londres el 21 de junio de 1872, donde Marx pide a Sorge que le envíe una cantidad de tarjetas de votantes, en blanco, para algunos amigos de América a quienes menciona por nombre (*Briefe u. Auszüge aus Briefen*, ed. cit., pág. 33). La ubicación del congreso era conveniente para los ingleses, los franceses y los alemanes, que en general eran partidarios del Consejo General, pero muy inconveniente para los suizos, los españoles y los italianos, que estaban del lado de Bakunin. El propio Bakunin, que vivía en Suiza, no podía asistir al congreso, pues para llegar a La Haya debía cruzar Alemania o Francia, y en cualquiera de estos países estaba expuesto a un arresto inmediato. < <

[8] *Cf.* Gustav Jaeckh, *Die Internationale*, Leipzig: Leipz. Buchdr. Akt. Ges., 1904, pág. 218. < <

[9] *Cf.* R. Michels, «Die deutsche Sozialdemokratie im Internationalen Verbände», *Arch. für Sozialwiss.*, 1907. Este es un estudio detallado de las condiciones de hecho y del complejo de causas que hacían posible que el partido alemán ejerciera tanta presión sobre los otros partidos de la Internacional; también trata de la declinación posterior de su hegemonía. < <

[10] Eduard Bernstein expresaba eso mismo ya en 1893. *Cf. Zur Geschichte u. Theorie des Sozialismus*, Berlin-Bema: Edelheim, 1901, pág. 143. < <

[11] *Cf.* el discurso de Eduard Anseele, «Protokoll des internat. Soz. Congress, 1904», *Vorwärts*, Berlin, 1904, págs.
47-49
. < <

[12] *Cf.* el discurso de George vou Vollmar, «Protokoll des internat. Soz. Congress, 1907», *Vorwärts*, Berlin, 1907, pág. 93. < <

[13] Volksstimme, de Francfort, marzo 6, 1906. < <